

LOS MISTERIOS DE JESÚS

El Origen oculto de la Religión Cristiana



TIMOTHY FREKE
&
PETER GANDY

**El presente libro está dedicado
Al Cristo que hay en ti.**

ÍNDICE

LOS MISTERIOS DE JESÚS

I.

EL PENSAMIENTO IMPENSABLE

Los misterios paganos
Los Gnósticos
La tesis de los misterios de Jesús
El gran encubrimiento
Recuperar el cristianismo místico

2.

LOS MISTERIOS PAGANOS

El espectáculo sagrado de Eleusis
Enseñanzas secretas cifradas
Los misterios internacionales
Osiris- Dioniso y Jesucristo
Conclusión

3.

IMITACIÓN DIABÓLICA

El Hijo de Dios
La natividad
El bautismo
Los milagros
El dios hombre y sus discípulos
Montado en un pollino
El hombre justo y el tirano
El pan y el vino
La muerte del dios hombre
El chivo expiatorio sagrado
La Pascua
La madre de Dios
El renacimiento espiritual
Conclusión

4.

PLATONISMO PERFECCIONADO

La pureza moral
El amor
La humildad y la pobreza
El cielo y el infierno
La nueva era
Un Dios único
El Logos
El lenguaje de los misterios
Conclusión

5.

LOS GNÓSTICOS

La filosofía pagana
La mitología pagana
El dios de Platón
El hierofante de los misterios
Los misterios secretos
El conocimiento más allá de la creencia
El conocimiento de uno mismo
El *daemon* universal
La reencarnación
La igualdad sexual
La moral natural
Conclusión

6.

EL CÓDIGO DE JESÚS

Las alegorías míticas
Las matemáticas sagradas
Jesús el *daemon*
El ilusionismo
La resurrección espiritual
El matrimonio sagrado
Convertirse en Cristo
Los niveles de iniciación
Literal, mítico y místico
Conclusión

7.

EL HOMBRE QUE NO ENCONTRAMOS

Los historiadores judíos
El Talmud
¿La verdad del Evangelio?
El estudio del Nuevo Testamento
¿Los Hechos de los Apóstoles?
El testimonio más antiguo
La historia de un mito en evolución
Conclusión

8.

¿ERA GNÓSTICO PABLO?

¿El Pablo auténtico?
Pablo y los misterios paganos
El Pablo gnóstico
El apóstol de la resurrección
Enseñanzas psíquicas y pneumáticas
Pablo y Jehová
Los falsos circuncisos
Conclusión

9.

LOS MISTERIOS JUDÍOS

La cosmopolita Alejandría
Escrituras judías helenizadas
Los misterios de Moisés
Los primeros cristianos
Conclusión

10.

EL MITO DE JESÚS

Temas míticos judíos
La adaptación del pasado
El mito se convierte en historia
Un Mesías distinto
Un salvador universal
El nacimiento del literalismo
Conclusión

11.

UNA IGLESIA DE IMITACIÓN

Tomar las cosas literalmente
Una Iglesia de obispos
Los valentinianos
Ausencia de ortodoxia
Cristianismo y judaísmo
La creación del Nuevo Testamento
Sangre gloriosa
Los romanos y las persecuciones
La propagación del cristianismo
Reacciones paganas ante el cristianismo
La Iglesia católica romana
La falsificación de la historia
¡San Poncio Pilato!
Eusebio, el propagandista de la Iglesia
La destrucción del paganismo
La destrucción del gnosticismo
Intolerancia inherente
Conclusión

12.

LA HISTORIA MÁS GRANDE JAMÁS CONTADA.

Una verdad única

13.

APÉNDICE – QUIEN ES QUIEN.

CAPÍTULO - 1

EL PENSAMIENTO IMPENSABLE

Jesús dijo:

«A aquellos que son dignos de mis misterios les digo mis misterios».

EL EVANGELIO DE TOMÁS

En el lugar donde hoy está el Vaticano había en otro tiempo un templo pagano. En él celebraban los sacerdotes paganos las ceremonias sagradas que los primitivos cristianos encontraron tan turbadoras que intentaron borrar toda huella de que alguna vez se hubieran oficiado. ¿En qué consistían estos espantosos ritos paganos? ¿Quizás eran sacrificios horripilantes u orgías obscenas? Así nos lo han hecho creer. Pero la verdad es mucho más extraña que esta ficción.

Donde actualmente se reúnen los fieles para venerar a su Señor Jesucristo, los antiguos rendían culto a otro dios hombre que, al igual que Jesús, había nacido milagrosamente el veinticinco de diciembre ante tres pastores. En este antiguo santuario los fieles paganos glorificaban a un redentor que, al igual que Jesús, había subido al cielo después de prometer que volvería al final de los tiempos y juzgaría a los vivos y a los muertos. En el mismo lugar donde el Papa celebra la misa, los sacerdotes paganos celebraban un ágape simbólico consistente en pan y vino en memoria de su salvador, que, al igual que Jesús, había declarado: «Aquel que no coma de mi cuerpo ni beba de mi sangre, para ser uno conmigo y yo con él, no conocerá la salvación».

Al descubrir estas semejanzas extraordinarias entre la historia de Jesús y el mito pagano, nos llevamos una gran sorpresa. Nos han educado en una cultura que presenta el paganismo y el cristianismo como perspectivas religiosas totalmente antagónicas. ¿Cómo podían explicarse unas semejanzas tan asombrosas? Nos sentimos intrigados y seguimos investigando. Cuanto más buscábamos, más coincidencias encontrábamos. Tratando de darles una explicación, decidimos revisar por completo nuestra forma de interpretar la relación entre el paganismo y el cristianismo, poner en tela de juicio creencias que antes considerábamos indiscutibles e imaginar posibilidades que al principio parecían imposibles. Las conclusiones que hemos sacado escandalizarán a algunos lectores, a la vez que parecerán herejías a otros, pero opinamos que son la manera más sencilla y más obvia de explicar lo que hemos encontrado.

Hemos quedado convencidos de que la historia de Jesús no es la biografía de un mesías histórico, sino un mito que se basa en leyendas paganas imperecederas. El cristianismo no fue una revelación nueva y excepcional, sino que en realidad fue una adaptación judía de la antigua religión mística de los paganos. Es lo que hemos bautizado con el nombre de «la tesis de los misterios de Jesús». Puede que al principio parezca rebuscado, como nos lo pareció a nosotros al empezar nuestra investigación. Después de todo, acerca del Jesús «verdadero» se escriben muchas sandeces infundadas, por lo que toda teoría revolucionaria debe abordarse con una saludable dosis de escepticismo. Pero aunque presentamos tesis que se salen de lo corriente, no se trata de simples fantasías entretenidas ni de conjeturas sensacionales. Nuestras conclusiones se basan en las fuentes históricas existentes y en las investigaciones más recientes de los eruditos. Albergamos la esperanza de que el lector medio pueda leer el libro sin dificultad, pero también hemos incluido abundantes notas en las que se señalan las fuentes y las referencias, así como detalles complementarios, para quienes deseen analizar nuestros argumentos de manera más minuciosa.

Aunque son todavía radicales y provocativas, en realidad muchas de las ideas que examinamos están muy lejos de ser nuevas. Los místicos y los estudiosos del Renacimiento ya situaban los orígenes del cristianismo en la antigua religión egipcia. Estudiosos visionarios de finales del siglo XIX también hicieron conjeturas comparables a las nuestras. En decenios más recientes, los eruditos han señalado repetidamente las mismas hipótesis que estudiamos nosotros. Sin embargo, pocas personas se han atrevido a expresar las conclusiones obvias que nosotros hemos sacado. ¿Por qué? Porque expresarlas es tabú.

Durante dos mil años ha dominado en el mundo occidental la idea de que el cristianismo es sagrado y único, mientras que el paganismo es primitivo y obra del diablo. La posibilidad de que las dos religiones formen parte de la misma tradición ha sido sencillamente impensable. Así pues, aunque el verdadero origen del cristianismo ha sido obvio desde el principio, pocos han sido capaces de verlo, porque para ello es necesaria una ruptura radical con los condicionamientos de la cultura que hemos recibido. Nuestra aportación ha consistido en atrevemos a pensar lo impensable y presentar nuestras conclusiones en un libro dirigido al público en general, en vez de escribir un árido volumen para eruditos. Desde luego, no hemos dicho la última palabra sobre este complejo tema, pero esperamos que sea un llamamiento significativo para llevar a cabo una reevaluación total de los orígenes del cristianismo.

LOS MISTERIOS PAGANOS

En las tragedias griegas, el coro revela el destino de los protagonistas antes de que empiece la obra. A veces es más fácil entender el viaje si desde el principio se conocen el lugar de destino y el terreno que hay que recorrer. Antes de entrar más en detalle, por tanto, nos gustaría volver sobre nuestros

pasos para ver cómo llegamos a nuestros descubrimientos y dar así una breve visión general del libro.

Durante toda la vida habíamos compartido una obsesión por el misticismo mundial que poco antes nos había empujado a investigar la espiritualidad en el mundo antiguo. Inevitablemente, el saber popular lleva mucho retraso respecto a la vanguardia de la investigación erudita y, al igual que la mayoría de la gente, al principio teníamos una idea muy inexacta y anticuada del paganismo. Nos enseñaron a imaginar una superstición primitiva y entregada al culto de los ídolos y a los sacrificios sangrientos, así como a filósofos aburridos que llevaban togas y avanzaban a trompicones hacia lo que hoy llamamos «ciencia». Conocíamos varios mitos griegos que mostraban la naturaleza partidista y caprichosa de los dioses y las diosas del Olimpo. En resumidas cuentas, el paganismo nos parecía primitivo y fundamentalmente ajeno. Después de muchos años de estudio, sin embargo, vemos las cosas de otra manera.

La espiritualidad pagana era en realidad el fruto depurado de una cultura muy avanzada. Las religiones estatales como, por ejemplo, el culto de los dioses del Olimpo por parte de los griegos, eran poco más que pompa y ceremonia externas. La verdadera espiritualidad popular se expresaba por medio de las vibrantes y místicas «religiones místicas». Estos misterios, que empezaron como movimientos clandestinos y heréticos, se difundieron y florecieron en todo el Mediterráneo antiguo e inspiraron a los más grandes pensadores del mundo pagano, que los consideraron la fuente misma de la civilización.

En toda tradición mística había misterios exteriores o exotéricos que eran mitos que todo el mundo conocía y rituales en los que podía participar quien lo deseara. Había también misterios interiores o esotéricos que eran un secreto sagrado que sólo conocían quienes se sometían a un intenso proceso de iniciación. A los iniciados en los misterios interiores se les revelaba el significado místico de los rituales y los mitos de los misterios exteriores, lo cual llevaba consigo la transformación personal y la iluminación espiritual.

Los filósofos del mundo antiguo eran los maestros espirituales de los misterios interiores. Eran místicos y taumaturgos, más parecidos a gurús hindúes que a sesudos sabios. Por ejemplo, hoy recordamos al gran filósofo griego Pitágoras por su teorema matemático, pero pocas personas se lo imaginan como en realidad era: un sabio extravagante que, según creían sus contemporáneos, era capaz de calmar milagrosamente los vientos y resucitar a los muertos.

En el centro de los misterios había mitos relativos a un dios hombre que moría, resucitaba y tenía muchos nombres diferentes. En Egipto era Osiris; en Grecia, Dioniso; en Asia Menor, Atis; en Siria, Adonis; en Italia, Baca; en Persia, Mitra. En lo fundamental, todos estos dioses-hombre son el mismo ser mítico. Como era costumbre ya desde el siglo III a.n.e., en el presente libro utilizaremos el nombre combinado «Osiris-Dioniso» para referirnos a su naturaleza universal y compuesta, y el nombre correspondiente cuando

hablemos de una tradición mística en concreto.

A partir del siglo V a.n.e., filósofos como Jenófanes y Empédocles se habían burlado de la costumbre de interpretar en sentido literal las historias de dioses y diosas. A su modo de ver, éstas eran alegorías de la experiencia espiritual del ser humano. Así pues, los mitos de Osiris-Dioniso no deben verse como cuentos fascinantes y nada más, sino que deben considerarse como un lenguaje simbólico que expresa de forma cifrada las enseñanzas místicas de los misterios interiores. Por esta razón, el mito de Osiris-Dioniso sigue siendo esencialmente el mismo, aunque diferentes culturas hayan ampliado y adaptado sus detalles a lo largo del tiempo.

Los diversos mitos de los distintos dioses hombre de los misterios comparten lo que el gran mitólogo Joseph Campbell llamó «la misma anatomía». Del mismo modo que todo ser humano es físicamente único y, pese a ello, es posible hablar de la anatomía general del cuerpo humano, en el caso de estos mitos diferentes podemos ver tanto su singularidad como su uniformidad fundamental. Una comparación útil es la que puede hacerse entre *Romea y Julieta* de Shakespeare y *West Side Story* de Bernstein. La primera es una tragedia inglesa del siglo XVI sobre acaudaladas familias italianas, mientras que la otra es una comedia musical norteamericana del siglo XX sobre pandillas callejeras. A primera vista, parecen muy diferentes, pero en esencia son la misma historia. De modo parecido, las historias que se cuentan sobre los dioses hombre de los misterios paganos son en esencia las mismas, aunque toman formas diferentes.

A medida que íbamos estudiando las diversas versiones del mito de Osiris-Dioniso, resultaba evidente que la historia de Jesús tenía las mismas características. Los sucesivos episodios nos permitieron comprobar que era posible construir la supuesta biografía de Jesús partiendo de temas míticos que antes se relacionaban con Osiris- Dioniso:

- Osiris-Dioniso es Dios hecho carne, el salvador e «Hijo de Dios».
- Su padre es Dios y su madre es una virgen mortal.
- Nace en una cueva o en un humilde establo el 25 de diciembre ante tres pastores.
- Ofrece a sus seguidores la oportunidad de nacer de nuevo por medio de los ritos del bautismo.
- Convierte de forma milagrosa el agua en vino en una ceremonia nupcial.
- Entra triunfalmente en la ciudad montado en un pollino mientras la gente agita palmas en su honor.
- Muere en tiempo de Pascua como sacrificio por los pecados del mundo.
- Después de morir desciende al infierno y luego, al tercer día, resucita de entre los muertos y asciende glorioso al cielo.
- Sus seguidores esperan que regrese para juzgar a los hombres en el fin de los tiempos.
- Su muerte y su resurrección se celebran con un ágape ritual consistente en pan y vino que simbolizan su cuerpo y su sangre.

Éstos son sólo algunos de los temas que tienen en común los relatos sobre

Osiris-Dioniso y la «biografía» de Jesús. ¿Por qué no todo el mundo conoce estas notables semejanzas? Porque, como descubriríamos más adelante, la primitiva Iglesia romana hizo cuanto pudo para ocultarlas. Destruyó sistemáticamente la literatura sagrada de los paganos como parte de un brutal programa cuyo objetivo era erradicar los misterios: tarea que llevó a cabo de forma tan rigurosa que en la actualidad el paganismo se considera una religión «muerta».

Aunque ahora nos sorprendan, estas coincidencias entre la nueva religión cristiana y los misterios antiguos resultaban sumamente obvias para los autores de los primeros siglos de nuestra era. Los críticos paganos del cristianismo, tales como el satírico Celso, se quejaban de que la nueva religión no era más que un reflejo pálido de sus propias enseñanzas antiguas. Como es natural, estas críticas llenaron de inquietud a los primeros Padres de la Iglesia, como Justino Mártir, Tertuliano e Ireneo, y los empujaron a recurrir a remedios extremos, entre ellos la afirmación de que las semejanzas eran fruto de la «imitación diabólica». Utilizando uno de los argumentos más absurdos de todos los tiempos, acusaron al diablo de ¡«plagio por anticipado», de copiar arteramente la verdadera historia de Jesús antes de que sucediese en realidad en un intento de engañar a los crédulos! Nos pareció que estos Padres de la Iglesia no eran menos arteros que el diablo al que pretendían incriminar.

Otros comentaristas cristianos han afirmado que los mitos de los misterios eran como «ecos anticipados» de la venida literal de Jesús, como una especie de premoniciones o profecías. Ésta es una versión más generosa de la teoría de la «imitación diabólica», pero nos pareció tan ridícula como aquélla. Nada salvo los prejuicios culturales nos hacía ver la historia de Jesús como la culminación literal de sus numerosos precedentes míticos. Al examinarla de forma imparcial, parecía ser sólo una versión más de la misma historia original.

La explicación lógica es que cuando el primitivo cristianismo se convirtió en el poder dominante en el mundo que antes era pagano, se insertaron temas populares de la mitología pagana en la biografía de Jesús. Esta posibilidad la proponen incluso muchos teólogos cristianos. A menudo se considera que el nacimiento virginal, por ejemplo, fue una añadidura extraña que no debe interpretarse literalmente. Estos temas se «tomaron prestados» del paganismo de la misma forma que las fiestas paganas se adoptaron como días de los santos cristianos. Esta teoría es común entre los que buscan al Jesús «verdadero» escondido bajo el peso de escombros mitológicos acumulados.

Por atractiva que resulte al principio, a nosotros esta explicación nos pareció inadecuada. Habíamos recopilado un conjunto tan exhaustivo de semejanzas que apenas quedaban elementos significativos en la biografía de Jesús que no estuviesen prefigurados en los misterios. Encima, descubrimos que ni siquiera las enseñanzas de Jesús eran originales, ¡sino que los sabios paganos se habían anticipado a ellas! Si había un Jesús «verdadero» debajo de todo aquello, tendríamos que reconocer que no podíamos saber absolutamente nada de él, ¡porque lo único que nos quedaba eran aditamentos paganos posteriores! Era una situación absurda. Sin duda había una solución más elegante para este problema.

LOS GNÓSTICOS

Mientras buscábamos una explicación a estos descubrimientos, empezamos a dudar de la imagen tradicional que teníamos de la Iglesia primitiva y a examinar los datos por nuestra cuenta. Descubrimos que lejos de ser la congregación unida de los santos y los mártires que nos ofrece la historia tradicional, en realidad la primitiva comunidad cristiana se componía de todo un espectro de grupos diferentes. En líneas generales, estos grupos pueden dividirse en dos escuelas distintas. Por un lado estaban los «literalistas», a quienes llamaremos así porque los define el hecho de interpretar la historia de Jesús como una crónica literal de acontecimientos históricos. Fue esta escuela del cristianismo la que adoptó el Imperio romano en el siglo IV d.n.e. y la que devino el catolicismo romano y todas sus variantes. Por otro lado, sin embargo, había también cristianos radicalmente distintos: los llamados «gnósticos».

Más adelante la Iglesia romana literalista persiguió a estos cristianos olvidados hasta que desaparecieron. La persecución fue tan concienzuda que hasta hace poco lo único que sabíamos de ellos era lo que decían los escritos de sus detractores. Se conserva sólo un puñado de textos gnósticos originales, ninguno de los cuales se publicó antes del siglo XIX. No obstante, esta situación cambió de forma espectacular debido a un notable descubrimiento que se hizo en 1945: un campesino árabe encontró una colección de evangelios gnósticos escondida en una cueva cerca de Nag Hammadi, en Egipto. Gracias a ello, los estudiosos pudieron examinar muchos textos que circulaban entre los primitivos cristianos pero que fueron excluidos deliberadamente del canon del Nuevo Testamento: evangelios atribuidos a Tomás y Felipe, textos que dejaban constancia de los hechos de Pedro y los doce apóstoles, Apocalipsis atribuidos a Pablo y Santiago, etcétera.

Nos pareció extraordinario que se descubriera toda una biblioteca de documentos cristianos primitivos que contenían las supuestas enseñanzas de Jesús y sus discípulos y que, pese a ello, tan pocos cristianos de la época moderna estuviesen siquiera enterados de su existencia. ¿Por qué no se apresuraron todos los cristianos a leer estas palabras del Maestro que acababan de descubrirse? ¿Por qué todavía no pueden leer más que el reducido número de evangelios que se seleccionaron para incluidos en el Nuevo Testamento? Al parecer, aunque han pasado dos mil años desde que los gnósticos fueron exterminados, y aunque durante este largo período la Iglesia romana se ha dividido y han aparecido el protestantismo y otros miles de grupos, existe aún la opinión de que los gnósticos no son una voz legítima dentro del cristianismo.

Al estudiar los evangelios gnósticos descubrimos una forma de cristianismo muy ajena a la religión con la que estamos familiarizados. Nos encontramos ante extraños tratados esotéricos que llevan títulos como, por ejemplo, *Hipóstasis de los arcontes* y *Los pensamientos de Norea*. Teníamos la

sensación de estar en un episodio de *Star Trek*, y en cierto sentido así era. Los gnósticos eran en verdad «psiconautas» audaces que exploraban las últimas fronteras del espacio interior en busca de los orígenes y el sentido de la vida. Eran místicos y librepensadores creativos. La causa del gran odio que despertaban en los obispos de la jerarquía de la Iglesia literalista nos pareció obvia.

A ojos de los literalistas, los gnósticos eran herejes peligrosos. Las numerosas obras que se escribieron contra los gnósticos -testimonio involuntario de su poder y su influencia en el seno del cristianismo primitivo- los presentaban como cristianos que habían «adoptado las costumbres de los nativos». Sus detractores decían que estaban contaminados por el paganismo que los rodeaba y que habían abandonado la pureza de la verdadera fe. Los gnósticos, en cambio, creían constituir la tradición cristiana auténtica y opinaban que los obispos ortodoxos eran una «iglesia de imitación». Afirmaban conocer los misterios interiores secretos del cristianismo que los literalistas no poseían.

El examen de las creencias y las costumbres de los gnósticos nos convenció de que los literalistas tenían como mínimo razón en una cosa: poca diferencia había entre los gnósticos y los paganos. Al igual que los filósofos de los misterios paganos, los gnósticos creían en la reencarnación, honraban a la diosa Sofía y estaban inmersos en la filosofía mística de Platón. «Gnósticos» significa «conocedores», y los llamaron así porque, al igual que los iniciados en los misterios paganos, creían que sus enseñanzas secretas tenían la facultad de impartir la «gnosis»: el «conocimiento de Dios», un conocimiento directo y basado en la experiencia. Del mismo modo que la meta del iniciado pagano era convertirse en un dios, los gnósticos pensaban que el objetivo del iniciado cristiano era convertirse en un Cristo.

Lo que nos impresionó de manera especial fue que los gnósticos no mostraran interés por el Jesús histórico. La historia de Jesús era para ellos lo mismo que los mitos de Osiris-Dioniso eran para los filósofos paganos: una alegoría que contenía enseñanzas místicas secretas y cifradas. Esta concepción nos pareció una teoría digna de tenerse en cuenta. Quizá la explicación de las semejanzas entre los mitos paganos y la biografía de Jesús había estado ante nosotros desde el principio, sin que acertáramos a verla porque las formas tradicionales de pensar nos lo impedían.

LA TESIS DE LOS MISTERIOS DE JESÚS

La versión tradicional de la historia que nos legaron las autoridades de la Iglesia romana afirma que el cristianismo se formó a partir de las enseñanzas de un mesías judío y que el gnosticismo fue una desviación posterior. Nos preguntamos qué sucedería si se invirtieran los términos y se considerase que el gnosticismo es el cristianismo verdadero, que es justamente lo que decían los propios gnósticos. ¿Es posible que el cristianismo ortodoxo fuese una

desviación posterior del gnosticismo y que éste fuera una síntesis del judaísmo y de la religión mística de los paganos? Así nació la tesis de los misterios de Jesús.

Lo que se nos ocurrió, expresado de forma clara, fue lo siguiente: sabíamos que la mayoría de las antiguas culturas mediterráneas habían adoptado los misterios antiguos, adaptándolos a sus gustos nacionales y creando su propia versión del mito del dios hombre que muere y resucita. Tal vez, de modo parecido, algunos judíos habían adoptado los misterios paganos y creado su propia versión de los mismos, lo que ahora llamamos gnosticismo. Quizá los iniciados en los misterios judíos habían adoptado el poderoso simbolismo de los mitos de Osiris- Dioniso para formar un mito propio cuyo héroe era el dios hombre judío que muere y resucita: Jesús.

En tal caso, la historia de Jesús no tendría nada de biografía, sino que sería un instrumento ideado especialmente para transmitir las enseñanzas espirituales cifradas de unos gnósticos judíos. Al igual que en los misterios paganos, la iniciación en los misterios interiores revelaría el sentido alegórico del mito. Quizá los no iniciados en los misterios interiores habían cometido el error de considerar el mito de Jesús como un hecho histórico y de esta manera se había creado el cristianismo literalista. Quizá los misterios interiores del cristianismo, que los gnósticos enseñaban pero cuya existencia negaban los literalistas, revelaban que la historia de Jesús no era una crónica real de la única visita de Dios al planeta Tierra, sino una enseñanza mística que tenía por finalidad ayudarnos a cada uno de nosotros a convertirnos en un Cristo.

La historia de Jesús presenta todas las características de un mito, por lo que cabe preguntarse si no era exactamente eso. Después de todo, nadie leyó los evangelios gnósticos que acababan de descubrirse e interpretó de forma literal las historias fantásticas que se cuentan en ellos; es fácil verlos como mitos. La costumbre y los prejuicios culturales son lo único que nos impide ver los evangelios del Nuevo Testamento bajo la misma luz. Si estos evangelios también se hubieran perdido y no se hubiesen descubierto hasta hace poco, ¿quién, al leerlos por primera vez, creería que eran documentos históricos sobre un hombre que había nacido de una virgen, que caminaba sobre el agua y que resucitó de entre los muertos? ¿Por qué habríamos de considerar que las historias acerca de Osiris, Dioniso, Adonis, Atis, Mitra y los otros salvadores de los misterios paganos son fábulas, pero que una historia que en esencia es la misma, enmarcada en un contexto judío, es la biografía de un carpintero de Belén?

Nos habían educado como cristianos y fue una sorpresa comprobar que, pese a los años que habíamos dedicado a la exploración espiritual sin prejuicios, todavía nos parecía peligroso atrevernos siquiera a pensar cosas así. Las doctrinas que nos inculcan de pequeños calan muy hondo. De hecho, lo que decíamos era ¡que Jesús fue un dios pagano y que el cristianismo fue un fruto herético del paganismo! Parecía escandaloso. A pesar de ello, esta teoría explicaba de manera sencilla y elegante las semejanzas entre la historia de Osiris-Dioniso y la de Jesucristo. Ambas historias forman parte de un solo mito que va evolucionando.

La tesis de los misterios de Jesús respondía a muchas preguntas desconcertantes, pero también planteaba nuevos dilemas. ¿Acaso no hay pruebas históricas indiscutibles de la existencia de Jesús el hombre? ¿Cómo podía ser el gnosticismo la forma original del cristianismo cuando san Pablo, el cristiano más antiguo del que tenemos noticia, se opone de modo tan categórico a los gnósticos? ¿Podemos creer realmente en la posibilidad de que un pueblo tan cerrado y antipagano como los judíos adoptara los misterios paganos? ¿Cómo pudo alguien creer en la veracidad histórica de un mito que se inventó de forma consciente? Y, suponiendo que el gnosticismo represente el cristianismo auténtico, ¿por qué fue el cristianismo literalista el que dominó el mundo como la religión más influyente de todos los tiempos? Era necesario dar una respuesta satisfactoria a todas estas difíciles preguntas antes de poder aceptar sin reservas una teoría tan radical como la tesis de los misterios de Jesús.

EL GRAN ENCUBRIMIENTO

Nuestra nueva versión de los orígenes del cristianismo parecía inverosímil sólo porque contradecía la opinión que se acepta de forma general. Al avanzar en nuestra investigación, la imagen tradicional del cristianismo empezó a desmoronarse por completo. Nos encontramos envueltos en un mundo de cismas y luchas por el poder, de documentos falsificados e identidades fingidas, de epístolas en las que se habían suprimido y añadido cosas, y de destrucción generalizada de pruebas históricas. Nos concentramos de forma objetiva en los escasos hechos de los cuales podíamos estar seguros, como si fuéramos detectives y estuviéramos a punto de resolver un «caso» sensacional, o quizá sea más acertado decir que era como descubrir un antiguo error judicial. Porque una y otra vez, al examinar críticamente las pocas pruebas auténticas que quedaban, comprobábamos que la historia del cristianismo que nos legó la Iglesia romana era una burda tergiversación de la verdad. De hecho, las pruebas confirmaban totalmente la tesis de los misterios de Jesús. Era cada vez más obvio que se nos había engañado de manera deliberada, que los gnósticos eran en verdad los cristianos originales y que una institución autoritaria se había apropiado de su misticismo anárquico para crear una religión dogmática, y luego había recurrido a procedimientos brutales para imponer el mayor encubrimiento de la historia.

Uno de los principales participantes en este encubrimiento fue un personaje llamado Eusebio que, a comienzos del siglo IV, se valió de leyendas y mentiras, así como de su propia imaginación, para recopilar la única historia de la Iglesia primitiva que ha llegado hasta nosotros. Todos los historiadores posteriores se vieron obligados a basarse en las dudosas afirmaciones de Eusebio porque, aparte de ellas, ha habido poca información de la que se pudiera hacer uso. Todo aquel que contemplase el cristianismo con una perspectiva diferente era tachado de hereje y eliminado. Por este motivo, las falsedades que se recopilaron en el siglo IV han llegado hasta nosotros como si

fueran hechos comprobados.

Eusebio estaba al servicio del emperador Constantino, que hizo del cristianismo la religión oficial del Imperio romano y dio a los literalistas el poder que necesitaban para eliminar de forma definitiva el paganismo y el gnosticismo. Constantino quería «un solo Dios, una sola religión» para consolidar su insistencia en «un solo Imperio, un solo emperador». Supervisó la creación del credo de Nicea -el artículo de fe que todavía hoy se repite en las iglesias-, y los cristianos que se negaron a aceptarlo fueron desterrados del Imperio o silenciados de otra manera.

Al regresar de Nicea, este emperador «cristiano» hizo morir por asfixia a su esposa y asesinar a su hijo. Se abstuvo deliberadamente de bautizarse hasta que se encontró en su lecho de muerte, lo cual le permitió seguir cometiendo atrocidades y, pese a ello, recibir el perdón por sus pecados y tener un lugar garantizado en el cielo al hacerse bautizar en el último momento. Aunque ordenó a su «encargado de propaganda», Eusebio, que redactase una biografía suya que fuese oportunamente obsequiosa, la verdad es que era un monstruo, exactamente igual que muchos de los emperadores romanos que le precedieron. ¿Resulta tan extraño que una «historia» de los orígenes del cristianismo creada por un empleado al servicio de un tirano sea una sarta de mentiras?

Elaine Pagels, una de las más destacadas autoridades académicas en materia de cristianismo antiguo, escribe:

Son los vencedores los que escriben la historia... a su manera. No es de extrañar, pues, que el punto de vista de la mayoría triunfadora haya dominado todas las crónicas tradicionales del origen del cristianismo. Los cristianos eclesiásticos primero definieron los términos (llamándose a sí mismos «ortodoxos» y dando a sus oponentes el nombre de «herejes»); luego procedieron a demostrar -cuando menos para su propia satisfacción- que su triunfo era históricamente inevitable o, en términos religiosos, «guiado por el Espíritu Santo». Pero los descubrimientos [de los evangelios gnósticos] hechos en Nag Hammadi replantean cuestiones fundamentales.

Es cierto que la historia la escriben los vencedores. La creación de una historia apropiada siempre ha formado parte del arsenal de la manipulación política. Al crear una historia del triunfo del cristianismo literalista, la Iglesia actuó del mismo modo partidista que, al cabo de dos milenios, utilizaría Hollywood para crear relatos de «vaqueros e indios» y narrar «cómo se conquistó el Oeste» en vez de «cómo lo perdieron los indios». La historia no es algo que sencillamente se cuente, sino que se crea. El objetivo ideal es explicar los datos históricos y llegar a comprender de forma exacta cómo el presente es fruto del pasado. Con demasiada frecuencia, sin embargo, la historia se limita a glorificar y justificar el statu quo. La historia, cuando se hace así, oculta y revela en igual medida.

Atreverse a poner en duda una historia que goza de aceptación general no es fácil. Cuesta creer que algo que desde la infancia te han dicho que es

verdad pueda ser realmente fruto de la falsificación y la fantasía. A los rusos que se criaron escuchando cuentos acerca del bondadoso «tío José» Stalin debió de resultarles difícil aceptar que, en realidad, Stalin fue responsable de la muerte de millones de personas. Sin duda su credibilidad se vio puesta a prueba cuando los adversarios del régimen estalinista afirmaron que, de hecho, había asesinado a muchos de los héroes de la revolución rusa, que incluso había hecho borrar las imágenes de sus rivales de las fotografías y que había inventado por completo acontecimientos históricos. A pesar de todo, estas afirmaciones son ciertas.

Es fácil pensar que algo debe de ser verdad porque todo el mundo lo cree. Pero la verdad a menudo sólo sale a la luz si nos atrevemos a discutir lo indiscutible, a dudar de ideas que se dan por sentadas. La tesis de los misterios de Jesús es el resultado de examinar los datos de manera objetiva. Al principio nos pareció absurda e imposible. Ahora nos parece evidente y normal. El Vaticano se construyó en el lugar donde antes había un santuario pagano porque lo nuevo siempre se construye sobre lo antiguo. Del mismo modo, el cristianismo se asienta en la espiritualidad pagana que lo precedió. ¿Hay algo más verosímil que afirmar que las ideas espirituales evolucionaron gradualmente y que el cristianismo se desarrolló a partir de los antiguos misterios paganos, con los cuales forma un continuo histórico? Si esta idea pudo considerarse herética y escandalosa, fue sólo porque la historia tradicional ha sido creída de forma tan universal durante tanto tiempo.

RECUPERAR EL CRISTIANISMO MÍSTICO

Mientras las últimas piezas del rompecabezas iban encajando en los lugares que les correspondían, encontramos una pequeña ilustración en los apéndices de un antiguo libro académico. Era un dibujo de un amuleto del siglo III d.n.e. (véase portada). Representa una figura crucificada que la mayoría de la gente reconocería inmediatamente como Jesús. Sin embargo, según unas palabras griegas que aparecen al pie del dibujo, el crucificado es «Orfeo Baco», uno de los seudónimos de Osiris-Dioniso. El autor del libro en el cual encontramos el dibujo opinaba que este amuleto era una anomalía. ¿A quién podía pertenecer? ¿Era una deidad pagana crucificada o alguna síntesis gnóstica del paganismo y el cristianismo? Fuera lo que fuese, resultaba muy desconcertante. Para nosotros, no obstante, el amuleto era perfectamente comprensible. Fue una confirmación inesperada de la tesis de los misterios de Jesús. La imagen podía ser la de Jesús o la de Osiris-Dioniso. Para los iniciados, ambos nombres se referían en esencia a la misma figura.

El descubrimiento «casual» de este amuleto lo interpretamos como si el universo mismo nos animase a divulgar lo que habíamos encontrado. Durante siglos y de diferentes maneras, místicos y eruditos han propuesto la tesis de los misterios de Jesús, siempre sin que nadie les hiciera caso, y sin embargo, pensábamos que había llegado el momento de dada a conocer. No obstante,

teníamos nuestras dudas sobre si escribir o no el presente libro. Sabíamos que era inevitable que disgustase a ciertos cristianos, lo cual no era lo que deseábamos. No cabe duda de que es difícil verse rodeado constantemente de mentiras e injusticias sin sentir indignación ante la representación errónea y negativa de los gnósticos, al igual que es también difícil tomar conciencia de las grandes riquezas de la cultura pagana y no lamentar que fueran destruidas sin ningún miramiento. Pese a ello, no pretendemos combatir el cristianismo. ¡Nada de eso!

Los lectores de nuestras obras anteriores saben que lo que nos interesa no es promover las diferencias, sino reconocer la unidad que reside en el corazón de todas las tradiciones espirituales, y el presente libro no es ninguna excepción. Los primeros literalistas cristianos cometieron el error de creer que la historia de Jesús era diferente de las de Osiris-Dioniso porque sólo Jesús había sido una figura histórica en vez de mítica. Debido a ello, los cristianos tienen la sensación de que su fe se opone a todas las demás, y no es así. Tenemos la esperanza de que la comprensión de sus orígenes verdaderos en la continua evolución de una espiritualidad humana universal permita al cristianismo liberarse del aislamiento que se ha impuesto a sí mismo.

Si bien es cierto que la tesis de los misterios de Jesús reescribe la historia, consideramos que no debilita la fe cristiana, sino que sugiere que el cristianismo es, de hecho, más rico de lo que imaginábamos antes. La historia de Jesús es un mito imperecedero que tiene la facultad de impartir la gnosis salvadora que puede transformarnos a cada uno de nosotros en un Cristo, en lugar de ser meramente la historia de unos acontecimientos que sucedieron a otra persona hace dos mil años. Al principio, creer en la historia de Jesús era el primer paso en la espiritualidad cristiana, los misterios exteriores. Su significado debía explicarlo un maestro iluminado cuando la persona que buscaba la verdad estuviera madura desde el punto de vista espiritual. Estos misterios interiores impartían un conocimiento místico de Dios que iba más allá de la simple creencia en dogmas. Aunque a lo largo de la historia muchos místicos cristianos inspirados han visto intuitivamente este nivel simbólico de comprensión más profundo, como cultura sólo hemos heredado los misterios exteriores del cristianismo. Hemos conservado la forma, pero hemos perdido el significado íntimo. Nuestra esperanza es que el presente libro pueda contribuir modestamente a la recuperación de la verdadera herencia mística del cristianismo.

CAPÍTULO - 2

LOS MISTERIOS PAGANOS

*Bienaventurado es el hombre feliz
que conoce los misterios que ordenan los dioses,
y santifica su vida,
junta alma con alma en mística unidad,
y, por el debido ritual purificado,
entra en el éxtasis de las soledades montañosas;
que observa los ritos místicos
legitimados por la Gran Madre;
que corona su cabeza con hiedra,
y agita su varita adorando a Dioniso.*

EURÍPIDES

El paganismo es una religión «muerta» o, para ser más exactos, una religión «exterminada». No se apagó poco a poco hasta caer en el olvido: fue suprimida y aniquilada activamente, sus templos y santuarios fueron profanados y demolidos, y sus grandes libros sagrados fueron arrojados a la hoguera. Ningún linaje ha sobrevivido para explicar sus antiguas creencias. Así, la visión del mundo que tenían los paganos hay que reconstruirla con los datos que proporcionan la arqueología y los textos que han llegado hasta nosotros, como si se tratara de un gigantesco rompecabezas metafísico.

En un principio, «pagano» era un término despectivo que significaba «habitante del campo» y que usaban los cristianos para dar a entender que la espiritualidad de los antiguos era una superstición rural primitiva. Pero eso no es verdad. El paganismo fue la espiritualidad que inspiró la magnificencia sin igual de las pirámides de Gizeh, la exquisita arquitectura del Partenón, las legendarias esculturas de Fidias, las impresionantes obras de teatro de Eurípides y Sófocles, y la sublime filosofía de Sócrates y Platón.

La civilización pagana construyó vastas bibliotecas en las que se guardaban cientos de miles de obras de genio literario y científico. Sus filósofos naturales conjeturaban que los seres humanos habían evolucionado a partir de los animales. Sus astrónomos sabían que la Tierra es una esfera que, junto con los planetas, da vueltas alrededor del Sol. Incluso habían calculado su circunferencia con un margen de error de un grado. El antiguo mundo pagano daba sustento a una población que no volvería a tener igual en Europa hasta el siglo XVIII. En Grecia, la cultura pagana alumbró los conceptos de la democracia, la filosofía racional, las bibliotecas públicas, el teatro y los Juegos Olímpicos, creando así un anteproyecto de nuestro mundo moderno. ¿Qué

espiritualidad inspiró estos trascendentales logros culturales?

La mayoría de la gente asocia el paganismo con la brujería rústica o con los mitos de los dioses del Olimpo tal como los cuentan Hesíodo y Homero. Es cierto que la espiritualidad pagana abrazaba ambas cosas. Los campesinos practicaban su tradicional culto chamanístico de la naturaleza para que la tierra continuara siendo fértil, a la vez que las autoridades de las ciudades apoyaban las religiones oficiales del Estado, tales como el culto de los dioses del Olimpo, para conservar el poder del statu quo.

Con todo, lo que inspiró a las grandes mentes del mundo antiguo fue una tercera expresión del espíritu pagano, una expresión más mística. Los pensadores, artistas e innovadores de la antigüedad eran iniciados en diversas religiones conocidas por el nombre de «misterios». Estos hombres y mujeres notables consideraban que los misterios eran la esencia de su cultura. El historiador griego Zósimo escribe que sin los misterios «los griegos no podrían vivir» porque «los sagrados misterios mantienen unida a toda la raza humana». El eminente estadista romano Cicerón dice con entusiasmo:

Estos misterios nos han llevado del salvajismo rústico a una civilización cultivada y refinada. A los ritos de los misterios se les llama «iniciaciones» y en verdad hemos aprendido de ellos los primeros fundamentos de la vida. Hemos adquirido la comprensión necesaria no sólo para vivir felizmente, sino también para morir con mayor esperanza.

A diferencia de los rituales tradicionales de las religiones oficiales, cuyo objeto era reforzar la cohesión social, los misterios representaban una forma individualista de espiritualidad que ofrecía visiones místicas e iluminación personal. La iniciación era un proceso secreto que transformaba profundamente el estado de conciencia de quien aspiraba a ella. El poeta Píndaro revela que «un iniciado en los misterios conoce el final de la vida y su principio, que es un don de Dios». Lucio Apuleyo, poeta-filósofo, escribe sobre su experiencia de iniciación y dice que es un renacimiento espiritual que celebró como su cumpleaños, una experiencia por la que sentía una «deuda de gratitud» que «no esperaba poder saldar jamás». Platón, el filósofo más influyente de todos los tiempos, relata:

Contemplamos las visiones beatíficas y fuimos iniciados en el misterio que en verdad puede considerarse bienaventurado, y lo celebramos en estado de inocencia. Contemplamos visiones serenas, felices, sencillas y eternas, resplandecientes de pura luz.

Los grandes filósofos paganos eran los maestros iluminados de los misterios. Aunque hoy día es frecuente presentarlos como aburridos intelectuales «académicos», en realidad eran gurús enigmáticos. Empédocles, al igual que su maestro Pitágoras, era un carismático taumaturgo. Sócrates era un místico excéntrico propenso a súbitos éxtasis durante los cuales sus amigos lo encontraban mirando fijamente al vacío durante horas. Heráclito fue requerido por los ciudadanos de Éfeso para hacer de legislador, pero rechazó el ofrecimiento porque quería seguir jugando con los niños en el templo.

Anaxágoras escandalizó a los ciudadanos normales al abandonar por completo su granja para dedicarse exclusivamente a la «filosofía superior». Diógenes no poseía nada y vivía en un tonel en la entrada de un templo. El inspirado dramaturgo Eurípides escribió sus tragedias más importantes durante solitarios retiros en una cueva aislada.

Todos estos sabios idiosincrásicos estaban empapados del misticismo de los misterios y lo expresaban en su filosofía. Olimpiodoro, uno de los seguidores de Platón, nos cuenta que su maestro parafraseaba los misterios en todas partes. Las obras de Heráclito tenían fama de oscuras e impenetrables incluso en los tiempos antiguos, y pese a ello Diógenes explica que son de una claridad cristalina para un iniciado en los misterios. Sobre estudiar a Heráclito escribe: «Es un camino difícil de seguir, lleno de tinieblas y penumbra, pero si un iniciado os acompaña por él, se vuelve más luminoso que el resplandor del sol».

En el centro de la filosofía pagana hay una percepción de que todas las cosas son Una. Los misterios pretendían despertar en el iniciado una experiencia sublime de este hecho. Salustio declara: «Toda iniciación pretende unimos con el mundo y con la deidad». Plotino describe al iniciado como alguien que trasciende su limitado sentido de sí mismo, como un ego independiente que experimenta la unión mística con Dios:

No es extraño que el iniciado Sopatros hiciese esta poética reflexión: «Salí del salón de los misterios con la sensación de ser un desconocido para mí mismo».

EL ESPECTÁCULO SAGRADO DE ELEUSIS

Como si un dios se lo llevase o lo poseyera, llega a la soledad en quietud no perturbada, sin desviarse de su ser y sin ocuparse de su yo, en reposo absoluto. No conversa con una estatua o una imagen sino con la deidad misma. Y esto no es objeto de una visión, sino de otro modo de ver, un distanciamiento respecto del yo, una simplificación y renuncia del yo, un anhelo de comunicación, y una quietud y una meditación dirigidas a la transformación. Quienquiera que se vea a sí mismo de esta forma habrá adquirido semejanza con Dios; que se abandone a sí mismo y encuentre el final de su viaje.

¿En qué consistían estos misterios antiguos que podían inspirar un temor tan reverencial y una apreciación tan sincera? La religión mística se practicó durante miles de años y se extendió por todo el mundo antiguo bajo muchas formas diferentes. Unas eran frenéticas, y otras, meditativas. Unas implicaban sangrientos sacrificios de animales, mientras que otras las presidían vegetarianos estrictos. En ciertos momentos de la historia los misterios fueron practicados abiertamente por poblaciones enteras y con la aprobación, o al menos la tolerancia, del Estado. En otros momentos eran una actividad a pequeña escala y secreta, por miedo a la persecución de las autoridades

hostiles. Sin embargo, el mito de un dios hombre que moría y resucitaba era fundamental en todas las formas de los misterios.

Los misterios griegos que se celebraban en Eleusis en honor de la diosa Gran Madre y del dios hombre Dioniso eran los más famosos de todos los cultos místéricos. El santuario de Eleusis fue destruido finalmente por bandas de fanáticos monjes cristianos en 396 d.n.e., pero antes de este trágico acto vandálico los misterios se celebraron allí durante más de once siglos. En el apogeo de su popularidad, gente de todo el mundo conocido entonces llegaba a Eleusis para ser iniciada: hombres y mujeres, ricos y pobres, esclavos y emperadores, incluso un brahmán de la India.

Cada otoño, unos treinta mil ciudadanos atenienses descalzos emprendían una peregrinación hasta el lugar sagrado de Eleusis, situado en la costa, para celebrar los misterios de Dioniso. Habían pasado varios días preparándose para este importante acontecimiento religioso, ayunando, ofreciendo sacrificios y sometándose a una purificación ritual. Los que iban a iniciarse avanzaban danzando por la «vía Sagrada» hasta Eleusis, acompañados por el ritmo frenético de los címbalos y los panderos, mientras hombres enmascarados se acercaban a ellos para maldecirlos e insultarlos, y otros les golpeaban con palos. A la cabeza de la procesión iba la estatua de Dioniso, que los animaba a seguir adelante. Después del baño ritual en el mar, desnudos, y de otras ceremonias de purificación, la multitud llegaba ante las grandes puertas del Telesterion, un enorme templo construido especialmente para la iniciación. Sólo podían entrar en él los pocos elegidos que ya habían sido iniciados en los misterios secretos o estaban a punto de serlo.

¿Qué impresionante ceremonia era la que se celebraba detrás de las puertas cerradas y afectaba tan hondamente a los grandes filósofos, artistas, estadistas y científicos del mundo antiguo? Todos los iniciados estaban obligados a jurar que guardarían el secreto, y tan sagrados eran para ellos los misterios que cumplían el juramento. No obstante, basándonos en gran número de pistas y alusiones indirectas, sabemos que presenciaban un sublime espectáculo teatral. Escuchaban sonidos sobrecogedores al tiempo que veían luces deslumbrantes. Eran bañados por el resplandor de una gran hoguera y un gran gong les hacía temblar con sus horribles reverberaciones. El hierofante, supremo sacerdote de los misterios, era un *showman* en sentido literal que orquestaba una representación dramática del mito sagrado terroríficamente transformadora. Él mismo vestía como el personaje principal: el dios hombre Dioniso.

Un estudioso actual escribe:

Una religión mística era, pues, un drama divino que presentaba ante los ojos asombrados de los privilegiados observadores la historia de las luchas, los sufrimientos y la victoria de una deidad tutelar y el trabajo de la naturaleza, en la cual la vida acaba triunfando sobre la muerte y el gozo nace del dolor. Todo el ritual de los misterios pretendía estimular de forma especial la vida emocional. Ningún medio para despertar las emociones se olvidaba en el drama, ya fuera predisponiendo cuidadosamente a los espectadores o

mediante estímulos externos. Tensión y expectativas intensificadas por un período de tranquilidad, silencios profundos, procesiones imponentes y pompas recargadas, música fuerte y violenta o suave y fascinante, danzas enloquecidas, el consumo de licores espirituosos, maceraciones físicas, la alternancia de densas tinieblas y luz deslumbrante, la visión de preciosas vestiduras ceremoniales, el manejo de emblemas santos, la autosugestión y las incitaciones del hierofante: estas cosas y muchos secretos de exaltación emocional estaban en boga.

Esta dramatización del mito de Dioniso es el origen de la tragedia y del teatro. Pero los iniciados no eran espectadores pasivos, sino participantes que compartían la pasión del dios hombre cuya muerte y renacimiento simbolizaban la muerte y el renacer espiritual de cada uno de ellos. Como explica actualmente una autoridad en la materia:

Dioniso era el dios del éxtasis más dichoso y del amor más embelesado. Pero era también el dios perseguido, el dios que sufría y moría, y todos aquellos a quienes amaba, todos aquellos que le atendían, tenían que compartir su trágica suerte.

Al presenciar la impresionante tragedia de Dioniso, los iniciados en Eleusis participaban de su sufrimiento, su muerte y su resurrección, y de esta manera experimentaban una purificación espiritual llamada «catarsis».

Los misterios no ofrecían dogmas religiosos para que simplemente se creyera en ellos, sino un mito en el que había que entrar. La iniciación no consistía en aprender algo, sino en experimentar un estado alterado de la conciencia. Plutarco, sumo sacerdote pagano, confiesa que los que habían sido iniciados no podían presentar ninguna prueba de las creencias que adquirían. Aristóteles sostiene que «no es necesario que los iniciados aprendan algo, sino que reciban impresiones y adquieran cierto estado de ánimo». El filósofo Proclo dice que los misterios suscitan «una simpatía del alma con lo ritual de una manera que es ininteligible para nosotros y divina, de tal modo que algunos de los iniciados son presa del pánico, pues están llenos de temor divino; otros se asimilan a los símbolos santos, abandonan su propia identidad, se sienten a gusto con los dioses y experimentan la posesión divina».

¿Por qué el mito que representaban los misterios tuvo un efecto tan profundo?

ENSEÑANZAS SECRETAS CIFRADAS

En la antigüedad la palabra *mythos* no significaba algo que era «falso», como hoy en día. En apariencia, un mito era un relato entretenido, pero para los iniciados era un código sagrado que contenía profundas enseñanzas espirituales. Platón comenta: «Al parecer, los que han creado ritos de iniciación para nosotros no eran necios, sino que en sus enseñanzas hay un significado

oculto». Y explica que «los que han dedicado su vida a la verdadera filosofía» son los que captarán el significado oculto» que encierran los mitos místicos, y de esta manera se identificarán por completo con el dios hombre en una experiencia de iluminación mística.

Los antiguos filósofos no eran tan necios como para creer que los mitos místicos eran literalmente ciertos, pero sí lo bastante sabios como para reconocer que los mitos eran una introducción fácil a la profunda filosofía mística que encerraban los misterios. Salustio escribe:

El deseo de enseñar a todos los hombres la verdad de los dioses hace que los necios sientan desprecio, porque no pueden aprender, y que los buenos sean indolentes, mientras que ocultar la verdad por medio de mitos impide que aquéllos desprecien la filosofía y obliga a éstos a estudiarla.

La misión de los sacerdotes y los filósofos de los misterios consistía en descifrar el significado espiritual que se ocultaba en las profundidades de los mitos místicos. Heliodoro, sacerdote de los misterios, explica:

Los filósofos y los teólogos no revelan a los profanos los significados que hay enterrados en estas historias, sino que sencillamente les imparten una instrucción preliminar en forma de mito. Pero los que han alcanzado los grados superiores de los misterios son iniciados en la comprensión clara de los secretos del sagrado santuario, bajo la luz que despiden la llameante antorcha de la verdad.

Los misterios se dividían en varios niveles de iniciación que poco a poco hacían que la comprensión del iniciado fuese cada vez más profunda. El número de niveles de iniciación variaba según las diferentes tradiciones místicas pero, en esencia, el iniciado era llevado de los misterios exteriores, en los cuales interpretaba los mitos de forma superficial, como historias religiosas, a los misterios interiores, en los cuales los mitos se revelaban como alegorías espirituales. En primer lugar, el iniciado era purificado ritualmente. Luego se le impartían las enseñanzas secretas de una en una. La etapa más elevada se alcanzaba cuando el iniciado comprendía el verdadero significado de las enseñanzas y finalmente experimentaba lo que Teón de Esmirna llama «amistad y comunión interior con Dios».

LOS MISTERIOS INTERNACIONALES

Los misterios dominaban el mundo pagano. Ninguna otra deidad está tan representada en los monumentos de la Grecia y la Italia antiguas como Dioniso, dios hombre de los misterios eleusinos. Es una deidad con muchos nombres: Yaco, Basareus, Bromio, Euios, Sabacio, Zagreo, Yoneo, Lenaios, Eleutero, etcétera. ¡Pero éstos no son más que algunos de sus nombres

griegos! El dios hombre es una figura mítica omnipresente en el Mediterráneo antiguo, que muchas culturas conocen con nombres distintos.

Cinco siglos antes del nacimiento de Cristo, el historiador griego Herodoto, conocido como «el padre de la historia», descubrió esto al visitar Egipto. En las orillas de un lago sagrado en el delta del Nilo presencié una gran fiesta que se celebraba todos los años y en la cual los egipcios interpretaban un espectáculo dramático ante «decenas de miles de hombres y mujeres» que representaba la muerte y la resurrección de Osiris. Herodoto era un iniciado en los misterios griegos y reconoció que lo que él llama «la pasión de Osiris» era el mismo drama que se representaba ante los iniciados en Eleusis como la pasión de Dioniso. El mito egipcio de Osiris es el mito principal del dios hombre misterioso y se remonta a la prehistoria. ¡Su historia es tan antigua que se encuentra en textos de las pirámides que se escribieron hace más de cuatro mil quinientos años!

Al viajar a Egipto, Herodoto siguió los pasos de otro griego eminente. Antes de 670 a.n.e., Egipto era un país cerrado, como el Tíbet o Japón lo fueron en tiempos más recientes, pero en el citado año abrió sus fronteras y uno de los primeros griegos que viajaron allí en busca de sabiduría antigua fue Pitágoras. La historia recuerda a Pitágoras como el primer «científico» del mundo occidental pero, aunque es verdad que volvió de Egipto a Grecia con muchas teorías matemáticas, a sus contemporáneos les parecería cualquier cosa menos «científico», en el moderno sentido de la palabra.

Pitágoras, sabio carismático errante que llevaba una túnica blanca y una corona de oro, era a la vez científico, sacerdote y mago. Pasó veintidós años en los templos de Egipto y se inició en los antiguos misterios del país. Al regresar a Grecia, empezó a predicar la sabiduría que había aprendido y a obrar milagros, resucitar muertos y pronunciar oráculos.

Inspirados por Pitágoras, sus discípulos crearon una religión misteriosa griega cuyo modelo eran los misterios egipcios. Tomaron el dios indígena del vino, Dioniso, que era una deidad menor a la que Hesíodo y Homero prácticamente no habían hecho caso, y lo transformaron en una versión griega del poderoso Osiris egipcio, dios hombre de los misterios. Con esto dio comienzo una revolución religiosa y cultural que haría de Atenas el centro del mundo civilizado.

Los seguidores de Pitágoras eran modelos de virtud y saber, y sus vecinos los consideraban puritanos. Eran vegetarianos estrictos, predicaban la no violencia para con todas las cosas vivas y volvían la espalda a los cultos del templo que implicaban el sacrificio de animales. Debido a ello, no podían participar en la tradicional religión olímpica de Atenas. Obligados a vivir al margen de lo que se consideraba aceptable, a menudo se organizaban en comunidades que compartían todo lo que poseían, lo cual los dejaba libres para dedicarse al estudio místico de las matemáticas, la música, la astronomía y la filosofía y pese a ello, la religión misteriosa se propagó con rapidez entre la gente corriente y en el espacio de unas cuantas generaciones los misterios egipcios de Osiris, que pasaron a ser los misterios de Dioniso, inspiraron la

gloria de la Atenas clásica.

De la misma manera que los griegos sintetizaron a Osiris con su dios indígena Dioniso para crear sus propios misterios, otras culturas mediterráneas que adoptaron la religión mística también transformaron una de sus deidades indígenas en el dios hombre místico que muere y resucita. Así, la deidad que era conocida con el nombre de Osiris en Egipto y se convirtió en Dioniso en Grecia, se llamaba Atis en el Asia Menor, Adonis en Siria, Baco en Italia, Mitra en Persia, etcétera. Tenía múltiples formas, pero era en esencia la misma figura perenne, a cuya identidad colectiva se hacía referencia con el nombre de Osiris-Dioniso.

Como los antiguos reconocían que todos los dioses hombre místicos eran en esencia el mismo ser mítico, continuamente se combinaban y recombinaban elementos de los diferentes mitos para crear formas nuevas de los misterios. En Alejandría, por ejemplo, un sabio carismático llamado Timoteo fundió conscientemente a Osiris y a Dioniso con el fin de producir una deidad nueva para la ciudad llamada Serapis. También dio una explicación minuciosa del mito del dios hombre místico Atis. Lucio Apuleyo fue iniciado en los misterios egipcios por un sumo sacerdote que llevaba el nombre del dios hombre persa Mitra. Se acuñaron monedas con Dioniso representado en una cara y Mitra en la otra. Una autoridad moderna nos dice que «poseído por el conocimiento de sus propios ritos secretos», el iniciado en los misterios «no tenía ninguna dificultad para adaptarse a cualquier religión en boga».

Al igual que la religión cristiana que los suplantó, los misterios cruzaban las líneas divisorias nacionales y ofrecían una espiritualidad que tenía validez para todos los seres humanos, con independencia de sus orígenes raciales o de su condición social. Ya a principios del siglo V a.n.e. filósofos tales como Diógenes y Sócrates se llamaban a sí mismos «cosmopolitas» -«ciudadanos del cosmos»-, antes que ciudadanos de un país o una cultura en particular, lo cual es un testimonio de la naturaleza internacional de los misterios.

Un estudioso moderno comenta la fusión y la combinación de diferentes tradiciones místicas y escribe:

Contribuyó en gran medida a eliminar del pensamiento de los hombres la idea de dioses separados de naciones diferentes, y a enseñarles que todas las deidades nacionales y locales no eran más que formas diferentes de un gran Poder único. De no ser por la ascensión del cristianismo y otras religiones, no cabe duda de que todas las deidades grecorromanas se hubieran fundido con Dioniso.

OSIRIS-DIONISO Y JESUCRISTO

Osiris-Dioniso tenía un atractivo tan universal porque era visto como una figura «típica, corriente», que simbolizaba a todos los iniciados. Al comprender

el mito alegórico del dios hombre misterioso, los iniciados adquirirían conciencia de que, al igual que Osiris-Dioniso, también ellos eran «dios hecho carne». También eran un espíritu inmortal atrapado dentro de un cuerpo físico. Al participar en su resurrección, renacían espiritualmente y experimentaban su esencia eterna y divina. Ésta era la profunda enseñanza mística que el mito de Osiris- Dioniso encerraba para los iniciados en los misterios interiores, cuya verdad experimentaban directamente por sí mismos.

Refiriéndose a Osiris, el dios hombre de los misterios egipcios, sir Wallis Budge, que era conservador de antigüedades en el Museo Británico, explica:

Los egipcios de todos los períodos que conocemos creían que Osiris era de origen divino, que fue asesinado y mutilado a manos del poder del mal, que después de una gran lucha con estos poderes volvió a alzarse, que en lo sucesivo fue el rey del infierno y el juez de los muertos, y que como había vencido a la muerte, también los justos podían vencerla.

Representaba para los hombres la idea de un hombre que era a la vez Dios y hombre, y tipificó para los egipcios de todas las épocas el ser que a causa de sus sufrimientos y muerte como hombre podía simpatizar con ellos en su enfermedad y su muerte. La idea de su personalidad humana también satisfacía sus ansias y anhelos de comunión con un ser que, si bien era en parte divino, tenía mucho en común con ellos mismos. Al principio consideraban a Osiris como un hombre que vivía en la Tierra como ellos, que comía y vivía, que sufrió una muerte cruel, que con la ayuda de ciertos dioses triunfó sobre la muerte y alcanzó la vida eterna. Pero lo que Osiris hacía, ellos también podían hacerlo.

Éstos son los temas clave que caracterizan los mitos de todos los dioses hombres misteriosos. Lo que Budge escribe sobre Osiris podría decirse igualmente de Dioniso, Atis, Adonis, Mitra y los demás. También describe al dios hombre de los judíos que muere y resucita: Jesucristo. Al igual que Osiris-Dioniso, Jesucristo también es Dios encarnado y Dios de la resurrección. También promete a sus seguidores el renacimiento espiritual si participan en su divina pasión.

CONCLUSIÓN

Los misterios eran claramente una fuerza poderosísima en el mundo antiguo. Repasemos lo que hemos descubierto sobre ellos:

-Los misterios paganos inspiraron a los hombres más inteligentes del mundo antiguo.

-Los practicaban de diferentes maneras casi todas las culturas del Mediterráneo.

- Comprendían los misterios exteriores, que estaban abiertos a todos, y los misterios interiores, que eran secretos y sólo conocidos por los que habían pasado por un intenso proceso de iniciación mística.

-En el centro de los misterios estaba el mito de un dios hombre que moría y resucitaba: Osiris-Dioniso.

- Los misterios interiores revelaban que los mitos de Osiris-Dioniso eran alegorías espirituales que contenían enseñanzas espirituales cifradas.

Lo que nos intrigaba era si los misterios pudieron influir y configurar lo que hemos heredado como «biografía» de Jesús. A diferencia de los diversos dioses hombre de los misterios paganos, la imagen tradicional de Jesús es la de una figura más histórica que mítica, un hombre que era literalmente la encarnación de Dios, que sufrió, murió y resucitó para traer la salvación a todo el género humano. Pero ¿es posible que estos elementos de la historia de Jesús fueran en realidad mitos heredados de los misterios paganos?

Empezamos a investigar los mitos de Osiris-Dioniso con mayor detenimiento, buscando coincidencias con la historia de Jesús. No estábamos preparados para encontrar una cantidad tan abrumadora de semejanzas.

ALGUNAS NOTAS AL CAPÍTULO - 2

* En Occidente, la esfericidad de la Tierra se menciona por primera vez en Platón (Fedón), aunque Diógenes Laercio nos dice que fue Pitágoras el primero en decir que la Tierra es redonda. El erudito alejandrino Eratóstenes aseveró que si alguien navegaba hacia el oeste desde España, acabaría llegando a la India. El cálculo de Eratóstenes era correcto salvo un error de menos del 1 %.

* Kirk y Raven: «La mayoría de la gente dice que la Tierra se encuentra en el centro del universo, pero los filósofos italianos llamados pitagóricos opinan lo contrario. Dicen que en el centro está el fuego y que la Tierra es uno de los planetas que crean la noche y el día mediante su movimiento circular alrededor del centro». La teoría pitagórica fue adoptada más adelante por los astrónomos de la biblioteca de Alejandría: «La hipótesis de Aristarco de Samos [...] que la Tierra describe una revolución anual alrededor del Sol». Véase F. W. Walbank, 1981, p. 185. Aristarco sucedió a Eratóstenes en el puesto de Bibliotecario en Jefe.

*. W. Burkert, 1985: «Dioniso es el dios de lo excepcional. Al aumentar la independencia del individuo, el culto a Dioniso pasa a ser un vehículo para que grupos privados se separen de la polis. Al lado de las fiestas dionisiacas públicas aparecen los misterios de Dioniso». W. K. C. Guthrie, 1952, p. 5º: «A esta aparición de religiones místicas en la corriente de la historia se refieren

los que hablan del gran renacimiento religioso del siglo VI. En lo sucesivo [...] elegir una creencia u otra dependerá del temperamento del individuo». Véase R. T. Wallis, 1992, p. 28, que cita la opinión de Jaeger en el sentido de que «A partir del siglo IV a.n.e. la religión griega que atraía a la mayor parte de las personas con una educación superior no era la de los dioses del Olimpo, sino la de los misterios, que daban al individuo una relación más personal con la divinidad». Las religiones místicas eran ideales para las condiciones que siguieron a la conquista por parte de Alejandro y en las que se juntaron culturas que antes estaban separadas. Nació la ciencia de la religión comparada y se reinventaron viejas deidades nacionales y raciales. La nueva *koiné* mediterránea presentaba al individuo nuevos estímulos y oportunidades. Los cultos de salvación individualistas de los misterios florecieron en este entorno.

* W. Burkert. La comprensión mística de que el final y el principio son Uno es un sentimiento que expresan muchos iniciados. En griego, iniciación es *telete*, que quiere decir «terminar», pero cuando Cicerón tradujo el concepto al latín utilizó *initiatio*, que quiere decir «empezar». Que ambos términos puedan ser válidos refleja esta paradoja. Para el iniciado el nacimiento, la muerte y la iniciación son lo mismo.

* Kirk y Raven, 1957, P. 183. Los niños huérfanos de Éfeso eran cuidados en el Templo de Artemisa, la «Gran Madre» de Asia Menor. A este templo donó Heráclito su famoso libro. El oso era el animal totémico de Artemisa, es probable que debido a su instinto materno ferozmente protector. A los niños del templo se les llamaba «oseznos».

* Diógenes y Antístenes eran discípulos de Platón y creadores de la filosofía cínica.

* Kingsley deja claro que cree que gran parte de la filosofía de Platón se deriva de las enseñanzas de los misterios. Éstos recibieron su forma del movimiento religioso llamado orfismo y del pitagorismo, que se extendieron por Grecia en los siglos VI y V a.n.e. Pausanias, refiriéndose a una doctrina pitagórica secreta, dice: «Quien haya visto los misterios o leído los libros de Orfeo sabrá lo que quiero decir», con lo cual daba a entender que los dichos de Orfeo constituían un acompañamiento litúrgico para la celebración de los ritos sagrados. Hace poco se descubrió un fragmento de Espeusipo, sobrino de Platón que se hizo cargo de la Academia después de él, que muestra claramente que consideraba que su tío era el sucesor de Pitágoras, véase W. Burkert, 1972, p. 62. Aristóteles también señala que Platón dependía de Pitágoras. Focio dijo que Platón dependía por completo de los pitagóricos italianos, y Numenio de Apamea afirmó que Platón sacó todas sus doctrinas de Pitágoras. Proclo nos dice que «Platón recibió todo lo que sabía de las cuestiones divinas de los escritos pitagóricos y órficos» y Moderato de Cádiz criticó severamente a Platón y lo acusó de usar las ideas de Pitágoras sin reconocerlo como era debido. Los misterios, el orfismo, el pitagorismo y la filosofía de Platón sólo pueden comprenderse como conjunto unificado. Por desgracia, la clave de este misterio era el secreto que se impartía durante la iniciación y que los iniciados se llevaban siempre a la tumba.

- * Eleusis fue destruida por el godo Alarico con la ayuda de monjes cristianos.
- * Los iniciados tenían que jurar que guardarían el secreto antes de que les permitieran entrar en el Telesterion, donde cabían tres mil personas sentadas. Los misterios de Eleusis se celebraron durante más de mil cien años, y en este período debieron de iniciarse centenares de miles de personas. A pesar de ello, los historiadores no disponen de ninguna crónica directa de lo que sucedía dentro del templo. De momento cuentan sólo con los testimonios indirectos que ofrecen la cerámica, la escultura, la poesía, las obras de teatro, los filósofos y otras fuentes literarias.
- * Que el teatro se formó a partir del culto de Dioniso es un hecho muy conocido, pero cómo ocurrió no lo es tanto ni se ha investigado de forma adecuada. Gasset escribe: «La tragedia era una ceremonia religiosa [...] La fe de los atenienses desconcierta a los estudiosos griegos, que son incapaces de reconstruirla. Mientras no la reconstruyan, la tragedia griega será una página escrita en un lenguaje del cual no poseemos ningún diccionario». Véase C. Kerényi, 1976, p. 315. Lo que sí sabemos es que el origen de la platea circular del teatro fueron las eras circulares que se utilizaban en la época de la recolección, y que el teatro surgió de rituales populares muy extendidos que se celebraban en honor de Dioniso. W. K. C. Guthrie, 1952, p. 32, ofrece pruebas de que la primera tragedia que se representó en honor de Dioniso fue de carácter mimético: un misterio acompañado de cantos. Así pues, es probable que dicha tragedia girase en torno a la muerte y el desmembramiento del dios. Guthrie también señala que «el número de obras de teatro que trataban del despedazamiento de los héroes, algunos muy similares a Dioniso, es sorprendente». Saber que los misterios y el teatro surgieron en la misma cultura, en el mismo período, bajo los auspicios de la misma deidad tutelar, ofrece un valioso atisbo de lo que tal vez tenía lugar en el espectáculo dramático que se representaba en Eleusis.
- * D. Fidler, 1993: «Las enseñanzas de las religiones místicas se encarnaban característicamente en alegorías, mitos e imágenes simbólicas, tanto en forma de «historias didácticas» como de paradigmas básicos de la experiencia humana.
- * Platón: «Como dicen los que comprenden los misterios: "Son muchos los que llevan el tirso; pero pocos los que llegan a ser bacantes"». Llegar a ser uno con el dios hombre era el objetivo de los misterios.
- * Salustio también escribe: «Al universo mismo se le puede llamar mito, toda vez que los cuerpos y los objetos materiales son visibles en él, mientras que las almas y las mentes están ocultas», véase V. Ehrenberg, 1968, p. 5.
- * P. Kingsley. Al principiante se le llamaba *mystae*, que quiere decir «ojos cerrados» y es la raíz de nuestras palabras «misterio» y «misticismo». Los *mystae* eran los que aún no habían comprendido los misterios interiores secretos. Los iniciados del nivel superior recibían el nombre de *epoptae*, que significa «haber visto». Los *epoptae* eran los que habían comprendido los misterios interiores.

* Herodoto, *Historia*, 197, libro 2, 172: «Es a orillas de este lago donde de noche actúan los egipcios en lo que ellos llaman sus misterios, la pasión de aquel ser cuyo nombre no quiero pronunciar». Como todos los iniciados en la religión mística griega, Herodoto había hecho voto solemne de guardar los secretos de la religión, pero en Egipto se encontró con que celebraban los mismos ritos a la vista de todos. Por tanto, suele mostrarse crítico de forma deliberada o guarda un silencio elocuente que sólo comprenderían otros iniciados. Herodoto debió de quedar estupefacto al ver una representación pública del mismo drama que en Eleusis se representaba en el más riguroso secreto para unos pocos elegidos. Escribe críticamente: «Todos los detalles de estas representaciones me son conocidos, pero no quiero decir nada más».

* M. A. Murray, 1949, p. 39: «El drama sagrado de la dedicación y el sacrificio del dios encarnado puede seguirse en los textos de las pirámides», que datan de 2700 a.n.e.

* Eliano nos habla de la corona de oro de Pitágoras, de su túnica y sus pantalones blancos. Algunos estudiosos han interpretado que era la indumentaria tradicional de un poeta jonio, pero W. Burkert, 1972, p. 1650 señala que «exactamente con la misma indumentaria, el dios más alto, señor de la muerte y la resurrección, aparece en la «liturgia de Mitra». Es probable pues, que la descripción del atuendo de Pitágoras tenga por objeto presentarlo como iniciado. G. D'Alviella, 1981, p. 114, dice que era el vestido tradicional de los iniciados en los misterios y que más adelante lo llevarían los catecúmenos cristianos al bautizarse.

* Véanse Jámblico, *Vida de Pitágoras*, y Porfirio, *Vida de Pitágoras*, en *The History of Philosophy*. Los seguidores de Pitágoras fundaron comunidades religiosas dedicadas a la «vida órfica» en el sur de Italia en el siglo VI a.n.e. Hombres y mujeres eran admitidos en términos de igualdad, se compartían todos los bienes y los neófitos hacían un voto de silencio que duraba cinco años. Los pitagóricos se levantaban al amanecer para rendir culto al sol naciente, pasaban el día entregados al estudio filosófico y las prácticas religiosas, y durante la cena en común se leían las escrituras sagradas. Eran vegetarianos estrictos, vestían de blanco y practicaban el celibato. Estas costumbres recuerdan claramente las de los monasterios medievales, pero esta semejanza no es casual. San Antonio, el fundador del primer monasterio cristiano, era pitagórico y creó su comunidad monástica tomando por modelo las comunidades pitagóricas de Crotona, en el sur de Italia.

* Osiris-Dioniso es el nombre que más útil resulta para comprender la naturaleza del dios hombre místico. Herodoto afirma que los ritos de Dioniso se derivan de los de Osiris y que «Osiris es Dioniso». En el siglo I a.n.e., Diodoro lo confirma diciendo: «El Rito de Osiris es el mismo que el de Dioniso y el de Isis se parece mucho al de Deméter; sólo los nombres se han intercambiado...»

CAPÍTULO - 3

IMITACIÓN DIABÓLICA

Habiendo oído proclamar por medio de los profetas que Cristo iba a venir y que los impíos entre los hombres serían castigados con el fuego, los malos espíritus propusieron a muchos para que los llamaran Hijos de Dios, pues tenían la impresión de que podrían producir en los hombres la idea de que las cosas que se dijeron acerca de Cristo eran meramente cuentos maravillosos, como las cosas que decían los poetas.

JUSTINO MÁRTIR

Aunque, por regla general, hoy día se desconocen las notables semejanzas que existen entre los mitos de Osiris-Dioniso y la supuesta «biografía» de Jesucristo, en los primeros siglos de nuestra era resultaban obvias tanto para los paganos como para los cristianos. El filósofo y satírico pagano Celso criticó a los cristianos porque pretendían hacer pasar la historia de Jesús como una nueva revelación cuando en realidad era una imitación inferior de mitos paganos. Celso pregunta:

¿Son estos sucesos distintivos exclusivos de los cristianos, y, si lo son, qué los hace exclusivos? ¿O los nuestros deben considerarse mitos mientras que hay que creer en los suyos? ¿Qué razones dan los cristianos para explicar el carácter distintivo de sus creencias? La verdad es que no hay nada extraordinario en lo que creen los cristianos, excepto que creen en ello con exclusión de verdades más exhaustivas sobre Dios.

Estas críticas resultaban muy dolorosas para los primitivos cristianos. ¿Cómo podían unos mitos paganos que se adelantaron al cristianismo en cientos de años tener tantas cosas en común con la biografía de Jesús, el salvador único? Los Padres de la Iglesia, que buscaban desesperadamente una explicación, recurrieron a una de las teorías más absurdas que jamás se hayan propuesto. A partir de la época de Justino Mártir, en el siglo II, ¡declararon que el diablo había plagiado el cristianismo por anticipado con el fin de llevar a los hombres por el mal camino! A sabiendas de que el verdadero Hijo de Dios vendría realmente a la Tierra, el diablo había copiado la historia de su vida antes de que ésta se hiciese realidad y había creado los mitos de Osiris- Dioniso.

El Padre de la Iglesia Tertuliano hace referencia a la «imitación diabólica» que llevó a cabo el diablo al crear los misterios de Mitra y escribe:

El diablo, cuya tarea es pervertir la verdad, imita las circunstancias exactas de los Divinos Sacramentos. Bautiza a sus creyentes y promete el perdón de los pecados desde la Fuente Sagrada y de esta manera los inicia en la religión de Mitra. Así celebra la oblación del pan e introduce el símbolo de la resurrección. Reconozcamos, pues, la arteria del diablo, que copia ciertas cosas de aquellas que son Divinas.

Al estudiar los mitos de los misterios, resulta obvio por qué estos primitivos cristianos echaron mano de una explicación tan desesperada. Aunque no hay ni un solo mito pagano que sea totalmente análogo a la historia de Jesús, los temas míticos que constituyen la historia del dios hombre judío ya existían desde hada varios siglos en las diversas historias que se contaban de Osiris-Dioniso y sus más grandes profetas. Hagamos un viaje por la «biografía» de Jesús y examinemos algunas de estas extraordinarias coincidencias.

EL HIJO DE DIOS

Pese a que el cristianismo afirma que Jesús es el «unigénito Hijo de Dios», también Osiris-Dioniso, en sus múltiples formas, es aclamado como el Hijo de Dios. Jesús es el Hijo de Dios, pero es igual al Padre. Dioniso es el «hijo de Zeus, con toda su divina naturaleza, sumamente terrible aunque muy bondadoso con el género humano». Jesús es «Dios de Dios». Dioniso es «¡Señor Dios de Dios nacido!».

Jesús es Dios en forma humana. San Juan se refiere a Jesús diciendo «Y el Verbo se hizo carne». San Pablo explica que Dios envió «a su propio Hijo en una carne semejante a la del pecado». Dioniso también era conocido por el nombre de Baco, de ahí el título de la obra de Eurípides *Las bacantes*, cuyo personaje principal es Dioniso. En esta obra, Dioniso explica que ha envuelto a su «dios hombre en una forma mortal» con el fin de hacerlo «manifiesto a los mortales». Dice a sus discípulos: «Por esto he cambiado mi forma inmortal y he tomado la semejanza del hombre».

Al igual que Jesús, en muchos de sus mitos el dios hombre pagano nace de una madre virgen mortal. En el Asia Menor, la madre de Atis es la virgen Cibeles. En Siria, la madre virgen de Adonis se llama Mirra. En Alejandría, Eón nace de la virgen Koré. En Grecia, Dioniso nace de una virgen mortal, Sémele, que desea ver a Zeus en toda su gloria y queda embarazada de forma misteriosa por obra de uno de los rayos de Zeus. Decía una tradición popular, que aparece en el texto no canónico más citado del cristianismo primitivo, que Jesús pasó sólo siete meses en el vientre de María. El historiador pagano Diodoro relata que también se decía de la madre de Dioniso, Sémele, que había tenido un embarazo de sólo siete meses.

Justino Mártir reconoce las similitudes entre el nacimiento virginal de Jesús y la mitología pagana, y escribe: «Al decir que el Verbo nació para nosotros sin

unión sexual, como Jesucristo nuestro maestro, no afirmamos nada que no se diga de los llamados “hijos de Zeus”».

En ninguna parte se cultivó más el mito del «Hijo de Dios» que en Egipto, la antigua tierra de los misterios. Hasta el cristiano Lactancio reconoció que el legendario sabio egipcio Hermes Trismegisto había «llegado de algún modo a la verdad, porque sobre Dios Padre lo había dicho todo, y sobre el Hijo». En Egipto, durante miles de años, se había considerado que el faraón encarnaba al dios hombre Osiris y se le había alabado en himnos como el Hijo de Dios. Un egiptólogo eminente escribe: «Cada faraón tenía que ser el Hijo de Dios, nacido de una madre humana con el fin de ser el Dios encarnado, el dador de fertilidad a su país y su pueblo».

En muchas leyendas los grandes profetas de Osiris-Dioniso se presentan también como salvadores e hijos de Dios. Se decía de Pitágoras que era el hijo de Apolo y de una mujer mortal llamada Partenis, cuyo nombre proviene de la palabra *parthenos*, que significa «virgen». También se creyó, después de su muerte, que Platón era hijo de Apolo. Filóstrato relata en su biografía de Apolonio que al gran sabio pagano se le consideraba «hijo de Zeus». De Empédocles se pensaba que era un dios hombre y salvador que había bajado a este mundo para ayudar a las almas confundidas, convirtiéndose «en una especie de loco que llamaba a la gente a grito pelado y la instaba a rechazar este reino y lo que hay en él para volver a su mundo original, sublime y noble».

Algunos temas místicos de los misterios incluso se asociaron con emperadores romanos que, por razones políticas, cultivaron leyendas sobre su naturaleza divina que los vincularan a Osiris-Dioniso. A Julio César, que ni siquiera creía en la inmortalidad del hombre, se le aclamaba como «Dios puesto de manifiesto, el salvador común de toda vida humana». Su sucesor, Augusto, era igualmente el «salvador de la raza humana universal»; y en un retablo, hasta al tiránico Nerón se le llama «Dios el libertador eterno».

En 40 a.n.e. el poeta e iniciado romano Virgilio, inspirándose en los mitos místicos, escribió una «profecía» mística según la cual una virgen daría a luz un niño divino. En el siglo IV d.n.e. los cristianos literalistas afirmarían que predijo la venida de Jesús, pero en su momento se interpretó que este mito se refería a Augusto, del que se decía que era «hijo de Apolo», predestinado a gobernar la Tierra y traer paz y prosperidad. En su biografía de Augusto, Suetonio presenta una serie de «señales» que indican la naturaleza divina del emperador. Una autoridad actual escribe:

Hay entre ellas algunas semejanzas notables con lo que dicen los evangelios sobre el nacimiento de Cristo. De forma absurda e inverosímil, se supone que el Senado decretó la prohibición de criar bebés romanos varones en el año del nacimiento de Augusto porque un presagio indicó que había nacido un rey de Roma. Además de esta matanza de inocentes, se nos ofrece una Anunciación: su madre, Aria, soñó durante una visita al templo de Apolo que recibía los favores de dios bajo la forma de una serpiente; Augusto nació nueve meses después.

Una inscripción realizada en la época en que se supone que vivió Jesús reza:

Este día ha dado a la Tierra un aspecto totalmente nuevo. El mundo hubiera sido destruido de no haber sido por la bendición del que ha nacido ahora. Bien juzga quien reconoce en este nacimiento el principio de la vida; ha terminado la época en que los hombres se compadecían de sí mismos por haber nacido. De ningún otro día recibe el individuo o la comunidad tanto beneficio como de este natalicio, lleno de bendiciones para todos. La Providencia que todo gobierna ha colmado a este hombre de dones para la salvación del mundo y lo ha designado salvador nuestro y de las generaciones venideras; a las guerras pondrá fin, y lo instaurará todo dignamente.

Con su aparición se cumplen las esperanzas de nuestros antepasados; no sólo ha superado las buenas obras de tiempos anteriores, sino que es imposible que alguna vez pueda aparecer uno más grande que él. El nacimiento de Dios ha traído al mundo buenas nuevas que están vinculadas a él. A partir de su nacimiento empieza una nueva era.

Pero no se trata de una celebración cristiana del nacimiento de Jesús. Ni tan siquiera es un panegírico en alabanza del dios hombre misterioso. Es en honor a Augusto. Resulta claro que estos temas míticos ya eran tan comunes en el siglo I a.n.e. que se utilizaban para inventar leyendas que tuvieran utilidad política para un emperador vivo.

Celso hace una lista de figuras a las que, de modo parecido, la leyenda atribuye un origen divino y un nacimiento milagroso, y acusa al cristianismo de utilizar claramente mitos paganos «al inventar la historia del nacimiento virginal de Jesús». Desprecia a los cristianos que interpretan este mito como un hecho histórico y considera evidentemente absurda la idea de que Dios pudiera realmente engendrar un hijo en una mujer mortal.

LA NATIVIDAD

Del mismo modo que los cristianos celebran la natividad de Jesús, los iniciados en los misterios celebraban el nacimiento de Osiris-Dioniso, que era «el maravilloso Hijo de Dios, el Misterio», y «el del nacimiento milagroso». El Padre de la Iglesia Hipólito nos habla de la fuerte voz del hierofante de los misterios eleusinos que, «chillando», proclama el nacimiento divino. Un clasicista moderno escribe:

El niño místico de Eleusis nació de una doncella; los antiguos formularon el dogma sagrado que dice: «La virgen concebirá, y dará a luz un hijo», y de noche se anunció: «Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos es dado».

Se decía que al nacer Osiris, una voz proclamó: «El Señor de toda la Tierra ha nacido». Un antiguo himno egipcio proclama: «Tú, divino hombre-niño, Rey de la Tierra, Príncipe del Infierno». Otro glorioso poema egipcio, que recuerda a muchas canciones navideñas de los cristianos, afirma exultante:

*¡Ha nacido! ¡Ha nacido! ¡Oh venid y adoradle!
Madres que dan vida, las madres que le alumbraron,
estrellas del firmamento que el amanecer adornan.
Antepasados, vosotros, del Lucero del Alba.
Mujeres y hombres, oh venid a adorar
al hijo que ha nacido de noche.*

*¡Ha nacido! ¡Ha nacido! ¡Oh venid y adoradle!
Moradores del Duat, alegraos ante Él,
dioses de los cielos, acercaos y contempladle,
gentes de la Tierra, ¡oh venid y adoradle!
Inclinaos ante Él, arrodillaos ante Él,
el rey que ha nacido de noche.*

*¡Ha nacido! ¡Ha nacido! ¡Oh venid y adoradle!
Joven como la Luna por su fulgor y sus cambios,
por los cielos deambulan Sus pasos,
estrellas que nunca descansáis y nunca os ponéis,
¡Adorad al hijo engendrado por el propio Dios!
¡Cielo y Tierra, oh venid y adoradle!
¡Inclinaos ante Él, arrodillaos ante Él!
¡Rendidle culto, adoradle, postraos ante Él!
Dios que ha nacido de noche.*

Jesús nace en un humilde establo. En los misterios de Dioniso, se celebraba un matrimonio sagrado, del cual nacería el niño divino, en el *boukolion* o «boyeriza». No obstante, la palabra que suele traducirse por «establo» en los evangelios es *katalema*, que significa literalmente «refugio temporal» o «cueva».

Una tradición muy extendida en los primeros tiempos del cristianismo decía que Jesús nació en una cueva.

Esta imagen es muy antigua. La cueva es el vientre de la madre Tierra. Había cuevas consagradas al dios griego Pan, otro nombre de Dioniso, en todo el mundo antiguo. Se decía que Mitra, el dios hombre persa, había nacido en una cueva. Zeus (el padre mitológico de Dioniso) nació en una cueva de Creta. Según los mitos órficos, Dioniso también nació en una cueva, donde fue entronizado inmediatamente como «Rey del Mundo».

El Jesús que acaba de nacer recibe la visita de los «tres Sabios» y de tres pastores. En realidad, los evangelios llaman a los «tres Sabios» los «Magos», que eran seguidores de Mitra, el dios hombre del misterio persa. Su nacimiento

se celebra el 25 de diciembre: exactamente la misma fecha en que se celebra el nacimiento de Jesús. ¡Incluso se decía que tres pastores habían sido testigos del nacimiento de Mitra!

Los Magos traen presentes para Jesús: oro, incienso y mirra. El sabio pagano Empédocles habla de adorar a Dios con «ofrendas de mirra e incienso sin mezclar, arrojando también al suelo libaciones de dorada miel». La mirra se usaba como incienso sagrado durante la fiesta de Adonis. En algunos mitos se afirmaba que Adonis había nacido del árbol de la mirra. En otros, su madre se llama Mirra.

Jesús, según decían, había nacido en la pequeña ciudad de Belén. El nombre de «Belén» significa «La casa del pan». San Jerónimo señala un detalle intrigante: Belén se encontraba a la sombra de un bosquecillo consagrado al dios hombre misterioso Adonis, ¡al que se consideraba dios del trigo y que era representado por el pan!

Los tres Sabios siguen una estrella hasta que encuentran a Jesús en Belén. En la antigua Antioquía, los misterios de Adonis se celebraban gritando que «la Estrella de la Salvación ha amanecido en Oriente». Se trataba del lucero del alba, que en realidad es el planeta Venus. Venus es uno de los nombres de la diosa que ciertos mitos presentan como consorte de Osiris-Dioniso. En Egipto se llamaba Isis. Durante milenios se la asoció con la luminosa estrella Sirio, situada a los pies de la constelación de Orión, que representaba a Osiris. Todos los años, la primera aparición de Sirio era un augurio que anunciaba la crecida de las aguas del Nilo, asociada con el poder renovador de Osiris. La estrella predecía así la venida del Señor.

San Epifanio nos dice que en Alejandría el nacimiento de Osiris-Dioniso como Eón se celebraba el 6 de enero. La noche anterior llenaban el templo el sonido de las flautas y los cánticos, que alcanzaban su apogeo al rayar el alba. Entonces los participantes entraban a la luz de las antorchas en un santuario subterráneo del cual sacaban una imagen del dios tallada en madera y con «el signo de la cruz en las manos, las rodillas y la cabeza». El momento culminante de esta celebración misteriosa llegaba cuando se anunciaba que «A esta hora del día de hoy la virgen Koré ha dado a luz a Eón».

Esta coincidencia debió de dejar perplejo a san Epifanio porque, al igual que muchos cristianos primitivos, celebraba en la misma fecha, el 6 de enero, el nacimiento de Jesús, como hoy día sigue celebrándolo la Iglesia Armenia. ¡Sólo Dios sabe cómo interpretaría «el signo de la cruz en las manos, las rodillas y la cabeza» de la imagen!

En los primeros tiempos del cristianismo hubo una gran polémica sobre si el nacimiento de Cristo fue el 25 de diciembre o el 6 de enero. ¿Se debía a que nadie se acordaba? ¿O era debido sencillamente a que los cristianos primitivos no estaban seguros de si debían sincronizarlo con el nacimiento de Mitra o con el de Eón, que eran representaciones diferentes del eterno dios hombre misterioso?

Estas fechas no se eligieron de forma arbitraria. En otro tiempo ambas eran las fechas del solsticio de invierno, el día más corto, que señala el cambio de signo del año y el retorno del sol vivificador. Debido a la precesión de los equinoccios, esta fecha cambia ligeramente al cabo de un tiempo. Así, aunque el solsticio se trasladó de manera progresiva del 6 de enero al 25 de diciembre, algunas tradiciones continuaron celebrándolo en la noche consabida. En la actualidad acaece alrededor del 22 de diciembre. La celebración anual de la natividad del dios hombre misterioso conmemoraba la muerte del año viejo y su milagroso renacimiento como el año nuevo en la fecha del solsticio.

Osiris-Dioniso representaba el Sol y viceversa, y el Sol también representaba a Jesús, a quien el Padre de la Iglesia Clemente de Alejandría llama «Sol de Justicia». Para equilibrar las cosas, el nombre de Sémele, la madre virgen de Dioniso, se deriva de Selene, la diosa virgen que personifica la Luna. El ángel Gabriel que se aparece a María para anunciarle el nacimiento de Jesús también se equiparaba con la Luna.

EL BAUTISMO

La misión de Jesús empieza cuando es bautizado por Juan Bautista. Joseph Campbell y otros mitólogos han visto antiguos temas mitológicos detrás de esta historia. Campbell escribe:

El rito del bautismo era antiguo y provenía de la vieja ciudad sumeria de Eridú, del dios del agua Ea, «Dios de la Casa del Agua». En el período helenístico, Ea era llamado Oannes, que en griego es Ioannes; en latín, Johannes; en hebreo, Yohanan; en inglés, John. En vista de ello, varios estudiosos han sugerido que nunca existieron Juan ni Jesús, sino sólo un dios del agua y un dios del Sol.

Al examinar la historia de Juan Bautista y la de Jesús, parece claro que nos encontramos en territorio mitológico. Las dos historias se reflejan mutuamente a la perfección. Ambas hablan de nacimientos milagrosos. Juan nace de una mujer vieja. Jesús nace de una mujer joven. La madre de Juan es estéril. La madre de Jesús no es fecundada. Juan nace en el solsticio de verano, cuando el sol empieza a menguar. Jesús nace seis meses después, en el solsticio de invierno, cuando el sol empieza a crecer otra vez: de ahí que el Bautista, refiriéndose a Jesús, diga: «Es preciso que él crezca y que yo disminuya». Juan nace bajo el signo de Cáncer, que para los antiguos representaba la puerta que cruzaban las almas al salir de la encarnación y entrar en la inmortalidad. Juan bautiza con agua, y Jesús, con fuego y espíritu. El nacimiento de Jesús se celebra en la fiesta pagana del Sol que retorna, el 25 de diciembre; el de Juan Bautista se celebra en junio y sustituye una fiesta pagana del agua que se celebraba en el solsticio de verano.

El bautismo era un rito fundamental en los misterios. Ya en los himnos

homéricos se dice que la pureza ritual era la condición para alcanzar la salvación y que se bautizaba a las personas para borrar todos sus pecados anteriores. En los Textos de las Pirámides vemos que el faraón egipcio era objeto de un bautismo ceremonial antes de que tuviera lugar su nacimiento ritual como encarnación de Osiris. En algunos ritos místicos el bautismo se simbolizaba simplemente rociando con agua bendita. En otros implicaba la inmersión total. Se han encontrado piscinas bautismales en salones de iniciación y santuarios. En Eleusis los iniciados se purificaban ritualmente en el mar. En la ceremonia de su iniciación, tras una plegaria confesional, Lucio Apuleyo recibió un baño purificador, y después fue bautizado siendo rociado con agua. En los misterios de Mitra se bautizaba varias veces a los iniciados para borrar sus pecados. Estas iniciaciones tenían lugar en marzo o abril, exactamente en la misma época en que, en siglos posteriores, también los cristianos bautizarían a las personas que se habían convertido, los llamados «catecúmenos».

Los parecidos entre los ritos cristianos y los paganos eran obvios a ojos de los cristianos primitivos. Tertuliano nos dice: «En ciertos misterios las personas se inician por medio del bautismo e imaginan que el resultado de este bautismo es la regeneración y la remisión de las penas por sus pecados».

Según san Pablo, en un bautismo consistente en la inmersión total hay tres acciones simbólicas. Entrar en el agua significa la muerte, la inmersión representa la sepultura y salir de ella, la resurrección. Esta interpretación alegórica del bautismo concuerda por completo con los ritos místicos, que también representaban la muerte y la resurrección místicas. En la Iglesia primitiva, se vestía a los recién bautizados con túnicas blancas, se les daba un nombre nuevo y se les ofrecía miel para que la comiesen. De la misma manera, en los misterios de Mitra, a los iniciados que «renacían» espiritualmente les echaban miel en las manos y se la aplicaban en la lengua, como se acostumbraba a hacer con los niños recién nacidos.

Las descripciones que hacen los autores cristianos del bautismo de su religión son muy difíciles de distinguir de las descripciones paganas del bautismo místico. Los iniciados cristianos iban al bautismo desnudos, y luego, al salir del agua, se ponían prendas blancas y caminaban en procesión hasta una basílica llevando una vela en la mano y una corona en la cabeza. Esto es idéntico a la procesión de los misterios de Dioniso en Eleusis, donde los iniciados vestían de blanco, llevaban una corona en la cabeza, portaban una antorcha en la mano y caminaban hasta el santuario cantando himnos. Justino Mártir se sintió profundamente turbado al observar las analogías entre los ritos bautismales cristianos y los paganos. Una vez más recurrió al argumento de la «imitación diabólica» y dijo que los malvados demonios habían instigado una parodia del bautismo cristiano en los ritos paganos.

En los misterios, con todo, la purificación por el bautismo no la efectuaba sólo el agua, sino también el aire y el fuego. Lucio Apuleyo nos dice que antes de que lo considerasen digno de acercarse a la divinidad tuvo que «viajar a través de todos los elementos». Escribe Servio:

Toda purificación se efectúa o bien por el agua o por el fuego o por el aire; así pues, en todos los misterios encuentras estos tres métodos para purificar. O bien te desinfectan con azufre ardiente o te lavan con agua o te ventilan con viento; esto último es lo que se hace en los misterios dionisiacos.

Los evangelios también hablan de un bautismo en el que intervienen tres elementos. En el evangelio de Mateo, Juan Bautista predice la venida de Jesús:

Yo os bautizo en agua para conversión; pero aquel que viene detrás de mí es más fuerte que yo, y no soy digno de llevarle las sandalias. Él os bautizará en aliento santo y fuego. En su mano tiene el biello y va a limpiar su era: recogerá su trigo en el granero, pero la paja la quemará con fuego que no se apaga.

En esta traducción, el conocido término «espíritu santo» se traduce correctamente del original griego por «aliento santo», que resalta claramente la idea del bautismo por medio de aire. Juan nos dice que Jesús empuñará un biello, que es un instrumento que se utiliza para aventar el trigo. En los misterios de Eleusis se usaba el biello en el bautismo por medio del aire. En las pinturas de los jarrones y en otras partes, los iniciados aparecen cubiertos con un velo y sentados mientras alguien agita un biello por encima de sus cabezas. Dioniso era conocido por el apodo de «el del Biello». Se decía que al nacer lo habían acunado en uno de estos instrumentos, al igual que se hacía de forma simbólica con el iniciado cuando renacía espiritualmente.

De la misma forma que un iniciado en los misterios paganos renacía mediante la purificación por aire, Jesús promete el renacimiento por medio del aliento. En el evangelio de Juan, Nicodemo pregunta: «¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?». Respondió Jesús:

En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de aliento no puede entrar en el reino de Dios. Lo nacido de la carne es carne; lo nacido del aliento es aliento. No te asombres de que te haya dicho: «Tenéis que nacer de lo alto». El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Así es todo el que nace del aliento.

LOS MILAGROS

El primitivo cristiano egipcio Basíledes creía que Jesús fue bautizado el 6 de enero, fecha en la que desde hacía siglos se celebraba en Egipto «el día de Osiris». Algunos cristianos conmemoraban en esta fecha el día en que Cristo «santificó el agua». Ofrecían plegarias en la medianoche del 5 de enero y luego corrían todos con cántaros hasta un río en busca de agua, que ahora creían que era santa y poseía la facultad de purificar. Durante cientos de años antes de Cristo, los egipcios habían hecho exactamente lo mismo y exactamente a la

misma hora. Decían que en la noche del 5 de enero las aguas del Nilo adquirían facultades milagrosas por la gracia de Osiris. Los egipcios recogían esta agua en cántaros y la guardaban en sus casas para defenderse de todos los males.

Existía también la creencia de que en la noche del 5 de enero Dioniso transformaba milagrosamente el agua en vino. Según Plinio, en el Templo de Dioniso de la isla de Andros brotó un chorro de vino durante siete días; pero si se sacaban muestras del santuario, el vino se convertía inmediatamente en agua. También nos dicen que en Naxos manó de forma milagrosa vino fragante de un manantial.

Durante la fiesta griega llamada Thia, se pusieron en una habitación, en presencia de ciudadanos y de extranjeros, tres cuencos vacíos. Luego cerraron con llave y precintaron la habitación, y quien quiso puso su propio precinto en la puerta. Al día siguiente, los precintos estaban intactos, pero los tres cuencos aparecieron milagrosamente llenos de vino. Pausanias nos asegura que tanto los ciudadanos como los extranjeros habían declarado bajo juramento que el informe decía la verdad.

Según la mitología, el milagro de transformar agua en vino tuvo lugar por primera vez en las bodas de Dioniso y Ariadna. El mismo milagro se atribuye a Jesús en las bodas de Caná. En el siglo IV d.n.e. san Epifanio relata milagros parecidos que todavía suceden el 6 de enero y afirma haber bebido el vino que manaba de un manantial. Pero no atribuye los milagros a Dioniso, sino a Jesús. Epifanio dice que estos milagros ocurrían «a la hora en que Jesús ordenó que llevaran el agua al amo de la fiesta y la transformó en vino».

Otros milagros de Jesús se atribuían también al dios hombre pagano. Decían que Asclepio, de quien era seguidor Hipócrates, el «padre de la medicina», había curado enfermos y resucitado muertos. Asclepio era apodado «el amante de los hombres». Era habitual que las maravillas de Asclepio se comparasen con los milagros de Jesús en los escritos paganos contra los cristianos. Los primitivos cristianos respondían diciendo que Jesús era un médico más grande que el gran Asclepio. El pagano Celso y el cristiano Orígenes discutían con igual convicción en torno a los méritos relativos de los dos salvadores, Asclepio y Jesús. Los primitivos cristianos se apropiaron de gran número de inscripciones dedicadas a Asclepio por el sencillo procedimiento de cambiar su nombre por el de Jesús.

Muchos de los grandes profetas de Osiris-Dioniso tenían fama de ser hombres que iban de un lugar a otro obrando milagros y protagonizando exactamente las mismas hazañas sobrenaturales que se atribuían al taumaturgo itinerante Jesús. Pitágoras era especialmente famoso por sus milagros. Decían de él que, al igual que Jesús, había llevado a cabo muchas curaciones, y mientras iba de ciudad en ciudad corría la voz de que llegaría «no para enseñar, sino para curar». En su *Vida de Pitágoras*, Jámblico afirma que entre los innumerables milagros de Pitágoras estaba el de «apaciguar las olas de los ríos y los mares para que sus discípulos pudieran pasar por encima de ellas más fácilmente». Según el Evangelio de Marcos, Jesús obra el mismo

milagro en beneficio de sus discípulos en el mar de Galilea. Es claro que este milagro formaba parte de las biografías legendarias de muchos taumaturgos paganos, toda vez que Jámblico añade: «Adquirieron la facultad de hacer milagros de esta clase Empédocles de Agrigento, Epiménides el Cretense y Abaris el Hiperbóreo, y los hicieron en muchos lugares».

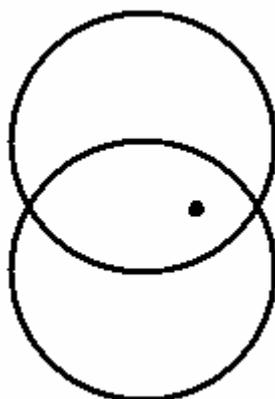
En el Evangelio de Juan, Jesús ayuda milagrosamente a sus discípulos a conseguir una buena pesca. Esta proeza sobrenatural también la llevó a término Pitágoras según una leyenda que recoge Porfirio. Pitágoras predijo milagrosamente el número exacto de peces que se pescarían, pero el relato no especifica dicho número. En el episodio del evangelio, Jesús no hace ninguna predicción en este sentido, pero se nos dice que la pesca asciende exactamente a 153 peces. A primera vista, parece un hecho sin importancia que el autor del evangelio incluyó sólo para dar más dramatismo al relato. Pero los estudiosos han concluido que se menciona de forma deliberada y es sumamente significativo.

Es probable que el número de peces que Pitágoras predijo que se pescarían fuera exactamente de 153. Los pitagóricos eran famosos por su conocimiento de las matemáticas y el 153 era un número sagrado para ellos. Se usa en una proporción matemática, que Arquímedes denominó «la medida del pez», para producir el símbolo místico de la *vesica piscis* o «signo del pez»: la intersección de dos círculos que produce una forma que parece un pez. Era un antiguo símbolo pitagórico que los primitivos cristianos usaban para representar su fe. El hecho de que este símbolo místico del pez pueda producirse a partir del número de peces que se pescaron según la crónica del milagro de Jesús sugiere claramente que se trata de una adaptación del milagro de Pitágoras y que este relato de un milagro encerraba de forma cifrada fórmulas geométricas sagradas.

Empédocles, discípulo de Pitágoras, era otro taumaturgo itinerante. Al igual que Pitágoras y Jesús, se proclamaba dios hombre y se presentaba ante la gente de Acragas como «dios inmortal que ha dejado de ser mortal». Tenía muchos seguidores que lo adornaban con cintas y le pedían milagros. Al igual que Jesús, decían de él que conocía el futuro. Como Jesús, enseñaba verdades espirituales y curaba enfermedades. Le llamaban «el Apaciguador del Viento» y, del mismo modo que Jesús, «podía dominar el viento y la lluvia». Aseguraba a sus discípulos que sus enseñanzas les permitirían sacar del infierno la fuerza vital de un hombre que hubiese muerto. Decían de Empédocles que había resucitado a una mujer que llevaba muerta treinta días, del mismo modo que, quinientos años más tarde, dirían que Jesús había resucitado a Lázaro.

Apolonio de Tiana era otro dios hombre itinerante que curaba enfermos, predecía el futuro y resucitaba muertos. Se decía que, aunque no estaba presente en el lugar donde ocurrió el milagro, había devuelto la vida a la hija de un cónsul romano exactamente de la misma manera que, según dicen, Jesús devolvió la vida a la hija de Jairo, un jefe de sinagoga, sin visitada siquiera. Al igual que Jesús, Apolonio exorcizaba los malos espíritus. Incluso cuenta que presencié un milagro parecido a la «alimentación de los cinco mil» por parte de

Jesús, proeza sobrenatural que Celso declara que es una «ilusión» que llevaron a cabo muchos hombres santos. Sin embargo, al igual que Jesús, que afirma que un profeta nunca es bien recibido en su propia patria, los hombres divinos de las leyendas paganas suelen ser rechazados por sus compatriotas. Apolonio de Tiana escribe en una carta: «¿Qué tiene de extraño que, mientras otros hombres me consideran igual a Dios, mi propia patria, hasta ahora, no me haga caso?»



El signo del pez es ampliamente utilizado en la actualidad como símbolo del cristianismo, pero tuvo su origen en la geometría sagrada pagana. Dos círculos, que simbolizan el espíritu y la materia, se unen en sagrado matrimonio. Cuando la circunferencia de uno alcanza el centro del otro se combinan para producir la forma de pez llamada *vesica piscis*. La relación entre la altura y la longitud de esta forma es 153:265, fórmula a la que Arquímedes, en el siglo III a.n.e., denominó la «medida del pez». Es un potente instrumento matemático, pues es la expresión del número entero que más se aproxima a la raíz cuadrada de tres y la proporción predominante del triángulo equilátero.

Los evangelios nos dicen que en una ocasión Jesús exorcizó los demonios de un hombre que se llamaban a sí mismos «legión», porque eran «como dos mil». Jesús hace que los demonios entren en una gran pira de cerdos que se precipita en el mar por un despeñadero y perece ahogada. Exactamente el mismo tema se encuentra en los ritos de los misterios de Eleusis. Como parte de la ceremonia de purificación previa, unos dos mil iniciados se bañaban en el mar con lechones. Por medio de este ritual del baño todo el mal entraba en los cerdos, que luego eran sacrificados, como símbolo de las impurezas de los propios iniciados, persiguiéndolos hasta que se despeñaban por un abismo.

Hasta el milagro pentecostal de «hablar en lenguas» aparece prefigurado en el mito pagano. Después de la muerte de Jesús, los discípulos empezaron a hablar milagrosamente en lenguas extrañas que las otras personas oían como su propia lengua nativa. El mismo fenómeno se había producido siglos antes en Trofonio y Delos, donde a algunas personas les pareció que las sacerdotisas de los oráculos hablaban de forma ininteligible mientras que otras las oían hablar en sus diversas lenguas nativas. Burkert, uno de los principales

estudiosos actuales de los clásicos asevera que estos milagros paganos y cristianos «con razón se han comparado».

Los cristianos afirmaban que los milagros de Jesús demostraban que, como decía él, era el hijo único de Dios. Celso, que pensaba que esto era sencillamente ridículo, nos dice: «En todas partes y en todas las épocas han ocurrido milagros y maravillas», y cita una lista de sabios y dioses-hombre paganos que se hicieron famosos porque obraban milagros. La respuesta habitual de los cristianos a estas críticas de los paganos consistía en afirmar que mientras que los milagros de Jesús eran la prueba de su divinidad, los milagros paganos eran obra del diablo. Celso replica con indignación: «¡Dios Santo! ¿No es un argumento estúpido basarse en los mismos hechos para considerar que un hombre es un dios mientras que sus rivales son simples "hechiceros"?».

EL DIOS HOMBRE Y SUS DISCÍPULOS

Jesús se rodea de doce discípulos, lo cual suele interpretarse como símbolo de las doce tribus de Israel. Sin embargo, las doce tribus son una referencia simbólica a los doce signos del zodiaco de la astrología babilónica, que los judíos adoptaron durante su exilio en Babilonia. El zodiaco era un símbolo importantísimo en el mundo pagano. Osiris-Dioniso aparece simbolizado como el inmóvil centro espiritual de la rueda giratoria que representan los doce signos. Como Mitra, Dioniso, Eón y Helio, aparece con frecuencia en el centro del zodiaco que da vueltas. Durante la ceremonia de iniciación en los misterios de Mitra, doce discípulos rodeaban al dios hombre, justamente igual que en el caso de Jesús. Los discípulos de Mitra iban disfrazados de signos del zodiaco y daban vueltas alrededor del iniciado, que representaba al propio Mitra.

El círculo de doce elementos alrededor de uno situado en el centro procede de la geometría sagrada y tenía un profundo significado místico para los seguidores de Pitágoras. Los pitagóricos, que en el mundo antiguo eran famosos por su conocimiento de las matemáticas, concebían a Dios como una esfera perfecta.

Los antiguos descubrieron que si una esfera está rodeada de otras que tienen exactamente las mismas dimensiones, de tal modo que todas las esferas estén en contacto unas con otras, el número de esferas que rodean a la del centro es exactamente doce. En la imagen del dios hombre y sus doce discípulos están cifradas estas enseñanzas de la geometría sagrada.

Leemos en los evangelios que al principio los discípulos no reconocen a Jesús como el Hijo de Dios, pero que luego Jesús se transfigura ante Pedro, Juan y Santiago y se les revela en toda su gloria divina. También Dioniso, en *Las bacantes* de Eurípides, aparece primero ante sus discípulos como hombre

santo itinerante, pero luego se transfigura gloriosamente. Al percibir su verdadera divinidad, los discípulos exclaman: «¡Pero mirad! ¿Quién es este que se alza por encima de la puerta de palacio? Es él, Dioniso, que ha venido en persona, ya sin disfrazarse de mortal, ¡sino en la gloria de su divinidad!».

A ojos de sus discípulos, Jesús es el salvador. También Dioniso es «El que vino a traer la salvación»; sus seguidores le llaman diciendo: «Ven, salvador» y en *Las bacantes*, llenos de gozo, exclaman: «¡Estamos salvados! ¡Oh, qué alegría oír cómo suena tu llamada báquica! Estábamos completamente solos, abandonados; has venido y nos alegramos».

Durante su misión Jesús es atacado por su conducta aparentemente licenciosa. En el Evangelio de Lucas reprocha a «los hombres de esta generación» porque primero condenan a Juan Bautista, «que ni comía pan ni bebía vino», diciendo que «demonio tiene», y luego condenan también al «hijo del hombre» por ser «un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores». También a los seguidores de Dioniso les acusaban con frecuencia de estar poseídos y de comportarse de forma licenciosa. Sus «orgías» eran vergonzosas, aunque en realidad el aspecto sexual de las mismas no era mayor que el del «ágape» que celebraban los primeros cristianos. Al igual que Jesús, Dioniso viene «comiendo y bebiendo», pero trae un mensaje profundamente espiritual para las personas corrientes. Era un dios de la embriaguez divina y un «dios del pueblo» al que frecuentemente vilipendiaban y temían las autoridades religiosas y seculares, justamente como Jesús. Con todo, había también en los misterios una vertiente más ascética que podía compararse con la austeridad de Juan Bautista. El modelo de la tradición monástica del cristianismo primitivo que inició san Antonio fueron las ascéticas comunidades pitagóricas que existían en todo el Mediterráneo.

MONTADO EN UN POLLINO

Según los evangelios, Jesús, en el apogeo de su popularidad, entra en Jerusalén montado en un pollino en medio de las alabanzas de las multitudes, que tienden ramas en su camino. Cuenta la tradición que la gente agitaba palmas, que eran consideradas simbólicas en los misterios. Platón habla de «la palma de sabiduría de Dioniso». La gran fiesta del dios hombre misterioso Atis empezaba con la «entrada de los portadores de juncos», seguida de la «entrada del árbol», un pino de hoja perenne al que se ataba una efigie del dios hombre. Un estudioso de hoy comenta: «Es imposible pasar por alto la relación con la entrada de Jesús en Jerusalén rodeado de gente que agitaba palmas y con Jesús portando la cruz o el árbol que pasó a ser su símbolo principal».

Los evangelios relatan que Jesús insiste en montar en un pollino. En muchos jarrones también Dioniso aparece montado en un pollino que lo lleva al encuentro de su pasión. El dramaturgo Aristófanes habla de «el asno que llevaba los misterios». En Atenas, cuando los peregrinos andaban por la vía

Sagrada a Eleusis, con la intención de celebrar allí los misterios, un pollino llevaba un cesto que contenía los enseres sagrados que se usarían para crear el ídolo de Dioniso, mientras la multitud profería gritos de alabanza a Dioniso y agitaba manojos de ramas. De esta manera, como Jesús al entrar en Jerusalén, Dioniso cabalgaba triunfalmente hacia la muerte.

El tema mítico de «montar en un pollino» suele interpretarse como señal de humildad. No obstante, tiene también un significado más místico. Los antiguos veían en el pollino la encarnación de la lujuria, la crueldad y la perversidad. Simbolizaba el yo «animal» inferior que el iniciado en los misterios debe superar y someter. Lucio Apuleyo escribió un relato titulado *El asno de oro* que era una alegoría de la iniciación; En el cuento, Lucio se transforma en un pollino por culpa de su propia necedad y vive muchas aventuras que representan las etapas de la iniciación. Al iniciarse de forma definitiva, recupera su condición de ser humano. Esta historia significa que el iniciado es vencido por su naturaleza inferior y luego, al iniciarse en los misterios, descubre de nuevo su verdadera identidad.

La diosa egipcia Isis dice a Lucio que el pollino es para ella el más odioso de todos los animales, lo cual se debe a que este animal es sagrado para el dios Set, que en la mitología egipcia es el asesino de Osiris. Plutarco habla de una fiesta egipcia en la que se despeñaban triunfalmente pollinos por un precipicio para vengar el asesinato de Osiris. Set simboliza el yo inferior del iniciado, que mata al yo superior espiritual (Osiris) y debe ser ejecutado metafóricamente para que renazca el yo espiritual.

El pollino era también un símbolo común de la naturaleza «animal» inferior en los misterios de Dioniso. En un jarrón aparece pintado un pollino ridículo con el falo en erección que baila entre los discípulos de Dioniso. En una jarra de vino hay dibujados pollinos en plena copulación. En otro, un peregrino se detiene para tirar de la cola de un pollino. Una representación habitual de los sufrimientos de la otra vida en el infierno era la figura de un hombre condenado a trenzar eternamente una soga que su pollino se come, lo cual simboliza al yo inferior tratando constantemente de comerse los logros espirituales del yo superior. La figura del dios hombre que cabalga triunfalmente en un pollino simbolizaba que era dueño de su naturaleza «animal» inferior.

EL HOMBRE JUSTO Y EL TIRANO

Los evangelios presentan a Jesús como un hombre inocente y justo que, por instigación de los sumos sacerdotes judíos, es objeto de acusaciones espurias, llevado ante la presencia del cónsul romano Pilato y condenado a muerte. Exactamente el mismo tema mitológico se encuentra cinco siglos antes en la obra de Eurípides *Las bacantes*, pero refiriéndose a Dioniso. Al igual que Jesús en Jerusalén, Dioniso es un forastero tranquilo, de cabellos largos y barba, que trae una religión nueva. Los sumos sacerdotes judíos de los evangelios no

creen en Jesús y alegan que «solivianta al pueblo, enseñando...». Conspiran para provocar su muerte. En *Las bacantes*, el rey Penteo es un tirano que no cree en Dioniso. Lo reprende por «traer esta enfermedad nueva que ensucia el país» y ordena a sus esbirros que prendan al inocente dios hombre al tiempo que anuncia: «Y cuando lo atrapéis, será lapidado. Deseará no haber traído nunca sus ritos báquicos a Tebas».

Como los sumos sacerdotes judíos, a quienes Jesús horroriza con su blasfema afirmación de ser el Hijo de Dios, el rey Penteo monta en cólera y echa pestes cuando le hablan del origen divino de Dioniso: «Sea lo que sea este hombre, ¿no es escandalosa su arrogancia? ¿No se ha ganado una soga alrededor de su cuello?».

Dioniso, al igual que Jesús, adopta una actitud pasiva y se deja prender y condenar. El esbirro que lo ha prendido dice al rey Penteo:

Lo hemos atrapado y aquí está. Mas, señor, nos encontramos con que el animal era dócil; no trató de escapar, se limitó a tender las manos para que se las atásemos; no palideció, sino que conservó su buen color, y sonrió y nos dijo que lo atáramos y lleváramos preso; no nos causó ningún problema, se limitó a esperar. Naturalmente, me sentí un poco avergonzado. «Perdonadme, señor -dije-. Yo no os quiero prender; son órdenes del rey.»

El esbirro cuenta las maravillas que ha visto hacer a Dioniso y advierte al rey Penteo: «Amo, este hombre ha venido cargado de milagros». El rey, sin embargo, procede a interrogar a Dioniso, que, al igual que Jesús ante Pilato, no quiere someterse a su autoridad. Cuando Pilato recuerda a Jesús que tiene autoridad para crucificarlo, Jesús contesta: «No tendrías contra mí ningún poder, si no se te hubiera dado de arriba». De modo parecido, Dioniso contesta a las amenazas de Penteo diciendo: «Nada puede tocarme que no esté ordenado». Al igual que Jesús, que, refiriéndose a sus perseguidores, dijo: «No saben lo que hacen». Dioniso dice a Penteo: «No sabes lo que haces, ni lo que dices, ni quién eres».

Cuando lo llevan al lugar donde será crucificado, Jesús advierte a la multitud que no llore por él, sino por ella misma y por sus hijos, que sufrirán por el crimen de su ejecución, y dice: «Porque llegarán días en que se dirá: "¡Dichosas las estériles, las entrañas que no engendraron y los pechos que no criaron!". Entonces se pondrán a decir a los montes: "¡Caed sobre nosotros!". Ya las colinas: "¡Cubridnos!". También Dioniso, cuando se lo llevan, amenaza con la venganza divina y anuncia: «Pero os advierto: Dioniso, que decís que ha muerto, vendrá pronto a vengar este sacrilegio».

Muchos de los grandes filósofos de la tradición mística eran también «hombres justos» que sufrieron una muerte injusta a manos de autoridades tiránicas. Uno de ellos es Sócrates, que, como Jesús, fue acusado de herejía. La ley ateniense castigaba este «crimen» con la muerte, a menos que el acusado sugiriese otro castigo que los jueces considerasen aceptable. Al igual que Pilato, que se brinda a dejar libre a Jesús porque es costumbre soltar a un preso con motivo de la Pascua judía, las autoridades atenienses albergaban la

esperanza de que Sócrates se librara de la muerte por una cuestión formal y, tras pagar una multa, se exiliara de manera discreta. Como Jesús, Sócrates se niega a hacer una componenda con sus perseguidores y parece buscar deliberadamente su propia muerte, toda vez que se ofrece a pagar una sola mina, suma insultante por pequeña, lo que obliga a las autoridades a aplicar la sentencia de muerte.

Algunos de sus seguidores dijeron que pagarían «treinta piezas de plata» en su nombre, lo cual significaba traicionar el deseo del propio Sócrates, que quería ser fiel a sus principios. Este tema aparece en el evangelio bajo la forma de las treinta piezas de plata que cobra Judas por traicionar a Jesús. Sócrates es ejecutado haciéndole beber un veneno. En el jardín de Getsemaní, al pensar en la ejecución que se avecina, Jesús reza diciendo: «Padre mío, si es posible, aparta de mí este cáliz». Sócrates afrontó la muerte sin temor porque en un sueño le habían dicho que renacería tres días después de morir. También Jesús va a la muerte lleno de confianza y predice que resucitará al cabo de tres días.

El comportamiento de Jesús durante su proceso es exactamente el que cabría esperar de un sabio de los misterios. No teme condenar con franqueza a los que tienen autoridad por su hipocresía. También los filósofos cínicos y estoicos tenían fama de ser «hostiles a la autoridad y de resistirse a la disciplina, desdeñar a los reyes, a los magistrados o a los funcionarios públicos». Para muchos de estos filósofos la falta de respeto a la autoridad romana significó el martirio, que aceptaron de buen grado, como lo aceptó Jesús. El sabio estoico Epicteto escribe: «Tomad mi cuerpo, o mis propiedades, pero no tratéis de gobernar mis principios morales». Y habla de un filósofo condenado a muerte que dijo a un emperador: «Tú harás tu papel y yo el mío, que consiste en irme sin quejarme». Ya en el siglo IV a.n.e. Platón había señalado el destino que esperaba al «hombre justo» al escribir: «El hombre justo tendrá que soportar que lo azoten y finalmente, después de toda suerte de sufrimientos extremos, será crucificado». Jesús, el «hombre» justo de los evangelios, reúne estas características.

El «hombre justo al que se acusa injustamente» era una figura tan conocida en el mundo antiguo que Celso se burla de los cristianos porque afirman que Jesús era único. Con ingenio y mordaz espíritu satírico, sugiere que si querían crear una religión nueva, hubiera sido más acertado escoger como figura central a uno de los numerosos y famosos sabios paganos que también «tuvieron una muerte heroica», y escribe:

Hubiese sido mejor, en vuestro entusiasmo por una enseñanza nueva, formar vuestra religión en torno a uno de los hombres de la antigüedad que tuvo una muerte heroica y fue honrado por ello, alguien que por lo menos ya hubiera inspirado un mito. Hubierais podido escoger a Heracles o Asclepio, o, si éstos eran demasiado mansos, siempre os quedaba Orfeo, que, como sabe todo el mundo, era bueno y santo y, pese a ello, tuvo una muerte violenta. ¿O ya lo había adoptado alguien? Bueno, luego teníais a Anaxarco, que miró cara a cara a la muerte cuando le estaban pegando y dijo a los que le perseguían: «Pegad. Pegad a la envoltura de Anaxarco; porque no es a él a quien pegáis».

Pero recuerdo que algunos filósofos ya han afirmado que es su maestro. Bien, ¿y Epicteto? Mientras le retorcián una pierna sonrió y con toda serenidad dijo: «Me la vais a romper». Y cuando se la hubieron roto, sonrió y dijo: «Ya os lo dije». ¡Vuestro Dios debería haber dicho algo así cuando lo estaban castigando!

EL PAN Y EL VINO

Antes de morir, Jesús celebra una «última cena» simbólica que consiste en pan y vino. En *Las bacantes*, Eurípides llama al pan y al vino «los dos poderes que son supremos en los asuntos humanos». El primero es sustancioso y conserva el cuerpo; el segundo es líquido y embriaga la mente. Los antiguos creían que el dios hombre misterioso había enseñado a la humanidad el arte de cultivar el trigo y la vid para producir pan y vino.

En los evangelios, Jesús proclama: «Yo soy el pan de la vida», y durante la última cena parte el pan y se lo ofrece a sus discípulos diciendo: «Tomad y comed, éste es mi cuerpo». También al dios hombre misterioso se le asociaba de forma simbólica con el pan y con el trigo del que procede. Osiris, según decían, había muerto despedazado, y esta muerte simbolizaba la trilla del trigo para producir harina. También se decía que los huesos de Adonis fueron triturados en un molino y luego esparcidos al viento.

Jesús también proclama: «Yo soy la vid verdadera», y durante la última cena ofrece a sus discípulos una copa de vino y dice: «Ésta es mi sangre». Como en el caso de Jesús, se asociaba a Dioniso con la vid y el vino. Le llamaban el «dios del vino» y en algunos mitos muere desmembrado, lo cual simboliza la operación de pisar las uvas para producir vino.

Al comer y beber el pan y el vino que él les ofrece, los discípulos comen y beben de forma simbólica el cuerpo y la sangre de Jesús, y de esta manera comulgan con Cristo. La idea de comulgar con la divinidad comiéndola es un rito tan antiguo que se encuentra en el Libro de los muertos de los egipcios, en el que los difuntos se comen a los dioses y se apropian así de sus poderes. El ritual de comer y beber el «cuerpo» y la «sangre» de Jesús es la eucaristía de los cristianos. Esta «santa comunión» se practicaba también en los misterios, como medio de llegar a ser uno con Osiris-Dioniso. Los no iniciados que interpretaban mal estos ritos acusaban a los misterios de practicar el canibalismo, exactamente la misma acusación que más adelante se lanzaría contra los primitivos cristianos porque celebraban la eucaristía.

Las prácticas paganas que se parecían a la comunión de los cristianos horrorizaban a Justino Mártir, que se queja de que al ordenar Jesús a sus discípulos que bebieran del cáliz y decidas: «Ésta es mi sangre», les dio este ritual a ellos solamente, pero «los demonios perversos lo imitaron, en el

misterio de Mitra, y dieron la misma orden». Relata con horror que en estos misterios, como en la eucaristía cristiana, se pronuncian fórmulas místicas ante el pan y un cáliz que luego se ofrecen a los que van a iniciarse. Al igual que los cristianos, los que deseaban tomar parte en los misterios de Mitra tenían que pasar por un largo período de preparación antes de que les permitieran participar de la «santa comunión». ¡Y al comulgar se les ofrecía un sacramento consistente en agua mezclada con vino y pan u hostias consagradas que llevaban el signo de la cruz! No es extraño que esta santa comunión de los paganos turbase tanto al pobre Justino Mártir.

Leemos en una inscripción: «Aquel que no coma de mi cuerpo ni beba de mi sangre, para ser uno conmigo y yo con él, no conocerá la salvación».

Puede que alguien piense que estas palabras son una cita bíblica de Jesús, ¡pero en realidad el que las pronuncia es el dios hombre misterioso Mitra! Con todo, tienen un parecido asombroso con un pasaje del Evangelio de Juan donde Jesús también anuncia: «Si no coméis la carne del hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él».

La santa comunión de los misterios de Mitra se basaba en ritos más antiguos en los que se usaba pan consagrado y agua mezclada con el jugo embriagador de una planta psicodélica llamada haoma. Los misterios de Mitra sustituyeron el haoma, planta desconocida en Occidente, por el zumo de la vid. No obstante, es probable que los efectos del vino en los antiguos fueran mucho más fuertes que los que surte en nosotros, porque raramente lo bebían sin mezclarlo con agua. Platón habla con entusiasmo del poder revelador del vino en los misterios de Dioniso, y escribe: «Mejor la locura del dios que la sensatez de los hombres».

Como señala un eminente estudioso de los clásicos, «Beber vino en los ritos de Dioniso es comulgar con el dios y tomar su poder y su presencia física en tu cuerpo». En los ritos eucarísticos de los cristianos se afirma que Jesús se convierte simbólicamente en el vino que bebe quien participa en ellos. Y Eurípides nos dice que Dioniso se convierte en el vino y es «escanciado» como ofrenda. En algunos jarrones vemos pan y vino ante el ídolo de Dioniso. Del mismo modo que la eucaristía da al cristiano la «redención» simbolizada por una hostia, en los misterios de Dioniso el iniciado recibía *makaria* («bienaventuranza») bajo la forma de un pastel.

Una inscripción dice que en los misterios de Samotracia el sacerdote «partirá y ofrecerá los alimentos y escanciará la copa para el iniciado». Los iniciados en los misterios de Atis también tenían algún tipo de comunión, puesto que declaraban: «He comido del pandero, he bebido del címbalo». No sabemos qué era lo que comían y bebían de estos instrumentos sagrados, pero lo más probable es que también fuese pan y vino.

Desde los tiempos de Justino Mártir hasta hoy, los cristianos católicos han creído que el pan y el vino de la eucaristía se convierten literalmente en «la carne y la sangre de aquel Jesús que se hizo carne». Al parecer, algunos

iniciados en los misterios compartían esta interpretación literal y más bien extraña de su «santa comunión». Cicerón, que era un iniciado más inteligente, se sintió obligado a explicarles que la equiparación del dios con el trigo y la vid era sólo simbólica. Cicerón, exasperado al ver semejante necedad, escribe: «¿Hay alguien que esté tan loco que crea que el alimento que come es realmente un dios?».

LA MUERTE DEL DIOS HOMBRE

Por lo común se cree que Jesús murió en la cruz, pero la palabra que en el Nuevo Testamento se traduce por «cruz» tiene el significado general de «poste». Los judíos tenían la costumbre de exponer en un poste los cuerpos de aquellos a los que habían lapidado, a modo de advertencia para los demás. En los Hechos de los Apóstoles, Pedro no dice que Jesús fuera crucificado, sino que lo habían matado «colgándolo de un madero», y lo mismo dice san Pablo en su Epístola a los Gálatas. El Padre de la Iglesia Fírmico Materno nos dice que en los misterios de Atis una imagen juvenil del dios hombre era atada a un pino. Adonis era llamado «El que está en el árbol».

En los misterios de Dioniso colgaban en un poste de madera una gran máscara barbuda que representaba al dios hombre. Como Jesús, al que en la crucifixión ponen una corona de espinas en la cabeza, Dioniso es coronado con hiedra. A Jesús le echan encima un manto escarlata y le escarnecen los soldados romanos, y a Dioniso lo visten con un manto escarlata y los iniciados de Eleusis se envuelven el cuerpo con una faja del mismo color. Justo antes de morir Jesús, alguien le da a beber vino mezclado con hiel. Los celebrantes en los misterios de Dioniso bebían ritualmente vino y al hierofante, que representaba a Dioniso, le daban a beber hiel.

Jesús muere al lado de dos ladrones, uno de los cuales sube con él al cielo, mientras que el otro va al infierno. En los misterios se encuentra un tema mítico comparable. Un icono común representa dos portadores de antorchas a ambos lados de Mitra. Una de estas figuras apunta con su antorcha hacia arriba, lo cual simboliza la ascensión al cielo, y la otra apunta con la suya hacia abajo, lo cual significa el descenso al infierno. En los misterios de Eleusis también hay dos figuras que con sus antorchas señalan arriba y abajo respectivamente, de pie a ambos lados de Dioniso, pero en este caso son mujeres. Se piensa que las figuras con antorchas que aparecen en los misterios de Mitra se derivan de Cástor y Pólux, los míticos hermanos griegos de una época anterior. En días alternos, uno de los hermanos estaría vivo y el otro muerto. Representaban el yo superior y el yo inferior, y ambos no pueden estar «vivos» al mismo tiempo. Cástor y Pólux eran llamados «los hijos del Trueno», título que, en el Evangelio de Marcos, Jesús, de forma inexplicable, da a dos de sus discípulos, ¡los hermanos Santiago y Juan!

En algunos mitos quien muere en lugar del dios hombre es el adversario de

Dioniso, que representa el yo inferior del iniciado. En *Las bacantes*, el rey Penteo se propone matar a Dioniso, pero es a él a quien cuelgan en un árbol. En un mito siciliano parecido se crucifica al rey Licurgo, adversario de Dioniso. Cabe deducir de ello que mientras que en algunas tradiciones místicas Dioniso era colgado en un árbol, en otras era crucificado.

Quizá los iniciados en los misterios de Dioniso se basaron en la imagen del «hombre justo crucificado» que sugirió Platón con el fin de que el mito evolucionara de esta forma. O quizá Platón se refería a un mito secreto de iniciación que ya existía en el cual el dios hombre era sacrificado. En uno de sus libros, en un capítulo titulado «La doctrina de la cruz de Platón», Justino Mártir reconoce que siglos antes el filósofo pagano había enseñado la doctrina que decía que el «Hijo de Dios» fue «colocado en forma de cruz en el universo».

La cruz era un símbolo sagrado para los antiguos. Sus cuatro brazos representaban los cuatro elementos del mundo físico: tierra, agua, aire y fuego. El quinto elemento, espíritu, estaba ligado a la materialidad por estos cuatro elementos. Por tanto, la figura de un hombre clavado a una cruz de cuatro brazos significaría naturalmente el trance del iniciado como alma ligada a un cuerpo físico. Platón se refiere a los deseos del cuerpo como clavos que de uno en uno sujetan el alma al cuerpo. Los cuatro clavos que se utilizan para crucificar a un hombre por las manos y los pies simbolizarían nuestros deseos sensuales, que atan el alma al mundo de los cuatro elementos.

Parece increíble que Osiris-Dioniso pudiera presentarse como un dios hombre que murió exactamente como Jesús, pero es lo que sugieren los indicios. El padre de la Iglesia Arnobio se escandaliza al ver que en los misterios de Dioniso los iniciados se pasaban una cruz santa unos a otros. En algunos jarrones el ídolo de Dioniso aparece colgado de una cruz. Un sarcófago romano del siglo II o III d.n.e. muestra un discípulo envejecido que trae una cruz grande para el niño divino Dioniso. Un estudioso actual afirma que esta cruz es «una insinuación del destino trágico que aguarda al niño».

Del mismo período procede el notable talismán en el que se ve una figura crucificada que se reconoce inmediatamente como Jesús, pero que en realidad es Osiris-Dioniso (**ver portada*). La inscripción que hay debajo de esta figura reza «Orfeo-Bakkikos», que significa «Orfeo se convierte en *bacchoi*». Orfeo fue un gran profeta legendario de Dioniso que era tan respetado que a menudo lo tomaban por el propio dios hombre. Un *bacchoi* era un discípulo iluminado de Dioniso que se había identificado completamente con el dios. El talismán, por tanto, representa la muerte de Dioniso en la cruz, lo cual simboliza que el iniciado muere de forma mística en su naturaleza inferior y renace como dios.

También existe una inscripción antigua aparentemente extraña que fue grabada detrás de una columna en Roma entre 193 y 235 d.n.e.. Vemos en ella a un hombre con cabeza de pollino clavado en una cruz, con el siguiente pie: «Alexámenos adora a su dios». Esta inscripción se ha interpretado como un insulto pagano dirigido al cristianismo, pero es mucho más probable que sea una representación dionisíaca de la crucifixión de la naturaleza «animal»

inferior, que, como ya hemos comentado, era simbolizada por un pollino.

Es significativo que no haya ninguna representación de Jesús crucificado que date de antes del siglo V d.n.e. Si interpretamos esta inscripción y el talismán de Orfeo como referencias al cristianismo, nos encontramos en la extraña situación de decir que las primeras representaciones de la crucifixión de Cristo son una broma y un talismán paganos en los cuales Jesús aparece con el nombre de Orfeo ¡y que en ambos casos se adelantan varios siglos a las representaciones cristianas auténticas! Resulta difícil de creer. La solución más lógica y sencilla de estos acertijos es que en ciertos mitos de Osiris-Dioniso se representaba la muerte del dios hombre en la cruz.

EL CHIVO EXPIATORIO SAGRADO

Los cristianos creen que Jesús murió por los pecados del mundo. En la antigua Grecia existía una tradición consistente en utilizar a determinado individuo como «chivo expiatorio» que cargaba simbólicamente con los pecados de los demás y era expulsado de la ciudad o ejecutado. Era el llamado *pharmakos*, palabra que significa sencillamente «hombre mágico». Es claro que su persecución era un acontecimiento religioso, toda vez que antes de su muerte le daban de comer con cargo al erario y con alimentos especialmente puros, lo vestían con prendas santas y le ponían una corona hecha con plantas sagradas. El sacrificio sagrado de este individuo servía para desterrar los pecados de la ciudad.

Osiris-Dioniso era un *pharmakos* sagrado que, como Jesús, murió para expiar los pecados del mundo. El destino de un *pharmakos* era ser insultado, golpeado y ejecutado, y los caminantes que por la vía Sagrada se dirigían a Eleusis para participar en el sacrificio de Dioniso también recibían golpes e insultos de unos enmascarados que los aterrizaraban. En el Evangelio de Marcos, Jesús predice un destino parecido para el hijo del hombre: «Y se burlarán de él, le escupirán, le azotarán y le matarán».

Escribe san Pablo: «Y sin efusión de sangre no hay remisión». Se presenta a Jesús como el «cordero de Dios» destinado al sacrificio. Los cristianos hablan de «volver a nacer» al lavar sus ropas «en la sangre del cordero». Estas metáforas son un eco de los antiguos misterios de Atis. Eran ritos sangrientos en los que se sacrificaba un animal. En el mundo moderno no vemos cómo matan a los animales de cuya carne nos alimentamos, y puede que por esta razón los citados ritos nos parezcan muy primitivos. Mucho menos desagradable parecería a quienes estaban acostumbrados a matar animales para comer. En los ritos del taurobolio, o sacrificio de toros, el animal era inmolado en una plataforma que tenía unos agujeros para que la sangre pasara por ellos y bañase a los iniciados que estaban debajo, en un foso. Al concluir el

rito, se consideraba que el iniciado había «vuelto a nacer». La gente pobre se conformaba con un criobolio, que consistía en el sacrificio de una oveja, ¡y realmente «se lavaba en la sangre del cordero»!

En los misterios de Mitra, como en el cristianismo, estos sacrificios rituales se celebraban de forma simbólica. Hay un icono que representa a Mitra dando muerte a un toro y que se usaba como retablo, en vez de llevar a cabo el sacrificio real. Puede que parezca un icono bastante truculento, pero, bien pensado, es menos violento que el retablo cristiano que muestra a un hombre que es torturado hasta que muere en una cruz.

«Tú nos has salvado al derramar la sangre eterna», leemos en una inscripción, pero estas palabras no van dirigidas a Jesús, sino a Mitra, aunque al cabo de unos siglos los cristianos expresarían gratitud a su dios hombre salvador empleando exactamente las mismas palabras. Un poeta egipcio anónimo también rinde culto a su salvador sacrificado y resucitado, Osiris, con palabras que serían igualmente apropiadas para Jesús: «¿Te han sacrificado? ¿Dicen que has muerto por ellos? ¡No ha muerto! ¡Vive eternamente! Está más vivo que ellos, porque él es el místico del sacrificio. ¡Es su Señor, vivo y joven eternamente!».

Al igual que el cristianismo, los misterios tenían una doctrina sobre el «pecado original». Platón explica que el alma es desterrada al interior del cuerpo como castigo por algún crimen antiguo que no nombra. Según Empédocles, vamos de un lado a otro entre los cuatro elementos para expiar la culpa contraída en el mundo divino. Los misterios enseñaban que el pecado original consistía en separarse de Dios. El sacrificio mortal del dios hombre, o el animal al que mata, representa que el iniciado «muere» simbólicamente para la naturaleza «animal» inferior y renace en su naturaleza divina, que le une a Dios y sirve para expiar su crimen original.

LA PASCUA

Un autor anónimo del siglo IV nos dice que la coincidencia entre la muerte y la resurrección de sus respectivas deidades llamó la atención tanto a los cristianos como a los seguidores del dios hombre misterioso Atis. Esta coincidencia causó una gran polémica entre los adeptos de las religiones rivales. Los paganos argüían que la resurrección de Cristo era una imitación espuria de la de Atis, y los cristianos, que la de Atis era una imitación diabólica de la de Cristo.

La Megalensia era una fiesta de primavera de los misterios de Atis que, como la Pascua, duraba tres días, en los que se representaba el mito de Atis como obra teatral de carácter religioso, como se hacía en la Edad Media con la historia de Jesús. Una efigie del cadáver de Atis se ataba a un pino sacro y se

adornaba con flores que eran sagradas tanto para Atis como para su equivalente sirio, Adonis. Luego se enterraba la efigie en un sepulcro. Pero Atis, al igual que Jesús, resucitaba al tercer día. Bajo la oscuridad de la noche se iluminaba su sepulcro abierto, mientras el sacerdote que presidía la ceremonia ungía los labios de los iniciados con óleo sagrado y los consolaba diciendo: «También tú serás salvado de tus tribulaciones». El mitólogo sir James Frazer escribe:

Pero al caer la noche, la aflicción de los fieles se convertía en gozo. Porque de repente brillaba una luz en la oscuridad: la tumba estaba abierta; el dios había resucitado de entre los muertos; y mientras ungía con bálsamo los labios de los afligidos que lloraban, el sacerdote les susurraba al oído la buena nueva de la salvación. Los discípulos recibían la resurrección del dios como una promesa de que también ellos saldrían triunfalmente de la corrupción del sepulcro. Por la mañana, en el vigésimo quinto día de marzo, que se consideraba el equinoccio vernal, se celebraba la divina resurrección con un estallido de alegría desenfrenada. En Roma, y probablemente en otras partes, le celebración tomaba la forma de un carnaval. Era la fiesta de la Alegría (Hilaria).

Según una tradición cristiana antigua y muy extendida, Jesús murió el 25 de marzo, el mismo día en que en Roma se celebraba oficialmente la resurrección de Atis. Con todo, hay otra antigua tradición cristiana, de la cual habla Lactancia, uno de los Padres de la Iglesia, que sitúa la muerte de Cristo en el 23 de marzo y su resurrección en el 25 del mismo mes, lo cual coincide exactamente con la muerte y la resurrección de Atis.

Las Antesterias, la fiesta de primavera de los misterios de Dioniso, también duraban tres días y sobre ellas una autoridad moderna comenta: «No puede pasarse por alto cierta similitud con la secuencia de Viernes Santo y Pascua». En Grecia, Sicilia y el sur de Italia los ritos pascales todavía muestran una notable semejanza con los ritos místéricos de Adonis. En la fiesta de Adonis el aire se llenaba de dulces aromas de incienso y de lamentaciones por la muerte del dios hombre. La imagen embalsamada de Adonis se introducía luego en un ataúd y se llevaba a la tumba, pero los fieles se consolaban después con la seguridad de que el dios hombre estaba vivo. El autor pagano Luciano escribe: «Hacen ofrendas a Adonis como si fuera un muerto, y dos días después cuentan la historia de que está vivo».

En los evangelios se nos dice que el cadáver de Jesús fue envuelto «en una sábana limpia» y ungido con «una mezcla de mirra y áloe de unas cien libras». Según Plutarco, también se envolvía en un lienzo y se ungía con mirra una representación de Osiris. De modo parecido, en los misterios de Adonis una imagen del cadáver del dios hombre era lavada, ungida con especias y envuelta en lino o lana.

Al morir, Jesús desciende al infierno y resucita al tercer día. Según Plutarco, se dice que también Osiris descendió al infierno y luego, al tercer día, resucitó de entre los muertos. Una antigua inscripción egipcia promete al iniciado que también él resucitará con su señor: «Tan cierto como que Osiris vive, vivirá él;

tan cierto como que Osiris no está muerto, él no morirá».

Al resucitar, Jesús asciende al cielo. El Padre de la Iglesia Orígenes dice de Osiris que era un dios joven que fue «devuelto a la vida y subió al cielo». En los misterios de Adonis, los iniciados lamentaban anualmente la muerte del dios hombre con las estridentes notas de la flauta, llorando y golpeándose el pecho, pero se creía que resucitaba al cabo de tres días y que subía al cielo en presencia de sus adoradores. Según algunos mitos que se representaban como parte de los misterios de Dioniso, también éste salió del sepulcro y ascendió al cielo poco después de morir.

En los misterios de Mitra, los iniciados representaban una escena de resurrección parecida. Se decía que una vez cumplida su misión en la Tierra, Mitra subió al cielo en un carro de sol. También se creía que, al igual que Jesús, que se sienta a la diestra del Padre después de su ascensión, Mitra fue entronizado como gobernante del mundo por el Dios de la Luz. También como Jesús, Mitra, según se decía, estaba en el cielo esperando el final de los tiempos para volver a la Tierra, donde despertaría a los muertos y los juzgaría.

Ecós de estos temas mitológicos se encuentran, una vez más, en las leyendas de los sabios de los misterios. Séneca nos dice que, al igual que Jesús, el filósofo Cano predijo que reaparecería tres días después de su muerte y, efectivamente, volvió del sepulcro y se presentó ante uno de sus amigos para «disertar sobre la supervivencia del espíritu». Heráclides cuenta que después de un banquete para celebrar uno de los milagros de Empédocles, el gran sabio ascendió de repente al cielo acompañado de gloriosas luces. Se decía que Pitágoras descendió al Hades en busca de sabiduría y que, después de morir, reapareció ante sus discípulos y subió al cielo. Sabemos que la secuencia ritual de muerte, descenso a los infiernos y regeneración era una importante analogía de la iniciación en los misterios pitagóricos desde los tiempos más antiguos.

En vista de todos estos dioses hombre y sabios paganos que mueren, resucitan y suben al cielo, no es extraño que Celso se indigne cuando los cristianos afirman que Jesús es único. Asombra a Celso que los cristianos interpreten literalmente lo que para él es obvio que son mitos y escribe:

¿Se basa vuestra creencia en el «hecho» de que este Jesús predijo que resucitaría después de su muerte? ¿En que vuestra historia incluye sus predicciones de triunfar sobre el sepulcro? Bien, así sea. Supongamos de momento que predijo su resurrección. ¿No sabéis que son multitud los que han inventado cuentos parecidos para llevar por mal camino a los ingenuos que los oyen? Dicen que Zamolix, el sirviente de Pitágoras, convenció a los escitas de que había resucitado, después de pasar varios años escondido en una cueva, ¿y qué me decís del propio Pitágoras en Italia, o de Fampsinito en Egipto? Veamos, ¿quién más? ¿Qué me decís de Orfeo entre los odrisios, de Protesilao en Tesalia y, sobre todo, de Heracles y Teseo? Pero al margen de todas estas resurrecciones, debemos examinar con atención la resurrección del cuerpo como posibilidad que se da a los mortales. Sin duda admitiréis francamente que estas historias son leyendas, como me parece a mí, pero luego diréis que vuestra historia de resurrección, este apogeo de vuestra

tragedia, es creíble y noble.

LA MADRE DE DIOS

Se dice que también María, la madre de Jesús, como su divino hijo, ascendió corporalmente al cielo y se la venera como la «Madre de Dios». Del mismo modo, Sémele, la madre mortal de Dioniso, sube después que él al cielo y es venerada como inmortal al lado de su ilustre hijo.

María asume en el cristianismo muchos de los papeles de la diosa de los misterios paganos llamada «Gran Madre». De hecho, la fiesta cristiana de la Asunción de la Virgen, en agosto, ha desbancado a una antigua fiesta pagana en honor de una diosa. Estatuas de la diosa egipcia Isis con el niño divino en brazos han sido los modelos de muchas representaciones cristianas de María y el niño Jesús. Las citadas estatuas egipcias se parecen tanto a las de María y el niño que a veces las han adorado cristianos ignorantes. Al examinar estatuas de la virgen negra, que tanto se veneraban en ciertas catedrales francesas durante la Edad Media, ¡se ha comprobado que eran estatuas de Isis esculpidas en basalto!

Refiriéndose a la influencia: del culto de la diosa egipcia Isis en el cristianismo, una autoridad en la materia escribe:

El ritual majestuoso, con sus sacerdotes rasurados y tonsurados, sus maitines y sus vísperas, su música tintineante, su bautismo y sus aspersiones de agua bendita, sus solemnes procesiones, sus imágenes de la diosa madre adornadas con joyas, se parecía mucho a la pompa y a las ceremonias del catolicismo. Y quizá es a Isis en su posterior manifestación como protectora de los navegantes a quien la Virgen debe su hermoso sobrenombre de Stella Maris, «Estrella del Mar», por el cual la adoran los marineros zarandeados por la tempestad.

Según una tradición cristiana muy antigua, las primeras personas que vieron el sepulcro vacío y a Cristo resucitado no fueron los discípulos, sino las seguidoras de Jesús. En el final original del Evangelio de Marcos sólo María Magdalena; María, la madre de Santiago, y Salomé ven a Jesús resucitado. El crítico pagano Celso reconoce esta versión.

Otra antigua versión cristiana dice que las tres mujeres se llaman María: María Magdalena, la compañera de Jesús, María, su madre, y María, la hermana de ésta. En el Evangelio de Juan estas tres Marías aparecen al pie de la cruz. El hecho de que haya tres Marías es una indicación clara de que estamos en territorio mitológico antiguo: la diosa triple era una figura conocida en el mundo pagano. En Eleusis aparece como Deméter, Perséfone y Hécate. También la encontramos personificada en las tres parcas, las tres cártes y las tres gracias.

Al igual que a Jesús, frecuentemente se asocia a Dioniso con tres seguidoras. Cuando se fundaba un nuevo santuario dedicado a él, tres

sacerdotisas, las ménades, lo visitaban para establecer el culto. Cada una de las sacerdotisas reunía uno de los tres coros de mujeres que ayudaban a celebrar los misterios. El Oinotropio eran tres discípulas de Dioniso que, según se decía, podían transformar milagrosamente el agua en vino en las fiestas del dios hombre. Entre las antiguas esculturas sagradas más comunes están las representaciones de la cueva de Pan, en las cuales Hermes, el mensajero de los dioses, lleva a tres mujeres a una cueva vacía, del mismo modo que el ángel conduce a las tres Marías a la cueva vacía que era el sepulcro de Jesús.

EL RENACIMIENTO ESPIRITUAL

Jesús nace de María en una cueva y, cuando resucita, sale de una cueva ante tres mujeres que se llaman María. Estos temas míticos «circulares» eran importantes en los misterios. En algunos mitos de Osiris-Dioniso, la resurrección y el renacimiento milagrosos eran lo mismo. Tras morir sacrificado, renacía inmediatamente como niño divino. Así, la cueva en la cual nace y es enterrado simboliza tanto el vientre como la tumba. El autor cristiano Minucio Félix nos dice que en los misterios de Osiris los sacerdotes representaban a Isis buscando a Osiris muerto, y que su triste búsqueda se convertía luego en celebración al aparecer un niño pequeño que representaba al dios hombre renacido; y comenta que: «Año tras año pierden lo que encuentran y encuentran lo que pierden». La clave para comprender el mito de la resurrección, tanto en los misterios como en la historia de Jesús, es el hecho de que, desde el punto de vista místico, la muerte es renacimiento. Plutarco afirma que el objeto de participar en la pasión de Dioniso era producir una palingenesia o «renacimiento». Los iniciados en los misterios se sometían a lo que Lucio Apuleyo llama una «muerte voluntaria» de la cual renacían espiritualmente. Del mismo modo que Jesús ofrece a sus seguidores la oportunidad de «volver a nacer», Osiris es «el que hace que los hombres y las mujeres nazcan por segunda vez» y «el que hace que los mortales vuelvan a nacer».

Al «morir» para su yo inferior, el iniciado en los misterios también da a luz su yo superior. Quizá por esto el hierofante, en los misterios eleusinos, bebía hiel, que se daba a las mujeres que estaban de parto, y también por ello se ofreció hiel a Jesús en la cruz.

En el Evangelio de Juan, Jesús hace una equiparación mística de la muerte y el renacimiento cuando predice:

Dentro de poco no me veréis y dentro de otro poco me volveréis a ver. En verdad, en verdad os digo que lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará. Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer, cuando va a dar a luz, está triste, porque le ha llegado su hora; pero cuando ha

dado a luz al niño, ya no se acuerda del aprieto por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo.

Morir para el yo inferior es renacer espiritualmente: ésta es la enseñanza secreta fundamental que encierran de forma cifrada los mitos de Osiris-Dioniso. ¿Es posible que la historia de Jesús sea también un mito que contiene, cifrada, la misma enseñanza espiritual imperecedera?

CONCLUSIÓN

O bien el diablo ha perfeccionado realmente el arte de la imitación diabólica o hay aquí un misterio que resolver. Repasemos los datos:

- Jesús es el salvador del género humano, Dios hecho hombre, el Hijo de Dios igual al Padre; Osiris-Dioniso, también.

- Jesús nace de una virgen mortal que al morir asciende al cielo y es venerada como ser divino; Osiris- Dioniso, también.

- Jesús nace en una cueva el 25 de diciembre o el 6 de enero, como Osiris-Dioniso.

- El nacimiento de Jesús lo profetiza una estrella; igual que el de Osiris-Dioniso.

- Jesús nace en Belén, ciudad a la que daba sombra un bosquecillo consagrado a Osiris-Dioniso.

- Jesús recibe la visita de los Magos, que son seguidores de Osiris-Dioniso.

- Los Magos llevan a Jesús presentes de oro, incienso y mirra, que, según un pagano del siglo VI a.n.e., es la manera de adorar a Dios.

- Jesús es bautizado, ritual que durante siglos se practicó en los misterios.

- El hombre santo que bautiza a Jesús con agua tiene el mismo nombre que un dios pagano del agua y nace en el solsticio de verano que se celebra como fiesta pagana del agua.

- Jesús ofrece a sus seguidores bautismos con los elementos del agua, el aire y el fuego, como los misterios paganos.

- Se presenta a Jesús como hombre tranquilo, de cabellos largos y

barba; igual que Osiris-Dioniso.

- Jesús transforma el agua en vino en unas bodas el mismo día en que antes se creía que Osiris- Dioniso había hecho lo mismo.

- Jesús cura a enfermos, exorciza demonios, multiplica milagrosamente los alimentos, ayuda a los pescadores a hacer capturas milagrosas de peces y calma las aguas para sus discípulos: todas estas maravillas las habían hecho anteriormente sabios paganos.

- Al igual que los sabios de los misterios, Jesús es un taumaturgo itinerante al que no se honra en su ciudad natal.

- Jesús es acusado de conducta licenciosa, igual que los seguidores de Osiris-Dioniso.

- Al principio los discípulos no reconocen la divinidad de Jesús, pero luego Jesús se transfigura ante ellos con toda su gloria; lo mismo ocurre en el caso de Osiris-Dioniso.

- Doce discípulos rodean a Jesús; igual que a Osiris-Dioniso.

- Jesús hace una entrada triunfal en la ciudad montado en un pollino mientras la multitud agita ramas, como Osiris-Dioniso.

- Jesús es un hombre al que se acusa injustamente de herejía y que trae una religión nueva, igual que Osiris-Dioniso.

- Jesús ataca a los hipócritas, planta cara a la tiranía, acepta de buen grado la muerte y predice que resucitará a los tres días, como los sabios paganos.

- Jesús es traicionado a cambio de treinta monedas de plata, tema que se encuentra en la historia de Sócrates.

- Jesús es equiparado con el pan y el vino, igual que Osiris-Dioniso.

- Los discípulos de Jesús comen pan y beben vino simbólicamente para comulgar con él, como los seguidores de Osiris-Dioniso.

- Jesús es colgado en un árbol o crucificado, como Osiris-Dioniso.

- Jesús muere como sacrificio para redimir los pecados del mundo; Osiris-Dioniso, también.

- El cadáver de Jesús es envuelto en un lienzo y ungido con mirra, igual que el de Osiris-Dioniso.

- Al morir, Jesús desciende al infierno. Al tercer día resucita ante sus discípulos y sube al cielo, donde es entronizado por Dios y espera para volver a

aparecer al final de los tiempos como juez divino, igual que Osiris-Dioniso.

- Se decía que Jesús había muerto y resucitado exactamente en las mismas fechas en que se celebraban la muerte y la resurrección de Osiris-Dioniso.

- Tres seguidoras de Jesús visitan su sepulcro vacío; Osiris-Dioniso también tiene tres seguidoras que visitan una cueva vacía.

- Jesús ofrece a sus discípulos la oportunidad de volver a nacer si participan en su pasión, igual que Osiris-Dioniso.

Una vez descartado el argumento de la «imitación diabólica», como debe descartarlo toda persona cuerda, ¿cómo se explican estas semejanzas extraordinarias entre el mito pagano y la historia de Jesús?

La primera posibilidad que hemos examinado es que la verdadera biografía de Jesús se recubriera de mitología pagana en una fecha posterior. Es una idea común que suele proponerse para explicar los aspectos de la historia de Jesús que resultan claramente míticos, tales como el nacimiento virginal. Pero encontramos tantas coincidencias entre los mitos de Osiris-Dioniso y la supuesta «biografía» de Jesús que esta teoría nos pareció inadecuada. Si *todos* los elementos de la historia de Jesús que habían prefigurado los mitos paganos se añadieron más adelante, ¿qué queda del Jesús «verdadero»? Si esta teoría es cierta, entonces el Jesús que conocemos es un mito y el hombre histórico ha sido eclipsado por completo.

La otra posibilidad que se nos ocurrió es más radical y estimulante. ¿Podemos suponer que la historia de Jesús es en realidad otra versión del mito de Osiris-Dioniso? Si no nos hubieran educado en una cultura cristiana, ¿habríamos interpretado alguna vez las historias increíbles de los evangelios como hechos verdaderos en vez de mitos profundos? Nadie cree que los mitos de Osiris-Dioniso sean literalmente ciertos, así que, ¿por qué íbamos a interpretar como hechos históricos los mismos acontecimientos relatados en un marco judío?

Sin saber a ciencia cierta qué creer, volvimos la atención a las enseñanzas espirituales de Jesús y nos preguntamos si podríamos ver en ellas al hombre que había detrás del mito.

NOTAS AL CAPÍTULO - 3.

* C. W. King, 1887, pp. 122-123. Justino Mártir dijo que la historia de Dioniso fue «inventada por demonios» para que se correspondiese con cierta profecía que se hay en el Génesis e hiciera dudar del verdadero Cristo, véase W. K. C.

Guthrie, 1952, p. 266. Dos siglos más tarde, Fírmico Materno, uno de los Padres de la Iglesia, seguía explicando que la historia de la resurrección de Dioniso era un intento de burlarse de la verdadera fe. Afirma en tono indignado: «El diablo también tiene sus cristianos», G. D' Alviella, 1981, p. 119, citando *De errore profanarum religionum*.

* E. N. Lane, 1996. Cibeles, la diosa virgen, era llamada Mater Deum, la Madre de Dios. En el siglo IV María tomó este título.

* Véase el *Corpus hermeticum* (Estobeo fr. 23), donde se aclama a Isis como «Koré Kosmu», la Virgen del Mundo.

* J. Campbell, 1964, p. 26. El mitólogo Joseph Campbell escribe sobre las semejanzas entre el nacimiento de Jesús y el mito órfico del nacimiento milagroso de Dioniso: «Mientras la diosa doncella estaba sentada, tejiendo apaciblemente un manto en el cual habría una representación del universo, su madre se las ingenió para que Zeus supiera de su presencia; él se le acercó bajo la forma de una serpiente inmensa. Y la virgen concibió al dios siempre moribundo y siempre vivo del pan y del vino, Dioniso, que nació y se crió en aquella cueva, fue despedazado cuando era un bebé y resucitó [...] En la leyenda cristiana, que tiene el mismo origen arcaico, Dios Espíritu Santo bajo la forma de una paloma se acercó a la Virgen María, que por el oído concibió a Dios Hijo, que nació en una cueva, murió y resucitó, y está presente hipostáticamente en el pan y el vino de la misa».

* Los paganos consideraban que el mito del nacimiento divino era una metáfora didáctica. Los iniciados en los misterios afirmaban que un ser humano consistía en un cuerpo material y un alma espiritual. Nuestro «padre» divino es Dios, que nos da nuestra alma inmortal; nuestra «madre» material es la Tierra (materia), que nos da un cuerpo mortal. La materia no puede dar a luz por sí sola, pero es fecundada de forma misteriosa por el Espíritu invisible para que produzca vida, y por ello se la presenta como virgen perpetua. Los filósofos paganos sostenían que todos somos hijos e hijas de Dios. El nacimiento milagroso de Osiris-Dioniso es una alegoría que a ojos de los iniciados expresaba esta verdad espiritual.

* W. Burkert, 1985, p. 297, citando las *Rapsodias órficas*: «Entrega al Dioniso niño el gobierno del mundo y lo coloca en un trono». Esto tuvo lugar en la cueva del nacimiento.

* J. Campbell, 1964, p. 339. Durante milenios los egipcios asociaron la salida heliaca de Sirio (la estrella más brillante del hemisferio norte), que anunciaba la crecida del Nilo, con la resurrección de Osiris.

* Según las inscripciones, Dioniso es la «Luz de Zeus», véase C. Kerényi, 1976, p. 279. Fírmico Materno cuenta que Dioniso fue recibido con las palabras «Salve, Nueva Luz», véase S. Angus, 1925, p. 115. Del mismo modo, Atis era recibido con las palabras «Nueva Luz», véase *ibid.*, p. 136. Clemente de Alejandría repite la fórmula mística «Salve, oh Luz», pero esta vez para saludar a Jesús como el Sol, véase J. Stevenson, 1957, pp. 181-182.

* Porfirio, 1991, p. 44: «Cáncer es la puerta por la cual descienden las almas, pero Capricornio es aquella por la que ascienden». Porfirio atribuye esta doctrina a Platón. En astrología Cáncer es gobernado por la Luna, la señora de la vida; Capricornio, por Saturno, el dios de la muerte.

* S. Angus, 1925, p. 82: «En el salón de iniciación del templo de los Hombres en Antioquía se encontró una depresión oblonga cuya explicación más lógica es que servía para los bautismos. En el santuario pagano subterráneo que se descubrió hace unos meses en la vía Salaria, el rasgo que más llama la atención es una piscina muy hundida en el suelo que bien pudo haberse utilizado como baptisterio».

* Mateo, 3, 11-12; véanse también J. Harrison, 1963, p. 34, que señala que en la Iglesia primitiva el bautismo por medio del fuego se simbolizaba sumergiendo una antorcha llameante en la pila, y G. D'Alviella, 1981, p. 113, que deja constancia de que en la primitiva Iglesia romana el papa conducía a los «elegidos» al baptisterio, donde consagraba el agua de la pila bautismal soplando sobre su superficie. Acto seguido, los diáconos sumergían sus velas en el agua. En el *Missale Romanum*, que sigue vigente hoy día, el sacerdote sumerge una vela de Pascua en la pila bautismal y ruega «que impregne plenamente esta agua con su poder». Los griegos añadían al agua lustral trozos de leña o antorchas que se encendían en las llamas del altar, y también se recurría a la purificación por medio del aire. Como señala D' Alviella: «Por tanto, la pila bautismal del cristianismo contiene los tres elementos principales por los cuales tenían que pasar los que aspiraban a los misterios».

* H. Lietzmann, 1961, libro 3. Clemente de Alejandría dice que los seguidores gnósticos de Basílides celebraban el bautismo de Jesús la noche del 5 de enero. Ciento cincuenta años después de los seguidores de Basílides, los literalistas adoptaron esta fecha como la epifanía y el bautismo de Jesús.

* Ibid. El nacimiento de Osiris celebraba la crecida del Nilo y los cristianos lo tomaron como el día en que Cristo santificó el agua.

* Ibid. H. Lietzmann, historiador de la Iglesia ortodoxa, relata las numerosas conexiones entre los milagros de Jesús y Dioniso con el vino, y luego declara: «No se necesita ninguna explicación para mostrar cómo ese mismo día fue adoptado para conmemorar las bodas de Caná, en las que Jesús obró el milagro que solía obrar Dioniso». En esto no estamos de acuerdo: sí es necesaria una explicación.

* K. S. Guthrie: «De Pitágoras se cuentan de manera unánime y uniforme muchos detalles admirables y divinos: la infalible predicción de los terremotos, la rápida expulsión de pestes, así como de huracanes, el cese instantáneo de granizadas y el apaciguamiento de las olas de ríos y mares, para que sus discípulos pudieran cruzarlos más fácilmente. Tenían la facultad de hacer milagros de esta clase Empédocles de Agrigento, Epiménides el Cretense y Abaris el Hiperbóreo, los cuales la ejercieron en muchos lugares». Pitágoras incluso podía aparecer en dos lugares a la vez. Porfirio relata: «Casi unánime

es el relato de que en el mismo día estaba presente en la ciudad italiana de Metaponto y en la siciliana de Tauromenio, y que en ambas conversó con sus amigos, aunque las separan muchos kilómetros, tanto por mar como por tierra, lo cual exige un viaje de muchos días».

* K. S. Guthrie. Porfirio escribe: «Al encontrarse con unos pescadores que sacaban sus redes muy cargadas de peces de las profundidades, predijo el número exacto de peces que habían pescado. Los pescadores dijeron que si su cálculo era acertado, harían lo que él les recomendase. Los contaron cuidadosamente y comprobaron que el número era correcto, entonces él les ordenó que devolvieran los peces vivos al mar, y, lo que es más maravilloso, ni uno solo de ellos murió, aunque habían estado fuera del agua mucho tiempo».

* En *Orpheus the Fisher* el doctor Eisler investiga la conexión entre la historia del Evangelio y la de Pitágoras.

* Es la raíz cuadrada de 3, la proporción que domina el triángulo equilátero, se encuentra en la proporción de la *vesica piscis* (la longitud dividida por la altura) y es una fórmula matemática indispensable, véase D. Fidler.

* D. Fidler, 1993: «Cualquier persona que supiese un poco de matemáticas se hubiera dado cuenta enseguida de lo que es el episodio de los 153 peces en la red: un problema de geometría, aunque, en este caso, es un problema con un aspecto cosmológico». Fidler ha demostrado claramente que la milagrosa alimentación de los cinco mil y la historia de los peces en la red se corresponden. Todos los números en la historia de los cinco mil, desde las personas sentadas en unidades de 50 y 100 hasta los cinco panes y los dos peces, son parte de una fórmula que acaba dando una hermosa estrella de doce rayos con la medida de 888.

* Apolonio de Tiana fue un sabio del siglo I d.n.e. Su biografía fue escrita a principios del siglo III d.n.e., cuando ya se le habían añadido numerosos elementos legendarios. Muchos estudiosos han señalado las similitudes con la historia de Jesús, debido a las cuales los primitivos cristianos sugirieron que se escribió para desacreditar a su propio hombre milagroso. De hecho, ambas historias se inspiran en una biografía estandarizada que se atribuye a numerosos taumaturgos del mundo antiguo.

* La *menorah* judía tiene su origen en las representaciones babilónicas de las «siete luces»: el Sol, la Luna y cinco planetas visibles. La astrología babilónica se extendió por Grecia e Italia en los cuatro siglos que precedieron a nuestra era, lo cual fue provechoso para los judíos. En el período romano ya eran muy conocidos como vendedores ambulantes de talismanes y horóscopos, y con frecuencia resultaba imposible distinguirlos de los caldeos. En 139 a.n.e. tanto los caldeos como los judíos fueron expulsados de Roma. Se da la circunstancia intrigante de que estos judíos constan como adoradores de Sabacio, otro nombre de Dioniso. En *Mystery Religions in the Ancient World*, Godwin muestra varias representaciones judías del zodiaco que datan del período romano.

* C. Kerényi. El Disco de Brindisi, que data del siglo IV a.n.e., es la más antigua

de las representaciones del zodiaco en Europa. En el centro aparecen Dioniso y Ariadna ascendiendo al cielo en el carro del sol. En el siglo VI a.n.e. el poeta órfico Onomácrato reescribió la historia de Dioniso e introdujo el tema del niño divino al que matan los doce Titanes, que seguidamente se comen el cadáver. Onomácrato logró así que el mito concordase con el tema astrológico del alma única del mundo que se manifiesta en doce arquetipos. Al mismo tiempo, y por la misma razón, los numerosos trabajos de Heracles fueron convertidos en los consabidos doce. Heracles aparece como iniciado arquetípico en numerosos jarrones, el más antiguo de los cuales data de 530 a.n.e. Con la admisión de Démeter y Dioniso en el Olimpo, los diez dioses que reconoció Hornero pasaron a ser los doce que se consideraron canónicos a partir de entonces. En el período helenístico se hicieron varios intentos de equiparar a cada uno de los dioses del Olimpo con un signo en particular.

* Kirk y Raven, 1957, p. 326. Empédocles, el discípulo de Pitágoras, llamó a Dios «esfera redondeada que se deleita en su soledad [...] una esfera igual a él mismo desde todos los lados».

* Este arquetipo desempeña así un papel importantísimo en la organización de todo lo comprendido entre los átomos y las células. Si se aplica igual presión a estas esferas de modo que la del centro, la decimotercera, quede aplanada, esta esfera toma forma de dodecaedro: una figura compacta con doce caras pentagonales. El dodecaedro era un objeto de culto de los pitagóricos y se equiparaba con «el Todo» y la «esfera cósmica de los cielos». Es uno de los cinco sólidos sagrados que Platón describe en el *Timeo*, cuatro de los cuales se correspondían con los elementos tierra, agua, aire y fuego. El quinto, el dodecaedro, se consideraba el más sagrado y se asociaba con el quinto elemento, el éter o espíritu. En el *Timeo*, 22, Platón relaciona el dodecaedro con el zodiaco. Como señal de compleción aparece en los doce trabajos de Hércules, los doce meses del año, los discípulos de Cristo, los seguidores de Mahoma, los dioses del Olimpo, los miembros de un jurado, etc.

* H. Lietzmann, 1961, Libro 4, pp. 136 ss. Atanasio, el biógrafo de Antonio, no disimula que la vida de Antonio siguió el ejemplo de Pitágoras. Dice que Antonio, al igual que Pitágoras, aparece en la escena pública «como místico consagrado lleno de Dios» y «como un iniciado en los misterios sagrados, con conocimiento del mundo invisible y poder sobre el mismo». Empezó entonces a organizar su teocracia de monjes de acuerdo con los mismos criterios que había seguido Pitágoras al organizar una polis filosófica para sus discípulos en el sur de Italia. Véase W. Burkert, 1985, p. 303, donde se señalan algunas de las semejanzas entre el monaquismo cristiano y las comunidades pitagóricas de los siglos VI y V a.n.e.

* Lucio Apuleyo, *El asno de oro*, 170. Andar sobre palmas era la señal del triunfo, como en la descripción de Isis que hace Apuleyo: «En sus pies divinos había chinelas de palma, el emblema de la victoria».

* D. P. Walker, 1972, p. 45. La crónica de la muerte de Sócrates se encuentra en los libros de Platón, todos ellos prohibidos en el Imperio cristiano. Al publicarse en Florencia en el siglo XV, causaron gran revuelo. Los tradujo el

estudioso renacentista y sacerdote católico Marsilio Ficino, a quien sorprendieron las comparaciones entre Sócrates y Jesús. Ambos eran ejemplos de humildad, de total falta de ambición de honores mundanales y de aceptación gustosa de una muerte injusta. También intrigaron a Ficino las treinta piezas de plata, el canto del gallo al amanecer y la copa de veneno. Los paralelismos entre Sócrates y Jesús son ahora muy conocidos. Un moderno estudioso de los clásicos escribe lo siguiente sobre la muerte de Sócrates: «A menudo se ha comparado con la historia de los evangelios», véase V. Ehrenberg, 1968, p. 377.

* J. Frazer, 1922, p. 376. Estos temas empujaron a Frazer a ver el dios hombre de los misterios como «una personificación del trigo» cuya muerte y resurrección simbolizaban la recolección y las nuevas cosechas. Los egipcios se golpeaban el pecho y se lamentaban mientras segaban el primer trigo y lo pisaban en la era, porque Osiris se estaba «muriendo» para que ellos pudieran tener pan del que vivir. Asimismo, los griegos llevaban máscaras de Dioniso y entonaban cánticos sagrados al dios mientras pisaban las uvas, porque Dioniso se estaba «muriendo» para proporcionarles vino embriagador. Durante la gran fiesta de la siembra, los sacerdotes egipcios enterraban efigies de Osiris hechas de tierra y trigo que, al exhumarse más adelante, habían germinado. Frazer explica: «Esta germinación del grano se recibía como un augurio o, mejor dicho, como la causa del crecimiento de las cosechas. El dios-trigo producía el trigo a partir de sí mismo; daba su cuerpo para alimentar al pueblo, moría para que viviesen». Como hemos señalado, sin embargo, Osiris-Dioniso era mucho más que un simple dios del trigo o del vino. Los jeroglíficos egipcios llaman a Osiris la «Fuerza Vital». Representa el misterioso proceso de muerte y resurrección que es la vida misma. Comentaristas paganos como, por ejemplo, Plutarco reconocían las alegorías agrícolas más superficiales en los mitos de Osiris-Dioniso, pero señalaban el significado místico más hondo. A su modo de ver, la recolección y las nuevas cosechas eran una alegoría de la muerte y el renacimiento de los seres humanos. Del mismo modo que el trigo brota de semillas plantadas en la tierra, los seres humanos podían renacer espiritualmente después de morir y ser enterrados. Es posible que los misterios empezaran como ritos mágicos cuyo objeto era garantizar la continua fertilidad de la tierra, según sugiere Frazer, pero en su forma evolucionada llegaron a encarnar la promesa de inmortalidad para los seres humanos.

* E. A. Wallis Budge, *Egyptian Religion*, 1899, p. 172: «Los antiguos egipcios creían que los difuntos tenían que comerse a los dioses para adquirir sus poderes».

* W. R. Inge, 1899, p. 355. Además de la eucaristía, los primitivos cristianos celebraban con regularidad un «ágape» o «banquete de amor». En casi todos los misterios paganos un ágape o comida sacramental precedía a la iniciación. Plutarco explica: «No es el vino ni los guisados lo que nos deleita en estos banquetes, sino la buena esperanza, y la creencia de que Dios está presente con nosotros, y que acepta benévolamente nuestro sacrificio».

* W. K. C. Guthrie, 1952, p. 114. Antes de que los misterios llegaran a Grecia desde Egipto, en los antiguos ritos olímpicos se ofrecían sacrificios a los dioses

basándose en la reciprocidad: que los dioses darían algo a cambio de los sacrificios que se les ofrecían. Las ofrendas no comestibles de la religión olímpica fueron sustituidas por los ritos místéricos en los cuales los iniciados comulgaban místicamente con la divinidad comiendo de forma simbólica el cuerpo del dios. Inge escribe: «Siempre ha habido dos conceptos del sacrificio, tanto en los cultos de los salvajes como en los de los civilizados [...] el concepto místico, en el cual hay una comunión, la víctima a la que se da muerte y se come es el propio dios, o un símbolo del dios; y el concepto comercial, en el cual se ofrece algo valioso al dios con la esperanza de recibir algún beneficio a cambio. Los misterios ciertamente fomentaban la idea de la comunión, y por ello al rito cristiano le resultó más fácil tomar para sí mismo todos los elementos religiosos que un sacramento de esta clase puede contener». Véase W R. Inge, 1899, p. 355. 179. W Burkert, 1992, p. III.

* Grüber y Kersten, 1985, p. 230. En el culto de Mitra había otros seis sacramentos que se corresponden exactamente con los de la Iglesia católica.

* El haoma de los persas es el equivalente del soma de los hindúes, que se ensalza repetidamente en el Rig-Veda. Mitra es el equivalente persa del dios Mittra hindú, que también figura en estos textos sagrados. La etimología de estos nombres señala la antigua identidad de las dos razas, que proceden de una estirpe que los historiadores llaman «indoeuropea». J. Lindsay, 1970, p. 89, estudia la mitología irano-india tal como fue creada en la época grecorromana. Los persas identificaban la planta llamada haoma con Gayomart, el hombre original, que fue asesinado por sus enemigos. La planta se identificaba con el Hijo de Dios que era magullado y destrozado en el mortero de manera que el fluido vivificador que salía de su cuerpo diera nueva fuerza a sus adoradores.

* Marcos, 15, 17, describe el hecho de vestir a Jesús con un manto escarlata y una corona de espinas de una manera que no se distingue de la habitual en el ídolo de Dioniso que aparece en numerosos jarrones griegos que datan del siglo VI a.n.e. Los iniciados de Eleusis se envolvían el cuerpo con una faja escarlata como símbolo de Dioniso, que llevó la túnica escarlata de Perséfone durante su estancia en los infiernos, véase W. Burkert, 1985, p. 283. Los iniciados en los misterios en la cercana Andania llevaban cintas de color púrpura en la cabeza durante la ceremonia, véase M. W Meyer, 1987, p. 59.

* C. Kerényi, 1976. En los misterios las antorchas simbolizaban el *anodos* y el *cathodos*, el camino ascendente y el camino descendente por los que el alma entraba en la encarnación y salía de ella.

* J. Harrison, 1922, p. 220. Un *pbarmakos* es una fórmula o hechizo de destierro. En un escrito de los primeros tiempos del cristianismo, Ignacio de Antioquía califica la eucaristía de *pbarmakon tes Zoes*, «la medicina de la vida inmortal», véase R. J. Hoffmann, 1987, p. 16. La palabra «farmacia» procede de esta fuente.

* Estamos familiarizados con el ritual del chivo expiatorio por haberlo leído en el Antiguo Testamento. Levítico, 16,21: «Imponiendo [Aarón] ambas manos sobre

la cabeza del macho cabrío vivo hará confesión sobre él de todas las iniquidades de los israelitas y de todas las rebeldías en todos los pecados de ellos, y cargándolas sobre la cabeza del macho cabrío, lo enviará al desierto por medio de un hombre dispuesto para ello». Sin embargo, el mito del chivo expiatorio se encontraba en todo el Mediterráneo. La tragedia griega surgió de los rituales de Dioniso que se celebraban en la época arcaica, y los *tragodoi* eran los cantores que llevaban el chivo al sacrificio, véase W. Burkert, 1985, p. 102. Una intrigante manifestación de este tema tuvo lugar en el período helenístico cuando se afirmó que el cumpleaños de Sócrates era el día «en que los atenienses purifican la ciudad», véase J. Harrison, 1922, p. 97. Lisias también nos dice que los Treinta Tiranos decretaron el asesinato político de Sócrates y de otros como purificación: una purga tanto en el sentido medicinal como en el premonitorio sentido político de la palabra, véase W. Burkert, 1985, p. 83. Estos fragmentos sugieren que en los siglos posteriores a su muerte, los discípulos de Sócrates trataron de vincular su destino al del *pharmakos*, chivo expiatorio que aceptaba de buen grado el sacrificio con el fin de purgar los pecados de la ciudad. El mismo tema aparece en la vida de Jesús.

* Platón, *Cratilo*, 400c: «Porque algunos dicen que el cuerpo es la tumba del alma y puede pensarse que ésta se halla enterrada en nuestra vida actual. Los poetas órficos [...] tenían la impresión de que el alma sufre el castigo del pecado hasta que se ha pagado la deuda».

* Los cristianos recurrieron al argumento de «la sutileza de Satanás». Véase E. N. Lane, 1996, p. 37, que comenta la actitud defensiva de san Agustín ante las numerosas similitudes entre Atis y Jesús.

* El modelo original de todos los mitos de los dioses místicos es el dios egipcio Osiris. En Egipto la cosecha no cae en el otoño, sino en los meses de marzo, abril y mayo: en tiempo de Pascua. Quizá por esto la muerte del dios hombre no se celebra en otoño, como cabría esperar, sino en primavera.

* S. Angus, 1925, p. 60: «El árbol, preparado como un cadáver, se llevaba al interior del santuario. Durante la noche siguiente se abría el sepulcro para celebrar la resurrección de Atis».

* E. N. Lane, 1996, p. 39. «El juvenil Atis volvía milagrosamente a la vida después de tres días». Este culto era el blanco favorito de las invectivas de los autores cristianos a causa de este paralelismo y muchos otros. Tanto san Agustín como Fírmico Materno hacen hincapié en el parecido entre estos rituales y los del cristianismo. Agustín, indignado, dice que un sacerdote de Atis afirmó ¡que Atis mismo era cristiano!

* Véanse también J. Campbell, 1955, p. 368, donde Rahner señala que los sacerdotes del culto de Atis se quejaban de que los cristianos imitaban su celebración vernal, y E. N. Lane, 1996, p. 39, donde un estudioso de los clásicos comenta: «Cuando asisto al oficio de Viernes Santo no estoy seguro de si el dios al que se está enterrando es Atis o Cristo».

* W. Burkert, 1985, p. 241. La fiesta arcaica de las Antesterias era el modelo en

que se basaban los misterios de Eleusis. En el período clásico las Antesterias continuaron celebrándose como las «dionisias menores», mientras que los misterios eleusinos se convirtieron en las «dionisias de la ciudad». Refiriéndose al mito que se representaba en esta fiesta anterior, Burkert escribe: «Dioniso, el dios del vino, era ejecutado y desmembrado para utilizado como bebida sacramental. Los autores de alegorías de finales del período helenístico son los primeros en decir esto con franqueza. La influencia de Hornero hace que en el período antiguo un dios sea considerado inmortal por definición y no que se le pueda dar muerte. Sin duda en los mitos secretos de los misterios las historias que se contaban eran diferentes; el mito de la desmembración de Dioniso quizá sea tan antiguo como la propia fiesta de las Antesterias».

* En la *Historia*, libro 4, 94-98, Herodoto vuelve a contar de forma crítica el mito del descenso de Pitágoras a los infiernos, cuyo objeto era probar su doctrina de la inmortalidad del alma. El tema mítico de un descenso a los infiernos también se encuentra en las leyendas de Odiseo, Hércules, Orfeo, Pitágoras, Empédocles, Eneas y muchos otros.

* R. MacMullen, 1966, p. 317. En 1927 Levy escribió un libro titulado *La Légende de Pythagore de Grece en Palestine*, que hace referencia a la doble naturaleza de Pitágoras como hombre y dios (pp. 8- 15), a la subida de su cuerpo a los cielos (p. 67) Y a las historias de su reaparición ante sus discípulos (p. 78).

* J. Frazer, 1922, p. 360. La Asunción de la Virgen, que se celebra en agosto, desbancó la fiesta pagana de la virgen Diana.

* C. W. King, 1887, p. 173. King también habla de la inscripción «Inmaculada es nuestra Señora Isis».

* W. F. Otto, 1965, p. 67. Véase W. K. C. Guthrie, 1952, p. 136, donde se importan a Magnesia tres Ménades de Tebas para fundar un nuevo culto de Dioniso. Las tres sacerdotisas quizás interpretaban el papel de las tres Parcas que, según dicen, estaban presentes en el nacimiento de todas las almas. En la visión platónica de la otra vida las almas son conducidas a las tres parcas antes de llevarlas «a su nacimiento como si fueran estrellas».

* H. Lietzmann, 1961, libro 3, p. 147. En el siglo IV se ordenó construir una iglesia sobre la cueva de Jerusalén en la cual se supone que enterraron a Jesús. Primero, sin embargo, fue necesario demoler un santuario dedicado a Afrodita que había allí. Esto induce a pensar que, de hecho, originalmente la cueva pertenecía al amante de Afrodita, Adonis.

* Lucio Apuleyo, *El asno de oro*, 284: Los ritos de iniciación se aproximan a una muerte voluntaria para la cual hay sólo una esperanza precaria de resurrección. Así que la muerte suele elegir a hombres ancianos que piensan que su final se acerca rápidamente pero que no son demasiado seniles para guardar un secreto: por su gracia, en cierto sentido, nacen otra vez y son devueltos a una vida nueva y saludable.

CAPÍTULO - 4

PLATONISMO PERFECCIONADO

Muchas de las ideas de los cristianos las han expresado mejor -y antes- los griegos. Detrás de estos puntos de vista hay una doctrina antigua que ha existido desde el principio.

CELSO

Del mismo modo que a ojos de los críticos paganos del cristianismo la historia de Jesús era una adaptación del mito de Osiris-Dioniso, también las enseñanzas cristianas les parecían una copia mala de la antigua y eterna filosofía de los misterios paganos. Celso escribe estas palabras de desdén sobre el cristianismo: «Hablemos de su corrupción sistemática de la verdad, su mala interpretación de algunos principios filosóficos bastante sencillos [...] que, por supuesto, estropean por completo»

La mayoría de los primeros intelectuales cristianos se habían educado en la filosofía pagana y eran muy conscientes de las profundas semejanzas de ésta con sus propias doctrinas. Clemente de Alejandría opinaba que los evangelios eran «platonismo perfeccionado». Justino Mártir dice que Heráclito, Sócrates y otros filósofos griegos son cristianos anteriores a Cristo) Sin embargo, no llega a reconocer una herencia espiritual en común. Justino piensa que las similitudes son, una vez más, fruto de una «imitación diabólica» que impide a los necios ver las diferencias esenciales entre el cristianismo y el paganismo, y escribe:

En cuanto a mí, al descubrir los perversos disfraces con que los malos espíritus habían envuelto las doctrinas divinas de los cristianos, para impedir que otros las abrazasen, me reí tanto de los que formularon estas falsedades como del disfraz mismo y de la opinión popular; no porque las enseñanzas de Platón sean diferentes de las de Cristo, sino porque no son parecidas en todos los sentidos, como tampoco lo son las de los estoicos, los poetas y los historiadores.

Con todo, los paganos persistían tanto en acusar al cristianismo de tomar cosas prestadas de Platón que san Ambrosio escribió un tratado para confutarlos. No negó las similitudes, pero para explicadas afirmó ¡que Platón plagió a Moisés! Basándose en una cronología falsa que el obispo Eusebio creó en el siglo IV, Agustín formuló una idea igualmente absurda, a saber: que Platón copió al profeta judío Jeremías:

¿No demostró el ilustre obispo que Platón hizo un viaje a Egipto en la época en que el profeta Jeremías estaba allí, y demostró que es mucho más probable que Platón se iniciara en nuestra literatura por medio de Jeremías? y por tanto, cuando reflexionamos sobre las fechas, resulta mucho más probable que aquellos filósofos aprendieran lo que decían que era bueno y verdadero de nuestra literatura, que el señor Jesucristo aprendiera de los escritos de Platón. Creer esto último es el colmo de la necesidad.

Justino Mártir llegó al extremo de negar que los paganos tuvieran algún derecho a sus propios profetas ¡y se apropió de la sabiduría de los filósofos antiguos para el cristianismo! Así, escribe: «Las cosas acertadas que dijeron todos los maestros son propiedad de nosotros los cristianos». Más adelante, siguiendo esta tradición, san Agustín declaró:

Si aquellos a los que llaman filósofos, y especialmente los platónicos, han dicho algo que sea verdad y esté en armonía con la fe, no sólo no debemos retroceder ante ello, sino tomado para nuestro propio uso de aquellos que lo poseen de manera ilegítima.

¿Por qué se sienten estos cristianos obligados a adoptar argumentos tan enrevesados como única forma de ofrecer resistencia a las acusaciones de plagio que les lanzaban los paganos? ¿Son realmente tan parecidas las enseñanzas de Jesús y la sabiduría de los misterios? Vamos a verlo.

LA PUREZA MORAL

Los cristianos estaban muy orgullosos de sus elevadas doctrinas morales. En cambio, era frecuente que presentasen los misterios como una muestra de degeneración moral, lo cual es una tremenda tontería. El iniciado Diodoro de Sicilia escribe: «Se dice que los que han participado en los misterios se vuelven más piadosos, más rectos y mejores que antes en todos los aspectos». Un iniciado de Sabacio anuncia después de la ceremonia: «Me he librado del mal, he encontrado el bien». Sopatros nos dice: «Gracias a la iniciación estaré completamente preparado para todas las exigencias morales». Jámblico hace referencia a la pompa de los misterios y escribe: «Estos espectáculos que se dan en los misterios tenían por objeto ser agradables a la vista para liberarnos de las pasiones licenciosas a la vez que vencían todos los malos pensamientos por medio de la impresionante santidad que acompañaba a estos ritos».

La iniciación en los misterios se consideraba una fuente de purificación moral y una preparación para la muerte. Aristófanes declara: «Todos los que participaban en los misterios llevaban una vida inocente, tranquila y santa; morían buscando la luz de los Campos Elíseos». Porfirio añade: «En el momento de la muerte el alma tiene que estar como está en los misterios: libre de toda mancha, pasión, envidia o ira». Celso nos dice que la iniciación era

sólo para «quien se haya purificado de toda corrupción y tenga un alma que no conozca ningún mal» y que «Nadie debe acercarse a menos que sea consciente de su inocencia». Jesús enseñaba a sus seguidores a esforzarse por alcanzar la pureza moral, no sólo en los hechos, sino incluso en el pensamiento. El Padre de la Iglesia Clemente de Alejandría escribe: «El que quiera entrar en el santuario debe ser puro, y la pureza es pensar cosas santas». Pero las palabras de Clemente son un eco de la antigua inscripción que había en el santuario de Asclepio y que también decía: «La pureza es pensar sólo pensamientos santos». De modo parecido, en los dichos del sabio pagano Sexto leemos: «No penséis siquiera en lo que no deseáis que Dios sepa». Escribe Celso: «Lo que realmente debería ocupar vuestro pensamiento, día y noche, es el Bien: en público y en privado, en todas las palabras y todos los hechos, y en el silencio de la reflexión».

Los filósofos estoicos fueron los autores de la idea de la «conciencia» que heredó el cristianismo. «Conciencia» significa «con conocimiento». Los sabios paganos afirmaban que escuchar a tu conciencia era seguir el conocimiento espiritual interior o gnosis que poseía el yo superior. Los seguidores de Pitágoras estaban obligados a recordar cada noche todos los acontecimientos del día y a juzgarse a sí mismos moralmente desde el punto de vista de su yo superior. Para describir su esfuerzo constante en pos de la perfección moral, el iniciado Séneca emplea un lenguaje sencillo y llano que podría ser el de un cristiano de nuestro tiempo:

Todos los días presento mis argumentos ante mí mismo. Cuando se extingue la luz y mi esposa, que conoce mi costumbre, guarda silencio, examino el día que ha pasado, reviso y sopeso todos mis hechos y palabras. No escondo nada. No omito nada: ¿Por qué iba a titubear al hacer frente a mis limitaciones cuando puedo decir: «Ten cuidado de no repetidas, y también hoy te perdono»

La necesidad de confesar los pecados era una de las enseñanzas de Jesús y es todavía un elemento esencial del cristianismo. No obstante, esta idea distaba mucho de ser nueva. Los iniciados en los misterios eran requeridos a purificarse confesando en público todos sus defectos y malas acciones. En los misterios de Eleusis, el sacerdote pedía al iniciado que confesase la peor acción que hubiera cometido en su vida. No era una formalidad vacía, sino un acto verdaderamente piadoso. El despótico emperador romano Nerón decidió no iniciarse en los misterios al darse cuenta de que tendría que reconocer francamente que había asesinado a su madre. Hasta un tirano prefería hacer el ridículo de este modo a mentir ante la institución más sagrada del mundo antiguo. Un estudioso de los clásicos escribe que los misterios «se anticiparon al catolicismo al instituir la confesión -aunque menos rígida- con los elementos de un sistema penitencial y la absolución para los devotos intranquilos. Los sacerdotes representaban al dios misterioso e imponían la confesión auricular». En 1500 a.n.e. ya se encuentra en el Libro de los muertos egipcio una «Confesión Negativa» de los males que la persona había evitado cometer.

Los cristianos, como hemos visto, afirmaban que los misterios representaban la degeneración moral, pero los indicios muestran claramente

que la iniciación estaba concebida para la regeneración moral.

Pese a ello, los misterios paganos, como es natural, estaban tan expuestos a la hipocresía y al abuso como cualquier otra religión. El pitagórico judío Filón se queja diciendo: «Con frecuencia no se inicia a hombres buenos, sino a ladrones y asesinos, y a mujeres lascivas, si pagan con dinero a los iniciadores y a los hierofantes». Pero un estudioso moderno comenta: «Los pasajes de este tipo demuestran que existían abusos, pero también que se consideraba un escándalo si la persona iniciada no daba señales de ninguna mejora moral».

EL AMOR

A diferencia del tradicional Dios de la justicia judío, Jesús predica un concepto nuevo y revolucionario, el de un Dios de amor. El primer mandamiento de Jesús, el mandamiento fundamental, dice que sus seguidores deben amar a Dios, y hoy día tener una relación de amor personal con Dios es uno de los pilares del cristianismo. También lo era en los misterios. Un estudioso actual escribe:

Si tuviera que destacar un rasgo primordial que distinguiese todos los cultos místicos de otras religiones de la época, escogería la búsqueda de una relación personal con sus dioses. Por consiguiente, la actitud de sus devotos ante los dioses era de amor en vez de temor o manipulación indiferente. Parece que el motivo de gran parte de la religión primitiva era librarse de los dioses y, por las buenas o por las malas, impedirles que importunasen al género humano. Para las religiones místicas el motivo es el contrario: acercarse más a ellos, reconocerlos como los mejores amigos del hombre.

El sentimiento cristiano del «amor fraternal» era también un rasgo de los misterios seis siglos antes de que hubiera cristianos. A los iniciados en Eleusis les llamaban *adelphoi*, que quiere decir «hermanos». Un *philadelphian* era alguien que practicaba el «amor fraternal». También los seguidores de Mitra eran llamados «hermanos». Los adeptos a los misterios de Júpiter Doliqueno recibían el nombre de *fratres carissimos*, o «hermanos amadísimos».

Con todo, Jesús enseñaba a sus seguidores no sólo a amar a sus hermanos cristianos, sino también a todos sus semejantes. En el Evangelio de Mateo ordena a sus seguidores: «Todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros a ellos». Pero esta enseñanza tampoco era nueva. Es un precepto eterno y ubicuo que se encuentra en casi todas las tradiciones religiosas. Entre los dichos del filósofo pagano Sexto encontramos: «Lo que deseas que tu prójimo sea contigo, lo mismo debes ser tú con tu prójimo»

Pero Jesús va más lejos y enseña que debemos amar incluso a nuestros enemigos y perdonar a quienes nos hacen daño: «Al que te abofetee en la mejilla derecha, ofrécele también la otra». Estas hermosas y profundas

enseñanzas suelen considerarse una revolución espiritual que sustituye al antiguo «ojo por ojo» de la ley judía. Eran en verdad una desviación radical respecto de lo que sentían los judíos, ¡pero los iniciados en los antiguos misterios paganos las conocían muy bien! En *Los dichos de Sexto el Pitagórico*, encontramos las mismas enseñanzas: «Desearás la posibilidad de beneficiar a tus enemigos». El propio Pitágoras decía que aunque fueras maltratado, no debías defenderte.

De modo parecido, Epicteto escribe: «Ésta es la manera de actuar del filósofo; ser azotado como un asno y amar a quienes le azotan, ser padre y hermano de toda la humanidad». Pero el ejemplo más famoso en el mundo antiguo era el de Sócrates, que había expresado estas enseñanzas (de las cuales dejó constancia su discípulo Platón). Escribe Celso: «Los cristianos tenéis un dicho que es más o menos así: "No ofrezcas resistencia a un hombre que te insulte; aunque te golpee, ofrécele la otra mejilla también". No es nada nuevo, y otros lo han expresado mejor, especialmente Platón».

En uno de los diálogos de Platón, Sócrates hace que Critón llegue paso a paso exactamente a la misma comprensión profunda que quinientos años más tarde aparece en los evangelios. Hemos seleccionado el fragmento en que Sócrates está a punto de alcanzar su conclusión:

SÓCRATES: Entonces, ¿nunca debemos ser injustos?

CRITÓN: Nunca.

SÓCRATES: ¿Y ni siquiera debemos tratar de vengar la injusticia que nos hayan hecho, como haría la mayoría, porque nunca debemos ser injustos?

CRITÓN: Así parece.

SÓCRATES: Así pues, ¿debemos hacer daño o no, Critón?

CRITÓN: No, Sócrates.

SÓCRATES: Bien, ¿es justo o injusto devolver daño por daño?

CRITÓN: Pienso que es injusto.

SÓCRATES: ¿Porque hacer daño a los hombres no es diferente de ser injustos?

CRITÓN: Exactamente.

SÓCRATES: Así pues, nunca debemos vengarnos y nunca debemos hacer daño a nadie, aunque nos hayan hecho daño.

Sócrates concluye diciendo: «Nunca está bien ser injustos y nunca está bien vengarse; y tampoco está bien hacer daño, o en el caso de alguien que haya sufrido algún daño, tratar de desquitarse».

Celso comenta cáusticamente: «Ésta era la opinión de Platón y, como dice él, no era nueva para él, sino que la pronunciaron hombres inspirados mucho antes que él. Lo que he dicho sobre ello puede servir, la parte por el todo, como ejemplo de la clase de ideas que mutilan los cristianos».

Los grandes sabios de los misterios incluso ampliaron su ética del amor universal para dar cabida en ella a los animales. Aunque en algunas religiones

mistéricas se sacrificaban animales, Pitágoras era vegetariano y Empédocles evocaba una edad de oro «en que ningún altar era mojado por la impía matanza de toros». Los sabios paganos iluminados, al igual que los maestros iluminados de toda tradición religiosa, se esforzaban constantemente por apartar a los iniciados de prácticas desfasadas y hacerles comprender el significado espiritual de sus ritos. Un estudioso actual de los clásicos dice que los misterios de Orfeo «impusieron -quizá por primera vez en el mundo occidental- una elevada ética de pureza y costumbres incruentas». Y añade:

Los órficos y los pitagóricos fueron verdaderamente los primeros cristianos en el sentido ético de la palabra, y unos cuantos cristianos como san Francisco hicieron extensiva su compasión al reino animal, como los pitagóricos.

LA HUMILDAD Y LA POBREZA

Jesús enseña a sus seguidores a emular su humildad y su pobreza. Ordena a sus discípulos que salgan a predicar y les dice:

Id proclamando que el Reino de los Cielos está cerca. Curad enfermos, resucitad muertos, purificad leprosos, expulsad demonios. Gratis lo recibisteis; dadlo gratis. No os procuréis oro, ni plata, ni calderilla en vuestras fajas; ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón.

Al cumplir esta orden, sus seguidores no se distinguían de los filósofos cínicos paganos, que iban de un lugar a otro impartiendo enseñanzas espirituales. Un estudioso moderno escribe:

Uno de los espectáculos habituales en el siglo I del Imperio romano era el que ofrecían los cínicos con sus toscas capas, sus bolsas para limosnas y sus palos de espino: Solían ir de ciudad en ciudad predicando a la gente y repitiendo sus perogrulladas. Al igual que los cínicos, cuando los apóstoles salieron a predicar el evangelio también viajaban de un sitio a otro casi sin equipaje.

Tanto los cínicos como los primitivos cristianos vestían prendas rudas y llamaban a su religión «el Camino». Para describir a un cínico, Epicteto utiliza palabras que podrían aplicarse igualmente a Jesús y sus discípulos:

Es un heraldo que Dios ha enviado a los hombres y que declara la verdad sobre las cosas buenas y las malas; que los hombres han errado y buscan la realidad del bien y del mal donde no está; y donde está no la ven. Luego, si hace falta, tiene que ser capaz de apasionarse, como en el escenario de la tragedia, y pronunciar estas palabras de Sócrates: «Oh, hombres, ¿adónde os habéis ido? ¿Qué hacéis? ¡Oh, desdichados! Como ciegos vais arriba y abajo. Os habéis apartado del camino verdadero y vais por otro que es falso; buscáis la paz y la felicidad donde no están, y si alguien os enseña donde está, no le

creéis».

Celso opina que la humildad cristiana es una copia impuesta de la humildad voluntaria de los sabios paganos. Clama con indignación:

Como es natural, subrayan la virtud de la humildad, ¡que en su caso es hacer de la necesidad virtud! ¡Aquí vuelven a prostituir las nobles ideas de Platón! No sólo interpretan mal las palabras de los filósofos; incluso se rebajan a atribuir a su Jesús palabras que pronunciaron los filósofos. Por ejemplo, nos dicen que Jesús juzgó a los ricos con estas palabras: «Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reino de los Cielos». Sin embargo, sabemos que Platón expresó esta misma idea de forma más pura al decir: «Es imposible que un hombre excepcionalmente bueno sea excepcionalmente rico». ¿Es una afirmación más inspirada que la otra?

Celso tiene razón al criticar a los cristianos porque afirmaban que las enseñanzas de Jesús eran originales y distintivas. Jesús predica: «Hacedos [...] un tesoro inagotable en los cielos [...] donde no llega el ladrón, ni la polilla». De modo parecido, Sexto exhorta: «Poseed las cosas que nadie os puede quitar».

Jesús es el rey del mundo porque es sabio y no porque sea poderoso. Una máxima popular de los estoicos decía: «El único rey verdadero es el hombre sabio».

Jesús aconseja: «Velad, por tanto, ya que no sabéis cuándo viene el dueño de la casa [...] No sea que llegue de improviso y os encuentre dormidos». Epicteto escribe: «No os alejéis del barco en ningún momento, no fuera el capitán a llamaros cuando no estéis preparados».

Jesús dice: «Yo os aseguro: el que no reciba el Reino de Dios como niño, no entrará en él». Heráclito escribe: «El reino pertenece al niño».

Jesús pregunta: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios». Cuatro siglos antes Platón había definido a Dios como «el Bien», cualidad que, por definición, sólo Dios podía manifestar plenamente. De manera parecida a Jesús, Pitágoras se había negado a que le llamaran sabio y había explicado que nadie es sabio excepto Dios; Pitágoras prefería llamarse a sí mismo «amante de la sabiduría» o «filósofo», término que fue la primera persona en usar.

EL CIELO Y EL INFIERNO

Cuando los misterios se introdujeron por primera vez en Europa desde Egipto, el concepto de otra vida era una doctrina nueva y herética para los griegos. El concepto de cielo e infierno tampoco se encuentra en el Antiguo

Testamento, pero es una idea fundamental en los evangelios. ¿De dónde procedían estos conceptos? Exactamente igual que en la antigua Grecia, estas nuevas ideas las introdujeron los misterios.

El cristianismo ofrece a sus adeptos el consuelo de otra vida en el cielo, al tiempo que amenaza a los perversos y a los no creyentes con los tormentos del infierno. Escribe Sófocles: «¡Qué triple bendición reciben los mortales que, habiendo contemplado estos misterios, parten para la casa de la Muerte! Pues sólo a ellos se les otorga vida allí: sobre los demás caen todos los males».

A raíz de la muerte de su querida hijita Timoxena, Plutarco escribió una hermosa carta de consuelo a su esposa en la cual la instaba a recordar «los símbolos místicos de los ritos de Dioniso» que le impedirían pensar que «el alma no experimenta nada después de la muerte y deja de ser». Plutarco confía en que por medio de «la experiencia que compartimos de las revelaciones de Dioniso», él y su esposa «sepan que el alma es indestructible» y que en la otra vida es como un pájaro liberado de su jaula.

Una inscripción afirma que los iniciados en los misterios, como los fieles cristianos, «renacen en la eternidad». La inscripción fúnebre de un hierofante nos dice que ahora sabe que «la muerte no es un mal, sino algo bueno». Escribe Glauco: «Hermoso es en verdad el misterio que nos dan los benditos dioses: la muerte ya no es para los mortales un mal, sino una bendición». Un sacerdote de los misterios de Orfeo llamado Felipe predicaba con tanto entusiasmo sobre la dicha absoluta que esperaba a los iniciados en el cielo «¡que un gracioso le preguntó por qué no se apresuraba a morir para gozar de ella en persona!». San Agustín se queja de que los misterios «¡prometen vida eterna a cualquiera!». No obstante, los misterios sólo prometían salvación eterna a los iniciados, del mismo modo que el cristianismo sólo promete vida eterna a los cristianos. Un himno advierte:

Bienaventurado aquel que haya visto esto entre los hombres terrenales; pero aquel que no está iniciado en los ritos sagrados y no participa de ellos, nunca corre la misma suerte en la turbia oscuridad una vez muerto.

Los misterios de Orfeo eran famosos en el mundo antiguo por sus vívidas descripciones de los tormentos que aguardan a los malhechores en la otra vida. Como nos dice una moderna autoridad en la materia: «Los órficos crearon la idea cristiana del purgatorio». De hecho, el estudioso Franz Cumont ha demostrado que las vívidas descripciones de la felicidad de los bienaventurados y los sufrimientos de los pecadores que se encuentran en los libros órficos fueron adoptadas en los Libros de Esdras de los judíos, que fueron escritos en el siglo I d.n.e. y se incluyeron entre las Escrituras apócrifas en algunas versiones del Nuevo Testamento. San Ambrosio amplió luego estos conceptos paganos de la otra vida, que de esta manera se convirtieron en la imagería clásica del catolicismo.

No es extraño, pues, que al encontrar pasajes de Platón que hablaban del castigo de las almas en el Tártaro, el infierno griego, los primitivos cristianos no

se explicaran cómo los paganos habían podido anticiparse a su propia doctrina del fuego del infierno. En el *Fedón*, por ejemplo, Platón describe «un lago enorme lleno de fuego [...] hervidero de agua y fango». En el Apocalipsis de Pedro, escritura cristiana no canónica, vemos que el mismo destino aguarda en los infiernos a los pecadores, que se verán atrapados en «un enorme lago lleno de fango llameante»

Celso está seguro de que los conceptos cristianos de cielo e infierno toman muchas cosas de los misterios y escribe:

Ahora los cristianos rezan para que después de los trabajos y las luchas de aquí abajo puedan entrar en el reino del cielo, y están de acuerdo con los antiguos sistemas según los cuales hay siete cielos y el camino del alma pasa por los planetas. Que su sistema se basa en enseñanzas muy antiguas puede verse en creencias parecidas que forman parte de los antiguos misterios persas asociados con el culto de Mitra.

En efecto, los misterios de Mitra, como el cristianismo, hablaban de los terrores que esperaban a los condenados en las entrañas de la Tierra y de los placeres que los bienaventurados encontrarían en el paraíso celestial. La creencia en un séptimo cielo no forma parte del cristianismo moderno, pero era común entre los primitivos cristianos y san Pablo la menciona y dice de sí mismo que fue «arrebatado hasta el tercer cielo».

El entusiasmo cristiano por los sufrimientos de los condenados en el infierno recuerda a Celso a los iniciados más supersticiosos de los misterios de Baco:

Los cristianos parlotean día y noche, de manera impía y sucia, acerca de Dios; llenan de temor reverencial a los analfabetos con sus falsas descripciones de los castigos que aguardan a los pecadores. Se comportan así como los guardianes de los misterios báquicos.

Los sabios más instruidos en los misterios pensaban que semejantes horrores no eran más que historias destinadas a fomentar una conducta moral mejor. Plutarco dice de los terrores de los infiernos que son un «mito edificante». El filósofo cristiano Orígenes también arguyó que los terrores del infierno no eran literalmente verdaderos, pero que debían difundirse con el fin de asustar a los creyentes más sencillos.

Tanto los sabios paganos como Orígenes creían en la reencarnación. El cielo y el infierno se consideraban estados temporales de recompensa y castigo a los que seguía otra encarnación humana. La vida y la muerte eran partes de un proceso «circular» recurrente, en lugar de ser acontecimientos excepcionales que llevaban a la recompensa o la condenación eterna. El infierno era una experiencia purgatoria que conducía a una ulterior experiencia humana mediante la cual todas las almas podían regresar a Dios.

Con todo, después de morir Orígenes la Iglesia católica romana lo condenó por hereje, toda vez que creía compasivamente que al final todas las almas serían redimidas. La Iglesia romana exigía a todos los cristianos que creyeran

que algunas almas sufrirían eternamente en el infierno, mientras que los fieles disfrutarían de la salvación eterna. Es la única creencia sobre la otra vida que Celso considera distintiva del cristianismo. Escribe:

Ahora os preguntaréis cómo hombres con creencias tan desesperadas pueden persuadir a otros a engrosar sus filas. Los cristianos usan diversos métodos de persuasión, e inventan varios incentivos aterradores. Sobre todo, han tramado una doctrina absolutamente ofensiva que habla del castigo y la recompensa eternos y supera cualquier cosa que los filósofos (que nunca han negado el castigo de los perversos ni la recompensa de los bienaventurados) hubieran podido imaginar.

La Iglesia romana también enseñaba que al llegar el día del Juicio Final, un apocalipsis de fuego consumiría a todos los no cristianos al tiempo que los fieles resucitarían físicamente. Celso, horrorizado, escribe:

Es igualmente estúpido que estos cristianos supongan que cuando su dios emplee el fuego (¡como una vulgar cocinera!) el resto de la humanidad será asado por completo, y que sólo ellos se librarán de quemarse. No sólo los que estén vivos en aquel momento, por supuesto, sino que, según ellos, los que murieron hace mucho tiempo saldrán de la tierra y sus cuerpos serán los mismos cuerpos que tenían antes. Yo os pregunto: ¿No es esta esperanza propia de los gusanos? Porque, ¿a qué clase de alma humana puede interesarle un cadáver putrefacto? El hecho mismo de que algunos judíos y hasta algunos cristianos rechacen esta enseñanza sobre cadáveres que salen de los sepulcros demuestra hasta qué punto es repulsiva; es sencillamente nauseabundo e imposible. Lo que quiero decir es: ¿qué clase de cuerpo podría volver a su naturaleza original o ser lo que era antes de pudrirse? Y, desde luego, no tienen respuesta para esto, y, como en la mayoría de los casos donde no hay respuesta, se cubren las espaldas diciendo: «Nada es imposible para Dios».

No obstante, incluso esta doctrina cristiana más bien rara sobre el apocalipsis y la resurrección física está prefigurada en los misterios de Mitra. Esta tradición mística en particular enseñaba que al final de la era actual Dios destruiría el mundo. Entonces, al igual que en la «segunda venida» de Jesús, Mitra volvería a descender a la Tierra y sacaría a los muertos de las tumbas. Según el Evangelio de Mateo, al fin de los tiempos el hijo del hombre separará a los buenos de los malos, como un pastor que separase las ovejas de las cabras, y salvará a los unos y condenará a los otros. De modo parecido, los seguidores de Mitra creían que al fin de los tiempos la humanidad formaría una gran asamblea y los buenos serían separados de los malos. Finalmente, creían que Dios escucharía las plegarias de los «hermosos» y haría caer de los cielos un fuego devorador que aniquilaría a todos los perversos. Del mismo modo que el apocalipsis cristiano señala la derrota final del diablo a manos de Cristo, también en el mitraísmo el Espíritu de las Tinieblas y sus demonios impuros perecerán en la gran conflagración, y el universo rejuvenecido gozará eternamente de felicidad.

LA NUEVA ERA

En el Evangelio de Mateo, Jesús predice el apocalipsis que se avecina y el nacimiento de una nueva era diciendo: «Pues se levantará nación contra nación y reino contra reino, y habrá en diversos lugares hambre y terremotos. Todo esto será el comienzo de los dolores de alumbramiento de la nueva era».

Basándose en su conocimiento de la astronomía, los paganos también esperaban una nueva era. Los antiguos creían que aproximadamente cada dos mil años entramos en un nuevo «gran mes» astrológico. Ellos mismos vivían en el gran mes de Aries, que empezó alrededor de 2000 a.n.e. El carnero era el símbolo de la era de Aries, de ahí que con frecuencia se representase a Dioniso con cuernos de dicho animal. La nueva era de Piscis empezó alrededor de 145 a.n.e. y en la actualidad está cambiando para dar paso a otra nueva era, el gran mes de Acuario.

El símbolo de Piscis es el pez y los cristianos obviamente veían su fe como una nueva religión para esta nueva era. El símbolo que más comúnmente se utilizaba para representar el cristianismo era el del pez, la *vesica piscis* pitagórica, de la que ya hemos hablado. Los apóstoles eran apodados «pescadores de hombres». Los primitivos cristianos se llamaban a sí mismos «pececillos». Los primeros cristianos usaban la palabra griega «*ichthys*», que significa «pez», como nombre cifrado de «Jesús». Este nombre se consideraba acrónimo de «Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador». El gran portavoz de la ortodoxia cristiana, Tertuliano, escribe: «Pero nosotros, los cristianos, somos pececillos que siguen el ejemplo de nuestro gran Pez (*ichthys*) Jesucristo, nacido en el agua». Con todo, ¡desde hacía siglos *Ichthys* era el nombre griego de Adonis, el dios hombre de los misterios sirios!

Al empezar la era de Piscis, su signo contrario en el zodiaco, Virgo, la Virgen, se hallaba en el horizonte occidental. La mitología pagana, por tanto, esperaba que el salvador de la era de Piscis naciera de una virgen. En el siglo I a.n.e. el poeta e iniciado romano Virgilio predijo un nacimiento milagroso de esta clase (repetiendo, según se dice, la profecía de una sacerdotisa de un oráculo pagano, la llamada sibila):

Hemos llegado a la última fase del canto de la sibila. El tiempo ha concebido y la gran secuencia de las eras empieza de nuevo. Justicia, la Virgen, vuelve para morar con nosotros. El primogénito de la nueva era ya ha partido del alto cielo para bajar a la Tierra. Con él terminará la raza de hierro y el hombre de oro heredará todo el mundo. Recibid con sonrisas el nacimiento del bebé. Va a nacer esta era gloriosa. El buey no temerá al león. Vuestra cuna se adornará con flores que os acariciarán. Entrad, pues la hora está cerca. ¡Ved cómo toda la creación se alegra de la era que va a nacer! Empieza, pues, muchachito a saludar a tu madre con una sonrisa.

Esta profecía, que tanto recuerda la historia del nacimiento de Jesús y la promesa cristiana de que el cordero y el león yacerán juntos, fue interpretada por los cristianos como un aviso de la llegada de Jesús. De hecho, Virgilio se

refería a la creencia, muy extendida entre los paganos, de que la inminente era de Piscis anunciaría un nuevo principio para la humanidad, y el niño divino era Osiris-Dioniso.

Los antiguos creían que una nueva era empezaba con la destrucción de la era anterior. El gran mes de Tauro tiene por símbolo un toro. Actualmente los estudiosos piensan que los retablos en los que aparece Mitra dando muerte a un toro son en realidad mapas astrales que representan el fin de la era de Tauro. El siguiente gran mes, el de Aries, lo simboliza un carnero. ¿Es coincidencia que el fin de esta gran era lo señalen de forma parecida representaciones de la muerte de Jesús, el «cordero de Dios»?

En Persia los adeptos de los misterios de Mitra creían que un apocalipsis delimitaba todos los grandes meses: en un extremo una inundación y en el otro el fuego. También los griegos hablaban de una inundación terrible pero purificadora, la que forma parte del mito de Deucalión. Los primitivos cristianos recordaban igualmente una purificación por medio de agua, el diluvio de Noé, y esperaban otra por medio de fuego, la del apocalipsis. No es extraño, pues, que Celso considere que esta visión cristiana es un nuevo plagio de las antiguas enseñanzas paganas:

Postulan, por ejemplo, que su mesías volverá como conquistador en las nubes, y que hará llover fuego sobre la tierra en su batalla con los príncipes del aire, y que el fuego consumirá a todo el mundo, con la excepción de los cristianos creyentes. Una idea interesante, y poco original. La idea procedía de los griegos y de otros, a saber: que después de ciclos de años y debido a las conjunciones fortuitas de ciertos astros se producen conflagraciones e inundaciones, y que después de la última inundación, en la época de Deucalión, el ciclo exige una conflagración de acuerdo con la alternancia del universo. Por eso algunos cristianos piensan neciamente que Dios bajará y hará que llueva fuego sobre la Tierra.

UN DIOS ÚNICO

El paganismo se incluye tradicionalmente entre las religiones «politeístas» porque sus adeptos creían en muchos dioses. En cambio, el cristianismo se considera una religión «monoteísta» porque sus fieles creen en un único Dios. En su implacable campaña contra el paganismo, los cristianos han presentado el supuesto «politeísmo» de los paganos como idolatría primitiva. Pero esto equivale a tergiversar por completo la sublime comprensión filosófica de Dios que tenían los sabios de los antiguos misterios.

Quinientos años antes de Cristo, Jenófanes ya había escrito: «Hay un Dios único, siempre quieto y en reposo, que mueve todas las cosas con sus

pensamientos». Al legendario sabio egipcio Hermes Trismegisto se le atribuye la siguiente enseñanza: «¿Pensáis que hay muchos dioses? Eso es absurdo [...] Dios es único». El sabio pagano Máximo de Tiro, que escribió más o menos en la época en que los cristianos empezaban a predicar su doctrina supuestamente antipagana de un Dios único, declaró: «La única doctrina en la que todo el mundo coincide es la que dice que un Dios único es rey de todo y padre».

Ni siquiera Justino Mártir pudo negar que Pitágoras había predicado la doctrina de un Dios único. Cita las palabras del propio Pitágoras:

Dios es único; y él mismo no existe, como suponen algunos, fuera del mundo, sino en él, estando del todo presente en el círculo entero, y contemplando todas las generaciones, siendo el ingrediente regulador de todas las eras, y el administrador de sus propios poderes y obras, el primer principio de todas las cosas, la luz del cielo, y padre de todo, la inteligencia y alma animadora del universo, el movimiento de todas las órbitas.

Esta idea ni tan sólo era nueva en tiempos de Pitágoras, sino que había existido durante miles de años entre los antiguos egipcios, que hablaban de un inefable Dios único que no podía representarse en piedra. En los misterios egipcios, Os iriṣ representa este Ser supremo y fue proclamado «Hereder del mundo y Dios Único». Las inscripciones egipcias revelan el gran parecido que existe, de hecho, entre el concepto de Dios de los paganos y el de los cristianos:

Dios es Uno solo,
y ningún otro existe con Él.
Dios es el Único que ha hecho todas las cosas.
Dios es desde el principio,
y Él ha sido desde el principio.
Él existía cuando no existía nada más,
y lo que existe
Él lo creó después de empezar Él a ser.
Él es el padre de los principios.

El dios egipcio Amón era llamado «el Uno de Uno». El gran egiptólogo Wallis Budge comenta:

Se dice también que «no tiene segundo» y, por tanto, no cabe ninguna duda de que cuando los egipcios declararon que su Dios era Único, y que no tenía segundo, querían decir exactamente lo mismo que los hebreos y los árabes cuando declaraban que su Dios era Único. Este Dios era un Ser totalmente distinto de la personificación de los poderes de la naturaleza y las existencias que, a falta de un nombre mejor, se ha dado en llamar «dioses».

El paganismo, como todas las religiones, tenía sus supersticiones y su vertiente primitiva, y ciertamente había muchos cultos paganos dedicados a dioses diferentes. Pero Budge explica que estos llamados «dioses»

representaban aspectos de la naturaleza. La antigua palabra egipcia que traducimos por «dios» es *neter*. *Neter* se refiere a una esencia o principio espiritual. Por medio del latín, nuestra palabra «naturaleza» bien puede proceder de ella. Los numerosos *neters* de los egipcios representaban las múltiples naturalezas del Ser único que lo abarca todo: los dioses eran aspectos o caras diferentes del Dios único y supremo.

En el mundo antiguo, era frecuente escoger un dios en particular como representante del inefable Dios único y añadir a su nombre la palabra *pantheus*, que significa «dios total». Así, encontramos inscripciones latinas dedicadas a Osiris-Dioniso, en sus formas de Serapis y Líber, que llaman al dios hombre «Serapis Panteo» y «Líber Panteo».

Todos los paganos podían rendir culto al mismo Dios personificado por cualquier dios o diosa en particular que les gustara, sin contradecir con ello a quienes escogiesen otra divinidad. Escribe Celso: «El nombre que des al Dios supremo no tiene ninguna importancia; ni la tiene que utilices nombres griegos o nombres indios o los nombres que en otro tiempo empleaban los egipcios».

Los cristianos, al negar la validez de todas las divinidades excepto Jehová, el dios de los judíos, se apartaban de las demás religiones.

Los paganos lo consideraban una estrechez de miras inexplicable. Esta exclusividad era ajena al espíritu pagano de tolerancia religiosa, que Máximo de Tiro capta de forma espléndida:

Que todas las naciones conozcan lo divino, que es único; y si el arte de Fidias despierta el recuerdo de Dios en los griegos, la adoración de animales en los egipcios y un río en otros, y el fuego en los de más allá, no me parecen mal sus diferencias. Que sepan sólo, que amen sólo, que recuerden.

Sin embargo, esta tolerancia sin prejuicios no impedía que los iniciados en los misterios intentaran liberar a sus correligionarios de la superstición absurda. Cuando los cristianos criticaban a los paganos por rendir culto a los ídolos, en realidad se hacían eco de los sabios de los misterios, que llevaban siglos burlándose con delicadeza de las prácticas paganas más primitivas. Celso se queja con indignación de los cristianos:

No hay nada nuevo ni impresionante en su enseñanza ética; de hecho, al comparada con otras filosofías, su ingenuidad se hace evidente. Tomemos su aversión a lo que llaman idolatría. Como demuestra Herodoto, mucho antes de nuestro tiempo los persas opinaban que las cosas que se hacían con manos humanas no pueden considerarse dioses. De hecho, es absurdo que la obra de un artesano (¡a menudo una persona de la peor especie!) se considere un dios. El sabio Heráclito dice que «los que adoran imágenes como dioses son tan necios como los hombres que hablan con las paredes».

Diágoras era famoso por burlarse de los dioses, como lo era también Diógenes de Ponto, que, cuando le preguntaron por qué pedía limosna a una estatua, respondió en tono sardónico: «Para acostumbrarme a que me la

nieguen».

Jenófanes había atacado el comportamiento inmoral de los dioses que presentaban Homero y Hesíodo, y había comentado sarcásticamente:

Los seres humanos piensan que los dioses han nacido, llevan ropa, hablan y tienen cuerpos como los suyos. Los etíopes dicen que los dioses son negros y que su nariz es respingona. Los tracios dicen que tienen los ojos azules y el pelo rojo. Si las vacas y los caballos tuvieran manos, dibujarían dioses con aspecto de vaca y de caballo.

El satírico Luciano hace que su personaje Momus se queje a Zeus de todas las representaciones extrañas de los dioses con cabeza de animal. Zeus contesta reconociendo que: «Estas cosas son indecorosas», pero explica que: «La mayoría de ellas son cuestión de simbolismo y alguien que no se haya iniciado en los misterios realmente no debería reírse de ellas». De forma parecida, Celso explica que los iniciados piensan que las representaciones paganas de los dioses tienen significado simbólico y no deben tomarse literalmente, ya que son «símbolos de ideas invisibles y no objetos de culto en sí mismas».

Irónicamente, muchos filósofos paganos pensaban que el concepto primitivo era el que los cristianos tenían de Dios. Aunque estaba bien personificar algunos aspectos de Dios como los «dioses», opinaban que era imposible representar la naturaleza inefable del Dios supremo en términos humanos como hacían los cristianos. Celso piensa que este antropomorfismo es ridículo y escribe:

Los cristianos dicen que Dios tiene manos, boca y voz; y andan siempre proclamando que «Dios dijo esto» o «Dios habló». «Los cielos son una muestra de la obra de sus manos», dicen. Sólo puedo comentar que un Dios así no es ningún Dios, porque Dios no tiene manos, boca ni voz, y tampoco ninguna de las características que conocemos. En sus absurdas doctrinas hay incluso referencias a Dios paseando por el jardín que creó para el hombre; y hablan de que está enfadado, celoso, arrepentido, apesadumbrado, soñoliento: en resumen, que en todos los aspectos es más hombre que Dios. Asimismo, pese a su exclusividad relativa al Dios más elevado, ¿acaso los judíos no adoran también a los ángeles?

Los judíos y los cristianos no sólo rendían culto a los ángeles, que a ojos de los paganos eran equivalentes directos de sus numerosos dioses y diosas, ¡sino que hasta empleaban la expresión «los dioses», exactamente igual que los paganos! Clemente de Alejandría escribe sobre la iluminación espiritual «que nos enseña de antemano la vida futura que llevaremos de acuerdo con Dios y con los dioses». Explica que a los iluminados les llaman «dioses» porque están «destinados a sentarse en tronos con los demás dioses a los que el Salvador ha puesto antes en sus sitios».

El iniciado pagano Cicerón escribe: «Sepas, pues, que eres un dios». De la misma manera, en el Evangelio de Juan leemos que cuando los fariseos le

acusan de blasfemo por haber afirmado que es Hijo de Dios, Jesús responde:

¿No está escrito en vuestra Ley: «Yo he dicho: dioses sois»? Si llama dioses a aquellos a quienes se dirigió la Palabra de Dios -y no puede fallar la Escritura-, a aquel a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo, ¿cómo le decís que blasfema por haber dicho: «Yo soy Hijo de Dios»?

El filósofo cristiano Orígenes empleaba expresiones tales como «dos Dioses» al hablar del credo. Justino Mártir habla de «un segundo Dios». Y tenemos también la doctrina cristiana de la Santísima Trinidad, que es decididamente «politeísta». La idea de que Dios puede manifestarse en «tres personas» es idéntica al concepto pagano de las numerosas naturalezas o rostros del único Dios supremo e inefable.

El concepto de una trinidad divina no se encuentra en el judaísmo, sino que está prefigurado en el paganismo. Aristóteles escribe sobre la doctrina pitagórica según la cual «la totalidad y cuanto hay en ella está comprendido en el número tres, porque el final, la mitad y el principio tienen el número la totalidad, esto es, la trinidad». Cientos de años antes, en un antiguo texto egipcio, Dios proclama: «Siendo Uno me convertí en Tres». Y otro dice: «Tres son todos los dioses, Amón, Ra, Ptah; no hay ninguno como ellos. Oculto en su nombre de Amón, es Ra, su cuerpo es Ptah. Se manifiesta en Amón, con Ra y Ptah, los tres unidos».

Al examinarlos con atención, vemos que la línea entre el monoteísmo y el politeísmo no es tan inflexible como quieren hacer creer algunos. De hecho, es tan fluida que no tiene absolutamente ninguna importancia real.

EL LOGOS

La traducción del Evangelio de Juan en la versión de la Biblia llamada «del rey Jacobo» empieza con este famoso y poético pasaje:

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Éste era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

Al leer este texto, muchas personas lo encuentran extrañamente conmovedor, pero confesarían que en realidad no entienden lo que significa. Esto no es extraño, porque sin poseer cierto conocimiento de la filosofía pagana realmente tiene poco sentido.

En el griego original, la palabra que aquí traducimos por «Verbo» es «Logos». El concepto del Logos es totalmente ajeno al judaísmo y deriva enteramente de los misterios paganos. Ya en el siglo VI a.n.e. Heráclito

emprendió un viaje cuyo objeto era descubrirse a sí mismo y encontró el «Logos compartido por todos». Escribe: «No habiéndome escuchado a mí, sino al Logos, es prudente confesar que todas las cosas son Una».

El sabio pagano Epicteto predica: «El Logos de los filósofos nos promete la paz que Dios proclamó por medio de su Logos». El romano Vitruvio escribe: «Que nadie piense que he errado si creo en el Logos». Clemente de Alejandría admite que: «Puede reconocerse con franqueza que los griegos tuvieron algunos atisbos del lo gas divino» y cita al legendario sabio pagano Odeo, que proclama: «He aquí el Logos divino. Caminad como es debido por la senda de la vida y contempladlo, el gran gobernante del mundo, nuestro rey inmortal». Pero este concepto pagano es mucho más antiguo que los griegos. Se encuentra en los antiguos Textos de las pirámides de la III dinastía de Egipto, ¡que se escribieron más de 2.500 años antes de la era cristiana!

¿Cómo debemos interpretar este antiguo concepto del Logos? En griego antiguo, Logos tiene muchos niveles de significado que nuestro término «verbo» no capta ni remotamente. Uno de ellos lo expresan Clemente y Orígenes, que afirman que el Logos es «la idea de las ideas». Es el pensamiento fundamental de Dios. El legendario sabio pagano Hermes Trismegisto expresa exactamente el mismo concepto. Describe el Logos -la idea de las Ideas- abandonando la unicidad de Dios como una palabra o pensamiento. Para Hermes, al igual que para Clemente y Orígenes, el Logos es el primer pensamiento de la gran mente de Dios, por medio de la cual crea el universo.

Los cristianos dicen que la relación entre Dios y el Logos es como la que existe entre un padre y un hijo. El Logos es el «Hijo de Dios». Con todo, también afirman que el Padre es un aspecto del Hijo y viceversa. San Juan expresa esta paradoja: «El Logos era con Dios, y el Logos era Dios».

Éstas son en realidad antiguas doctrinas paganas que propusieron sabios tales como Hermes Trismegisto, que también llama al Logos «el Hijo de Dios». Explica que, al igual que la mente y el pensamiento, el padre y el hijo son en realidad uno, pero cuando se separan el uno del otro aparecen como dos. Del mismo modo, en el siglo VI a.n.e. Heráclito había escrito: «El Padre y el Hijo son el mismo». Clemente reconoce que Eurípides había «adivinado como en un acertijo que el Padre y el Hijo son un Dios único».

¿Cómo debemos interpretar esta misteriosa relación entre el Logos y Dios, el Padre y el Hijo? Escribe Clemente: «El Hijo es la Conciencia de Dios. El padre sólo ve el mundo tal como se refleja en el Hijo».

El Logos es Dios consciente de sí mismo. Es el alma única del universo que es consciente por medio de todos los seres. Por eso Heráclito sale en busca de sí mismo, pero descubre un «Logos compartido por todos», porque el Logos es nuestra esencial identidad en común. El filósofo cristiano Orígenes escribe:

Del mismo modo que nuestro cuerpo, aun consistiendo en muchos miembros, permanece unido por obra de un alma, también el universo debe

concebirse como un inmenso ser vivo, que permanece unido por un Alma Única: el poder y el Logos de Dios.

De la misma manera que san Juan nos dice que Jesús es una encarnación del Logos, también el iniciado pagano Plutarco enseña que Osiris es «el Logos en sí mismo, trascendente e impasible». Al equiparar a Jesucristo con el Logos, san Juan indica claramente que es una personificación de este alma única del universo, como Osiris-Dioniso lo es para los paganos. Cristo está en todos nosotros, porque es la naturaleza divina esencial que compartimos todos. Desde esta perspectiva, el Hijo de Dios no es una figura histórica que vive en el tiempo, sino un principio filosófico eterno, porque, como escribe Orígenes: «El Padre no engendró al Hijo, sino que lo engendra constantemente».

Así pues, ¿hay alguna diferencia real entre los conceptos cristiano y pagano del Logos? Una vez más, se encuentra sólo en la idea cristiana según la cual mientras que el dios hombre pagano encarnaba míticamente el Logos, Jesús encarnaba literalmente este principio filosófico. San Agustín escribe sobre sus estudios de filosofía pagana: «Leí allí que Dios el Verbo no nació de carne y sangre, ni tampoco de la voluntad del hombre, ni de la voluntad de la carne, sino de Dios. Pero que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, no lo leí allí».

La idea esencial que dividía a los paganos y los cristianos de la antigüedad era la creencia cristiana de que un solo hombre, sólo uno, había sido realmente el Logos hecho carne. Los paganos tachaban de imposible la idea de que el Logos que compartimos todos pudiera manifestarse de algún modo en un solo ser humano. Para diferenciarse definitivamente de sus vecinos paganos, los cristianos sólo podían echar mano de la extraordinaria afirmación de que un carpintero de Nazaret era en verdad el hijo único de Dios y la encarnación del Logos. No obstante, discutirían durante siglos lo que podía significar.

EL LENGUAJE DE LOS MISTERIOS

El profesor Max Miller nos dice con énfasis que quien use términos tales como *logos* o «el verbo», *monogenes* o «el unigénito», *protokos* o «el primogénito», *hyios tou theou* o «el Hijo de Dios», «ha tomado de la filosofía griega los gérmenes mismos de su pensamiento religioso». En los escritos de los primitivos cristianos, incluido el Nuevo Testamento, abunda este tipo de conceptos paganos, que pasan inadvertidos a causa de las malas traducciones del griego original al inglés. De hecho, el lenguaje que empleaba el primitivo cristianismo se parece tanto al de los misterios ¡que frecuentemente en las inscripciones fúnebres no distinguimos si el difunto era cristiano o pagano!

San Pablo, por ejemplo, afirma que Dios «dice en espíritu cosas misteriosas». Se usa la palabra «misterio» para referirse al bautismo y la eucaristía. Al obispo que dirige la ceremonia se le llama *mystagogue*. La misa

se denomina *mystagogia*, vocablo que todavía emplean los cristianos ortodoxos griegos para describir la pasión de Jesús. Una autoridad moderna en la materia comenta que éste es «el lenguaje de los misterios».

Orígenes llama al cristianismo «el *telete*», lo cual significa «la iniciación». Asimismo, el crítico pagano Luciano piensa que el primitivo cristianismo es otra versión de los misterios y lo llama sencillamente «nuevo *telete*», es decir, «nueva iniciación». Las traducciones de los escritos de san Pablo suelen hablar de cristianos «maduros» o «perfeccionados», pero también en este caso sería más fiel al original griego decir «iniciados». Al tratar de ciertas doctrinas, era común que los primitivos cristianos, tales como Orígenes, se limitasen a anunciar: «¡Los iniciados saben lo que quiero decir!». Ésta es exactamente la misma fórmula que emplean los filósofos paganos Pausanias, Plutarco y Apuleyo cuando hacen referencia a secretos de los misterios paganos.

Los escritos de Clemente de Alejandría aparecen llenos de terminología tomada directamente del lenguaje de los misterios paganos. Al hablar de la revelación cristiana, emplea expresiones tales como «los misterios santos», «los secretos divinos», «el Logos secreto», «los misterios del Logos». Jesucristo es para Clemente el «maestro de los misterios divinos», justamente como Osiris-Dioniso. «El señor es mi hierofante -escribe Clemente-. Me he vuelto santo al iniciarme.»

Utilizando un lenguaje que no se diferencia del de un iniciado pagano, dice con entusiasmo:

¡Oh misterios en verdad sagrados! ¡Oh luz pura! En las llamas de las antorchas tengo una visión del cielo y de Dios. Me vuelvo santo por medio de la iniciación. El Señor revela los misterios. Señala al fiel con Su sello. Si lo deseas, iníciate también, y bailarás con los ángeles alrededor del no engendrado y eterno, y único Dios verdadero.

Hasta su organización la heredó el cristianismo de los misterios. Un estudioso cristiano de nuestro tiempo reconoce:

Los misterios habían unido a los hombres en aquellas asociaciones religiosas que fueron las precursoras de las iglesias domésticas del primitivo cristianismo y proporcionaron a la nueva religión una organización y un sistema administrativo. Los misterios, tanto griegos como orientales, habían creado un entorno favorable al cristianismo al hacer que la religión fuese un asunto de convicción personal; habían familiarizado a la gente con la conciencia y la necesidad de la redención; habían conseguido con su propaganda de salvación que los hombres estuvieran dispuestos a prestar atención a los cristianos cuando proclamaban a Jesús como salvador; habían desnacionalizado a los dioses y a los hombres al aspirar a la fraternidad del género humano; habían estimulado las ansias de inmortalidad; habían convertido a los hombres en fervientes propagandistas al imponerles la obligación de difundir su fe; habían fomentado el monoteísmo al hacer a su deidad protectora el representante de la Divina Unidad.

CONCLUSIÓN

Así pues, ¿era el Nuevo Testamento realmente nuevo? Desde luego, era nuevo y herético a los ojos de los judíos tradicionales. La figura de Jesús colocaba la doctrina judía del «ojo por ojo» ante el desafío de la doctrina socrática de «ama a tus enemigos». Las enseñanzas místicas sobre la naturaleza del cielo y el infierno revolucionaron los conceptos que los judíos tradicionales tenían de la otra vida. Así pues, el Nuevo Testamento era nuevo para los judíos, pero no para los paganos, que tenían aquellas doctrinas desde hacía cientos de años. Con todo, los antiguos no se hubieran llevado una sorpresa al ver que las enseñanzas paganas se habían adelantado a las de Jesús. Hubieran esperado que la Verdad, por su naturaleza misma, fuese imperecedera y no original.

Examinemos algunos de los datos que hemos descubierto:

- Jesús enseñaba a sus seguidores a ser puros de pensamiento, palabra y obra, igual que los sabios de los misterios.

- Los cristianos tienen una relación personal de amor con Dios; lo mismo que los iniciados en los misterios.

- Jesús enseñaba a sus seguidores a amar al prójimo; los sabios de los misterios, también.

- Jesús enseñaba a sus seguidores a amar a sus enemigos; lo mismo hacían los sabios de los misterios.

- Los cristianos se aman mutuamente como «hermanos», igual que los iniciados en los misterios.

- Los cristianos abrazan la humildad y la pobreza voluntaria, como las abrazaban los sabios paganos.

- Los cristianos tienen un concepto del cielo y del infierno que no se encuentra en el judaísmo, sino que procede directamente de los misterios.

- Los cristianos esperan un apocalipsis de fuego y el nacimiento de una nueva era; lo mismo los iniciados en los misterios.

- La imagen del pez de los primitivos cristianos procede de la astrología pagana.

- Los cristianos creen en un Dios único; los sabios de los misterios, también.

- Los cristianos, al igual que los paganos, hablaban de los «dioses».

- Los cristianos atacan la idolatría, al igual que los sabios de los misterios.

- Los cristianos conciben a Dios como la Santísima Trinidad, concepto que también se encuentra en los misterios paganos.

- Los cristianos ven en Jesús la encarnación del Logos, que es un concepto pagano que no existe en el judaísmo.

- Los primitivos escritos cristianos, incluido el Nuevo Testamento, están llenos de términos propios de los misterios.

- La organización de la primitiva Iglesia cristiana se creó adaptando las prácticas de los iniciados en los misterios paganos.

Resulta obvio que las enseñanzas de los misterios se anticiparon a las doctrinas del cristianismo y que los mitos paganos de Osiris-Dioniso prefiguraron la historia de Jesús. Durante dos mil años nuestra cultura ha creído que el cristianismo era una revelación única y revolucionaria, ¡pero está claro que eso no es verdad!

Así pues, ¿cuál es la verdad? Ésta era la pregunta que estábamos decididos a contestar. La historia tradicional del cristianismo que nos legó la Iglesia romana no había explicado los datos históricos, así que decidimos buscar en otra parte.

En los primeros siglos de nuestra era, la comunidad cristiana estaba dividida en muchas sectas diferentes. Además de los literalistas que con el tiempo se convertirían en la Iglesia romana, había otros grupos cristianos que recibían el nombre colectivo de «gnósticos». Los gnósticos veían el cristianismo desde una perspectiva radicalmente distinta, que los literalistas consideraban peligrosamente equivocada. Cuando pasó a ser la religión del Imperio romano, el cristianismo literalista impuso su propia visión particular y eliminó brutalmente a los «herejes». Así, la historia tradicional del cristianismo no es más que la perspectiva de los vencedores en la batalla sectaria entre literalistas y gnósticos. Como la versión de los vencedores no daba una explicación convincente, decidimos escuchar lo que los vencidos tenían que decir. Los gnósticos perdieron la batalla por la supervivencia, pero eso no quiere decir que debamos dar por sentado que su perspectiva ante el cristianismo fuera menos válida. Nos preguntamos qué sabían los gnósticos para que la Iglesia de Roma los considerase tan peligrosos.

NOTAS AL CAPÍTULO - 4

* La doctrina estoica de la conciencia se deriva del *daemon* de Sócrates, la voz

interior que guiaba la conducta del filósofo. En Platón, *Fedón*, 107d, se llama al *daemon* «espíritu de la guarda», que guía al alma en la vida y también después de la muerte. Forzoso es sacar la conclusión de que la enseñanza católica sobre el ángel de la guarda se deriva de la doctrina platónica del espíritu de la guarda.

* J. Campbell, 1955, p. 45. También se arrancaba la confesión a los iniciados en los misterios samotracios. La siguiente anécdota expresa lo que probablemente era una típica actitud helénica ante esta innovación. Cuando le pidieron que confesara su crimen más terrible, un iniciado espartano contestó: «¿Quién desea saber eso, tú o los dioses». A lo que el sacerdote repuso: «Los dioses».

* Comúnmente se piensa que la filosofía cínica tuvo su origen en Diógenes y Antístenes, los discípulos del descalzo Sócrates. Burkert afirma que no fue así, sino que nació con los pitagóricos: «El cinismo de Diógenes es en cierto modo continuación del pitagorismo [...] hay coincidencias inconfundibles». Véase W. Burkert. Anterior a Diógenes y contemporáneo de Antístenes era Diodoro de Aspendo. Satirizado por Estratón, que lo representó con una «estrafalaria prenda de piel», Diodoro captó «seguidores y llevaba el pelo largo, la barba larga, *tribon* doblado, alforja y cayado». Como señala Burkert, hay hilos que llevan de aquí al Estoa también; tanto Zenón como Crisipo mostraban interés por aspectos del pitagorismo. La descripción de Diodoro que hace Estratón se parece de forma asombrosa a la que varios siglos después se haría de Juan Bautista.

* H. Lietzmann, 1961, libro 4, pp. 126-127. Posteriores padres cristianos reprendieron a los monjes porque era imposible distinguirlos de los cínicos, con los pies descalzos, la capa, el cayado y la barba. Como señala MacMullen: «Ciertos estereotipos de virtud sobrehumana estaban demasiado arraigados en la mente antigua para poder arrancados». Véase R. MacMullen, 1966, p. 93.

* Epicteto, *Manual*, 196. Tanto los cínicos como los ascetas de los primeros tiempos del cristianismo llevaban una capa de paño vulgar llamada *tribon*. Véase también 209, donde Epicteto usa el término *odos*, «camino». También aparece en Hechos, 22, 4; 19, 9 Y 23. En tiempos de Jesús, ya había filósofos cínicos en todas partes. «Eran al mundo antiguo lo que los palmeros y los frailes eran a los tiempos medievales, un espectáculo frecuente, a la vez sospechosos y sagrados», R. MacMullen, 1966, p. 60. Epicteto, el esclavo frigio lisiado, era el más famoso de ellos; fue contemporáneo de Jesús. En Epicteto, 193, un estudioso de los clásicos escribe: «Los paralelismos del pensamiento y la expresión entre Epicteto y el Nuevo Testamento han llamado la atención con frecuencia, y el lector descubrirá muchos otros que no he juzgado necesario señalar».

* Citado en J. Godwin. Los ritos de los misterios no sólo preparaban al iniciado para la muerte, sino que también se consideraban la representación del proceso de la muerte. Plutarco escribe: «La muerte y la iniciación se corresponden estrechamente. En un pasaje deliciosamente paradójico, explica: «La más elevada de nuestras iniciaciones en este mundo es sólo un sueño de

la verdadera visión e iniciación de la muerte. Los misterios se han concebido con cuidado para despertar recuerdos de cosas sublimes que han de venir.

* Citado en R. J. Hoffmann. En cambio, Celso cita con aprobación al sabio pagano Heráclito, que dice: «Hay que deshacerse de los cadáveres como del estiércol, pues estiércol son». Diógenes solicitó que su cuerpo fuera arrojado a un foso y cubierto con un poco de tierra. Los órficos decían que el cuerpo era la tumba del alma.

* Mateo, 25, 31-33. El juicio de los muertos en un tribunal de la otra vida se remonta al antiguo Egipto, pero la creencia de que eran divididos entre los que están a la derecha y los que están a la izquierda tomó cuerpo a medida que estas creencias fueron penetrando sin cesar en Occidente. En *La República*, libro 10, 614b-d, Platón habla de las enseñanzas órficas sobre el destino del alma después de la muerte. Acerca del juicio en la otra vida escribe: «Después de cada juicio ordenaban a los justos que caminasen por la derecha hacia el cielo, con un letrero que indicaba el resultado del juicio, y a los injustos que tomaran por el camino de la izquierda y descendieran, también con un letrero en el que constaba todo lo que habían hecho...». En el esquema gnóstico de Set, véase P. Perkins, 1993, pp. 57 y 209, las almas de la derecha ascienden a la luz del mundo divino y las almas de la izquierda vuelven a la Tierra / Hades. Exactamente las mismas doctrinas, de forma específica en el contexto de la enseñanza pitagórica y órfica, se encuentran en la *Eneida* de Virgilio, libro 6. Por último, en Mateo, 25, 31-33, Jesús es el juez que pone «las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda».

* La precesión de los equinoccios fue descubierta por Hiparco en 170 a.n.e. Su teoría explicaba por qué la constelación que se encuentra detrás del Sol en el equinoccio de primavera cambia con el tiempo y que el Sol parece retroceder lentamente y pasar por los signos del zodiaco a lo largo de un período de 25.000 años. El cálculo de este «gran año» que hizo Hiparco fue exacto, con un margen de error de seis segundos de grado por año, lo cual es una proeza increíble: Véase F. W. Walbank. El Sol permanece aproximadamente dos mil años en cada signo y los antiguos daban a este período el nombre de «gran mes». En vida de Hiparco el mes cambió de Aries a Piscis; hacia el año 2040 d.n.e. cambiará a Acuario. En el siglo I d.n.e. se hacían muchas conjeturas sobre la nueva era, del mismo modo que también se practicaba mucho la astrología, con la cual estaban asociadas íntimamente.

* Citado en R. Eisler, 1920, p. 71. El doctor Eisler recopiló una ingente cantidad de datos sobre la existencia de contactos estrechísimos entre el orfismo y el cristianismo en los primeros siglos, y demostró cómo Orfeo el Pescador se convierte en Jesús el Pescador de Hombres.

* Eisler. Los sirios rendían culto a un dios pez que tenía distintos nombres: Nun, Dagon o Adonis, al que los griegos llamaban *Ikthys*.

* Citado en W. R. Inge, 1899, p. 87. Asimismo, un evangelio gnóstico cristiano explica: «Cuando primero el Padre, entonces ni siquiera el Uno, más allá de toda posibilidad de pensamiento y de ser, que no es masculino ni femenino,

deseó que naciera Su inefabilidad, y que tomara forma Su invisibilidad, Él abrió Su boca y pronunció una Palabra, como dirigiéndola a Sí mismo; quien apareciendo ante Él, se convirtió en el medio de que Él viese lo que Él mismo era: a saber, Él mismo apareciendo bajo la forma de Su propia invisibilidad», G. R. S. Mead, 1906, p. 363. Asimismo, en un opúsculo cristiano gnóstico Jesús explica: «Yo soy el Hijo del Padre que está más allá de toda existencia [...] mientras Yo, Su Hijo, existo», Mead, p.381.

* Citado en D. Fidler (1993), p. 48. El Logos es lo que conecta todas las cosas unas con otras, lo que hace de ellas un todo. Es la imagen de un dios por lo demás trascendente, el principio mediador que permite al místico experimentar la unicidad trascendente. Por eso Clemente dice: «El hombre con quien mora el Logos es hecho a semejanza de Dios y es hermoso. Ese hombre se convierte en Dios». Clemente opina que una persona puede tener muchos maestros en la vida, pero el maestro espiritual último es el Logos mismo, «el Maestro de quien procede toda la instrucción».

* Plutarco, *Isis y Osiris*, 372e-3b, citado en C. J. De Vogel, 1966, p. 211. Como reconocían los primeros Padres de la Iglesia, Hermes era en realidad llamado «el Logos» por los griegos. Un texto de los cristianos gnósticos incluso se hace eco de las palabras de san Juan sobre Cristo: «Hermes es la Palabra que ha expresado y dado forma a las cosas que han sido, que son y que serán». Véase D. Fidler, 1993, p. 46, citando a los gnósticos naassenos a los que atacó Hipólito.

* W. R. Inge, 1899, p. 349, señala que en el griego original muchos términos cristianos revelan su deuda con la terminología de los misterios paganos. El bautismo con agua: *mystikon loutron*; el bautismo en general: *myesis*, que en los misterios también significaba «iniciación»; una persona bautizada: *memyemenos*, *mystes* o *summystes*; una persona no bautizada: *amyetos*; la unción: *crisma mystikon*; un celebrante de la misa: *mystrios lanthanontos mystagogos*; los sacramentos: *mysteria* y también *telete*, *tele*, *teleiasis*, *teleionsthai* o *teleiopoios*, todos los cuales podrían traducirse igualmente como referencias a la iniciación.

* Citado en J. Campbell, 1955, p. 367. El primitivo cristianismo se presentaba como un misterio arcano: "Misterios que hacen que los hombres se sientan sobrecogidos". «Esto lo saben los iniciados» es una frase que se encuentra a menudo en todos los sermones griegos. San Dionisio el Areopagita escribe: "Poned cuidado en no revelar el sanctasanctórum, preservad los misterios del Dios oculto para que los profanos no puedan participar de ellos y en vuestras iluminaciones sagradas hablad de lo sagrado sólo con los santos».

* G. D'Alviella, 1981. Sozomenos se abstiene de mencionar el símbolo de Nicea en su historia de la Iglesia «porque el libro puede caer en manos de los no iniciados». En las iglesias de Oriente un diácono expulsaba a los no iniciados del templo en un momento de la misa, empleando casi la misma fórmula con que daban comienzo los misterios.

* R. Eisler, 1920, p. 69. *Ekklesia*, palabra griega que significa «asamblea», se

utilizaba en el período helenístico para referirse a las complejas jerarquías de las sociedades místicas. Más adelante la Iglesia tomó tanto la estructura como el nombre de estas sociedades.

CAPÍTULO - 5

LOS GNÓSTICOS

Las investigaciones recientes han puesto en tela de juicio el punto de vista, las conclusiones y los «hechos» tradicionales. Para algunos hoy, y para muchos mañana, la cuestión candente es, o será, no cómo una herejía especialmente necia o licenciosa surgió en el seno de la Iglesia, sino cómo surgió la Iglesia del gran movimiento gnóstico, de qué manera las ideas dinámicas de la gnosis cristalizaron en dogma.

REVERENDO LAMPLUGH

La visión gnóstica del cristianismo reflejaba en gran parte la de los cristianos literalistas que con el tiempo se convertirían en la Iglesia católica romana. Los literalistas se caracterizaban por su rígido autoritarismo. Los gnósticos eran individualistas místicos. Los literalistas querían imponer un credo común a todos los cristianos. Los gnósticos toleraban varias creencias y prácticas diferentes. Los literalistas seleccionaron cuatro evangelios como Sagradas Escrituras y arrojaron los demás al fuego por considerar que eran heréticos, obra del diablo. Los gnósticos escribieron centenares de evangelios cristianos diferentes. Los literalistas enseñaban que el verdadero cristiano creía en el Jesús que predicaban los obispos. ¡Los gnósticos enseñaban que el verdadero cristiano experimentaba la «gnosis» o «conocimiento» místico por sí mismo y se convertía en un Cristo!

La represión de los gnósticos fue tan eficaz que hasta hace poco prácticamente lo único que sabíamos de ellos procedía de los escritos de sus detractores y opresores. Los cristianos literalistas nos legaron la idea de que el gnosticismo era una perversión del pensamiento cristiano que confundía las enseñanzas originales de Jesús con extrañas doctrinas paganas. Durante dos mil años ésta ha sido la postura del cristianismo ortodoxo y, debido a que logró eliminar la oposición y destruir todas las pruebas, se ha aceptado de modo general como la verdad. Pero en 1945 se descubrió en una cueva cerca de Nag Hammadi, en Egipto, una colección de escrituras gnósticas que revolucionaron nuestros conceptos del gnosticismo y del cristianismo primitivo. Ahora podemos dejar que los gnósticos hablen en nombre propio.

Aunque hoy se les recuerda como herejes, los gnósticos creían ser los cristianos auténticos. En el evangelio gnóstico llamado Apocalipsis de Pedro, el Jesús resucitado dice que el cristianismo literalista es una «iglesia de imitación» en vez de ser la verdadera hermandad cristiana de los gnósticos. Desde el punto de vista de éstos, eran los literalistas quienes habían

tergiversado el cristianismo verdadero. Partiendo de lo que al principio era una senda espiritual que permitía que cada iniciado experimentara personalmente el conocimiento místico o «gnosis», los literalistas habían creado una religión que exigía tener fe ciega en los acontecimientos históricos. Los gnósticos opinaban que los cristianos literalistas predicaban sólo los misterios exteriores del cristianismo, que ellos llamaban «cristianismo mundano» y consideraban apropiado para «gente con prisas») El gnosticismo, en cambio, era un «cristianismo verdaderamente espiritual» que revelaba los misterios interiores secretos a los pocos elegidos.

Curiosamente, estas citas no proceden de las obras de algún hereje gnóstico poco conocido, sino de los escritos de dos de los cristianos más eminentes de la primitiva Iglesia: Clemente, el director de la primera escuela de filosofía cristiana en Alejandría, y de su sucesor Orígenes) Fueron hombres muy respetados durante su vida y todavía se les considera dos de los filósofos más grandes de los primeros tiempos del cristianismo, aunque ambos predicaban algo que se parecía más al gnosticismo que a la corriente principal del cristianismo actual. Clemente incluso es venerado como santo por la Iglesia católica, pese a que escribió páginas y páginas sobre los «gnósticos», a los que calificaba de «verdaderos cristianos».

Las creencias gnósticas de intelectuales cristianos tan influyentes y respetados como Clemente y Orígenes demuestran que los gnósticos no eran herejes extraños e insignificantes que actuaban al margen del cristianismo, como tradicionalmente han querido hacer creer. Al contrario, el gnosticismo era una espiritualidad amplia, vibrante y sutil que atraía a los más grandes intelectuales cristianos de los primeros siglos de nuestra era: no sólo grandes sabios como, por ejemplo, Valentín y Basílides, a los que prácticamente se ha olvidado porque la Iglesia romana los tachó de herejes, sino también a hombres tales como Clemente y Orígenes, cuya reputación ha sido menos difamada.

LA FILOSOFÍA PAGANA

La acusación fundamental que los cristianos literalistas lanzaban más a menudo contra los cristianos gnósticos era que en esencia se distinguían poco de los paganos. Ireneo, el gran perseguidor de herejes de los primeros tiempos del literalismo, condena a los gnósticos porque, según él, confeccionan una prenda nueva utilizando los trapos inservibles de la filosofía griega. Llama a los seguidores del sabio gnóstico Simón Mago «sacerdotes místéricos» y les acusa de rendir culto a «una imagen de Simón en forma de Zeus». Tertuliano, otro autor de obras fanáticamente antignósticas, compara las iniciaciones cristianas que ofrecían los gnósticos con las iniciaciones paganas que se practicaban en Eleusis. Hipólito, discípulo de Ireneo, nos habla de un grupo gnóstico, el de los llamados «setianos», y asevera: «Tomaron todo el contenido de su enseñanza de los antiguos teólogos [paganos] Museo, Lino y Orfeo, que dieron a conocer especialmente los ritos y los misterios».

Ireneo se escandalizaba al ver que los gnósticos veneraban imágenes de Cristo al lado de «imágenes de filósofos mundanales como Pitágoras, Platón, Aristóteles y los demás».

Los gnósticos asistían a las fiestas paganas y daban la bienvenida a los paganos en sus propias reuniones cristianas, lo cual hizo que Tertuliano comentara en tono de reproche: «Se ha observado que los herejes tienen relaciones con muchos magos, charlatanes itinerantes, astrólogos y filósofos».

Aunque estos cristianos literalistas daban una imagen falsa y grotesca de los gnósticos, eso era lo único en que es indudable que tenían razón: el gnosticismo se parecía realmente a los misterios paganos. A diferencia de los literalistas, sin embargo, los gnósticos no veían el paganismo como un enemigo y, por tanto, reconocían francamente su deuda con él y fomentaban el estudio de los grandes filósofos de la antigüedad. De hecho, en la colección gnóstica de Nag Hammadi se encontraron obras paganas al lado de los textos cristianos.

Clemente de Alejandría estaba empapado de filosofía pagana y la consideraba un don divino cuya finalidad era llevar a los hombres a Cristo. Explica: «La filosofía griega purga el alma y la prepara de antemano para la recepción de la fe, sobre la cual construye la Verdad el edificio de la gnosis».

También Orígenes enseñaba a sus alumnos que la piedad perfecta exigía un conocimiento de la filosofía pagana, que, según dice, es un manjar exquisito preparado para paladares refinados. En comparación, afirma que los cristianos «cocinan para las masas». Orígenes había recibido sus conocimientos de filosofía del sabio pagano Amonio. El filósofo pagano Porfirio relata que «visitó durante mucho tiempo» a Amonio 'y a Orígenes, a los que califica de «platónicos» y de «hombres cuya perspicacia era muy superior a la de sus contemporáneos».

Además de ser el maestro del gran filósofo cristiano Orígenes, Amonio tenía también por discípulo a Plotino, uno de los más grandes filósofos paganos. Plotino incluye a los cristianos gnósticos dentro de su propia escuela filosófica y es claro que considera que el gnosticismo es una versión francamente compleja e inferior de los misterios paganos:

Acumula toda su terminología para ocultar su deuda con la antigua filosofía griega. Sentimos cierto respeto por algunos amigos nuestros que descubrieron esta forma de pensar antes de ser amigos nuestros, y, aunque no sabemos cómo se las arreglan, continúan en ella.

LA MITOLOGÍA PAGANA

En los escritos gnósticos se encuentran muchas figuras de la mitología griega y

conceptos de la filosofía, la astrología y la magia de los paganos. Los *Libros del Salvador*, por ejemplo, afirman que Jeú (el Dios Supremo) cuenta con la asistencia de otros cinco grandes gobernantes: las deidades paganas Cronos, Ares, Hermes, Afrodita y Zeus.

En los textos gnósticos también se mezclan motivos mitológicos paganos y judíos. Un texto gnóstico titulado Libro de Baruc presenta una síntesis de astrología pagana y el concepto judío de los ángeles. Dios Padre crea doce ángeles que dan vueltas alrededor del universo y lo gobiernan, igual que los signos del zodiaco de los paganos. El texto utiliza el nombre griego de Dios, «Elohim», pero equipara a Elohim con el Zeus griego. Cuenta cómo elige al héroe pagano Heracles como profeta e incluso llama a Dios «Príapo», otro nombre de Dioniso, y afirma: «El Bien es Príapo, que fue creado antes de que hubiera nada; se llama Príapo porque lo prefiguró todo. Por esta razón se le representa en todos los templos y es honrado por toda la creación».

Hipólito habla de un grupo de cristianos gnósticos, los naassenos, que decían que enseñaban una filosofía que subyace en todas las mitologías: la pagana, la judía y la cristiana. A ojos de los naassenos Jesús era idéntico a la figura mítica del joven hijo moribundo de la Gran Madre, al que llamaban «el multiforme Atis». En sus himnos llamaban también a esta figura Adonis, Osiris, Pan, Baca y Pastor de las Estrellas Blancas: nombres que en su totalidad corresponden a Osiris-Dioniso-. Estos cristianos gnósticos no sólo consideraban que Jesús era idéntico a Osiris-Dioniso sino que, según Hipólito, eran de hecho iniciados en los misterios paganos. Escribe: «Según dicen, todos eran iniciados en los misterios de la Gran Madre, porque se encontraban con que todo el misterio del renacimiento se enseñaba en estos ritos».

La diosa Gran Madre era una figura imponente que dominaba el mundo antiguo. En Egipto la conocían por el nombre de Isis y en Grecia, por el de Deméter. Era la madre, la hermana o la esposa de Osiris-Dioniso, y con frecuencia, de esa manera mágica que sólo es posible en los mitos, las tres cosas a la vez.

Al examinar los misterios paganos, no investigamos muy a fondo la naturaleza de la diosa, porque lo que buscábamos eran paralelismos entre el paganismo y el cristianismo, y el cristianismo ortodoxo no tiene diosa. Sólo tiene a Dios Padre, Dios Hijo y un andrógino bastante indefinido, Dios Espíritu Santo. En la mitología gnóstica existía una Santísima Trinidad más natural y equilibrada que integraban Dios Padre, Dios Hijo y la diosa Madre Sofía.

En los textos gnósticos se dan a la diosa muchos nombres, entre ellos «Madre Total», «Madre de los Vivos», «Madre Reluciente», «el Poder de Arriba», «el Espíritu Santo» y «La de la Mano Izquierda», complemento de Cristo, que es «El de la Mano Derecha»

Al igual que la diosa pagana, además de tratarse de un ser celestial divino, el mito gnóstico presenta a Sofía como figura trágica. Busca con desespero a su redentor/hermano/amante Jesús del mismo modo que la diosa egipcia Isis recorre el mundo en busca de su redentor/hermano/amante Osiris. Los

gnósticos imaginaban poéticamente que «todas las substancias acuosas» eran lágrimas derramadas por Sofía. Con ello se hacían eco del sabio pagano Empédocles, que cinco siglos antes había dicho que toda el agua eran las lágrimas de la diosa Perséfone.

Para algunos gnósticos, Sofía era tan importante que enseñaban que sólo en los misterios exteriores la eucaristía celebraba la pasión de Jesús. ¡A los cristianos «espirituales» iniciados en los misterios interiores la eucaristía les recordaba la pasión y el sufrimiento de la diosa Sofía!

EL DIOS DE PLATÓN

Como ya hemos comentado, aunque los sabios paganos hablaban de dioses y diosas, tenían un concepto totalmente místico y trascendente del Dios supremo. Desde los tiempos de Platón, habían criticado a los que concebían a Dios como una «personalidad» divina. El Dios supremo de los misterios paganos era una unicidad inefable por encima de todas las categorías, que no podía describirse con palabras. Este concepto abstracto y místico de Dios también lo adoptaron los gnósticos. No se concebía a Dios como una especie de persona grande que estaba en el cielo, sino como la Mente del universo que se expresa por medio de todos los seres.

No era ésta la imagen de Dios que tenían los cristianos literalistas. Su Dios era Jehová, el Dios de los judíos, que en el Antiguo Testamento se revela como una deidad tribal partidista, caprichosa y a veces tiránica.

De la misma manera que Platón había atacado la tradicional imagen griega de Dios como Zeus dominante, también los gnósticos atacaban esta imagen tradicional de Dios que tenían los judíos, y afirmaban que Jehová era en realidad sólo la imagen del Dios verdadero. El sabio gnóstico Valentín utilizaba el término platónico «demiurgo» para referirse a Jehová, al que representaban como un ser divino subordinado que hace de instrumento del Dios verdadero. Decían que Jehová era una deidad menor presuntuosa cuya ignorancia le hace creer que es el Dios único y verdadero. En el Antiguo Testamento, Jehová proclama: «Yo, Yahvé, tu Dios, soy un Dios celoso. No habrá para ti otros dioses delante de mí». Con todo, la obra gnóstica titulada Libro secreto de Juan dice que esto es una «locura» y comenta: «Al pronunciar estas palabras, indicó a los ángeles que existe otro Dios; porque si no existiese ningún otro, ¿de quién tendría celos?».

En algunos textos gnósticos, al manifestar Jehová que él es el único Dios, su madre, la diosa Sofía, ¡le riñe por su arrogancia, como si fuera un niño presuntuoso!

El Jesús gnóstico no era un profeta de Jehová, el dios menor de los judíos, sino del Dios verdadero e inefable de Platón y los misterios paganos. El maestro gnóstico Cerdo explica: «El Dios que proclaman la ley y los profetas no

es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo. El Dios del Antiguo Testamento es conocido, pero el Padre de Jesucristo es desconocido».

Contrastando por completo con el craso antropomorfismo del concepto judío tradicional, el sabio gnóstico Basílides enseñaba la doctrina pagana según la cual: «Ni siquiera debemos llamar a Dios inefable, ya que es hacer una aseveración sobre Él; Dios está por encima de todos los nombres que se mencionen».

EL HIEROFANTE DE LOS MISTERIOS

Los literalistas representan a su Jesús como el Mesías prometido de Jehová, pero el Jesús de los gnósticos se parece a un hierofante de los misterios paganos. En un evangelio gnóstico titulado *La sabiduría de Jesucristo*, el Jesús resucitado aparece ante sus discípulos como un gran ángel de luz y, sonriendo al verlos asombrados y aterrados, se brinda a enseñarles «los misterios». En un texto gnóstico que lleva por título Pistis Sophia, enseña a sus seguidores: «No dejéis de buscar noche y día, hasta que hayáis encontrado los misterios purificadores», y María Magdalena lo alaba diciendo: «Ahora sabemos, oh Maestro, libre, segura y sencillamente que Tú has traído las llaves de los misterios del Reino de la Luz».

El Jesús de los gnósticos dirige a sus discípulos en las iniciaciones místicas, incluida una de la que habla un texto titulado Hechos de Juan, utilizando un «baile en corro». Estos bailes de iniciación eran sumamente comunes en los misterios paganos. Como dice una autoridad actual: «No se encuentra ni una sola fiesta de iniciación de la antigüedad en la que no haya baile». Y en los misterios que se celebraban en Eleusis el aspirante a la iniciación permanecía sentado mientras los demás bailaban a su alrededor, imitando las órbitas de los planetas y las estrellas. En los misterios de Mitra, como ya hemos mencionado, el iniciado que representaba a Mitra se colocaba de pie en medio de un corro de doce bailarines que simbolizaban los signos del zodiaco.

En los Hechos de Juan se describe a los discípulos cogidos de la mano y formando corro en torno a Jesús de manera parecida. Jesús canta y los discípulos responden con la palabra sagrada: «Amén». Jesús proclama que a través de esta «danza en corro» él revela «la pasión» y desea que la «llamen misterio». Como señala un estudioso, el baile en corro «es obviamente algún eco de los misterios, y la ceremonia corresponde a una iniciación mediante un baile sagrado». En el himno que acompaña a la iniciación mediante la danza se distinguen claramente tres voces: Cristo, que es el iniciador o hierofante, sus ayudantes y el aspirante a iniciarse. En el siguiente extracto se han asignado las voces a cada una de estas tres figuras para demostrar de forma clara la naturaleza iniciática del texto:

INICIADO: Deseo ser salvado.
CRISTO: Y yo deseo salvar.
AYUDANTES: Amén.

INICIADO: Deseo ser liberado.
CRISTO: Y yo deseo liberar.
AYUDANTES: Amén.

INICIADO: Deseo ser atravesado.
CRISTO: Y yo deseo atravesar.
AYUDANTES: Amén.

INICIADO: Deseo nacer.
CRISTO: Y yo deseo dar a luz.
AYUDANTES: Amén.

INICIADO: Deseo comer.
CRISTO: Y yo deseo ser comido.
AYUDANTES: Amén.

INICIADO: Deseo oír.
CRISTO: Y yo deseo ser oído.
AYUDANTES: Amén.

CRISTO: Soy una lámpara para ti, que me contemplas.
AYUDANTES: Amén.

CRISTO: Soy un espejo para ti, que me percibes.
AYUDANTES: Amén.

CRISTO: Soy una puerta para ti, que me llamas.
AYUDANTES: Amén.

CRISTO: Soy un camino para ti, caminante.
AYUDANTES: Amén.

CRISTO: Ahora responde tú a mi baile. Mírate a ti mismo en mí, el que habla; y cuando hayas visto lo que veo yo, guarda silencio sobre mis misterios.

LOS MISTERIOS SECRETOS

Los misterios paganos se dividían en exotéricos o «exteriores», que estaban abiertos a todos, y esotéricos o «interiores», que sólo eran revelados a los pocos elegidos que habían pasado por un largo período de purificación y preparación espiritual. Clemente nos dice que en el primitivo cristianismo había

también «misterios menores» para los principiantes en la senda espiritual y «misterios mayores», que eran un conocimiento superior secreto que llevaba a la «iniciación» plena. Explica que «las tradiciones secretas de la gnosis verdadera» se habían transmitido «a un número reducido, por parte de una sucesión de maestros, y no por escrito».

Orígenes reconoce que el cristianismo seguía el ejemplo del paganismo porque tenía misterios exteriores y misterios interiores, y escribe:

La existencia de ciertas doctrinas que están más allá de las que se enseñan abiertamente y que no llegan a la multitud no es una peculiaridad exclusiva del cristianismo, sino que la comparten los filósofos. Porque tenían algunas doctrinas que eran exotéricas y algunas que eran esotéricas.

Al igual que en el paganismo, se exigía a los iniciados gnósticos que guardaran un secreto profundo sobre los misterios interiores. Hipólito, el perseguidor de herejías, nos dice que los seguidores del sabio gnóstico Basílides «no pueden hablar de sus misterios en voz alta, sino que deben conservarlos en silencio». De hecho, estaban obligados a pasar por un período de silencio inicial de cinco años, igual que los iniciados en las escuelas pitagóricas de los misterios paganos. El *Libro del gran Logos* ordena:

Estos misterios deben guardarse con el máximo secreto, y no deben revelarse a nadie que sea indigno; ni al padre ni a la madre, ni al hermano ni a la hermana, ni tampoco a ningún pariente; ni por carne ni por bebida, ni por una mujer ni por oro ni plata ni nada de este mundo.

Clemente escribe:

No se desea que todas las cosas se expongan de manera indiscriminada a todos sin excepción, ni que los beneficios de la sabiduría se comuniquen a aquellos cuya alma no se ha purificado ni siquiera en sueños. Y tampoco los misterios del Logos deben exponerse a los profanos.

Otro sabio gnóstico exige:

Si deseáis saber lo que ningún ojo ha visto y ninguna oreja ha oído, y lo que no ha entrado en ningún corazón de hombre, Aquel que está muy por encima de todas las cosas buenas, jurad que guardaréis el secreto de los misterios de la enseñanza. He aquí el juramento: «Juro por Aquel que está por encima de todo, el Bien, guardar estos misterios y no revelárselos a nadie y no volver del Bien a la creación».

Según Clemente, Marcos no predicaba sólo el evangelio conocido que forma parte del Nuevo Testamento, sino tres evangelios diferentes y apropiados a diferentes niveles de iniciación. El Evangelio de Marcos que encontramos en el Nuevo Testamento contiene pensamientos apropiados para los principiantes en la fe. Pero Marcos también escribió un Evangelio secreto para quienes se

hallaban en vías de «perfeccionamiento» o «iniciación». Clemente hace constar que Marcos había escrito ambos evangelios en Alejandría, donde todavía se guardaban. Las enseñanzas del Evangelio secreto de Marcos se consideraban tan secretas que Clemente advierte a uno de sus alumnos que su existencia debe negarse, «incluso bajo juramento», porque «no todas las cosas verdaderas deben decirse a todos los hombres» y «la luz de la verdad debe ocultarse a quienes son mentalmente ciegos». Según Clemente, el Evangelio secreto de Marcos contenía «cosas que ayudaban a avanzar hacia la gnosis». Sin embargo, en este «evangelio más espiritual» Marcos seguía sin «divulgar las cosas que no debían decirse, y tampoco ponía por escrito la enseñanza esotérica del Señor, pero a las historias ya escritas añadía otras y, además, introducía ciertos dichos a sabiendas de que su interpretación llevaría a quienes los oyesen al santuario más recóndito de aquella verdad».

Sólo a sus alumnos más allegados daba a conocer Marcos un mayor número de las enseñanzas orales que impartían la gnosis. Este evangelio final era tan místico que resultaba absolutamente imposible ponerlo por escrito.

Los fragmentos que se conservan del Evangelio secreto de Marcos aclaran el significado de algunos pasajes del Nuevo Testamento que sin ellos resultarían extraños. Entre otras cosas, cuentan cómo Jesús resucitó a un joven. Algunos estudiosos han conjeturado que se trata de una primera versión de la historia de la resurrección de Lázaro que se narra en el Evangelio de Juan.

En el Evangelio secreto de Marcos, inmediatamente después de esta historia viene la iniciación del joven resucitado. Es claro que resucitar era para los gnósticos una alegoría del renacimiento espiritual por medio de la iniciación. En vista de ello, cabe pensar que originalmente la historia de la resurrección de Lázaro también era una alegoría de la iniciación. Esto explicaría el curioso pasaje del Evangelio de Juan en el cual Tomás, en vez de brindarse a ayudar a Jesús a resucitar a Lázaro como cabría esperar, sugiere a los discípulos: «Vayamos también nosotros a morir con él». Si el episodio de Lázaro era en un principio una alegoría de la iniciación, como la historia que aparece en el Evangelio secreto de Marcos, las palabras por lo demás inexplicables de Tomás tendrían sentido. De hecho, lo que hace Tomás es exhortar a los otros discípulos a iniciarse: a «morir y resucitar» como Lázaro.

En el Evangelio secreto de Marcos, el joven que está a punto de iniciarse se presenta ante Jesús llevando sólo un lienzo sobre su cuerpo desnudo. Marcos dice que aquella noche «Jesús le enseñó el misterio del Reino de Dios». Esto aclara otro pasaje extraño, éste en el Evangelio de Marcos. Después de contar cómo Jesús es traicionado y prendido de noche en el huerto de Getsemaní, Marcos dice: «Un joven lo seguía cubierto sólo de un lienzo; y lo detienen. Pero él, dejando el lienzo, se escapó desnudo»

Este extraño personaje no aparece en ninguna otra parte del Nuevo Testamento. A lo largo de los siglos muchos lectores deben de haberse preguntado cuál sería la identidad del joven desnudo y qué estaría haciendo con Jesús y sus discípulos. El Evangelio secreto de Marcos sugiere que era un

aspirante a la iniciación.

EL CONOCIMIENTO MÁS ALLÁ DE LA CREENCIA

El filósofo griego Heráclito escribe: «Las opiniones humanas son juguetes para niños». Los sabios de los misterios paganos despreciaban las meras creencias u opiniones; lo que les interesaba era el conocimiento. Platón arguyó que la creencia se ocupa sólo de las apariencias de las cosas, mientras que el conocimiento penetra hasta la realidad subyacente. Proclamó que el nivel más alto de comprensión es aquel conocimiento por medio del cual la mente se funde con el objeto del conocimiento. Los gnósticos heredaron estas enseñanzas paganas y también despreciaban la *pistis* (fe) en comparación con la *gnosis* (conocimiento).

La gnosis no es una idea que admita dudas, sino una experiencia mística de la Verdad que es inmediata, segura y nada conceptual. Mientras que los cristianos literalistas ensalzaban el valor espiritual de la fe ciega y ordenaban a los fieles que no pusieran en entredicho lo que les dijese los obispos, los maestros gnósticos, al igual que hicieran antes los sabios paganos, enseñaban que por medio de la iniciación en los misterios interiores era posible experimentar directamente la gnosis y conocer la Verdad por uno mismo.

Para los gnósticos la fe era sólo un escalón para llegar a la gnosis. El maestro gnóstico Heracleón explica que al principio la gente cree porque tiene fe en el testimonio de otros, pero necesita seguir hasta experimentar la Verdad directamente. Clemente aseguró: «La fe es el cimiento; la gnosis, la superestructura. Por medio de la gnosis la fe se perfecciona porque saber es más que creer. La gnosis es la prueba de lo que se ha recibido por medio de la fe».

Los gnósticos, como los sabios paganos, enseñaban que todas las doctrinas eran sólo aproximaciones a la verdad, que estaba más allá de las palabras y los conceptos, y sólo podía encontrarse experimentando la gnosis por uno mismo. El Evangelio de Felipe explica:

Los nombres que se dan a las cosas mundanas son muy engañosos, porque distraen nuestros pensamientos de lo que es correcto a lo que es incorrecto. Así, uno que oye la palabra «Dios» no percibe lo que es correcto, sino que percibe lo que es incorrecto. Lo mismo sucede con «el Padre» .y «el Hijo» y «el Espíritu Santo», y «vida» y «luz», y «resurrección», y «la Iglesia», y todo lo demás; la gente no percibe lo que es correcto sino que percibe lo que es incorrecto.

EL CONOCIMIENTO DE UNO MISMO

El mandamiento más importante en la senda espiritual de los misterios paganos estaba inscrito en el santuario de Apolo en Delfos: *Gnothi Seauton*, es decir, «Conócete a ti mismo». La gnosis o conocimiento que buscaban los iniciados en los misterios paganos era el de uno mismo.

Asimismo, el libro gnóstico llamado Libro de Tomás el Contendiente afirma: «Quienquiera que no se haya conocido a sí mismo no ha conocido nada, pero quienquiera que se haya conocido a sí mismo ha alcanzado simultáneamente el mismo conocimiento de la profundidad de todas las cosas».

En el Testamento de la verdad, Jesús aconseja a un discípulo que se convierta en «discípulo de su propia mente», que es «el padre de la Verdad». El sabio gnóstico Silvano recomienda: «Llamaos a vosotros mismos como si fuerais a una puerta y caminad sobre vosotros mismos como sobre un camino recto. Porque si camináis por el camino, es imposible que os extraviéis [...] Abríos la puerta a vosotros mismos para que podáis saber qué es».

Pero ¿qué es uno mismo? Los sabios paganos enseñaban que todo ser humano tiene un yo inferior mortal llamado el *eidolon* y un yo superior inmortal llamado el *daemon*. El *eidolon* es el yo encarnado, el cuerpo físico y la personalidad. El *daemon* es el espíritu, el verdadero yo, que es la relación espiritual de cada persona con Dios. Los misterios se crearon para ayudar a los iniciados a comprender que el *eidolon* es un yo falso y que su verdadera identidad es el *daemon* inmortal.

Desde el punto de vista del *eidolon* parece que el *daemon* es un ángel de la guarda independiente. Por tanto, los iniciados que todavía se identifican con el *eidolon* no experimentan el *daemon* como su propio yo verdadero, sino como el espíritu guía cuya misión consiste en llevados a su destino espiritual. Platón manifiesta: «Debemos considerar que la parte del alma con mayor autoridad es un espíritu de la guarda que nos da Dios y que nos eleva a nuestro hogar celestial».

Los sabios gnósticos enseñaban exactamente la misma doctrina mística. Valentín explica que una persona recibe la gnosis de su ángel de la guarda, pero que este ser angelical es en realidad el ser superior de la propia persona que busca la gnosis. Durante milenios, en el antiguo Egipto se había representado el *daemon* como gemelo celestial del *eidolon*. Esta imagen se encuentra también en el gnosticismo. Se dice que desde los cuatro años de edad el sabio gnóstico Manes fue consciente de que tenía un ángel protector, y que a los doce años se dio cuenta de que era su gemelo celestial, al que llamó «la más bella y mayor imagen refleja de mi propia persona».

En los Hechos de Juan, éste comenta que Jesús conversaba a veces con un gemelo celestial que descendía para reunirse con él:

Cuando todos nosotros, sus discípulos, dormíamos en una casa de Genesaret, yo solo, después de abrigarme bien, observé desde debajo de mi ropa lo que él hacía; y al principio le oí decir: «Juan, duérmete», e inmediatamente fingí que dormía; y vi que bajaba otro como él, al que también

oí decir a mi Señor: «Jesús, ¿aquellos a los que has elegido todavía no creen en tí?». Y mi Señor dijo: «Bien dices tú, pues son hombres».

La Pistis Sophia relata un mito encantador en el que el niño Jesús encuentra a su propio gemelo celestial por primera vez. Su madre, María, recuerda:

Cuando eras niño, antes de que el Espíritu hubiera descendido sobre ti, cuando estabas en la viña con José, el Espíritu descendió de las alturas y vino a mí en la casa, como a ti, y yo no Le conocí, sino que pensé que eras tú. Y me dijo: «¿Dónde está Jesús, mi hermano, para que pueda encontrarme con él?».

María, dirigiéndose a Jesús, le dice cuando su gemelo finalmente lo encontró, «te abrazó y te besó, y tú también lo besaste; os convertisteis en un único y mismo ser».

El objetivo de la iniciación gnóstica también era unir el yo inferior con el yo superior, porque cuando se hacen uno solo es cuando tiene lugar la iluminación. Ireneo relata que el gnóstico «cree que no está en el cielo ni en la tierra, sino que ha abrazado a su ángel de la guarda». El gran maestro gnóstico Valentín escribe: «Cuando el yo humano y el "Yo" divino se interrelacionan pueden alcanzar la perfección y la eternidad».

EL DAEMON UNIVERSAL

La búsqueda del conocimiento de uno mismo obliga al iniciado pagano o gnóstico a hacer un notable viaje de descubrimiento. Al principio el iniciado se siente a sí mismo como el *eidolon*, la personalidad encarnada, y ve el *daemon* como un ángel de la guarda o gemelo celestial. El iniciado más maduro experimenta el *daemon* como su propio yo superior. Los que han sido agraciados con la visión del total conocimiento de sí mismos o gnosis encuentran el *daemon* todavía más imponente. Es en verdad el «Yo divino», como dice Valentín. Aunque parezca que cada persona tiene su propio *daemon* o yo superior, el iniciado que ha sido iluminado descubre que en realidad hay un único *daemon* que es compartido por todos: un yo universal que habita en todos los seres. Todas las almas forman parte del alma de Dios, que es única. Así pues, conocerte a ti mismo es conocer a Dios.

Estas enseñanzas místicas se encuentran tanto en los misterios paganos como en el cristianismo gnóstico. La antigua enseñanza pagana «Yo soy tú, y tú eres yo» se encuentra en el texto gnóstico Pistis Sophia, y en el Evangelio de Juan, en el Nuevo Testamento, se convierte en «Yo en vosotros, y vosotros en mí».

El sabio pagano Sexto escribe: «Si conocierais a quien os hizo, os conoceríais a vosotros mismos». De modo parecido, el filósofo cristiano Clemente escribe: «Conocerse a uno mismo es la mayor de todas las

disciplinas; porque cuando un hombre se conoce a sí mismo, conoce a Dios». Clemente enseñaba a sus iniciados cristianos a «practicar a ser Dios» y les decía que el verdadero gnóstico «ya se había convertido en Dios».

En una hermosa exposición de las eternas enseñanzas místicas que el cristianismo gnóstico heredó de los misterios paganos, el sabio gnóstico Monoimo aconseja:

Buscadlo tomándoos a vosotros mismos como punto de partida. Averiguad quién hay dentro de vosotros mismos que se adueña de todo y dice: «mi Dios, mi mente, mi pensamiento, mi alma, mi cuerpo». Averiguad las fuentes del pesar, del gozo, del amor, del odio, del despertar aunque no queráis, y del sueño aunque no queráis dormir, y del enfado aunque no queráis enfadaros y del enamoramiento aunque no queráis enamoraros. Si investigáis cuidadosamente estas cuestiones, lo encontraréis en vosotros mismos.

«Gnóstico» significa «conocedor», pero lo que conoce el gnóstico no es alguna información espiritual. Los gnósticos conocen aquello por medio de lo cual se conoce todo lo demás: el conocedor, el experimentador, el yo superior, el Yo divino, el *daemon*. El verdadero gnóstico, al igual que el iniciado en los misterios paganos, descubre que el *daemon* es en realidad la única alma del universo: la conciencia que habita en cada uno de nosotros. Según los sabios paganos y gnósticos que han recorrido la senda del conocimiento de uno mismo hasta llegar a su paradójica conclusión, cuando finalmente descubrimos quiénes somos, descubrimos que lo único que hay es Dios.

LA REENCARNACIÓN

Los adeptos de los misterios paganos creían que un alma avanza hacia la realización de la gnosis a lo largo de muchas vidas. El iniciado pagano Plutarco explica que el alma no iluminada es atraída de nuevo a la encarnación física, una y otra vez, por la fuerza de la costumbre:

Sabemos que el alma es indestructible y debemos pensar que su experiencia es como la de un pájaro enjaulado. Si ha permanecido en el cuerpo durante mucho tiempo y se ha sometido a esta vida como resultado de toda suerte de intervenciones y una larga habituación, volverá a posarse en un cuerpo cada vez que nazca y nunca dejará de mezclarse en las pasiones y riesgos de este mundo.

Aunque finalmente fue exorcizada de la corriente principal del cristianismo, los primeros cristianos gnósticos aceptaron esta idea pagana. El sabio gnóstico Basílides enseñaba que la gnosis era la consumación de muchas vidas de esfuerzo. El Libro secreto de Juan enseña que un alma continuará reencarnándose hasta que finalmente sea «salvada de su falta de percepción, alcance la gnosis y con ello se perfeccione», después de lo cual «ya no entra en otra carne». La Pistis Sophia enseña que un alma no puede entrar en la Luz

hasta que, por medio de muchas vidas de experiencia, haya comprendido todos los misterios. Sin embargo, tras avanzar en el viaje espiritual durante esta vida, *su siguiente encarnación será en un «cuerpo virtuoso que encontrará al Dios de la Verdad y los misterios superiores».*

Platón nos dice que los muertos pueden elegir entre beber del «manantial de la memoria» y andar por el camino de la derecha hacia el cielo o beber de la «copa del olvido» y andar por el camino de la izquierda hacia la reencarnación. La obra gnóstica llamada Libro del Salvador enseña la misma doctrina y explica que un hombre justo volverá a nacer sin haber olvidado la sabiduría que haya aprendido en esta vida porque no le darán el «trago del olvido» antes de nacer de nuevo. En vez de ello, recibirá «una copa llena de intuición y sabiduría» que hará que el alma no se duerma y olvide, sino que «busque los misterios de la luz, hasta que los haya encontrado».

Platón opinaba que encarnarse en un cuerpo humano era comparable con *ser encerrado en una especie de prisión*. El Libro secreto de Juan también dice que la encarnación es como «estar encadenado». Explica Platón: «El alma *sufre* el castigo del pecado hasta que haya pagado *su* deuda». De modo parecido, Orígenes afirma que la encarnación es una especie de castigo por haber pecado y que las almas se encarnan en determinados *tipos* de cuerpo según el pecado que hayan cometido. Nos dice que las almas *son* «envueltas en cuerpos diferentes para castigarlas» muchas veces, hasta que se purifican y entonces «vuelven al estado en que se encontraban antes, abandonando por completo *su* maldad y *sus* cuerpos». Al igual que los sabios paganos, Orígenes no podía creer que un Dios justo y compasivo condenase a un alma a la eternidad en el infierno, sino que pensaba que todas las almas se salvarían por medio de repetidas encarnaciones humanas. Escribe:

Toda alma ha existido desde el principio; por tanto, ya ha pasado por algunos mundos, y pasará por otros antes de alcanzar la consumación final. Entra en este mundo fortalecida por las victorias o debilitada por las derrotas de su vida anterior.

Pese al gran prestigio de que gozaba entre los primitivos cristianos, la Iglesia católica condenó a este brillante filósofo cristiano, que para entonces ya había muerto, por hereje, ya que enseñaba esta doctrina antigua. Esto resulta aún más irónico si tenemos en cuenta que estas enseñanzas concuerdan por completo con el Nuevo Testamento. En el Evangelio de Juan los supremos sacerdotes de Jerusalén preguntan a Juan Bautista si es la reencarnación de Elías, y en el Evangelio de Marcos los discípulos hablan de ¡la posibilidad de que *Jesús* sea la reencarnación de Juan Bautista, el profeta Elías o uno de los otros profetas!

LA IGUALDAD SEXUAL

En los misterios paganos la iniciación estaba abierta a todos, sin distinción de sexo. Los discípulos más íntimos de Dioniso eran unas seguidoras

extáticas llamadas ménades, y en Italia los misterios de Dioniso eran dirigidos enteramente por mujeres.

Bajo la antigua religión olímpica de Grecia, las mujeres eran condenadas a vivir entre cuatro paredes y a llevar a cabo las labores domésticas, pero con la llegada de los ritos de Dioniso, ¡vivían libremente en los bosques!

En los misterios paganos abundaban las sacerdotisas y profetisas famosas: la gran poetisa mística Safo y sus hermanas en Lesbos, que eran sacerdotisas en los misterios de Adonis; Diotima, la sacerdotisa que enseñó a Sócrates; y la Pitonisa, que era la sacerdotisa del oráculo de Delfos cuyo consejo buscaban los estadistas poderosos y los grandes filósofos del mundo antiguo. Clemente de Alejandría recopiló una lista de mujeres paganas cuyos logros admiraba. Además de poetisas y pintoras, menciona a filósofas tales como Arignote, Temistio y otras, incluidas dos que estudiaron con Platón y una a la que formó Sócrates.

Los pitagóricos eran famosos por la libertad y el respeto que daban a las mujeres. Textos pitagóricos antiguos recalcan con frecuencia la igualdad entre las mujeres y los hombres. Según Aristoxeno, Pitágoras recibió la mayor parte de su sabiduría ética de una sacerdotisa de Delfos llamada Temistoclea. En su carta a las mujeres de Crotona, Pitágoras dice expresamente que «las mujeres como sexo tienen mayor afinidad natural con la piedad». Fue a una mujer, su hija Damo, a quien confió sus escritos. Una discípula de Pitágoras llamada Arignote fue la autora del libro *Los ritos de Dioniso* y de otras obras filosóficas.

Al igual que sus predecesores paganos, los gnósticos honraban a las mujeres y las consideraban iguales a los hombres. Después de todo, en los evangelios Jesús infringe la costumbre judía y habla francamente con las mujeres, que estaban entre sus compañeros más allegados, y son mujeres las primeras en encontrarse con el Cristo resucitado. Clemente afirma que «en Cristo no hay ni masculino ni femenino», y explica que el término «humanidad» es común tanto a hombres como a mujeres.

En los evangelios gnósticos aparecen figuras femeninas, en particular María Magdalena, que interpretan papeles fundamentales. En el Diálogo del Salvador se presenta a María como «una mujer que había comprendido totalmente» y con la cual Jesús tenía una relación especialmente estrecha. Las disputas entre la sabia María Magdalena y el necio y misógino Pedro son frecuentes. En la Pistis Sophia, Pedro se queja de que María domina la conversación con Jesús sin tener en cuenta su propia y legítima prioridad ni la de los demás apóstoles. Pedro insta a Jesús a hacerla callar, pero Jesús lo reprende. Más adelante, María admite ante Jesús que apenas se atreve a hablar con franqueza porque «Pedro me hace titubear; me da miedo, porque odia al género femenino». Jesús contesta que quienquiera que esté inspirado por el Espíritu está divinamente llamado a hablar, ya sea hombre o mujer.

Ireneo comenta con irritación que el cristianismo gnóstico atraía de forma especial a las mujeres. Esto no es extraño, porque entre los gnósticos las mujeres gozaban de posiciones de liderazgo y de autoridad espiritual, a

diferencia de lo que ocurría en la Iglesia literalista, donde se las consideraba seres humanos de segunda clase. Ireneo se horroriza al ver que el sabio gnóstico Marco anima a las mujeres a hacer de sacerdotisas y a celebrar la eucaristía, a la vez que Tertuliano se queja amargamente de «estas mujeres heréticas» que ocupan posiciones de autoridad y se enfurece porque «enseñan, participan en las discusiones; exorcizan, curan». ¡Sospecha que incluso puede que bauticen y actúen como obispos!

LA MORAL NATURAL

En *Las bacantes*, de Eurípides, el rey Penteo trata de insultar a Dioniso diciéndole que es «el dios que libera a sus adoradores de todas las leyes», pero Dioniso replica: «Tu insulto a Dioniso es un cumplido».

A menudo se acusaba a los misterios paganos de ser inmorales porque enseñaban que las ideas convencionales de la moral eran superadas por alguien que había experimentado la gnosis. El objetivo último de los misterios era la liberación espiritual y no la servidumbre moral.

Ireneo se queja de que los gnósticos también afirmaban que «Las acciones no son buenas ni malas en sí mismas, sino sólo de acuerdo con los convencionalismos humanos» y da a entender que en realidad la libertad espiritual de los gnósticos era sólo una excusa para llevar una vida licenciosa. Escribe:

Mantienen que han alcanzado una altura fuera del alcance de todos los poderes y que, por lo tanto, son libres de actuar como les plazca en todos los sentidos, no teniendo nada que temer de nadie. Porque afirman que debido a la redención no pueden ser aprehendidos, ni siquiera percibidos, por el juez.

Aunque experimentaban de forma mística al verdadero Dios de Jesús, los gnósticos afirmaban que eran «redimidos» o «liberados» del poder del Jehová tiránico y de todas las reglas y ordenanzas que había impuesto a los judíos. En el proceso de iniciación de los gnósticos, el iniciado declaraba ritualmente su independencia respecto del dios falso. Según el sabio gnóstico Simón Mago, los iniciados que se habían escapado del poder de Jehová y habían acudido a conocer al Padre verdadero eran «libres de vivir como quisieran».

Como dice una autoridad actual:

Basílides y su sucesor Valentín, los grandes maestros gnósticos de Alejandría, eran partidarios de una estricta amoralidad: la única regla era que no había ninguna regla. Si, como preferían muchos iniciados, tus inclinaciones eran ascéticas, perfecto; si eras totalmente promiscuo, perfecto también.

Con todo, ni los sabios de los misterios paganos ni los gnósticos cristianos predicaban realmente la inmoralidad. Ambos reconocían sencillamente que

había una comprensión espiritual que era más profunda que una serie de reglas éticas impuestas externamente, y que los seres humanos que estaban en comunicación con su naturaleza divina actuarían de forma intuitiva y espontánea, en armonía con el conjunto de la vida. El sabio gnóstico Basílides explica que los cristianos «espirituales» son morales sencillamente «por naturaleza». Obedecer los códigos morales puede ser una parte del viaje de purificación que lleva a la gnosis, pero una vez se ha llegado, es posible abandonar todas las reglas éticas porque el iniciado actuará bien de forma natural... ¡aunque su forma de actuar no será necesariamente convencional!

Clemente escribe:

Las costumbres externas dejan de tener valor para aquel cuyo ser entero alcanza una armonía duradera con lo que es eterno; no tiene necesidades, ni pasión; descansa en la contemplación de Dios, que es y será su bienaventuranza infalible. Así pues, todo lo que haga un hombre poseedor de la gnosis es correcto; y lo que haga un hombre que no posea la gnosis es incorrecto, aunque acate un plan.

CONCLUSIÓN

Los gnósticos presentan una imagen del primitivo cristianismo que sorprende porque es distinta de la que nos legó la Iglesia romana. Ya hemos visto que la historia de Jesús y las enseñanzas que da en el Nuevo Testamento aparecen prefiguradas en los mitos y las enseñanzas de los antiguos misterios paganos. En el gnosticismo encontramos muchos otros elementos que eran fundamentales en los misterios pero que no existen en el cristianismo tal como lo conocemos hoy: la búsqueda de la gnosis, el papel de la diosa, la importancia de las mujeres, la doctrina del *daemon* y el *eidolon*, etcétera. Pasemos revista a algunas de estas notables similitudes entre el cristianismo gnóstico y los misterios paganos:

- Los literalistas acusaban a los gnósticos de predicar doctrinas paganas.
- Los gnósticos enseñaban filosofía pagana, veneraban imágenes de los filósofos paganos al lado de imágenes de Jesús, invitaban a los paganos a sus reuniones e incluso eran iniciados en los misterios paganos.
- Los textos de los gnósticos contienen motivos paganos que, según ellos, enseñaban una filosofía universal.
- Los gnósticos equiparaban a Jesús con el «multiforme Atis» y otros seudónimos de Osiris-Dioniso.
- Como en los misterios paganos, los cristianos gnósticos honraban a la divinidad femenina bajo la forma de la diosa Sofía.

- Al igual que los sabios de los misterios paganos, los gnósticos criticaban la imagen antropomórfica de Dios que tenían los cristianos ortodoxos. Decían que el Dios judío, Jehová, era un dios falso y que Jesús era el hijo del Dios inefable y verdadero. Esta unicidad última e indescriptible era idéntica al Dios supremo de Platón y los misterios paganos.
- El Jesús gnóstico es como un hierofante pagano que inicia a sus discípulos en los misterios por medio de bailes y cánticos.
- Los gnósticos enseñaban que el cristianismo, al igual que los misterios paganos, tenía misterios exteriores para los principiantes en la fe y misterios interiores para los iniciados.
- Exactamente igual que en los misterios paganos, los iniciados cristianos en los misterios tenían que jurar que guardarían el secreto.
- Clemente nos dice que Marcos predicaba tres evangelios diferentes para tres niveles diferentes de iniciación. Su evangelio en el Nuevo Testamento estaba pensado para «principiantes». El Evangelio secreto iba dirigido a los que se hallaban en vías de «perfeccionamiento». Otro evangelio, éste oral, revelaba la gnosis.
- Como en los misterios paganos, el objetivo del gnosticismo era la experiencia de la gnosis o «conocimiento», que contrastaba con la mera fe o creencia.
- Al igual que los sabios paganos, los gnósticos enseñaban el «conócete a ti mismo» como medio para llegar a conocer a Dios.
- Como en los misterios paganos, los gnósticos enseñaban la doctrina del *daemon* (gemelo celestial o yo superior) y el *eidolon* (yo inferior).
- Como en los misterios paganos, los gnósticos enseñaban que al principio el *daemon* parece ser un ángel de la guarda, luego se experimenta como el yo superior del propio iniciado y finalmente se constata que es la mente de Dios en todas las cosas.
- Como en los misterios paganos, los gnósticos enseñaban la doctrina de la reencarnación.
- Como en los misterios paganos, en el gnosticismo las mujeres tenían un papel destacado.
- Tanto los sabios paganos como los gnósticos eran acusados de tolerar la inmoralidad, cuando lo cierto es que ambos grupos predicaban la misma doctrina mística de moral natural.

Ante estos datos abrumadores, nos pareció claro que los cristianos gnósticos practicaban una adaptación de los antiguos misterios paganos. ¿Era

la pista que andábamos buscando para resolver nuestro misterio? ¿Podía el gnosticismo ser el cristianismo original que surgió de los misterios paganos, con la historia de Jesús como una versión judía del mito eterno del dios hombre misterioso que muere y resucita? Parecía demasiado increíble para ser verdad, pero pensamos que esta posibilidad no podía descartarse. Por tanto, decidimos examinar de forma más detenida cómo veían exactamente la historia de Jesús los gnósticos. ¿Basaban su fe en la creencia de que existió un hombre histórico, como los cristianos literalistas, o era su Jesús, como Osiris-Dioniso, el personaje principal de una alegoría mística?

NOTAS AL CAPÍTULO – 5

- * El Códice Bruce fue descubierto en 1769, el Códice Askew, que contiene la *Pistis Sophia*, fue llevado a Londres en 1785. Ninguno de los dos se publicó en inglés hasta el siglo XIX. El Códice Akhim no fue descubierto hasta 1896. En 1851 se encontraron en el monte Athos, en Grecia, dos libros perdidos de Hipólito que contenían valiosa información sobre los gnósticos, incluidas citas directas de los textos gnósticos. Parece que heresiólogos posteriores, que se basaron principalmente en la obra de Hipólito, habían suprimido estos libros en una fecha temprana y que sus sucesores se abstuvieron prudentemente de transmitirlos, véase F. L. Cross, 1958, p. 641. En 1945 hubo una revolución en el estudio del gnosticismo cuando se descubrieron 52 textos gnósticos en Nag Hammadi, en el Alto Egipto. Por primera vez en mil seiscientos años los estudiosos pudieron controlar punto por punto la polémica hostil de las fuentes patrísticas.

- * Es importante señalar que la escuela catequística existía antes de que se convirtiera en cristiana bajo la autoridad de Clemente. D. T. Runia, 1993, p. 133, pone en tela de juicio la crónica que hace Eusebio de la historia de la escuela: «Las palabras de Eusebio dan a entender claramente que la escuela existía antes de que Panteno se hiciera cargo de ella. ¿Por qué, entonces, no la menciona por primera vez hasta aquí? ¿Es debido a que carece de información, o -desde su propio punto de vista apologético por cuenta de la tradición ortodoxa- se trata de un intento de encubrimiento?». Runia propone que: «Los anteriores miembros que se encargaban de la escuela tenían una orientación más gnóstica que Panteno. Eusebio tendría entonces una razón para negar una continuidad real». J. Marlowe, 1971, p. 251, señala que el maestro de Panteno era un pitagórico. Al juntar toda esta información, tendríamos la siguiente hipótesis. Nacida de grupos judíos / pitagóricos como los terapeutas y basándose en la obra de Filón, se forma en Alejandría una escuela de gnosticismo judío. Durante el primer siglo su enseñanza se extiende por todo Egipto, Palestina y Siria. Roberts, 1979, considera probable que: «Si Valentín y Basílides enseñaban en Alejandría, el lugar obvio para su enseñanza sería esta escuela». Véase también Runia, p. 133. Después de la destrucción de la comunidad judía de Alejandría en el primer cuarto del siglo II hay un período de caos. De él surge la escuela dirigida por Panteno y finalmente la escuela gnóstica cristiana de Clemente.

* J. M. Robinson, 1978, p. 18. El códice de Nag Hammadi tiene un *anj*, el jeroglífico egipcio que significa «vida», estampado en la tapa. Entre los textos gnósticos se encontraron las obras paganas de Sexto el Pitagórico, partes de *La República* de Platón que trataban del destino del «hombre justo» y extractos del *Corpus hermeticum*.

* G. R. S. Mead, *op. cit.*, pp. 199-200. La polémica de Hipólito contra los gnósticos naassenos tiene un valor incalculable porque señala que las enseñanzas del cristianismo gnóstico y las doctrinas de los misterios son idénticas. Véase W. Barnstone, 1984, p. 635, para el Salmo Naasseno, uno de los textos gnósticos más hermosos.

* J. M. Robinson, 1978, p. 455. En el gnosticismo de Set se alaba a la Madre, al Padre y al Hijo como la tríada primordial. La trinidad que en Egipto forman Osiris, Isis y Horus es probablemente el origen último de las concepciones tanto gnóstica como cristiana de la divina trinidad. El mito gnóstico representa la caída de Sofía del cielo y sus andanzas por el mundo, donde los hombres no le hacen caso o abusan de ella, véase G. R. S. Mead, 1906, p. 333. Es la misma doctrina que se encuentra en el paganismo. Sólo la consecución de la Sabiduría podría hacer que el alma caída volviera a su origen celestial. Pitágoras, por ejemplo, fue el primer hombre que se llamaba a sí mismo filósofo, palabra cuyo significado literal es «amante de Sofía».

* J. M. Robinson, 1978, p. 143. El Evangelio de Felipe, 25, comenta irónicamente: «Algunos dijeron "María concibió por obra del Espíritu Santo". Están en un error. No saben lo que dicen. ¿Cuándo concibió una mujer por obra de una mujer?».

* Platón, *Timeo*, 3.28: «Descubrir al hacedor y padre de este universo es en verdad una difícil tarea y, una vez descubierto, sería imposible hablar de él a toda el mundo».

* Anaxágoras comparó a Dios con una Mente Universal: «Todas las cosas contienen una parte de todo, pero la Mente es infinita y se gobierna a sí misma, no se mezcla con nada, sino que está completamente sola. Y todas las cosas que tenían que ser, todas las cosas que eran pero ahora no son, todas las cosas que ahora son o que serán fueron organizadas por la Mente, incluida esta rotación en la cual giran ahora las estrellas, el Sol y la Luna, el aire y el éter». Kirk y Raven, 1957, p. 372. Empédocles se hizo eco de esto: «Él es una mente santa, inefable, que corre con rápidos pensamientos por el mundo entero», citado en Kirk y Raven, *op. cit.*, p. 350, y Jenófanes, «Un Dios, el más grande entre los dioses y los hombres, en modo alguno parecido a los mortales, ya sea en cuerpo o en pensamiento. Siempre permanece en el mismo lugar, sin moverse en absoluto. Sin esfuerzo sacude todas las cosas por medio del pensamiento de su mente», en Kirk y Raven, *op. cit.*, p. 169.

* C. McEvedy, 1967, p. 162. En *Hipóstasis de los arcontes*, Sofía increpa al falso creador, llamándole Samael, el dios de los ciegos. Ireneo hace referencia a un sistema gnóstico en el cual al afirmar Jehová «Soy Padre y Dios, y sobre

mí está el Padre de Todo», su madre, la diosa Sofía, «clamó contra él: "No mientas, pues por encima de ti está el Padre de Todo, el Primer Hombre, y el Hombre e Hijo del Hombre"». Citado en G. R. S. Mead, 1906, p. 189.

* J. Harrison, 1922, p. 514. El cristiano Dión Crisóstomo nos dice que en los misterios el iniciado se sienta como en un trono mientras sus instructores bailan a su alrededor. Aristófanes parodia el mismo ritual en *Las nubes* y Platón hace referencia a ello en el *Eutidemo*, 277 d.C. Kerényi, 1967, p. 9, comenta las lámparas que se descubrieron en Eleusis. Las llevaban los bailarines encabezados por Dioniso e imitaban la danza del «éter estrellado». Los misterios representaban el descenso y la nueva ascensión del alma durante la encarnación, y las luces simbolizaban los planetas y las estrellas, que se imaginaban como una escalera celestial que comunicaba la tierra y el cielo. En Dión de Prusa encontramos la exposición más clara de este ritual y su significado: «Si para iniciara un hombre, griego o bárbaro, lo trajéramos a un lugar místico, impresionante por su belleza y su extensión, de tal modo que contemplara muchas visiones místicas y oyera muchos sonos de la misma clase, con súbitos cambios de la luz a las tinieblas y viceversa, todo ello acompañado de otras cosas innumerables, e incluso, como hacen en la ceremonia llamada de la entronización -hacen que los iniciados se sienten y bailan alrededor de ellos-, si sucediese todo esto, ¿sería posible que el citado hombre sencillamente no experimentase nada en su alma, que no llegara a comprender que hay alguna percepción y algún designio más sabio en todo lo que está pasando, aunque procediera de la mayor barbarie?». Kerényi comenta: «La referencia que se pretende es al cosmos, a la danza de las estrellas y al Sol alrededor de la Tierra y otras maravillas de la naturaleza que superan las ingeniosas artimañas de las ceremonias místicas; la comparación del cosmos con un enorme salón místico se remonta al filósofo estoico Cleantes, que vivió en Atenas y con toda probabilidad pensaba en Eleusis». Véase W. Burkert, 1992, p. 901.

* F. Cumont, 1903, p. 153. Las máscaras de animales sagrados que llevaban los iniciados de Mitra simbolizaban los signos del zodíaco y el asesinato simulado del iniciado simbolizaba la muerte del alma y su descenso a la cárcel del cuerpo.

* Los Hechos de Juan, 97-102 y otros más, contienen una alusión a la danza en corro, véase J. Campbell, 1955, p. 171.

* G. R. S. Mead, 1906, p. 431. Véase también J. Campbell, 1955, p. 173, que señala que en el siglo IV todo el mundo sabía que los Hechos de Juan era un ritual de iniciación. Cristo es un mistagogo, sus discípulos son *mystaes* que han de convertirse en los *symmystae* de Cristo. Esto explica la denuncia violenta de ello que se hizo en el Segundo Concilio de Nicea.

* En 1973 Morton Smith publicó una epístola de Clemente hasta entonces desconocida que hacía referencia al Evangelio secreto de Marcos. La polémica rodea el documento, que algunos rechazan por considerarlo una falsificación y otros aceptan como auténtico. G. Stanton, 1995, p. 93, informa del estado actual del debate. El documento propiamente dicho se encuentra en W.

Barnstone, *op. cit.*, p. 339.

* Véase Epicteto, *Manual*, 145, y *De la providencia*, 4. Epicteto explica: «Dios ha puesto al lado de cada hombre un guardián, el *daemon* de cada hombre, que está encargado de velar por él; un *daemon* que no puede dormir, y al que tampoco se puede engañar. ¿A qué mayor y más vigilante guardián hubiera podido encomendarnos? Así, cuando has cerrado las puertas, y la oscuridad reina en la casa, recuerda que nunca debes decir que estás solo; porque no estás solo, sino que Dios está allí, y tu *daemon* está allí».

* G. R. S. Mead, 1906, p. 599. Un gnóstico anónimo cuenta su visión del *daemon* y el *eidolon*, que se le aparecieron como un gigante y un enano: «Me encontraba en una montaña alta y vi a un hombre gigantesco y a otro, un enano; y oí como una voz de trueno y me acerqué para oír; y me habló y dijo: "Yo soy tú, y tú eres yo, y dondequiera que estés yo estoy allí. En todo estoy disperso, y cuando lo deseas, me recoges; y al recogerme te recoges a ti mismo"».

* Valentín, en R. A. Segal, 1992, p. 237, describe cómo el ángel de la guarda, que es el yo, da la gnosis a la persona. Sólo cuando el *eidolon* y el *daemon* se convierten en Uno puede el individuo alcanzar la perfección y la eternidad. Segal escribe: «Cada vez resulta más claro que ésta es la suposición característica y básica de la gnosis».

* La inscripción 215 de los Textos de las Pirámides asegura al difunto: «No perecerás y tu doble no perecerá. Porque tú eres tu doble».

* Citado en R. Lane-Fox, 1986, p. 565. Manes empezó a predicar su religión gnóstica universal en 242 d.n.e. en Babilonia. Se extendió rápidamente por todo el Imperio romano. San Agustín fue un «oidor» maniqueo durante ocho años. En 304 el maniqueísmo pasó a ser un delito que se castigaba con la pena de muerte en Occidente, toda vez que su origen persa lo hacía muy sospechoso. En Oriente, donde había más tolerancia, acabó extendiéndose hasta China. En Occidente reapareció en la Edad Media y fue perseguido vigorosamente.

* Quispel hace referencia a la *mysterium conjunctionis* entre ángel y hombre. Carl Jung utilizó esto como título de una de sus muchas obras que fueron inspiradas por el gnosticismo.

* E. Page!s. El sabio gnóstico Simón Mago proclama: «Cada ser humano es una morada y en él mora un poder infinito, la raíz del universo».

* W. R. Inge, señala que los gnósticos «tenían mucho en común con los *mystae* órficos», que acuñaron este dicho. Véase también S. Angus, que deja constancia de varias plegarias herméticas sobre este tema, entre ellas la siguiente: «Porque tú eres yo, y yo soy tú; tu nombre es el mío, porque yo soy tu *eidolon*».

* Esto es idéntico a la doctrina hindú según la cual el Atman es el Brahman: el

Yo es Dios. El Katha Upanisad declara: «Dentro de todos los seres mora el Atman, el Yo, una llamita en el corazón. Cualquiera que conozca su Atman, su Yo Superior, alcanza al Brahman, el Espíritu Supremo». El Mandukya Upanisad declara de forma inequívoca: «El Brahman es todo y el Atman es el Brahman».

* Platón, *Cratilo*, 400 c: «Porque algunos dicen que el cuerpo es un recinto o una cárcel donde el alma está encerrada». El gnóstico Carpócrates enseñaba la misma doctrina y también decía que el cuerpo era una cárcel. Afirmaba que las almas se reencarnan hasta que han completado todos los pecados y que éste era el verdadero significado de la enseñanza de Jesús que aparece en Lucas, 12, 59: «Te digo que no saldrás de allí hasta que no hayas pagado el último céntimo».

* A. E. Bernstein, 1993, p. 307. El punto de vista de Orígenes era el de los paganos: finalmente todo se devolvería a Dios en una *apokatastasis* o restauración total. Usaba el axioma de la filosofía neoplatónica que dice que el final debe ser como el principio. Todos los que sean castigados serán curados y se basaba en esto para negar el castigo eterno.

* Orígenes, *De Principiis*, 3.1.20-21. Véase también W. Kingsland, 1937, p. 138. Orígenes pregunta cómo podía alguien nacer ciego a menos que fuera el castigo de un pecado anterior. Dice que la reencarnación concede a las almas tiempo suficiente para purgar sus pecados y completar su ciclo de vidas.

* J. M. Robinson. El enfrentamiento entre María y Pedro es una historia mítica que también se encuentra en el Evangelio de María, el Evangelio de Tomás, la Pistis Sophia y el Evangelio de los egipcios. María Magdalena representa a Sofía, la «Sabiduría de los misterios interiores del cristianismo, mientras que Pedro representa los misterios exteriores que practican los cristianos que todavía no han recibido estas enseñanzas secretas. Pedro, cuyo nombre, que le fue dado por Jesús, significa «piedra», representa la enseñanza que dice que los misterios exteriores deberían crear dentro del iniciado una piedra sólida sobre la cual se construiría el templo de la Gnosis. Pero el peligro es que el principiante se vuelva arrogante y crea que comprende los misterios cuando en realidad sólo ha dado el primer paso. Para representar esto, a menudo se describe a Pedro como hombre necio e inconstante, tanto en los evangelios gnósticos como en el Nuevo Testamento. Es Pedro quien niega a Jesús tres veces y a quien Jesús grita: «Ponte detrás de mí, Satanás», véase G. R. S. Mead, 1906, p. 580. Por supuesto, la misoginia ignorante que míticamente representa la figura de Pedro ha llegado a dominar el cristianismo ortodoxo y los resultados han sido desastrosos. La divinidad femenina, que desempeñó un papel importantísimo en las enseñanzas paganas y gnósticas, prácticamente ha desaparecido del cristianismo literalista.

* Los valentinianos consideraban que las mujeres eran iguales a los hombres. Eran profetisas, maestras, evangelistas, curadoras y sacerdotisas.

* J. Stevenson. El gnóstico no necesita seguir códigos éticos para amar porque, como explica Clemente: «El que es libre por medio de la gnosis es en realidad un esclavo debido al amor por los que todavía no han podido alcanzar la libertad de la gnosis,.. El gnóstico, pues, no es un hedonista depravado, como

quieren hacemos creer los literalistas, sino alguien que opta por expresar naturalmente el amor por el amor, en lugar de seguir un código moral impuesto basado en el miedo al mal o en la esperanza de una recompensa. Clemente sigue explicando: «El hombre dotado de inteligencia y perspicacia es el gnóstico. Y no le corresponde abstenerse de lo que es malo (porque esto es un paso hacia la perfección más elevada), ni hacer el bien por miedo. Tampoco tiene que hacerlo con la esperanza de una recompensa prometida. En vez de ello, el gnóstico debe optar por hacer el bien sólo por amor, y por la grandeza del amor».

CAPÍTULO - 6

EL CÓDIGO DE JESÚS

A vosotros se os ha dado el conocer los misterios del Reino de Dios; a los demás sólo en parábolas.

JESÚS, EN EL EVANGELIO DE LUCAS

Los sabios paganos no pensaban que los mitos de Osiris-Dioniso fueran hechos históricos que jamás debían cambiarse o adaptarse, sino mitos alegóricos que podían conciliarse unos con otros y adaptarse. Los cristianos gnósticos tampoco consideraban sus evangelios como anales históricos, sino como obras de literatura alegórica que contenían verdades eternas cifradas que podían ampliarse y perfeccionarse de manera creativa. En efecto, se esperaba de los iniciados gnósticos que interpretasen de forma propia y única los mitos y las enseñanzas que recibían para demostrar que habían experimentado personalmente la gnosis y que no se limitaban a repetir como loros lo que otras personas les habían dicho. Tertuliano se queja de que:

Cada uno de ellos, como mejor le vaya a su temperamento, modifique las tradiciones que ha recibido, del mismo modo que aquel que las transmitió las modificó, cuando las configuró de acuerdo con su propia voluntad.

Ireneo también se siente horrorizado y echa pestes: «Cada uno de ellos genera algo nuevo cada día; porque nadie es considerado iniciado o maduro entre ellos ¡a menos que haya forjado algunas ficciones enormes!»

Los gnósticos explicaban que su creatividad espiritual procedía de la comunicación personal y directa con «el Viviente». Argüían que, en definitiva, sólo por medio de la experiencia propia se puede juzgar lo que es verdad y que, por tanto, la experiencia personal debe tener prioridad sobre todos los testimonios y tradiciones de segunda mano.

LAS ALEGORÍAS MÍTICAS

En el paganismo los misterios interiores secretos revelaban el significado alegórico de los mitos de los misterios exteriores. Asimismo, los gnósticos afirmaban que enseñaban misterios interiores secretos que revelaban la gnosis

y que los misterios exteriores del cristianismo no eran más que una preparación para aquéllos.

Cuando los cristianos literalistas despreciaban la idea de que había enseñanzas cristianas secretas, los gnósticos señalaban el ejemplo de Jesús, que en público hablaba utilizando parábolas y en privado revelaba el significado de estas alegorías a sus discípulos más íntimos. En Marcos, por ejemplo, leemos:

Les decía también: «Pues nada hay oculto si no es para que sea manifestado; nada ha sucedido en secreto, sino para que venga a ser descubierto. Quien tenga oídos para oír, que oiga». Y les anunciaba la Palabra con muchas parábolas como éstas, según podían entenderle; no les hablaba sin parábolas; pero a sus propios discípulos se lo explicaba todo en privado.

La idea de que las enseñanzas místicas podían cifrarse en historias míticas era fundamental en los misterios paganos. El pitagórico judío Filón llama a la alegoría «el método de los misterios griegos». El filósofo pagano Demetrio escribe: «Lo que es claro y manifiesto es fácil de despreciar, como se desprecia a los hombres desnudos. Por tanto, también los misterios se expresan en forma de alegoría». Macrobio, asimismo, escribe:

La exposición sencilla y desnuda de sí misma repugna a la naturaleza. Desea que sus secretos se traten por medio de mitos. Así, los misterios mismos se esconden en los túneles de la expresión figurada, para que ni siquiera a los iniciados se les pueda presentar la naturaleza desnuda de tales realidades, sino que sólo una elite pueda conocer el secreto real, por medio de la interpretación que proporciona la sabiduría, mientras que el resto se contenta con venerar el misterio, protegido de la banalidad por aquellas expresiones figuradas.

Esta forma alegórica que empleaban los paganos para abordar las Sagradas Escrituras la adoptaron con entusiasmo los cristianos gnósticos. El Evangelio de Felipe enseña la misma doctrina que Macrobio: «La verdad no vino al mundo desnuda, sino en imágenes. No recibirás la verdad de ninguna otra manera». Los cristianos literalistas, en cambio, tomaban las Escrituras como hechos históricos. El satírico pagano Celso queda asombrado ante tal ingenuidad y echa por tierra, con el ingenio que le caracteriza, una interpretación literal de la historia bíblica de la creación:

Dios destierra al hombre del jardín que hizo específicamente para albergarlo. Por tonto que esto pueda parecer, todavía más tonta es la manera en que se supone que nació el mundo. Destinan ciertos días a la creación, antes de que existieran los días. Porque cuando el cielo no se había hecho, ni se había fijado la Tierra ni colocado el Sol en los cielos, ¿cómo podían existir los días? ¿No es absurdo pensar que el Dios más grande construyó su obra como un albañil, diciendo: «Hoy haré esto, mañana aquello», etcétera, de modo que hizo esto en el tercer día, aquello en el cuarto, y otra cosa en los días quinto y sexto? No es extraño, pues, que nos encontremos con que, como un vulgar trabajador, este Dios se cansa y necesita hacer fiesta al cabo de seis días. ¿Es necesario

que comente yo que un Dios que se cansa, trabaja con las manos y da órdenes como un capataz no se comporta mucho como un Dios?».

Al igual que Celso, los cristianos gnósticos opinaban que semejante literalismo era superficial e ingenuo. Orígenes no entendía cómo alguien podía interpretar literalmente historias de esta índole, toda vez que es obvio que son alegóricas (¡sin duda quedaría atónito si hablase con muchos cristianos fundamentalistas de hoy!). Escribe:

¿Qué hombre sensato estará de acuerdo con la afirmación de que en los días primero, segundo y tercero, en los cuales la mañana y la tarde reciben su nombre, no había Sol, Luna ni estrellas, y que en el primer día no había cielo? ¿Qué hombre es lo bastante idiota como para suponer que Dios plantó árboles en el Paraíso, en el Edén, como si fuera un labrador? Creo que todo el mundo debe interpretar estas cosas como imágenes que tienen un sentido oculto.

A juicio de Orígenes; la idea de que las Escrituras eran alegorías míticas era una «hermosa tradición» que podía revelar el significado oculto cifrado en las historias sobre Jesús. Escribe: «No creo que nadie dude de que éstas son expresiones figuradas que indican ciertos misterios valiéndose de lo que parece un relato en vez de recurrir a acontecimientos reales». Orígenes explica que para quienes «no estén totalmente ciegos, los evangelios están llenos de pasajes de esta clase» que «constan como acontecimientos reales, pero que no sucedieron literalmente». A modo de ejemplo cita la historia en que Jesús es tentado por el diablo. Éste lleva a Jesús a una montaña alta y desde ella le enseña todos los reinos de este mundo y le dice que para que sean suyos bastará con que se arrodille y lo adore. Orígenes desprecia la idea de que alguien pudiera ver realmente todos los reinos de este mundo desde la cima de una montaña y afirma que este episodio debe interpretarse de forma alegórica. Nos dice: «El lector atento detectará miles de pasajes parecidos a éste en los evangelios».

Clemente también opinaba que el cristiano verdadero era «el gnóstico» que puede penetrar hasta el significado alegórico de las Escrituras porque comprende «el artificio de las palabras y las soluciones de enigmas». Considera que el iniciado que ha experimentado la gnosis capta toda la verdad y penetra hasta lo más profundo de las Escrituras, mientras que el «creyente» sólo conoce la superficie.

Con este espíritu, los gnósticos no interpretaban la historia de Jesús literalmente como una crónica histórica, sino como una alegoría espiritual que contenía, cifradas, profundas enseñanzas místicas. En el texto *Los viajes de Pedro*, el propio Jesús descifra algunas de las enseñanzas alegóricas que se ocultan en las crónicas de su crucifixión y explica:

El Logos lo simboliza este madero recto en el que estoy colgado. El travesaño de la cruz representa aquella naturaleza humana que sufrió el pecado del primer hombre, pero con la ayuda de Dios hecho hombre, volvió a recibir su mente verdadera. Justo en el centro, uniendo dos en uno, está el clavo de la disciplina, la conversión y el arrepentimiento.

LAS MATEMÁTICAS SAGRADAS

La inmensa dificultad con la que tropezamos hoy al intentar descifrar tanto los mitos de los misterios paganos como la historia de Jesús sólo puede comprenderse cuando se aprecian la complejidad y la sutileza del código. Los gnósticos, al igual que sus predecesores los pitagóricos, no utilizaban sólo símbolos e imágenes, sino también números y fórmulas matemáticas para cifrar sus enseñanzas místicas. Los sabios paganos consideraban las matemáticas y la geometría como ciencias sagradas que revelan el funcionamiento de la mente de Dios. Pitágoras llamaba a los números «dioses inmortales». Sobre la entrada de la Academia de Platón aparecían escritas las palabras «Que ningún hombre que no sepa matemáticas entre aquí».

El cristiano literalista Hipólito llama a los gnósticos «discípulos de Pitágoras y Platón» y los acusa de tomar también «la ciencia aritmética» como «el principio fundamental de su doctrina». Clemente se sentía fascinado por las matemáticas pitagóricas e incluso aplicaba a la interpretación de las Escrituras las proporciones que revelaban las leyes matemáticas que subyacen en la armonía musical. El sabio gnóstico Monoimo instruía a sus alumnos en las matemáticas sagradas de Platón y Pitágoras. Los gnósticos usaban la imagen de los cielos divididos en siete esferas que formaban una especie de escalera mística compuesta por una octava de siete puertas por la que el iniciado podía ascender, lo cual es idéntico a algunas enseñanzas que se encuentran en los misterios paganos.

Los estudiosos han concluido que evangelios gnósticos tales como la Pistis Sophia y el Libro de Jeú, en vez de ser compendios de necedades desconcertantes, en realidad se basan en una forma avanzada de simbolismo numérico. Un elemento fundamental de este simbolismo es la gematría: la expresión de números y proporciones matemáticas por medio de palabras.

En el antiguo alfabeto griego cada letra equivalía también a un número. Por tanto, todas las palabras tenían también un valor numérico y podían utilizarse para transmitir información matemática. Los nombres griegos de los dioses eran algo más que simples palabras, sus valores numéricos también eran significativos. Por ejemplo, en su grafía griega más común, el nombre del dios hombre pagano Mitra expresa «360», que en algunos lugares se consideraba como el número de días que hay en un año. Sin embargo, varios escritores antiguos añaden deliberadamente una letra para que el valor numérico del nombre sea igual a 365, que es el cálculo exacto del año solar. De esta manera, como señala san Jerónimo, Mitra se revela numéricamente como una deidad solar.

También los cristianos gnósticos adoptaron la gematría. El mito gnóstico incluso muestra al Jesús joven ¡instruyendo a los eruditos del templo de

Jerusalén en el significado místico del alfabeto griego! Al igual que el pagano Mitra, el nombre de Abraxas, la divinidad solar de los gnósticos, también expresa el número 365. No obstante, el ejemplo más notable de gemetría cristiana es el nombre mismo de «Jesús».

Los primitivos cristianos mantenían que «Iesous», el nombre griego original que traducimos por «Jesús», estaba «por encima de todos los nombres». Orígenes se jactaba de que poseía más eficacia mágica que los nombres de las divinidades paganas. Es bien sabido que, según el Apocalipsis de Juan, la cifra de la «Bestia» es 666. Lo que no se sabe tan bien es que, según la gemetría, el nombre griego «Iesous» (Jesús) expresa el número 888.

I E S O U S

$$10 + 8 + 200 + 70 + 400 + 200 = 888$$

Los antiguos consideraban que este número era sagrado y mágico por varias razones, entre ellas que si se suman todos los números asociados con cada una de las veinticuatro letras del alfabeto griego, el resultado es 888. Sin duda también es significativo que en la armonía musical, que para los pitagóricos era una ciencia sagrada, ¡666 sea la proporción de la cuerda de la quinta perfecta y 888 sea la proporción de la cuerda del tono entero!

No es ninguna casualidad que el nombre de Jesús sea igual a 888. El nombre griego «Iesous» es una transliteración artificial y forzada del nombre hebreo «Josué» que los evangelistas construyeron de forma deliberada para tener la seguridad de que expresara este número que es simbólicamente significativo.

Incluso los literalistas son conscientes del simbolismo numérico del nombre de Jesús. Ireneo afirma: «Iesous es un nombre aritméticamente simbólico que consiste en seis letras, como saben todos los llamados». Otros nombres que se mencionan en la historia de Jesús también significan algo cuando se traducen a números utilizando la gemetría. Jesús da a su discípulo Simón el nombre de «Cefas», que significa «piedra» y a menudo se traduce por «Pedro». En el griego original Cefas expresa «729», que era un número importante para los paganos. Plutarco, sacerdote de Apolo en Delfos, señala que 729 es un número del Sol y corresponde al número de días y noches que hay en un año. Sócrates comenta que es «un número que tiene una relación estrecha con la vida humana, si la vida humana está relacionada con los días y las noches, y los meses y los años».

Los estudiosos incluso han comprobado que la historia del Nuevo Testamento en la que Jesús ayuda a sus discípulos a hacer una pesca milagrosa de 153 peces es un acertijo matemático que revela «un dibujo geométrico subyacente que va desplegándose». Como ya hemos comentado, esta historia milagrosa se basa en un milagro parecido de Pitágoras, el gran gurú pagano de las matemáticas sagradas. Ambas historias contienen fórmulas

matemáticas cifradas que son sagradas y que los iniciados interpretaban como revelaciones de enseñanzas esotéricas.

También se ha demostrado que los relatos del Nuevo Testamento que hablan de la alimentación de los cinco mil y los cuatro mil producen dibujos geométricos místicos. Así se da a entender claramente en el Evangelio de Marcos, donde un Jesús impaciente quiere que sus discípulos resuelvan un acertijo matemático de carácter místico que, ¡ay!, sus discípulos no comprenden:

Jesús dijo: «¿Teniendo ojos no veis y teniendo oídos no oís? ¿No os acordáis de cuando partí los cinco panes para los cinco mil? ¿Cuántos canastos llenos de trozos recogisteis?». «Doce», le dicen. «Y cuando partí los siete entre los cuatro mil, ¿cuántas espuestas llenas de trozos recogisteis?» Le dicen: «Siete». Y continuó: «¿Aún no entendéis?»

Parece que, al igual que los desconcertados discípulos, la Iglesia cristiana lleva dos mil años sin comprender que lo que ha interpretado de forma literal es en realidad una serie de alegorías místicas que se construyeron cuidadosamente. Con la destrucción de los misterios interiores de los gnósticos se perdieron las claves para descifrar las alegorías y sólo podemos hacer conjeturas sobre gran parte de las metáforas profundas que contiene la historia de Jesús.

JESÚS EL DAEMON

A ojos de los gnósticos, el dios hombre Jesús simbolizaba el *daemon*, el yo inmortal. Con frecuencia, en los mitos gnósticos el *eidolon*, el yo encarnado, se representa por medio del «hermano gemelo» de Jesús, Tomás. En el Libro de Tomás el Contendiente, Jesús (el *daemon*) enseña a su discípulo y hermano gemelo Tomás (el *eidolon*):

Hermano Tomás, mientras tengas tiempo en el mundo, escúchame, y te revelaré las cosas sobre las que has cavilado. Como se ha dicho que eres mi compañero gemelo y verdadero, examínate a ti mismo y entérate de quién eres, de qué manera existes y cómo serás. Dado que te llamarán hermano mío, no está bien que te ignores a ti mismo. Y sé que has comprendido, porque ya has comprendido que yo soy el conocimiento de la verdad. Así que mientras me acompañas, aunque no comprendas, de hecho ya has llegado a saber, y serás llamado «el que se conoce a sí mismo».

Según una tradición muy extendida entre los primeros cristianos, Jesús tenía un hermano gemelo que se parecía a él en todos los detalles. Esto causaba muchos problemas a los literalistas, ya que la objeción lógica a sus afirmaciones de que Jesús había resucitado efectivamente de entre los muertos era que su hermano gemelo había sido crucificado en su lugar. Debido

a ello, algunos estudiosos han deducido que esta leyenda se basaba en hechos históricos, porque «¿qué cristiano hubiera sido lo bastante tonto como para inventar una leyenda que con muchísima probabilidad debilitaría la base misma de la tradición ortodoxa relativa a la resurrección de Jesús?». La respuesta es que los gnósticos inventaron la tradición del hermano gemelo de Jesús como alegoría de una antigua doctrina del *daemon* / *eidolon*.

El Evangelio de Tomás se atribuye a Judas Tomás el Dídimos. Tanto el nombre arameo de Tomás como el griego de Dídimos significan «gemelo». El nombre del autor es, por tanto, «Judas el Gemelo». En vista de ello, cabe pensar que en la historia original de Jesús, Judas, el apóstol que traiciona a Jesús, simbolizaba el *eidolon* que traiciona al *daemon*.

Otra referencia cifrada a la doctrina del *daemon* / *eidolon* en el Nuevo Testamento se encuentra en la crónica del proceso de Jesús que hace Mateo, cuando Poncio Pilato se brinda a: respetar la vida de uno de los dos Jesuses: o bien Jesús el Mesías o Jesús Barrabás. Uno de los dos es un hombre inocente que es asesinado y el otro es un asesino que queda en libertad. Los dos Jesuses simbolizan el yo superior y el yo inferior que hay en todo ser humano.

EL ILUSIONISMO

La doctrina pagana del *daemon* / *eidolon* arroja algo de luz sobre la enseñanza gnóstica, por lo demás desconcertante, llamada «docetismo» o «ilusionismo». Y Los enemigos del gnosticismo han presentado esta enseñanza como una creencia más bien extraña según la cual Jesús no tenía realmente un cuerpo de carne y hueso, sino que sólo fingía existir físicamente, y se valió de la magia para aparentar que moría en la cruz, aunque en realidad no fue así. Pero como de costumbre, al interpretar literalmente lo que dicen los gnósticos, los literalistas demuestran que no entienden nada.

La visión «ilusionista» de la crucifixión que tienen los gnósticos no debe tomarse como una crónica histórica de lo sucedido. Es un mito que expresa de forma cifrada las eternas enseñanzas místicas relacionadas con la idea de que un ser humano consta de dos partes: una parte terrenal que sufre y muere (el *eidolon*) y un testigo espiritual eterno (el *daemon*) que no sufre y experimenta este mundo como una ilusión pasajera.

La Carta de Pedro a Felipe explica que aunque Jesús sufrió a partir del momento de su encarnación, sufrió como uno que era «extraño a este sufrimiento». Esto enseña que el yo superior encarnado (representado por Jesús) parece sufrir cuando sufre el *eidolon*, pero en realidad es siempre el testigo que no sufre. En los Hechos de Juan, Jesús explica:

Oísteis decir que sufrí, pero no sufrí. Uno que no sufrió fui yo, pero sufrí. Uno al que atravesaron fui yo, pero no fui maltratado. Uno al que ahorcaron fui yo, y,

pese a ello, no fui ahorcado. La sangre manó de mí, pero no manó.

¿Cómo es posible que Jesús sufra y a la vez no sufra? Porque, como explica él: «Distingo al hombre de mí mismo». Se identifica con su yo superior trascendente, el *daemon*, y no con su yo inferior que sufre, el *eidolon*.

El propósito de la iniciación gnóstica era liberar a los iniciados de todo sufrimiento haciéndoles comprender que su identidad verdadera no es el *eidolon* atado a la cruz de la materia, sino el *daemon* que contempla la vida como una ilusión pasajera. Así, el Jesús gnóstico predica: «Si hubierais sabido sufrir, hubierais podido no sufrir. Ved por medio del sufrimiento, y os libraréis del sufrimiento». Así pues, el *eidolon* de Jesús parece sufrir y morir, pero el Jesús real -el *daemon*- no puede sufrir ni morir.

Quinientos años antes Eurípides describió al rey Penteo encadenando a Dioniso, mientras que en realidad no era así. Como dice Dioniso: «Allí me burlé de él. Pensó que me encadenaba; pero no me sujetó ni me tocó; salvo en su mente ilusa».

En el Apocalipsis de Pedro, éste ve a Jesús «contento y riendo» en la cruz mientras le atraviesan las manos y los pies con clavos, y Jesús explica:

El que ves en el árbol, contento y riendo, éste es el Jesús vivo. Pero este cuyas manos y pies atraviesan con clavos es su parte carnal, que es el ser sustitutivo al que avergüenzan, el que nació a semejanza suya. Pero miradlo a él y miradme a mí.

En algunos mitos paganos no es el dios hombre quien sufre y muere, sino una figura sustitutiva que representa al *eidolon*. En *Las bacantes*, el rey Penteo, cuyo nombre significa «Hombre de Sufrimiento», se sube a un árbol y es despedazado en lugar de Dioniso. De forma parecida, en ciertos mitos gnósticos es Simón de Cirene quien muere en la cruz, mientras Jesús observa, riendo, desde lejos. En el *Segundo tratado del gran Set*, Jesús explica:

Era otro, Simón, que cargaba con la cruz en la espalda. Era otro sobre quien colocaron la corona de espinas. Mas yo me regocijaba en las alturas y me reía de su ignorancia.

Simón de Cirene, al igual que el rey Penteo en la versión pagana del mito, representa al *eidolon* que sufre y muere. La figura riendo de Jesús, al igual que el Dioniso triunfante, representa al *daemon*, el espíritu testigo. El sabio gnóstico Basílides enseña que «por ser Mente, Jesús no sufrió», sino que Simón de Cirene sufrió en su lugar, mientras Jesús reía «porque no podían sujetarlo y era invisible para todos».

Los gnósticos no creían que Jesús sólo aparentase existir, ni que evitase por arte de magia sufrir en la cruz, o, de forma más siniestra, que se hiciese sustituir por Simón de Cirene, al que crucificaron en vez de a él mientras Jesús reía desde una distancia prudencial. Como afirmaban los literalistas,

semejantes doctrinas serían de mal gusto y ridículas. Pero se trata de una mala interpretación (o, lo que es más probable, ¡de una tergiversación consciente!) de las enseñanzas gnósticas. De hecho, el «ilusionismo» simplemente forma parte de la interpretación del episodio de la crucifixión como alegoría de la iniciación que encierra de forma cifrada la antigua doctrina pagana del *daemon* / *eidolon*.

Un fragmento de estas enseñanzas se ha conservado en el Evangelio de Marcos, en el cual, de forma inexplicable, los soldados obligan a Simón de Cirene a llevar la cruz de Jesús. El nombre de Simón vincula aquí simbólicamente esta figura con el discípulo llamado Simón «Pedro» o «Piedra», que también simboliza al *eidolon* en muchos mitos gnósticos.

Un eco de esta doctrina gnóstica también se conserva en el Corán, el libro sagrado de los musulmanes, que, al tratar de la supuesta muerte de Jesús, declara: «Siendo así que no lo mataron ni lo crucificaron, sino que les pareció así».

LA RESURRECCIÓN ESPIRITUAL

Según los sabios paganos, todos nos componemos de un *eidolon*, que es mortal, y del *daemon*, que es inmortal. Si estamos vivos para nuestra identidad personal como *eidolon*, estamos muertos para nuestra identidad eterna como *daemon*. La iniciación en los misterios servía para devolver el alma a la vida. Mediante la muerte mística del *eidolon* el iniciado podía renacer como *daemon*. Los gnósticos enseñaban la misma doctrina mística.

El maestro anónimo del sabio gnóstico Reginos explica que la existencia humana normal es la muerte espiritual y, por tanto, todos necesitamos «resucitar de entre los muertos».

Del mismo modo que los iniciados paganos que presenciaban el gran espectáculo místico en Eleusis sufrían metafóricamente con Dioniso y renacían espiritualmente, también los iniciados en los misterios gnósticos compartían de manera metafórica el sufrimiento y el triunfo de su dios hombre Jesús. El maestro de Reginos explica: «Sufrimos con él, y nos levantamos con él, y fuimos al cielo con él». Los iniciados que participaban de la pasión de Jesús como alegoría de su propia muerte y resurrección místicas podían decir con Jesús en el Evangelio de Juan: «Por eso me ama el Padre, porque yo doy mi vida, para recobrarla de nuevo».

Los cristianos literalistas basaban toda su fe en el supuesto milagro de que un Jesús histórico había vuelto físicamente de entre los muertos, y consideraban que esto probaba que los que creían que Jesús era el Hijo de Dios también resucitarían físicamente en el «Día del Juicio». Los gnósticos, en cambio, decían que interpretar la resurrección en sentido literal era un ejemplo de la «fe de los necios». Insistían en que la resurrección no era ni un

acontecimiento histórico que ocurrió una sola vez a una sola persona ni una promesa de que los cadáveres resucitarían después de un apocalipsis futuro. Los gnósticos interpretaban la resurrección como una experiencia mística que podía sucederle a cualquiera de nosotros, aquí mismo y ahora, mediante el reconocimiento de nuestra verdadera identidad como *daemon*.

Los literalistas pensaban que cualquier experiencia personal de la resurrección suponía una lejana esperanza de inmortalidad corporal después de la segunda venida. El Evangelio de Felipe, sin embargo, se burla de tales cristianos y explica: «Aquellos que dicen que morirán primero y luego resucitarán están equivocados. Si no reciben primero la resurrección mientras viven, cuando mueran no recibirán nada».

Para los gnósticos la resurrección era sólo «la revelación de lo que existe verdaderamente». Para los iniciados con «ojos para ver», por tanto, esta resurrección mística «ya había sucedido». En modo alguno podía ser un acontecimiento futuro, porque se trataba de la conciencia de lo que era real en el momento presente. La verdadera identidad de un iniciado no se convertía en el *daemon* por medio del proceso de iniciación. Siempre había sido el *daemon*. En realidad, la resurrección era sólo un cambio en la conciencia. El maestro de Rheginos proclama: «Ya tienes la resurrección. Considérate resucitado ya. ¿Eres tú -el tú real- mera corrupción? ¿Por qué no examinas tu propio ser y compruebas que has resucitado?».

El *Tratado de la Resurrección* proclama:

Todo tiende a cambiar. ¡El mundo es una ilusión! La resurrección es la revelación de lo que existe, y la transformación de las cosas, y una transición a la novedad. Huye de las divisiones y las cadenas, y ya tienes resurrección.

Los gnósticos consideraban que la resurrección era una alegoría, pero no que fuese algo irreal. Al contrario, para el iniciado la experiencia mística de la resurrección espiritual era más real que la llamada realidad de la conciencia normal. El maestro de Rheginos explica: «No supongáis que la resurrección es una ilusión. No es una ilusión; más bien es algo real. En lugar de ello, uno debería mantener que el mundo es una ilusión, más que la resurrección».

EL MATRIMONIO SAGRADO

Un tema mítico que tenía importancia en los misterios paganos era el matrimonio sagrado entre el dios hombre y la diosa, símbolo de la unión mística de contrarios. En Creta celebraban el matrimonio de la diosa Deméter con el dios hombre Yasión. A su «llegada» a Atenas todos los años, Dioniso era aclamado como «el novio», y su matrimonio con la reina de la ciudad, que representaba a la diosa, se celebraba ritualmente.

En las iniciaciones místicas, el iniciado se representaba a menudo como la novia de Osiris-Dioniso. Las iniciaciones se llevaban a cabo en las «cámaras nupciales» especiales que se han encontrado en santuarios paganos. Un antiguo fresco muestra escenas de los que se preparan para la iniciación vistiéndose con atuendo de novia. Después de la iniciación las aclamaban como «novias».

La novia representaba al yo encarnado o *eidolon* y Osiris-Dioniso, al yo no encarnado o *daemon*. El matrimonio secreto unía ritualmente a estas dos partes contrarias del iniciado. Epifanio nos dice: «Algunos preparan una cámara nupcial y celebran un rito místico acompañado de ciertas palabras que se dicen al iniciado, y alegan que es un matrimonio espiritual».

El tema del matrimonio sagrado que se encuentra en los misterios paganos no está presente en el cristianismo ortodoxo, pero era importante en el cristianismo gnóstico, que celebraba el matrimonio sagrado entre Jesús y Sofía. En el mito gnóstico, Sofía ha «caído» y representa al yo encarnado. Aparece perdida en el mundo y busca la fuente inefable. Trata de encontrar el amor en todos los sitios donde no debería buscado y se convierte en prostituta. Finalmente suplica a Dios Padre que la ayude y Él le manda como novio al primogénito de Dios, Jesús, hermano de Sofía. Al llegar el novio, hacen el amor apasionadamente para convertirse en uno. Esto es una alegoría del *daemon* o espíritu acudiendo a salvar al yo encarnado o psique. Según el Evangelio de Felipe, sólo la persona que ha «vuelto a casar» la psique con el espíritu podrá soportar los impulsos físicos y emocionales que, si no se frenan, tal vez la llevarían a la autodestrucción y al mal.

El matrimonio sagrado simboliza la unidad mística, que era el objetivo del gnosticismo. En el Evangelio de Tomás, Jesús enseña a sus discípulos:

Cuando hagáis de los dos uno, y cuando hagáis el interior como el exterior y el exterior como el interior, y lo de arriba como lo de abajo, y cuando hagáis al hombre y a la mujer una cosa y la misma, de manera que el hombre no sea hombre, y la mujer no sea mujer, entonces entraréis en el Reino.

Algunos grupos gnósticos celebraban ritualmente el matrimonio secreto como parte de sus ritos de iniciación. Ireneo nos dice: «Preparan una cámara nupcial y celebran misterios». Los seguidores del sabio gnóstico Marco celebraban un rito de iniciación «con ciertas fórmulas, y llaman a esto matrimonio espiritual». Se nos dice que los seguidores del poeta gnóstico Valentín practicaban el rito de un matrimonio espiritual con ángeles en una cámara nupcial. Los naassenos afirmaban que los iniciados «deben quitarse sus vestidos y convertirse todos en novias preñadas por el espíritu virgen». El Evangelio de Felipe explica que el proceso de iniciación alcanzaba su punto culminante en la «cámara nupcial» de unión mística, porque: «El sanctasanctorum es la cámara nupcial. La redención tiene lugar en la cámara nupcial».

En la historia de Jesús, la Sofía caída aparece representada por la figura de María Magdalena, a quien Jesús (el *daemon*) redime de la prostitución. Según

el sabio gnóstico Heracleón, el tema del matrimonio sagrado también está presente en la historia de Jesús bajo la forma de las bodas de Caná, donde Jesús, como Dioniso antes que él, transforma agua en vino embriagador. Heracleón nos dice que este milagro simboliza aquel «matrimonio divino» que convierte lo que es simplemente humano en divino. El tema aparece también en un pasaje del Evangelio de Matea en el cual Jesús explica que llegar al reino de los cielos será como cuando una doncella que va a recibir «al novio».

En el Evangelio de Tomás, Jesús advierte que para experimentar este nivel final de iniciación en la unión mística, cada iniciado debe entrar en la cámara nupcial solo: «Hay muchos de pie, a la puerta, pero únicamente el solitario entrará en la cámara nupcial».

CONVERTIRSE EN CRISTO

Los sabios paganos afirmaban que en los misterios interiores un iniciado descubría que lo que en apariencia era su *daemon* individual era en realidad el *daemon* universal, que los sabios representaban dividido en pedazos y distribuido entre todos los seres conscientes. Epicteto afirma: «Eres un fragmento arrancado de Dios. Llevas una porción de él dentro de ti». Osiris-Dioniso representa este *daemon* universal, la mente de Dios consciente en todos los seres vivos.

En muchos mitos, Osiris-Dioniso muere desmembrado. Con frecuencia se interpreta que esto significa la trilla del trigo para producir pan y el pisado de la uva para producir vino. Sin embargo, los iniciados en los misterios interiores interpretaban este motivo a un nivel más místico: como cifra de enseñanzas sobre la desmembración del *daemon* universal por parte del poder del mal. En el mito de Osiris, por ejemplo, el dios hombre es asesinado y desmembrado por su hermano malvado Set, y luego la diosa Isis recoge todos los miembros de Osiris y lo reconstituye. Este mito encierra de forma cifrada la enseñanza mística que dice que Dios debe ser «re-membrado», que la senda espiritual es el proceso de reunir los fragmentos del *daemon* universal, de percibir al uno en todo.

Plutarco describe la muerte de Osiris y dice: «Set esparce y destruye el Logos sagrado y la diosa Isis lo recoge y junta, y lo entrega a los que se inician».

Este tema pagano de la desmembración es totalmente ajeno al cristianismo tal como lo conocemos, pero era fundamental para los gnósticos. Al igual que sus predecesores paganos, los cristianos gnósticos creían que cada yo humano individual era un fragmento de un ser celestial único que había sido desmembrado por las fuerzas del mal, despojado de toda memoria de sus orígenes celestiales y obligado a entrar en cuerpos físicos individuales.

Al igual que el dios hombre pagano Osiris-Dioniso, el dios hombre de los cristianos, Jesús, representa simbólicamente al *daemon* universal o Logos que ha sido desmembrado. En la Pistis Sophia, Jesús declara: «Me he hecho pedazos y he entrado en el mundo». En los Hechos de Juan, manifiesta que «la multitud que hay alrededor de la cruz» representa los «miembros de Él» que todavía han de «juntarse». En el Libro del Logos Jesús dice: «Guardad todos mis miembros, que desde la fundación del mundo se han esparcido por todas partes, y juntadlos y recibidlos en la luz». Un himno gnóstico que debe cantarse en el «gran día de la iniciación suprema» ruega a Jesús: «Ven a nosotros, porque somos tus miembros, tus extremidades. Somos todos uno contigo. Somos uno y el mismo, y tú eres uno y el mismo».

Según el sabio pagano Proclo, «la más secreta de todas las iniciaciones» revela «el espíritu en nosotros» como «auténtica imagen de Dioniso». Al alcanzar la gnosis o conocimiento de uno mismo, un iniciado pagano reconocía su identidad como expresión de Osiris-Dioniso, el *daemon* universal. En los misterios se decía de un iniciado así que era un «Osiris» o un «Dioniso».

De la misma manera, el Evangelio de Felipe enseña que un verdadero gnóstico «ya no es un cristiano, sino un Cristo». Orígenes también considera que un seguidor de Jesús podía convertirse en «un Cristo». En un apocalipsis gnóstico sin título Jesús dice a sus «hijos», con los que está trabajando, que abandonen la tarea hasta que «el Cristo» se forme dentro de ellos. En la Pistis Sophia enseña que sólo alguien que se ha convertido en un Cristo conocerá la gnosis suprema del Todo. En una colección de dichos gnósticos, explica: «Del mismo modo que os veis en el agua o en un espejo, también me veis a mí en vosotros mismos». En el Evangelio de Felipe proclama: «Viste al espíritu y te convertiste en espíritu. Viste a Cristo, te convertiste en Cristo. Viste al Padre, llegarás a convertirte en el Padre». Esta enseñanza se encuentra incluso en el Evangelio de Lucas, donde Jesús promete que «El discípulo [...] bien formado, será como su maestro».

Una expresión común en los misterios paganos, y que Platón cita a menudo, era *Soma sema* («El cuerpo es una tumba»). Los iniciados gnósticos también comprendían que aquellos que se identificaban con el yo físico encarnado estaban muertos espiritualmente y necesitaban renacer a la vida eterna. Los iniciados que experimentaban la resurrección mística reconocían su identidad verdadera como el Cristo y descubrían, al igual que las mujeres en la historia de Jesús, que «la tumba está vacía». El cuerpo no es su identidad. No son el *eidolon* que vive y muere, sino el testigo eterno que es siempre nonato e imperecedero.

LOS NIVELES DE INICIACIÓN

Tanto el sistema filosófico pagano como el gnóstico describían cuatro niveles de identidad humana: físico, psicológico, espiritual y místico. Los

gnósticos llamaban a estos cuatro niveles de nuestro ser: el cuerpo, el espíritu falso, el espíritu y el poder luz. El cuerpo y el espíritu falso (nuestras identidades física y psicológica) constituyen los dos aspectos del *eidolon* o yo inferior. El espíritu y el poder luz (nuestras identidades espiritual y mística) constituyen los dos aspectos del *daemon* espiritual: el yo superior individual y el yo universal compartido.

Los gnósticos llamaban «hílicos» a quienes se identificaban con su cuerpo, porque estaban tan muertos para las cosas espirituales que eran como la materia inconsciente o *hyle*. Quienes se identificaban con su personalidad o *psyche* eran llamados «psíquicos». Y quienes se identificaban con su espíritu recibían el nombre de «pneumáticos», que significa «espirituales». Quienes dejaban por completo de identificarse con algún nivel de su identidad independiente y reconocían su verdadera identidad como el Cristo o *daemon* universal experimentaban la gnosis. Esta iluminación mística transformaba al iniciado en un verdadero «gnóstico» o «conocedor».

Tanto en el paganismo como en el cristianismo estos niveles de conciencia estaban vinculados de forma simbólica a los cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego. Las iniciaciones que llevaban de un nivel al siguiente eran simbolizadas mediante bautismos por estos elementos básicos. En el Libro del gran logos Jesús ofrece a sus discípulos «los misterios de los tres bautismos» por agua, aire y fuego. El bautismo por agua simboliza la transformación de la persona hílica, que se identifica exclusivamente con el cuerpo, en un iniciado psíquico que se identifica con la personalidad o psique. El bautismo por aire simboliza la transformación del iniciado psíquico en un iniciado pneumático que se identifica con su yo superior. El bautismo por fuego representa la iniciación final que revela a los iniciados pneumáticos su verdadera identidad como el *daemon* universal, el logos, el Cristo interior, el «poder luz»: «La luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo», como dice el Evangelio de Juan. Así alcanzaba un iniciado la gnosis.

Éstos, pues, son los niveles de iniciación en el cristianismo gnóstico.

Nivel de Iniciación	Nivel de Identidad	Descripción Gnóstica	Elemento
Hílico Psíquico Pneumático Gnóstico	Identidad física Identidad psicológica Identidad espiritual Identidad mística	Cuerpo Espíritu falso Espíritu Poder Luz	Tierra Agua Aire Fuego

LITERAL, MÍTICO Y MÍSTICO

El iniciado pagano en los misterios exteriores veía el mito de Osiris-Dioniso que se escenificaba en la representación misteriosa como un espectáculo maravilloso y convincente desde el punto de vista emocional. Al iniciado en los misterios interiores se le enseñaba el significado alegórico cifrado que encerraba el mito. El maestro de los misterios encarnaba estas enseñanzas en su propio ser. Asimismo, la relación de un iniciado gnóstico con la historia de Jesús cambiaba a medida que el iniciado iba avanzando hacia la gnosis. Estos tres niveles de comprensión pueden calificarse de literal, mítico y místico:

-Literal: Los cristianos psíquicos habían experimentado el primer bautismo por agua y habían sido iniciados en los misterios exteriores del cristianismo. Interpretaban la historia de Jesús como la crónica verdadera de una persona que literalmente volvió de entre los muertos.

-Mítico: Los cristianos pneumáticos habían experimentado el segundo bautismo por aire (aliento santo o espíritu santo) y habían sido iniciados en los misterios interiores secretos del cristianismo. Interpretaban la historia de Jesús como un mito alegórico que encerraba enseñanzas cifradas sobre la senda espiritual por la que andaba cada iniciado.

-Místico: Los gnósticos habían experimentado el bautismo de fuego final y habían reconocido su identidad como un Cristo (el Logos o *daemon* universal). Trascendían la necesidad de cualquier enseñanza, incluida la historia de Jesús.

Escribe Orígenes: «Se han cometido muchos errores, porque la mayor parte de los lectores no han descubierto el método correcto de examinar los textos santos». El método correcto, según Orígenes, consiste en comprender los tres niveles en que actúan las Escrituras. El más bajo es la interpretación literal obvia. El siguiente nivel, para «quien haya avanzado un poco», es un nivel alegórico que edifica el alma. El último nivel, que revela la gnosis, es para «quien sea perfeccionado por la ley espiritual». Orígenes afirmaba que siguiendo la senda triple, el iniciado cristiano avanza de la fe a la gnosis.

La seudohistoria de la vida de Jesús era una parte esencial de los misterios exteriores del cristianismo, que se habían concebido para atraer a nuevos aspirantes a la iniciación, así que los gnósticos no negaban necesariamente la autenticidad histórica de los evangelios. Pero toda interpretación literal de la historia de Jesús era sólo el primer paso que se presentaba a los principiantes espirituales. El verdadero significado de este mito se revelaba a los iniciados en los misterios interiores secretos.

Orígenes desdeña el cristianismo literalista, que no va más allá de considerar la historia de Jesús como hecho histórico, y lo llama «fe irracional, popular» que lleva al «cristianismo somático».

Como comenta un estudioso:

Deja bien claro que al hablar de «cristianismo somático» se refiere a la fe que se basa en la historia del evangelio. De las enseñanzas fundamentadas en la narración histórica dice: «¿Qué mejor método podría idearse para ayudar

a las masas?». El gnóstico o sabio ya no necesita al Cristo crucificado. El evangelio «eterno» o «espiritual», que está en su poder, «muestra claramente todas las cosas relativas al Hijo de Dios, tanto los misterios que muestran sus palabras como las cosas que sus actos simbolizaban».

Los gnósticos naassenos consideraban que los cristianos literalistas, que comprendían sólo los misterios exteriores, estaban «embrujaos» por Jehová, el falso Dios, cuyo hechizo ejerce el efecto contrario del «encantamiento divino» del Logos. Basílides también opina: «Los que reconocen a Jesús como el crucificado todavía son esclavos del Dios de los judíos. El que lo niega ha sido liberado y conoce el plan del Padre no engendrado».

Como dice Orígenes con extraordinaria franqueza: «Cristo crucificado enseña para los bebés».

CONCLUSIÓN

Para los gnósticos, Jesús es una figura que debe interpretarse en muchos niveles. Desde que el gnosticismo fue destruido sólo nos han enseñado el nivel más bajo y se nos ha negado el acceso a los secretos misterios interiores de los gnósticos, que revelan la verdadera naturaleza alegórica de la historia de Jesús. ¿Hemos tomado erróneamente a Jesús por una figura histórica debido a esto? Volvamos a examinar algunos de los datos:

- Al igual que en los misterios paganos, los gnósticos iniciados en los misterios interiores interpretaban las Escrituras como una alegoría mítica, que podía alterarse y mejorarse, y no como la historia literal, que debe conservarse intacta.

- Como los filósofos paganos, los gnósticos usaban la gematría y el simbolismo de los números para cifrar complejas enseñanzas matemáticas de carácter sagrado. El nombre «Iesous», que nosotros traducimos por «Jesús», es una transliteración artificial del nombre judío «Josué» al griego cuyo objeto era asegurar su equivalencia con el número 888, que es significativo desde el punto de vista místico. Hasta los literalistas reconocieron este hecho notable.

- Al igual que Osiris-Dioniso, Jesús simboliza al *daemon* del iniciado. Como en el mito pagano, a veces se muestra otra figura que representa al *eidolon* y muere en lugar del dios hombre.

- Del mismo modo que los sabios paganos interpretaban los mitos de Osiris-Dioniso como historias alegóricas cuya finalidad era enseñar, también los gnósticos interpretaban la historia de Jesús como mito de iniciación mística que llevaba a la resurrección espiritual.

- Como en los misterios paganos, los gnósticos celebraban un

matrimonio sagrado ritual del *daemon* y el *eidolon* como parte de su iniciación.

- Al igual que Osiris-Dioniso, el Jesús gnóstico representa al *daemon* universal que ha sido desmembrado y necesita ser re-membrado.

- Los iniciados en los misterios paganos que reconocían su verdadera naturaleza como el *daemon* universal se convertían en un «Osiris» o un «Dioniso». Asimismo, los iniciados gnósticos se convertían en un «Cristo».

- Al igual que los misterios paganos, el gnosticismo consideraba que un ser humano tenía cuatro niveles de identidad: físico, psicológico, espiritual y místico. Como en los misterios paganos, estos niveles estaban vinculados a los cuatro elementos -tierra, agua, aire y fuego- y los iniciados pasaban por estos niveles de identidad mediante bautismos por dichos elementos.

- Los gnósticos no negaban necesariamente la autenticidad histórica de los Evangelios, pero opinaban que interpretar de forma literal la historia de Jesús era sólo la primera etapa en sus misterios.

¿Es posible que la vida de Jesús se enseñara como historia verídica a los principiantes en la fe, como parte de los misterios exteriores, para revelar luego, en los misterios interiores secretos, que era un mito iniciático? ¿Es posible que este mito sobre Jesús se basara en los ubicuos mitos de Osiris-Dioniso? ¿Es posible que el gnosticismo fuera el cristianismo original, que se creó como versión judía de los misterios paganos? ¿Es posible que el cristianismo literalista fuese una «herejía» posterior que sólo retuvo los misterios exteriores del cristianismo? Al principio estas posibilidades nos parecieron escandalosas, pero la única forma de encontrar sentido en los datos que teníamos delante consistía en replantear por completo la historia tradicional del cristianismo.

Considerar que la historia de Jesús era un mito creado a partir de la mitología pagana explicaba sus extrañas semejanzas con los mitos de Osiris-Dioniso. Ver el cristianismo como versión judía de los misterios paganos explicaba por qué las enseñanzas que se atribuyen a Jesús en los evangelios se parecen a las que impartían los sabios paganos. De hecho, ver el gnosticismo como algo que existía antes que el literalismo daba más sentido a los datos históricos que la creencia tradicional de que el gnosticismo fue una desviación posterior.

La crónica de los literalistas no tiene sentido siquiera basándose en sus propios datos. Todos los literalistas que se dedicaban a cazar herejes afirman que la llamada «herejía» del gnosticismo empezó con un sabio gnóstico llamado Simón Mago, que para ellos es el archihereje. Ireneo afirma: «La falsamente llamada gnosis comenzó, como sabemos por lo que aseveran los propios gnósticos, con los seguidores de Simón». No obstante, Simón Mago, según nos dicen, era contemporáneo de Jesús y se le menciona en los Hechos de los Apóstoles. Fuentes más dignas de confianza sugieren que Simón era un samaritano que se educó en Alejandría, donde, al decir de algunos eruditos, Filón, el pitagórico judío, influyó directamente en él. ¿Es posible que las

enseñanzas originales de un Jesús histórico fueran pervertidas tan rápidamente por su contemporáneo Simón, como pretende la versión tradicional? Si Simón hubiera querido predicar una doctrina de la totalidad distinta de la de Jesús, ¿por qué no instauró sencillamente un culto propio cristianismo?

Por otra parte, los cazadores de herejías nos hablan de un sabio gnóstico llamado Dositeo que fue el precursor de Simón ¡y vivió hacia 100 a.n.e. o antes! Si, según los datos de los propios literalistas, el gnosticismo es anterior a la época en que se supone que vivió Jesús, ¿cómo pudo ser una perversión posterior de sus enseñanzas? No sólo eso, sino que sabemos que incluso el nombre «Jesús» se inventó de forma deliberada para que, según la gematría, fuese igual al número místico 888, lo cual es un claro indicio de que lo inventaron los gnósticos. En vista de todos estos datos, nos pareció que no podíamos hacer más que invertir por completo la imagen tradicional y considerar que el literalismo era una degeneración de los «misterios de Jesús» originales de los gnósticos.

Empezaba a tomar forma una imagen radicalmente distinta de los orígenes del cristianismo y la bautizamos con el nombre de «tesis de los misterios de Jesús». En esencia, es la siguiente. En un momento u otro, casi todos los pueblos que vivían a orillas del Mediterráneo habían hecho suyos los misterios paganos y los habían adaptado a su propio gusto nacional. En algún momento de los primeros siglos antes de nuestra era, un grupo de judíos había hecho lo mismo y había producido una versión judía de los misterios. Los iniciados judíos adaptaron los mitos de Osiris-Dioniso para crear la historia de un dios hombre judío que moría y resucitaba, Jesús el Mesías. Con el tiempo este mito pasó a interpretarse como hecho histórico y el resultado fue el cristianismo literalista.

Estas ideas parecían revolucionarias, pero eran la única explicación que teníamos. Además sabíamos que antes de adoptar una teoría tan radical como la tesis de los misterios de Jesús teníamos que llevar a cabo investigaciones más importantes. ¿No había pruebas incontrovertibles de que había existido un maestro judío llamado Jesús? Si así era, resultaba obvio que la historia de Jesús no podía ser una adaptación judía del mito de Osiris-Dioniso. Por tanto, empezamos a buscar pruebas de la existencia del Jesús hombre. Era alguien que supuestamente había expulsado a los mercaderes del templo de Jerusalén, que había alimentado de forma milagrosa a miles de personas y resucitado a los muertos; al morir, según decían, la Tierra entera había temblado y se había abierto, los muertos habían salido de los sepulcros, al tiempo que unas tinieblas sobrenaturales lo cubrían todo. Si realmente era algo más que un mito, ¿no sería de esperar que alguien, en alguna parte, lo mencionase en los anales de la época?

NOTAS AL CAPÍTULO - 6

* Marcos, 4, 21, 22-23, 33-34. En el Evangelio de Juan, 16, 12 y 25, Jesús promete a sus discípulos enseñanzas más explícitas cuando estén preparados

para recibidas: «Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ello. Os he dicho todo esto en parábolas. Se acerca la hora en que ya no os hablaré en parábolas, sino que con toda claridad os hablaré acerca del Padre». W. Kingsland, señala que en realidad Jesús no explica ninguno de estos «misterios» en los evangelios canónicos. En vez de ello, debemos buscarlos en textos apócrifos y gnósticos.

* Inge encuentra en el Evangelio de Juan pruebas de la forma alegórica de abordar los evangelios por parte de los gnósticos y escribe: «El cuarto evangelio está empapado de simbolismo de esta clase. Es obvio que los ocho milagros de los que habla san Juan se escogieron por su valor simbólico; de hecho, parece considerarlos principalmente como parábolas representadas. Su palabra favorita para referirse a los milagros es signos o símbolos».

* G. D'Alviella, 1981, p. 106, opina que el gnosticismo no sólo tomó elementos de los misterios de Eleusis, sino que su doctrina del destino del alma «se parece demasiado a los misterios de Mitra» para descartar cierta influencia. Orígenes revela la doctrina mitraica sobre los planetas y las estrellas «y el paso del alma entre ellos. El símbolo es éste. Hay una escalera con siete puertas y una octava puerta arriba». Sin embargo, Celso sugiere que esto no es nuevo para el mitraísmo. Llama «sistema antiguo a que haya siete cielos y el camino del alma pase entre los planetas». Celso también afirma de modo claro que los cristianos a los que conoció en el siglo II enseñaban exactamente las mismas doctrinas que el mitraísmo.

* El gnóstico Marco dice que el nombre hablado del Salvador, Iesous, consta de seis letras, mientras que el nombre inefable consiste en 24: - 8 + 8 + 8, el número de letras del alfabeto griego, véase G.R.S. Mead, 1906, p. 375. Un oráculo sibilino cristiano también hace referencia al número místico de Jesús: «Cuatro vocales tiene, dos veces las consonantes que hay en él. Y ahora os declararé también el número entero. Ocho mónadas, y a éstas otras tantas décadas, y ochocientos también su nombre mostrará». Sobre los siete planetas del sistema gnóstico está la esfera de las estrellas fijas, donde Sofía y Jesús moran en la región de la «ogdóada». De ahí que el nombre místico de Jesús se equipare a «la plenitud de los ochos»: 888. Rahner señala que aunque no está presente en el cristianismo moderno, en los primeros tiempos la ogdóada formaba parte del cristianismo ortodoxo. Teodoto, en una obra de cuya edición se encargó Clemente, escribe: «Aquel a quien genera la Madre es conducido a la muerte y al mundo, pero aquel a quien regenera Cristo es trasladado a la vida en la ogdóada». En el siglo IV Cirilo de Alejandría llama a la consagración el «*mysterion Christi*, que es simbolizado por la ogdóada».

* Elaine Pagels tiene razón al sugerir que las primeras líneas tanto del Evangelio de Tomás como del Libro de Tomás el Contendiente pueden leerse como si «usted, el lector, fuera el hermano gemelo de Jesús». Esto es un axioma de la enseñanza gnóstica.

* De ahí el consejo de Jesús en el Evangelio de Tomás: «Convertíos en transeúntes».

* Para transmitir estas enseñanzas, los seguidores del cristiano herético Manes diferenciaban entre Jesús el hijo de María y Jesús el Hijo de Dios. Fue el hijo de María (el *eidolon*) el que murió en la cruz y no el Hijo de Dios (el *daemon*).

* Después de su bautizo, el Salvador predice que la Naturaleza enfurecida tratará de apoderarse de él, pero sólo conseguirá crucificar a Soldas, otro de los nombres del Jesús terrenal.

* Heráclito escribe: «Los mortales son inmortales y los inmortales son mortales; mientras uno está vivo el otro está muerto, y cuando uno está muerto el otro está vivo». Píndaro también declaró que: «Mientras que el cuerpo está sujeto a la muerte, el alma permanece viva, porque sólo ella proviene del dios. Pero duerme mientras los miembros son activos».

* Se consideraba que la iniciación era una muerte de la cual resucitaban los creyentes por medio del renacimiento. En griego las palabras que significan muerte e iniciación son muy parecidas y era frecuente hacer juegos con ellas. «Morir es ser iniciado», dice Platón. La resurrección que prometían los primitivos cristianos es la misma que la que ofrecían Osiris-Dioniso y otros dioses-hombres míticos de los misterios. En Juan 3, 1-21 Nicodemo, discípulo de Jesús, es presa de la confusión porque se toma literalmente la enseñanza de Jesús sobre el renacimiento y pregunta: «¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?». El sabio egipcio Hermes Trismegisto también predicaba el renacimiento espiritual y, como Nicodemo, su discípulo Tat lo interpreta literalmente y confiesa a su maestro: «No sé, Trismegisto, de qué vientre puede volver a nacer un hombre, ni de qué simiente», véase el *Corpus hermeticum*, libro 13. Tanto Jesús como Hermes explican que este renacimiento no debe interpretarse en sentido literal, sino místico.

* *El Tratado de la Resurrección* explica que la existencia humana corriente es muerte espiritual, pero que la resurrección es iluminación espiritual, véase E. Pagels, 1979, p. 42. También esta enseñanza se deriva del paganismo. Sócrates, en el *Gorgias*, 493a, dice: "No me extrañaría que Eurípides estuviese en lo cierto al decir: "¿Quién sabe si la vida es muerte y la muerte es vida?" [citando a Polido, fr. 7]. Y quizá en realidad estamos muertos, pues una vez oí que uno de nuestros sabios decía que ahora estamos muertos y que nuestro cuerpo es una tumba». Un siglo antes, Heráclito había declarado que: "Cuando vivimos nuestras almas están muertas, pero cuando morimos nuestras almas resucitan y viven». El propósito de la iniciación era despertar el alma y hacerla salir de este estado parecido a la muerte. Ésta es la verdadera doctrina que hay detrás de las palabras de Empédocles cuando habla de la posibilidad de resucitar a un hombre de entre los muertos. Al triunfar el cristianismo literalista, esta doctrina fue interpretada de forma totalmente errónea y se creyó que se refería a devolver la vida a personas que realmente habían muerto.

* E. Pagels escribe: «Lo que interesaba a estos gnósticos, mucho más que los hechos pasados que se atribuían al "Jesús histórico", era la posibilidad de encontrar al Cristo resucitado en el presente».

* El ritual que acompañaba a la culminación de los misterios de Eleusis indica claramente que el matrimonio sagrado estaba en el centro de los mismos. Se vertían dos jarras, una en dirección a Oriente y otra a Occidente, mientras los *mystae* gritaban al cielo: «¡Lluvia!», y a la Tierra: «¡Concibe!».

* Deméter celebró un matrimonio secreto con el mortal Yasión que, según nos dice Teócrito, fue un rito místico que proporcionó un gozo «que los no iniciados nunca conocerán».

* C. Kerényi, 1976, p. 30. La esposa del arconte Basileo celebró «la inefable ceremonia sagrada» que Aretaios llama *mysterion*. Esto tuvo lugar en un *boukolion* o establo cerca del templo de Dioniso. Sobre este ritual Burkert escribe: «En ninguna otra parte de la literatura griega se habla más claramente de un ritual de matrimonio sagrado».

* En Flia, en el suroeste del Peloponeso, se celebraban los misterios de Andania, véase M. W. Meyer, 1987, pp. 49 ss. En antigüedad y carácter venerable sólo eran superados por los de Eleusis. En Flia había un Telesterion, una cámara nupcial y un culto de Eros. Era también lugar de reunión de muchos pitagóricos famosos, entre ellos Hipaso, Filolao, Aristoxeno y Equecrates. Diógenes Laercio menciona cuatro pitagóricos de Flia.

* Fírmico Materno nos dice que: «Los *mystae* llaman "novias" a los que acaban de iniciarse».

* W. Barnstone, 1984, p. 288. Hay varias versiones de este mito gnóstico de la caída y la redención de Sofía: la Pistis Sophia, la *Exégesis del alma* y el Evangelio de la Verdad. En el sistema valentiniano el matrimonio de Jesús y Sofía tiene lugar después de que ella sea redimida de su condición de mujer caída.

* En el mito gnóstico *Exégesis del alma*, Sofía (el alma) se pierde al buscar la luz refleja en el mundo creado por el demiurgo (el *eidolon* o yo inferior). En el mundo busca satisfacción en todos los lugares que no son apropiados para encontrada, ensuciándose con muchos amantes que la tratan como a una puta. Avergonzada de sí misma, el alma permanece en la esclavitud y vive en un burdel. La única dádiva que recibe de sus amantes es su simiente impura, pero sus hijos (sus pensamientos) son mudos, ciegos, enfermos y débiles mentales. El alma permanece en este cautiverio sexual y psíquico hasta el día en que percibe su situación y se arrepiente. Pide ayuda al Padre, que manda como novio al hermano de Sofía (el *daemon* o yo superior). El fruto de su unión son hijos buenos y hermosos (ideas buenas y virtuosas).

* Segal descifra el mito órfico: «El joven dios Dioniso fue entronizado tan pronto como hubo nacido en una cueva de la isla de Creta. Pero los Titanes le dieron un espejo para distraer su atención, y mientras el niño se miraba en él y quedaba fascinado por su propia imagen, lo despedazaron y devoraron. Sólo el corazón del dios se salvó. Esto quiere decir que Dioniso, al ver su *eidolon*, su reflejo en el espejo, en cierto sentido se duplicó y desapareció en el interior del

espejo y de esta manera se dispersó en el universo. Según los sabios órficos, esto significa que el alma del mundo se divide y dispersa por medio de la materia. Pero el espíritu del mundo permanece indiviso y puro de todo contacto con la materia». Al descubrir el crimen, Zeus destruyó a los doce Titanes y con sus cenizas creó el género humano. Este mito órfico explica cómo la chispa divina se manifiesta primero en doce hombres arquetípicos, los signos del zodiaco, y después en la multitud de seres humanos que nacen bajo la influencia de uno u otro de dichos signos. La Última Cena es un sacrificio de este tipo en el cual el cuerpo de Jesús es consumido simbólicamente por doce seguidores suyos.

* En Egipto, el Libro de los muertos garantizaba la inmortalidad para el difunto por medio de la asimilación con Osiris. La persona muerta se convertía en Osiris y recibía el nombre nuevo de Osiris. Asimismo, en Grecia el iniciado se asimilaba con Baco y se convertía en un *bacchoi*. Las bandejas de oro órficas que se han encontrado enterradas con iniciados en el sur de Italia contienen enseñanzas sobre el otro mundo que se derivan del Libro de los muertos egipcio. Tan importante era esta asimilación para garantizar la felicidad en la otra vida que los iniciados preservaban su pureza ritual incluso en la muerte. Una inscripción de un cementerio de Cumas insiste en que: «Nadie puede ser enterrado aquí que no haya sido hecho Baco».

* Según el sabio gnóstico Basílides, el salvador es el hombre perfeccionado que hay dentro del hombre animal.

* El texto gnóstico Tratado tripartito explica que «la humanidad se dividía en tres tipos esenciales» a los que llama el espiritual, el psíquico y el material. Los gnósticos naassenos denominaban a estas tres clases los cautivos, los llamados y los elegidos. Clemente repite de forma levemente alterada este mismo sistema. Considera que los cristianos que todavía tienen que alcanzar la gnosis son de tres tipos diferentes que se definen por su relación con Dios: el esclavo, el esclavo fiel y el amigo, véase Clemente de Alejandría, *Stromata*, 3. Los gnósticos naassenos consideran que «los cautivos» se hallan atrapados en la ilusión del mundo. Clemente llama a los hílcos «esclavos» de Dios porque obedecen sin querer la voluntad de Dios. Son los «duros de corazón» a quienes el Maestro forma mediante la «disciplina correctiva». Los gnósticos decían que «los llamados» eran los que recibían una llamada a seguir la senda y los que habían empezado a despertar espiritualmente. Clemente llama a los psíquicos «esclavos fieles» de Dios, porque siguen gustosamente la voluntad divina. Estos cristianos son «creyentes» que necesitan signos y milagros que refuercen su fe y a quienes el Maestro forma por medio de la «buena esperanza». «Los elegidos», según los gnósticos, eran los que andaban por la senda mística superior que deja atrás la creencia y llega a la Gnosis. Clemente los llama «los amigos» porque son íntimos de Dios. Estos cristianos son aspirantes a gnósticos a quienes el maestro forma por medio de «misterios». Orígenes amplía la obra de Clemente y relaciona estos tres tipos psicológicos con su capacidad de penetrar hasta la interpretación correcta de los evangelios.

* Una persona hílca es inconsciente del *daemon*. El iniciado psíquico es consciente del *daemon* como ángel de la guarda. El iniciado pneumático es

consciente del *daemon* como su propio yo superior. El iniciado que ha alcanzado la gnosis es consciente de sí mismo como expresión del *daemon* universal.

* Al igual que gnóstico, Buda también significa «sabedor», del sánscrito *budh*, «conocer».

* El Evangelio de Felipe ofrece una exégesis de las enseñanzas a las que alude san Pablo en I Corintios, 13, 13 sobre las cualidades espirituales que pueden cultivarse en estos cuatro estados del ser simbolizados por los cuatro elementos. «El cultivo de Dios [...] tiene cuatro elementos: fe, esperanza, amor y gnosis. La fe es nuestra tierra, en la cual echamos raíces. La esperanza es el agua por medio de la cual nos nutrimos. El amor es el viento por medio del cual crecemos. Pero la luz es la gnosis por medio de la cual alcanzamos la madurez».

- En el sistema pagano el iniciado era conducido a través de estos estados de conciencia por medio de tres iniciaciones, que en los misterios paganos se denominaban *catharmos*, la «purificación», *paradosis*, la transmisión de la doctrina esotérica, y *epopteia*, la visión hasta llegar a la Verdad. P. Kingsley, 1995, p. 367, llama a esto «la fisonomía básica de los misterios y etapas de iniciación en el antiguo mundo griego». Servio confirma que en las iniciaciones, «toda purificación se efectúa o bien por agua o por fuego o por aire». El sistema gnóstico también enseñaba que para los misterios más elevados se requería un bautismo triple, de agua, fuego y espíritu. Esta doctrina también se encuentra en el Nuevo Testamento. Mateo, 3, 11-12 nos dice que Juan Bautista trajo el bautismo con agua, a la vez que Jesús trajo las iniciaciones superiores del bautismo por el aliento (aire) y el fuego.

CAPÍTULO - 7

EL HOMBRE QUE NO ENCONTRAMOS

No hay nada más negativo que el resultado del estudio crítico de la vida de Jesús. El Jesús de Nazaret que se presentó públicamente como el Mesías, que predicó la ética del reino de Dios, que fundó el Reino del Cielo en la Tierra, y murió para dar a su obra la consagración definitiva, nunca existió. Esta imagen no ha sido destruida desde fuera, sino que se ha deshecho, resquebrajado y desintegrado a causa de los problemas históricos concretos que, uno tras otro, salieron a la superficie.

ALBERT SCHWEITZER

Empezamos nuestra búsqueda del Jesús histórico por los romanos. Jesús, según se dice, fue crucificado por los romanos y éstos eran famosos por anotar cuidadosamente todas sus actividades, en especial los procesos judiciales, así que nos pareció que teníamos motivos para ser optimistas y esperar que mencionasen un caso tan célebre como el de Jesús. Pero por desgracia, no hay ningún documento en el que conste que Jesús fue juzgado por Poncio Pilato y ejecutado.

Fue un período sumamente culto de la historia de la humanidad. He aquí una lista de los autores paganos que escribieron en la época en que, según se dice, vivió Jesús o antes de que transcurriera un siglo después de su muerte:

Arriano	Plinio el Viejo	Marcial
Petronio	Apiano	Plutarco
Séneca	Juvenal	Apolonio
Dión de Prosa	Teón de Esmirna	Pausanias
Valerio Flaco	Damis	Ptolomeo
Floro Lucio	Silio Itálico	Dión Crisóstomo
Quintiliano	Aulo Gelio	Hermógenes
Favorino	Estacio	Lisias
Lucano	Columela	Valerio Máximo

Las obras de estos autores bastarían para llenar una biblioteca, pero ninguno de ellos hace referencia a Jesús. Los únicos escritores romanos que

mencionan algo de interés son Plinio, Suetonio y Tácito, que escribieron a comienzos del siglo II.

Plinio, el gobernador de Bitinia, región de Asia Menor, escribió un pasaje muy corto al emperador Trajano en 112 d.n.e. en el que pedía que le aclarase cómo debía tratar a los cristianos conflictivos. El historiador romano Suetonio, en una lista de comentarios sobre diversos asuntos legislativos (entre considerar la venta de alimentos en las tabernas y hablar brevemente de la conducta de los aurigas) relata que en 64 d.n.e. «se infligieron castigos a los cristianos, que son una clase de hombres entregados a una superstición nueva y perversa». Pero lo único que en realidad nos dicen estas fuentes es que en el mundo romano existían unos cuantos cristianos -lo cual no está en duda- y que no se les concedía especial importancia. No nos dicen nada sobre Jesús mismo.

Suetonio relata también que entre 41 y 54 d.n.e. el emperador Claudio expulsó a los judíos de Roma, «porque los judíos, instigados por Cresto, causaban perturbaciones constantemente») Si bien Cresto era un nombre popular, suele interpretarse que es una corrupción de «Cristo». Con todo, aunque esto fuera cierto, Cristo es sencillamente la traducción griega de la palabra «Mesías», y en aquel tiempo había numerosos aspirantes a Mesías que incitaban a los judíos a rebelarse, por lo que no hay ninguna razón para suponer que toda alusión a Cristo se refiera necesariamente al Jesucristo de los evangelios. De todos modos, se cree que Jesús nunca visitó Roma. Asimismo, lo único que se nos dice en realidad es que Claudio tuvo que ocuparse de judíos conflictivos, lo cual era un hecho corriente en la historia de Roma.

El historiador romano Tácito nos da un poco más de información. Al escribir sobre el gran incendio que hubo en Roma en 64 d.n.e., afirma que se rumoreaba con insistencia que el emperador Nerón en persona había provocado el incendio. Nerón respondió a los rumores echando la culpa a los cristianos:

Nerón utilizó a los notoriamente depravados cristianos (así los llamaba el pueblo) como chivos expiatorios y los castigó con todos los refinamientos. Su fundador, Cristo, había sido ejecutado durante el reinado de Tiberio por el procurador de Judea, Poncio Pilato. Pero a pesar de este revés temporal, la mortífera superstición había rebrotado, no sólo en Judea (donde empezó el mal), sino incluso en Roma. Todas las costumbres degradadas y vergonzosas se reúnen y florecen en la capital.

Sin embargo, el testimonio de Tácito no es contemporáneo, sino que data de unos cincuenta años después de los hechos. Tácito era gobernador de Asia hacia 112 d.n.e. y, por tanto, debía de estar familiarizado con los «alborotadores» cristianos, como es obvio que lo estaba su amigo Plinio. La crónica de Tácito sería un testimonio independiente de la existencia de Jesús, en vez de limitarse a ser la repetición de lo que creían los cristianos, sólo si lo que sabía de la crucifixión de Cristo en tiempos de Poncio Pilato lo hubiera encontrado en las copiosas actas que levantaban los romanos de sus asuntos

judiciales. Pero parece que no fue así, porque Tácito llama a Pilato «procurador» de Judea cuando en realidad era un prefecto, así que es claro que Tácito no consulta los documentos de la época, sino que cita información de oídas que data de su propio tiempo.

Pese a la obsesión con los anales y las historias que se refleja en ellos, nuestro examen de los textos romanos pertinentes acaba en este punto. No obstante, podría argüirse que con el paso del tiempo se han perdido otros escritos romanos que bien pueden haber mencionado a Jesús. Pero sin duda la Iglesia romana hubiera conservado cuidadosamente tales textos una vez tuvo poder en el Imperio. No sólo eso, sino que cabe suponer sin temor a equivocarse que algunos primitivos cristianos cultos como, por ejemplo, Justino Mártir habrían citado estos textos en defensa del cristianismo literalista, pero no es así.

Sólo hay dos explicaciones verosímiles de por qué Jesús brilla por su ausencia en los textos romanos. O bien sencillamente no existió ningún Jesús histórico, o los romanos le concedían tan poca importancia que no les pareció que valiera la pena mencionarlo. Pasemos, pues, a ocuparnos de los historiadores judíos. Jesús sería para los judíos el Mesías que esperaban o un impostor blasfemo que soliviantaba a las masas. En ambos casos, alguien se referiría a él en alguna parte.

LOS HISTORIADORES JUDÍOS

Filón era un eminente autor judío de la misma época en que se supone que vivió Jesús. Escribió alrededor de cincuenta obras que han llegado hasta nosotros. Son obras de historia, filosofía y religión, y nos dicen mucho sobre Poncio Pilato; pese a ello, no mencionan para nada la llegada del Mesías Jesús.

Justo de Tiberíades, contemporáneo de Filón, era un judío que vivía cerca de Cafarnaum, donde, según solía decirse, se había alojado Jesús. Escribió una historia que empezaba con Moisés y llegaba hasta su propia época, pero tampoco él mencionaba a Jesús.

No obstante, todavía nos queda Josefo, contemporáneo más joven del apóstol Pablo. Escribió dos famosos libros de historia, *La guerra judía* y la monumental *Antigüedades judaicas*. Estas dos obras son nuestras fuentes más importantes de información sobre la historia del pueblo judío durante el primer siglo de la era cristiana. Y aquí por fin, como cabía esperar, nos parece que encontramos el testimonio que andamos buscando. Escribe Josefo:

Alrededor de aquel tiempo vivía Jesús, un hombre sabio, si en verdad se le podía llamar hombre. Porque era uno que llevaba a cabo proezas sorprendentes y era maestro de esa gente que ansía ver novedades. Se ganó a muchos de los judíos y a muchos de los griegos. Era el Mesías. Cuando

Pilato, a raíz de una acusación que formularon los hombres principales entre nosotros, le condenó a la cruz, los que le habían amado desde el principio siguieron apegados a él. Al tercer día se les apareció devuelto a la vida, porque los santos profetas habían predicho esto y miles de otras maravillas relacionadas con él y la tribu de los cristianos, llamados así por él, hasta el día de hoy no ha desaparecido.

Josefo también nos dice que cuando «el que hacía milagros» fue llevado ante Pilato, éste sacó la conclusión de que Jesús era «un benefactor y no un criminal o un agitador o alguien que quería ser rey». Josefo relata que como Jesús había curado milagrosamente una enfermedad de la esposa de Pilato, éste dejó que se marchara. Pero entonces los sacerdotes judíos sobornaron a Pilato para que les permitiese crucificar a Jesús «en contra de toda la tradición judía». En cuanto a la resurrección, dice que no es posible que el cadáver de Jesús lo robaran sus discípulos, como solía decirse para contrarrestar las afirmaciones de los cristianos en el sentido de que Jesús había resucitado milagrosamente, ¡toda vez que «se apostaron guardias alrededor de su tumba, treinta romanos y mil judíos»!

Durante cientos de años los historiadores cristianos aprovecharon estos pasajes de Josefo como pruebas concluyentes de que Jesús existió. Así fue hasta que los estudiosos empezaron a examinar el texto de forma un poco más crítica. Ningún estudioso serio cree ahora que estos pasajes los escribiera realmente Josefo. Se han identificado claramente como añadiduras muy posteriores. Están escritos en un estilo que no es el de Josefo, y si se eliminan del texto, el argumento original de Josefo sigue la secuencia apropiada. A principios del siglo III, Orígenes, a quien las actuales autoridades en la materia consideran uno de los estudiosos más concienzudos de la Iglesia antigua, nos dice que no hay ninguna mención de Jesús en la obra de Josefo y que éste no creía que Jesús fuese Cristo, toda vez que no creía en ninguna figura mesiánica judía.

Josefo, de hecho, era un judío prorromano. Sus compatriotas lo odiaban por colaboracionista, debido a lo cual huyó de Judea y vivió en Roma hasta su muerte. En Roma fue protegido por dos emperadores y un acaudalado aristócrata romano.

Josefo menciona varias figuras judías que aspiraban a ser el Mesías y hace comentarios muy poco halagadores sobre ellas. En la época en que escribió, la antigua creencia de los judíos de que su Dios les mandaría al Mesías para liberarlos de la opresión se había convertido en una obsesión. Pero Josefo tenía su propia interpretación de lo que denomina este «antiguo oráculo». No negaba que fuese una profecía divina, pero creía que sus compatriotas judíos la habían interpretado de forma totalmente errónea. Según Josefo, el gobernante del mundo que la profecía anunciaba había llegado en la persona del emperador romano Vespasiano, ¡que casualmente había sido proclamado emperador cuando se hallaba en Judea! ¡Es absolutamente inconcebible que Josefo, de forma totalmente súbita, pudiera romper con su estilo de escritura, con todas sus creencias filosóficas y con su característico pragmatismo político para escribir en tono reverencial sobre Jesús!

Los primitivos cristianos que, al igual que nosotros, buscaban testimonios históricos de la existencia de Jesús hubieran aprovechado cualquier cosa escrita por Josefo como prueba concluyente. Sin embargo, no lo mencionan en absoluto. No fue hasta comienzos del siglo IV cuando el obispo Eusebio, el propagandista de la Iglesia de Roma, presentó de pronto una versión de Josefo que contenía estos pasajes. A partir de entonces, Josefo se convirtió en el fundamento de la autenticidad histórica de Jesús.

Al no poder aportar pruebas históricas de la existencia de Jesús, los cristianos de épocas posteriores falsificaron la prueba que tanto necesitaban para apoyar su interpretación literalista de los evangelios. Era una costumbre común, como veríamos repetidamente.

EL TALMUD

Aunque no hay pruebas de la existencia del Jesús histórico en los escritos de los historiadores judíos, en el Talmud hay varios pasajes que a veces se sacan a relucir como testimonio de que existió Jesús el hombre. Es claro que son falsificaciones que hicieron personas que no eran cristianas. He aquí lo que dicen:

- «Nos ha sido enseñado: en la víspera de la Pascua colgaron a Yeshu [...] porque practicaba la brujería y llevaba a Israel por mal camino.»
- «Nuestros rabinos predicaban: Yeshu tenía cinco discípulos: Mattai, Nakkia, Netzer, Buni y Todah.»
- «Sucedió al rabino Elazar ben Damah, a quien mordió una serpiente, que Jacob, un hombre de Kefar Soma, fue a ayudarlo en nombre de Yeshu ben Pantera.»
- «Una vez iba yo caminando por la calle alta de Sepphoris, y encontré a uno de los discípulos de Yeshu el nazareno.»

«Yeshu» es una forma abreviada de «Yehoshua» o «Joshua», que en griego se convierte en «Jesús», así que tal vez estos pasajes se refieren al Jesús de los evangelios.

Con todo, descartando que sólo se mencionan cinco discípulos con nombres completamente irreconocibles, hay otras razones que hacen pensar que estos pasajes no son la prueba que buscamos.

Que se mencione a «Yeshu el nazareno» no es extraordinario. Los nazarenos eran una secta religiosa judía y la palabra «nazareno» no significa por fuerza «de Nazaret». Yeshu era un nombre sumamente común que podía referirse a mucha gente. Josefo menciona por lo menos diez Jesuses, aunque

es revelador que algunas traducciones de Josefo sólo traduzcan los pasajes que quieren que el lector identifique con Jesucristo, y con tal fin utilicen la versión griega del nombre que todos reconocemos, ¡al tiempo que dejan los nombres de todos los otros Jesuses en hebreo, es decir, sin traducir!

Como reconoció el descubridor de estos pasajes del Talmud, aunque se refieran a Jesús y no a algún otro Yeshu, no pueden tomarse como prueba de la existencia de Jesús, porque se escribieron muy tarde. Aunque se basa en escritos más antiguos, el Talmud no se escribió hasta 200 d.n.e. y no sabemos si estos pasajes eran antiguos. De todos modos, los rabinos son tan imprecisos en su cronología ¡que hay diferencias de hasta doscientos años en las fechas que asignan a la figura que pudo o no pudo ser Jesús!

No parece que aquí haya nada importante. ¿En qué otra parte podemos mirar? Curiosamente, ¡eso es todo! Hemos examinado todas las posibles pruebas históricas de la existencia de Jesús. Por extraordinario que parezca, sencillamente no hay nada más. Lo único que nos queda son testimonios cristianos. ¿Podemos considerarlos documentos históricos?

¿LA VERDAD DEL EVANGELIO?

En realidad había cientos de evangelios cristianos diferentes, no sólo los cuatro que aparecen en el Nuevo Testamento. Pero como nadie afirma con seriedad que los evangelios apócrifos y gnósticos sean algo más que mitología, aquí sólo necesitaremos ocuparnos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Tradicionalmente se dice que estos libros son las crónicas de testigos presenciales de la vida de Jesús y que las escribieron discípulos suyos. El hecho de que sean cuatro da más peso a la afirmación de que en verdad dejan constancia de acontecimientos históricos. Sin embargo, lo cierto es que a menudo estos evangelios no coinciden al hablar de lo que sucedió.

La contradicción más sorprendente se da entre las genealogías que se presentan en el Evangelio de Mateo y en el de Lucas. Ambos autores se extreman en demostrar que Jesús desciende del linaje de David, condición que las creencias judías exigían que cumpliera el Mesías prometido. Ambos autores consideran que Jesús fue engendrado por José. Hasta aquí, santo y bueno. Pero ¿fue José engendrado por Jacob, como afirma Mateo, o por Elí, como dice Lucas? A partir de una sola generación anterior los linajes familiares de los dos evangelios son totalmente distintos uno del otro. ¡Y a partir de allí no se parecen en absoluto! Véalo usted mismo:

EVANGELIO DE MATEO	EVANGELIO DE LUCAS
Jesús	Jesús
José	José
Jacob	Elí
Matán	Matat

Eleazar	Leví
Eliud	Melqui
Aquim	Jana
Sadok	José
Azor	Matatías
Eliaquim	Amós
Abiud	Nahum
Zorobabel	Esli
Salatíel	Nagai
Jeconías	Maat
Josías	Matatías
Amón	Semei
Manasés	José
Ezequías	Judá
Acaz	Joana
Joram	Resa
Ocías	Zorobabel
Joram	Salatíel
Josafat	Neri
Asá	Melqui
Abías	Ad
Roboam	Cosam
Salomón	Elmodam
David	Er
	Josué
	Eliezer
	Jorim
	Matat
	Leví
	Simeón
	Judá
	José
	Jonán
	Eliaquim
	Melea
	Mainán
	Matata
	Natán
	David

Lucas continúa su genealogía más allá de David hasta que llega a los patriarcas y luego a Adán, y finalmente al mismísimo Dios. Pero todo esto parece un poco innecesario, ya que ambos evangelistas también se esfuerzan en dejar claro que ¡José no es el padre de Jesús en absoluto! María, la madre de Jesús, es virgen y Dios es el padre directamente y no por mediación del linaje de setenta y siete hombres cuya lista nos da Lucas. Mateo nos dice claramente: «Lo engendrado en ella es del Espíritu Santo [...] Todo esto sucedió para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del Profeta: Ved

que la virgen concebirá y dará a luz un hijo». Sin duda es una contradicción demasiado grande para que sencillamente pasara inadvertida por los autores de los evangelios de Mateo y Lucas.

Marcos, por otra parte, no menciona Belén, ni el nacimiento virginal, ni dice que Jesús desciende de David. ¿Por qué omite estos hechos tan pertinentes? ¡Aquí hay gato encerrado!

En los evangelios abundan las contradicciones de esta clase. Lucas nos ofrece un detalle histórico que parece convincente cuando dice que Jesús nació en tiempos del censo de Cirenio. Esto tuvo lugar en 6 d.n.e. Pero Mateo nos dice que Jesús nació durante el reinado de Herodes, que murió en 4 a.n.e. Lucas incluso se contradice a sí mismo y afirma que Juan y Jesús fueron concebidos milagrosamente con seis meses de diferencia durante el reinado de Herodes, pero sigue presentando a María embarazada en tiempos del censo de 6 d.n.e., con lo cual crea uno de los milagros que raramente se mencionan en el Nuevo Testamento: ¡un embarazo de diez años!

Juan sitúa la purificación del templo en el comienzo de su narración; Mateo, al final. Según Marcos, Jesús enseñaba solamente en la región de Galilea y no en Judea, y sólo recorrió los no kilómetros y pico hasta Jerusalén una vez, al final de su vida. Pero Lucas dice que Jesús enseña tanto en Galilea como en Judea. El Jesús de Juan, en cambio, predica principalmente en Jerusalén y sólo hace visitas esporádicas a Galilea.

Es asombroso que, dado que el cristianismo literalista se edificó sobre la autenticidad histórica de la muerte y la resurrección de Jesús, ni siquiera los acontecimientos que rodean su crucifixión se reflejen de manera uniforme en los evangelios. Según Mateo y Marcos, Jesús fue tanto juzgado como sentenciado por los sacerdotes judíos del sanedrín. Lucas dice que Jesús fue juzgado por el sanedrín, pero no sentenciado por él. Pese a ello, según Juan, Jesús no comparece ante el sanedrín en absoluto. Y Jesús muere luego crucificado. ¿O, como dice Pablo, es «colgado en un madero»? ¿O, como dice Pedro en los Hechos de los Apóstoles, lo colgaron «de un árbol»?

Existe la misma confusión en torno a la muerte de quien traicionó a Jesús, Judas Iscariote. En Mateo, Judas «fue y se ahorcó». Pero en los Hechos de los Apóstoles se nos dice que murió a causa de una caída accidental después de traicionar a Jesús. Los evangelistas, que, según se espera que creamos, eran discípulos allegados de Jesús, ¿ni siquiera recuerdan correctamente las últimas palabras de su maestro! Según Mateo y Marcos, las palabras de despedida de Jesús son una cita del salmo 22: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Pero en Lucas, Jesús cita el salmo 31: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu». Para aquellos a quienes no les guste ninguna de las dos citas siempre les queda la crónica de Juan, en la cual Jesús dice sencillamente: «Tengo sed», y luego: «Todo está cumplido».

Según Marcos, cuando José de Arimatea va a ver a Pilato y le pide el cuerpo de Jesús para enterrarlo, el gobernador se lleva una sorpresa al saber que Jesús ya ha muerto. Y Sin embargo, cabe preguntarse por qué se sorprende,

puesto que Juan nos dice que Pilato en persona ya había acordado acelerar la muerte de Jesús quebrándole las piernas y asestándole una lanzada.

Según Mateo; Jesús había predicho: «Porque de la misma manera que Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así también el Hijo del hombre estará en el seno de la tierra tres días y tres noches». Por desgracia, parece que sus cálculos eran incorrectos, porque, según los evangelios, Jesús murió el viernes y resucitó el domingo siguiente, lo cual significa que pasó sólo dos noches «en el corazón de la tierra».

El Evangelio de Marcos dice que cuando algunas de las discípulas de Jesús encontraron su sepulcro vacío, vieron sólo «a un joven sentado en el lado derecho, vestido con una túnica blanca». Pero Lucas relata que «se presentaron ante ellas dos hombres con vestidos resplandecientes». Mateo pinta un cuadro mucho más dramático y afirma: «De pronto se produjo un gran terremoto, pues el ángel del Señor bajó del cielo y, acercándose, hizo rodar la piedra y se sentó encima de ella. Su aspecto era como el relámpago y su vestido blanco como la nieve».

En Marcos y Mateo, el Jesús resucitado se aparece a sus otros discípulos en Galilea, adonde les ha mandado específicamente un decreto divino. Pese a ello, este fantástico acontecimiento sobrenatural no parece haber causado una impresión muy clara en los otros discípulos, toda vez que, según Lucas y el autor de los Hechos de los Apóstoles, el Jesús resucitado se aparece en Jerusalén y sus alrededores. A decir verdad, según los Hechos, no sólo no recibieron ninguna orden divina de ir a Galilea, sino que se les prohibió expresamente salir de Jerusalén.

Ni siquiera el propio Jesús se libra de contradecirse. En Marcos explica caritativamente: «Pues el que no está contra nosotros, está por nosotros». Pero en Mateo se muestra más dogmático y advierte: «El que no está conmigo, está contra mí». Jesús es profundamente contradictorio incluso en el mismo Evangelio. Según Mateo, Pedro pregunta a su maestro: «Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces?». Jesús contesta con sus hermosas enseñanzas de perdón total: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete». Con todo, no está claro por qué necesitaba Pedro hacer aquella pregunta, ya que sólo un párrafo antes en el mismo Evangelio, Jesús ya había dado un consejo mucho menos indulgente y más pragmático:

Si tu hermano llega a pecar, vete y repréndele, a solas tú con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Si no te escucha, toma todavía contigo uno o dos, para que todo asunto quede zanjado por la palabra de dos o tres testigos. Si les desoye a ellos, díselo a la comunidad. Y si hasta a la comunidad desoye, sea para ti como el gentil y el publicano.

Así pues, ¿cuál de las dos cosas enseñó el maestro? ¿Que debemos perdonar setenta y siete veces? ¿O sólo tres veces?

Si los evangelios son un documento histórico de las enseñanzas de Jesús,

entonces podemos, como mínimo, sacar la conclusión de que Jesús no es el Hijo de Dios. O eso o que el Hijo de Dios es tan falible como cualquier mortal. Porque en varias ocasiones predice que el apocalipsis será presenciado por los que todavía estén vivos cuando llegue. Leemos en Lucas:

Pues de verdad os digo que hay algunos, entre los aquí presentes, que no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios. Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas; y en la tierra, angustia de las gentes, perplejas por el estruendo del mar y de las olas, muriéndose los hombres de terror y de ansiedad por las cosas que vendrán sobre el mundo; porque las fuerzas de los cielos serán sacudidas. Y entonces verán venir al Hijo del Hombre en una nube con gran poder y gloria. Cuando empiecen a suceder estas cosas, cobrad ánimo y levantad la cabeza porque se acerca vuestra liberación. Así también vosotros, cuando veáis que sucede esto, sabed que el Reino de Dios está cerca. Yo os aseguro que no pasará esta generación hasta que todo esto suceda.

Asimismo, en Mateo afirma Jesús:

Yo os aseguro que entre los aquí presentes hay algunos que no gustarán la muerte hasta que vean al Hijo del Hombre venir en su reino. Yo os aseguro que no pasará esta generación hasta que todo esto suceda.

No obstante, dos mil años después, cuando todos sus discípulos están más que muertos y enterrados, ninguna de estas cosas ha acontecido y Jesús no ha vuelto.

El momento más revelador de los evangelios, sin embargo, es cuando Marcos presenta a Jesús citando el Antiguo Testamento en sus argumentos contra los fariseos. Nada extraño hay en ello, excepto que Jesús cita la versión griega mal traducida del Antiguo Testamento, que se ajusta exactamente a su propósito, en vez de citar el texto hebreo original, que dice algo muy diferente y que no le sirve para su argumento. Que Jesús el judío cite una mala traducción griega de la Sagrada Escritura judía para impresionar a fariseos judíos ortodoxos es sencillamente impensable. Pero sí tiene sentido si todo el incidente lo inventó uno de los muchos cientos de miles de judíos que hablaban griego en lugar de su lengua materna y que no podían leer las Escrituras a menos que estuvieran traducidas, con lo cual atribuían a Jesús sus propios errores de comprensión.

EL ESTUDIO DEL NUEVO TESTAMENTO

De todo esto se desprende una sola cosa que es sin duda indiscutible: los evangelios no son la palabra de Dios, como sostienen algunos cristianos. Porque si lo son, Dios está sumamente confundido. Como, por su propia naturaleza, es poco probable que Dios esté confundido, parece razonable

sacar la conclusión de que nos encontramos ante las palabras de hombres falibles. Así pues, ¿podemos confiar en que los evangelios nos digan algo sobre un Jesús histórico? ¿Qué pueden aclarar los estudios en lo que se refiere a Mateo, Marcos, Lucas y Juan?

Pues, ante todo, al principio los evangelios ni siquiera se titulaban así. No se atribuían a ningún autor en particular y cada uno de ellos se consideraba «el evangelio» de determinada secta cristiana. Hasta más adelante no adquirieron los nombres de sus supuestos autores. Los evangelios son en realidad obras anónimas en las cuales todo, sin excepción, se escribe con letras mayúsculas, sin epígrafes, sin divisiones en capítulos o versículos y prácticamente sin puntuación ni espacios entre las palabras. Ni tan siquiera se escribieron en el arameo que hablaban los judíos, sino en griego.

Asimismo, a lo largo del tiempo los evangelios han sido objeto de añadiduras y alteraciones. El crítico pagano Celso se queja de que los cristianos «alteraron el texto original de los evangelios tres o cuatro veces, o incluso más, con la intención de destruir así los argumentos de sus críticos». Los estudiosos actuales han comprobado que tenía razón. El estudio minucioso de más de tres mil manuscritos antiguos ha mostrado que los escribas hicieron muchos cambios. El filósofo cristiano Orígenes, que escribió en el siglo III, reconoce que se enmendaron e interpolaron manuscritos para adaptarlos a las necesidades de los cambios del clima teológico:

Hoy resulta obvio que existe mucha diversidad entre los manuscritos, lo cual es debido a la falta de cuidado de los escribas o a la audacia perversa de algunas personas que corrigieron los textos, o, también, al hecho de que hay quienes añaden o suprimen como les place y se erigen en correctores.

Para dar una idea de la enormidad del problema, un estudioso seleccionó al azar un pasaje de los evangelios (en este caso, Marcos, 10-11) y comprobó cuántas diferencias había entre varios manuscritos antiguos. Descubrió «no menos de cuarenta y ocho diferencias; a veces hay sólo dos, a menudo hay tres o más, y en un caso hay seis».

Los estudiosos también saben que secciones enteras de los evangelios se añadieron más tarde. Por ejemplo, al principio, el Evangelio de Marcos no iba más allá del capítulo 16, versículo 8: el temor de las mujeres al descubrir que el sepulcro está vacío. El llamado «final largo», en el cual el Jesús resucitado se aparece a sus discípulos, no se encuentra en ninguno de los primeros manuscritos, pero ahora forma parte de casi todas las versiones del Nuevo Testamento.

A pesar de todas estas alteraciones y enmiendas, los evangelios siguen siendo contradictorios y discordantes, como hemos visto. Durante siglos, la Iglesia católica impidió que nadie salvo los sacerdotes leyera el Nuevo Testamento por cuenta propia, de modo que pocas personas tenían la oportunidad de descubrir hasta qué punto son confusos los evangelios. Todo esto cambió con la Reforma protestante.

Ansiosos de distanciarse de Roma, los estudiosos protestantes alemanes empezaron a examinar los evangelios en busca del Jesús real. Incluso en el presente la mayoría de estos estudiosos son cristianos, ya que a las personas que no hayan sido bautizadas les está vedado cursar la carrera de teología en una universidad alemana. Pero pese a ello, en vez de dar al cristianismo un firme fundamento histórico, como se esperaba, el resultado de tres siglos de estudio intenso por parte de los eruditos protestantes ha sido debilitar por completo la figura literal de Jesús.

Basándose en investigaciones detalladas, sacaron la conclusión de que el Evangelio de Juan se escribió tan tarde que no podía ser la crónica de un testigo presencial. En los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, Jesús enseña por medio de parábolas concisas. Pero el de Juan contiene parlamentos largos, al parecer textuales, en griego hablado con soltura, cuyas palabras no podían pertenecer al hijo de un carpintero judío. Juan también describe incidentes muy distintos de los que se narran en los demás evangelios.

El filólogo berlinés Karl Lachmann y otros eruditos eminentes también revelaron que, a pesar de sus diferencias, los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas tenían muchas cosas en común. Estas semejanzas se deben a que los de Mateo y Lucas son en realidad refundiciones del de Marcos, que es el evangelio más sencillo y más antiguo. Si el de Juan se escribió demasiado tarde y los de Mateo y Lucas se basan en el de Marcos, nos queda sólo el Evangelio de este último como posible crónica de un testigo presencial de la vida de Jesús.

Los estudiosos creen que el Evangelio de Marcos se escribió entre 70 d.n.e. y comienzos el siglo II. Si aceptamos la fecha más antigua, es posible que Marcos hubiera sido un testigo presencial. Con todo, es sorprendente que Marcos no afirme haber conocido a Jesús. Por esta misma razón muchos miembros de la primitiva Iglesia ponían objeciones a que se tratara este evangelio como canónico. Se afirma que, en el mejor de los casos, Marcos fue una especie de secretario o intérprete de Pedro. No obstante, incluso esto es imposible, ya que en el Evangelio de Marcos se advierte una «lamentable ignorancia de la geografía de Palestina», como afirma un estudioso de hoy;

En el capítulo séptimo, por ejemplo, se dice que Jesús pasa por Sidón durante su viaje de Tiro al mar de Galilea. No sólo está Sidón en la dirección contraria, sino que, de hecho, en el siglo I d.n.e. no había ningún camino que fuese de Sidón al mar de Galilea, sólo uno que salía de Tiro. De modo parecido, en el capítulo quinto se dice que la orilla oriental del mar de Galilea es el país de los geraseneo, pero Gerasa, la actual Yaras, está a unos 50 kilómetros al sureste, demasiado lejos para un relato cuyo marco requiere una ciudad cercana con una pendiente pronunciada que llegue hasta el mar. Aparte de la geografía, Marcos pone en boca de Jesús: «Y si ella repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio» (Marcos, 10, 12), precepto que no hubiera tenido sentido en el mundo judío, donde las mujeres no tenían derecho a repudiar al esposo.

A finales del siglo XIX, Wilhelm Wrede, profesor de Estudios del Nuevo

Testamento en la Universidad de Breslau, arguyó que incluso el Evangelio de Marcos, el más antiguo y más primitivo, mostraba más interés por el dogma teológico que por la exactitud histórica. En 1919 otro erudito alemán, Karl Ludwig Schmidt, publicó un minucioso estudio de la creación del Evangelio de Marcos. Pudo demostrar que el autor había creado su evangelio juntando relatos más cortos. La historia de Jesús se había construido a partir de fragmentos que ya existían. La forma en que Mateo y Lucas habían añadido a Marcos la historia de la Natividad y las genealogías demostraba cómo la historia de Jesús había evolucionado a lo largo del tiempo. Los estudiosos ya no podían dar por sentado que estas narraciones eran crónicas basadas en hechos. La consecuencia de esto fue poner fin a toda esperanza de encontrar un Jesús histórico en los evangelios.

Con frecuencia cada vez mayor, los teólogos alemanes afirmaban que los Evangelios de Marcos, Mateo y Lucas databan de bien entrado el siglo II d.n.e. Rudolf Bultmann (1884-1976), profesor de Estudios del Nuevo Testamento en la Universidad de Marburgo, dedicó su vida a estudiar los evangelios y fue una de las autoridades más grandes en materia del Nuevo Testamento. Fue el primero en aplicar el influyente método de análisis de los evangelios llamado «crítica de la forma». Su conclusión final fue la siguiente:

Pienso en verdad que ahora no podemos saber casi nada sobre la vida y la personalidad de Jesús, porque las primitivas fuentes cristianas no muestran ningún interés en ninguna de las dos cosas y, además, son fragmentarias y con frecuencia legendarias.

¿LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES?

Si los evangelios no pueden ayudarnos a encontrar al Jesús histórico, ¿qué hay del resto del Nuevo Testamento? Por asombroso que resulte, los Hechos de los Apóstoles, las epístolas de Pablo, Santiago, Pedro, Juan y Judas, y el Apocalipsis de Juan no se ocupan en absoluto del Jesús histórico, pero sí de los apóstoles. Si podemos confirmar la existencia de éstos, quizá podamos, de modo implícito, probar la de Jesús.

Los evangelios nos dicen pocas cosas de la mayoría de los doce apóstoles. Pese a ello, incluso en este caso hay discrepancias serias. En los Evangelios de Marcos, Mateo y Lucas, los discípulos Pedro, Santiago y Juan son los seguidores más allegados de Jesús. En el Evangelio de Juan, sin embargo, Pedro desempeña un papel de poca importancia, y a Santiago y a Juan ni siquiera se les menciona. El Evangelio de Juan, en cambio, nos presenta a los apóstoles Natanael y Nicodemo, que no aparecen en ninguna parte de los otros evangelios. Además, la lista de los nombres de los discípulos se introduce muy torpemente en el texto de Marcos y Mateo, lo que ha inducido a los estudiosos a pensar que al principio lo que tenía importancia era el número de discípulos y que en los nombres se pensó más tarde. El Evangelio de Juan ni siquiera da

los nombres. En el capítulo 6 se dice que los discípulos eran «muchos», y unos cuantos versículos después Jesús, de forma súbita e inexplicable, se dirige a «los doce».

La historia tradicional de la Iglesia cuenta que después de la resurrección los doce apóstoles desempeñaron un papel decisivo en la instauración de la Iglesia. Lo que hicieron consta en los Hechos de los Apóstoles. Pese a ello, aunque el autor de los Hechos concede la mayor importancia a los doce, de nueve de ellos nada nos dice salvo sus nombres. De los doce apóstoles, Hechos sólo se ocupa de Pedro. Pero incluso a Pedro no se le menciona después del capítulo 15, Y sólo se nos habla de Pablo, que no era uno de los doce y de quien nadie ha pensado nunca que conociera personalmente a Jesús.

El libro de los Hechos no inspira confianza como crónica de los acontecimientos. Como reconoce un traductor cristiano del Nuevo Testamento, se parece más a una «novela barata». Está lleno de pequeñas aventuras de fantasía. Por ejemplo, habla de un cristiano llamado Ananías que vende una propiedad, ofrece sólo una parte del producto de la venta a los apóstoles y se embolsa el resto. Cuando Pedro le echa en cara su mala acción, ¡Ananías se cae y se muere! Pedro no parece muy disgustado por lo sucedido y tres horas después ¡hace exactamente lo mismo con la esposa del pobre hombre! Al decide: «Mira, aquí a la puerta están los pies de los que han enterrado a tu marido; ellos te llevarán a ti. Al instante ella cayó a sus pies y expiró». No es extraño leer a continuación: « Un gran temor se apoderó de toda la Iglesia y de todos cuantos oyeron esto».

Puede que Pedro tenga la facultad de hacer que los que especulan con propiedades caigan muertos al instante, pero eso no es nada. Según el libro de los Hechos, ¡Felipe puede «teleportarse» de un lugar a otro! Aparece de repente en un sitio, bautiza a un eunuco y, al salir del agua, es arrebatado por el Espíritu del Señor y a los pocos instantes reaparece en la lejana Azoto. Asimismo, Hechos contiene exageraciones descabelladas. Afirma que Pablo predicó durante dos años «de forma que pudieron oír la Palabra del Señor todos los habitantes de Asia, tanto judíos como griegos». ¡Sin duda esto es imposible, incluso para un santo! Y luego está el extraño caso de «Pedro y el mantel gigantesco»:

Subió Pedro al terrado, sobre la hora sexta, para hacer oración. Sintió hambre y quiso comer. Mientras se lo preparaban le sobrevino un éxtasis, y vio los cielos abiertos y que bajaba hacia la tierra una cosa así como un gran lienzo, atado por las cuatro puntas. Dentro de él había toda suerte de cuadrúpedos, reptiles de la tierra y aves del cielo. Y una voz le dijo: «Levántate, Pedro, sacrifica y come».

Al parecer, podemos dar por sentado, sin riesgo de equivocarnos, que no nos encontramos ante crónicas de hechos reales. Asimismo, es claro que el libro de los Hechos no lo escribió un solo autor, como se pretende. En el capítulo 16, la narración pasa súbitamente de la tercera a la primera persona, lo cual continúa sucediendo de forma esporádica hasta el final del libro. Así

que, al igual que los evangelios, los Hechos de los Apóstoles son un «refrito».

Esto explica por qué incluso contiene contradicciones internas. Por ejemplo, en el capítulo 9 se nos dice que cuando Pablo recibió su visión de luz y oyó una voz divina en el camino de Damasco, sus compañeros oyeron la voz «pero no veían a nadie». Pese a ello, en el capítulo 21 Pablo, refiriéndose a la misma experiencia, dice: «Los que estaban conmigo vieron la luz, pero no oyeron la voz del que me hablaba».

Los Hechos también contradicen el testimonio de Pablo en su Epístola a los Gálatas. Según los Hechos, después de tener la visión en el camino de Damasco, Ananías recibe la orden de buscar en dicha ciudad a Pablo y devolverle la vista. Luego éste se traslada a Jerusalén, donde Bernabé le presenta a los apóstoles. En el templo de Jerusalén, experimenta una segunda visión de Jesús y recibe la vocación de predicar a los gentiles. No obstante, esto es muy diferente de la crónica del propio Pablo, en la cual no menciona a Ananías y afirma que fue a Arabia y que no tuvo nada que ver con los cristianos de Jerusalén durante los tres años que siguieron a la experiencia que originó su conversión. Declara con énfasis: «Y en lo que os escribo, Dios me es testigo de que no miento». ¿Quién miente, pues?

Al igual que el Evangelio de Marcos, el libro de los Hechos de los Apóstoles también se equivoca al citar el Antiguo Testamento hebreo. Para presentar a Pedro exponiendo sus argumentos a los judíos de Jerusalén, utiliza un pasaje mal traducido de la versión griega del Antiguo Testamento que en el hebreo original tiene un significado totalmente distinto. Hechos también presenta a Santiago apelando a los judíos de Jerusalén, para lo cual cita un pasaje del Antiguo Testamento en griego que tergiversa el original hebreo. ¡Seguro que los judíos de Jerusalén no quedaron muy convencidos! Basándose únicamente en este testimonio, los eruditos han sacado la conclusión de que Hechos no puede tomarse como un documento histórico de la Iglesia de Jerusalén.

Así lo confirman también los testimonios relativos a cuándo se escribió el libro de los Hechos. Ireneo y Tertuliano, que vivieron en las postrimerías del siglo II, lo consideraban parte de las Sagradas Escrituras. Pero Justino Mártir, que vivió una generación antes, no muestra ninguna señal de saberlo. No hay citas de Hechos anteriores a 177 d.n.e., así que es indudable que no se trata de una crónica de la época, como afirma, y que probablemente se escribió entre 150 y 177 d.n.e. En realidad, entre los primitivos cristianos circulaba un gran número de escrituras diferentes que contaban los hechos de los discípulos, pero nadie considera que los relatos *no* canónicos de los apóstoles sean documentos históricos. ¿Por qué íbamos a tratar con menos escepticismo la versión canónica de los Hechos de los Apóstoles? ¿Sólo porque las autoridades de la Iglesia romana decidieron incluirla en el Nuevo Testamento? Las Escrituras que narran las hazañas místicas de Juan, Pedro, Pablo, Andrés y Tomás fueron prohibidas y arrojadas a la hoguera en el siglo V por orden del papa León el Grande, que las tachó de peligrosas mentiras heréticas. La versión canónica de los Hechos de los Apóstoles se salvó de correr la misma suerte sencillamente porque, a diferencia de estos otros evangelios, apoyaba la «línea de partido» de la Iglesia romana.

EL TESTIMONIO MÁS ANTIGUO

Dejemos ya el libro de los Hechos de los Apóstoles. ¿Y las epístolas del Nuevo Testamento que se atribuyen a los apóstoles Pedro, Santiago y Juan? ¿Pueden ayudarnos? Por desgracia, los estudiosos actuales han demostrado que estas epístolas son falsas y que se escribieron mucho más tarde para combatir las ideas heréticas en el seno de la primitiva Iglesia. Ni siquiera son falsificaciones muy buenas. Como escribe un traductor sobre la Segunda Epístola de San Pedro: «Utiliza el pretérito al hablar de los apóstoles, refiriéndose a ellos como si estuvieran muertos y enterrados». Es claro, por tanto, que esta epístola no la escribió Pedro, sino que se usa su nombre para demostrar que el apóstol está de acuerdo con su mensaje contra la herejía. Mucha gente pensaba que estas epístolas eran falsas y transcurrió mucho tiempo antes de que entrasen a formar parte del canon del Nuevo Testamento.

¿Y las epístolas de Pablo? He aquí, por fin, alguien cuya condición de personaje histórico nadie discute. Pero los estudiosos creen que sus últimas epístolas, las llamadas «pastorales», son falsificaciones que contradicen las anteriores. Al igual que las epístolas atribuidas a los demás discípulos, las pastorales se escribieron en el siglo II d.n.e. para combatir las divisiones internas en la Iglesia. Pero la opinión generalizada es que algunas de las epístolas anteriores, si bien adolecían de supresiones, añadiduras y eran el consabido «refrito», las escribió Pablo. Éste escribió sus epístolas antes de 70 d.n.e., por lo que son anteriores a todos los evangelios. Son los documentos cristianos más antiguos que existen y algunas son prácticamente auténticas. ¡Por fin tenemos algo sustancial!

Llama muchísimo la atención, con todo, que Pablo no diga nada en absoluto sobre el Jesús histórico. Se ocupa sólo del Cristo crucificado y resucitado, cuya importancia es exclusivamente mística. Pablo deja claro que nunca conoció a un Jesús histórico. Refiriéndose al evangelio, escribe: «Pues yo no lo recibí ni aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo». Pablo tampoco habla de Jerusalén ni de Pilato. De hecho, como examinaremos con mayor detalle más adelante, declara que la crucifixión de Jesús fue instigada por los «arcontes» o «príncipes de este mundo»: ¡poderes demoníacos de los cuales hablan los gnósticos! De hecho, Pablo no vincula a Jesús con ningún período ni lugar históricos, ni siquiera con el pasado reciente. El Cristo de Pablo, al igual que el Osiris-Dioniso de los paganos, es una figura mítica intemporal.

Pablo no dice nada de Nazaret y nunca llama nazareno a Jesús. Aunque presenta el cristianismo como secta que administra el bautismo, nunca menciona a Juan Bautista. Nada nos dice que Jesús comiera y bebiera con publicanos y pecadores, ni tampoco habla del sermón de la montaña, las parábolas, las discusiones con los fariseos o los choques con las autoridades romanas. Pablo ni siquiera conoce el Padrenuestro, que, según los evangelios,

Jesús enseñó a los discípulos diciéndoles: «Vosotros, pues, orad así», porque Pablo dice: «Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene».

Si Pablo era realmente uno de los seguidores de un mesías fallecido poco antes, es asombroso que no juzgara necesario visitar a los apóstoles que conocieron a Jesús personalmente antes de emprender su propia misión de enseñanza. Sin embargo, dice que no recibe su autoridad de nadie. También sería razonable esperar que, si Jesús fue una figura histórica y no un Cristo mitológico, Pablo citara con regularidad las enseñanzas de su maestro y el ejemplo de su vida. De hecho, nunca menciona la vida de Jesús, a quien sólo cita una vez, y cuando lo cita, se trata de la universal fórmula mística de la eucaristía: «Éste es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío. Esta copa es la nueva alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en recuerdo mío». Al citar este pasaje, Pablo nos dice que Jesús pronunció estas palabras «la noche en que fue traicionado» o, en algunas traducciones, «en la noche de su arresto». Ambas traducciones, sin embargo, adornan el griego original para dar idea de autenticidad histórica. El original afirma en realidad que Jesús pronunció estas palabras en la noche en que fue «entregado», palabra que recuerda la que se utilizaba para referirse al *pharmakos* de los sacrificios griegos, que también muere para expiar los «pecados del mundo».

Pablo imparte sus enseñanzas éticas en nombre propio, sin mencionar a Jesús. Cuando desea reforzadas echa mano del Antiguo Testamento, incluso en los casos en que citar a Jesús le hubiera servido lo mismo, o incluso mejor. Proclama que la muerte de Cristo pone fin a la ley judía, pero no cita a Jesús cuando afirma que ha venido a hacer exactamente eso. No respalda su llamada al celibato con las palabras de alabanza que Jesús dedica a los que renuncian al matrimonio por el reino de los cielos. Al argüir que, en el momento de la resurrección, la carne y la sangre de una persona serán transformadas, no cita las enseñanzas de Jesús según las cuales «cuando resuciten de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, sino que serán como los ángeles en los cielos». ¿Hemos de creer que, de haber conocido las palabras del maestro, no hubiera hecho absolutamente ninguna referencia a ellas?

Aunque Pablo no habla de un Jesús histórico, sí menciona a un tal Juan y a un tal Santiago, y se suele suponer que son dos de los discípulos que aparecen en los evangelios. Pablo no nos dice nada sobre Juan, pero llama a Santiago «el hermano del Señor», lo cual se aprovecha a veces para probar que Pablo reconocía a un Cristo histórico, porque había conocido a su hermano. Sin embargo, los cristianos acostumbraban a llamarse «hermano» los unos a los otros. Tanto en el Evangelio de Mateo como en el de Juan, Jesús emplea las palabras «mis hermanos» para referirse a sus seguidores, sin dar a entender que exista parentesco de sangre entre ellos, y en el evangelio gnóstico Apocalipsis de Santiago leemos que se decía que Santiago «era el hermano del Señor sólo en un sentido puramente espiritual».

Pablo también habla de un tal Cefas. La interpretación tradicional es que se refiere al apóstol Pedro. Originalmente Pedro se llamaba Simón, pero en circunstancias diferentes en cada evangelio, Jesús le daba el nombre de

«Piedra». «Piedra» es «Cephas» en arameo y «Pedro» en griego. ¿Son Cefas y Pedro la misma persona? Pablo también menciona a un tal Pedro una vez en sus epístolas, pero no dice que este Pedro y Cefas sean la misma persona. Una antigua escritura cristiana titulada *Las cartas de los apóstoles* empieza con una lista de once apóstoles, de los cuales el tercero se llama Pedro y el último, Cefas; así que no cabe duda de que existía una tradición cristiana en la cual Cefas y Pedro no eran idénticos. La tendencia moderna a dar por sentado que se trataba por fuerza de la misma persona es errónea.

Aunque se interprete que Cefas es otro nombre de Pedro, ¿es el Pedro que supuestamente conocía a Jesús? Es fácil suponer que sí, porque estamos todos muy familiarizados con las historias de los evangelios. Sin embargo, no hay nada en las epístolas de Pablo que induzca a pensar que el Cefas con el que se encuentra en Jerusalén y Antioquía sea el Pedro de los evangelios que conocía personalmente a Jesús. De hecho, ocurre todo lo contrario. Desde luego, la relación de Pablo con el Cefas de sus epístolas no invita a pensar que Cefas era el brazo derecho de un mesías histórico. Pablo es sumamente hostil a Cefas y emplea palabras fuertes para expresar su oposición a él: «Mas, cuando vino Cefas a Antioquía, me enfrenté con él cara a cara, porque era digno de reprensión». Se opone a Cefas porque éste cumple con la ley judía y se niega a comer con los cristianos gentiles. Con todo, Pablo no saca a colación el hecho de que, si Cefas es el Pedro de los evangelios, debía saber que Jesús comía y bebía con pecadores y prostitutas, y se defendía de las críticas que recibía por infringir las leyes judías. Pablo llama a Cefas hipócrita. Pero si se trata del Pedro de los evangelios, ¿por qué Pablo no le echa en cara el haberse dormido en el jardín de Getsemaní, el haber negado al Señor tres veces con maldiciones y el hecho de que el propio Jesús lo hubiese comparado con Satanás?

En el Evangelio de Pablo hay sólo un breve pasaje que podría justificar la creencia de que el Cefas de sus epístolas es el Pedro de los evangelios. Pablo se refiere al Jesús resucitado y dice: «Que se apareció a Cefas y luego a los Doce; después se apareció a centenares de fieles a la vez». Esto es curioso, porque, según los evangelios, para entonces Judas Iscariote ya había muerto, de modo que Jesús sólo podía aparecerse a once discípulos. Y ningún evangelio dice que Jesús se le aparezca a «centenares de fieles». Una vez más hemos de reconocer que no sabemos qué creer.

Este pasaje bien podría ser una añadidura posterior a la Epístola de Pablo. Pero aun en el caso de que no lo sea, lo único que en realidad nos dice es que un tal Cefas, junto con centenares de otras personas, tuvo la experiencia mística de ver al Cristo resucitado, justamente como lo había visto Pablo. ¿Lo que describe Pablo es un acontecimiento histórico o unos ritos místicos? Miles de iniciados en los misterios paganos de Eleusis hubieran podido afirmar en esencia lo mismo, es decir, que habían experimentado al dios hombre resucitado, sin dar a entender que habían conocido a un Osiris-Dioniso histórico. Esto puede parecer una interpretación radical, pero da sentido a un pasaje de la Epístola de Pablo a los Gálatas que, de no ser por ello, resultaría incomprensible. Pablo critica a los «insensatos gálatas (...) a cuyos ojos fue presentado Jesucristo crucificado», por buscar una interpretación «material» de

la salvación, en vez de una interpretación «espiritual». ¿Realmente hemos de creer que esta comunidad cristiana de Asia Menor había sido testigo de la crucifixión en Jerusalén y que Pablo, que nunca afirma haber conocido a Jesús, pensó que tenía motivos para llamar a aquellos testigos «insensatos»? No obstante, el comentario de Pablo tendría sentido si, en vez de ello, los cristianos gálatas hubieran presenciado una representación dramática de la pasión de Cristo. Pablo declara que es esto lo que los hará «perfectos» o, usando una traducción más fiel, ¡«iniciados»!

Así pues, ¿qué podemos decir en realidad del Cefas de Pablo? Sólo que es uno de los jefes de los cristianos judíos de Jerusalén y un rival teológico de Pablo. Al parecer, las epístolas de Pablo, que son los documentos cristianos más antiguos, no pueden ayudarnos a encontrar al Jesús histórico. Lo único que puede decirnos Pablo es que a mediados del siglo I existía ya en la comunidad cristiana una división interna entre los cristianos pro judíos de Jerusalén y los que, al igual que Pablo, pensaban que Jesús había venido a sustituir la antigua ley judía. Los evangelios y los Hechos de los Apóstoles; ambos escritos mucho más tarde, son la única razón por la cual el Cefas, el Juan y el Santiago que se mencionan en las epístolas de Pablo han quedado asociados con las figuras de los evangelios que llevan sus mismos nombres. En realidad, nada hay en Pablo que nos empuje a creer que los cristianos de los que habla conocieran personalmente a un Jesús histórico. Los evangelios se escribieron después de las epístolas de Pablo y se ha comprobado que son documentos teológicos y no históricos. Es más probable, por tanto, que los autores de los evangelios tomaran los nombres de Cefas, Santiago y Juan que Pablo había mencionado y los convirtiesen en los personajes que encontramos en la historia de Jesús.

LA HISTORIA DE UN MITO EN EVOLUCIÓN

Los datos que tenemos hacen pensar que el Nuevo Testamento no es una historia de hechos reales, sino de la evolución de la mitología cristiana. El evangelio más antiguo es el de Marcos, que también se creó utilizando fragmentos que ya existían. Los autores de los evangelios de Mateo y Lucas añadieron y modificaron cosas con el fin de crear *sus* propias versiones de la vida de Jesús. Basándonos en esto, podemos concluir que, a su modo de ver, el Evangelio de Marcos no era un valioso documento histórico que debía conservarse intacto. Tampoco lo consideraban la sagrada «Palabra de Dios» que jamás debía alterarse. Es evidente que creían que se trataba de una historia que podía adornarse y ajustarse a sus propias necesidades: exactamente lo mismo que los filósofos paganos llevaban siglos haciendo con los mitos de Osiris-Dioniso.

Pero el Evangelio de Marcos no es el testimonio más antiguo de la historia de Jesús que tenemos. Este testimonio se encuentra en las epístolas de Pablo. Aunque estas epístolas se escribieron antes que los evangelios, e incluso cien

años antes que los Hechos de los Apóstoles, en el Nuevo Testamento aparecen después de estos libros. Esto crea la falsa impresión de que Pablo es la consecuencia de los evangelios y de los Hechos de los Apóstoles, en lugar de ser al revés. Por ende, si colocamos los elementos que constituyen el Nuevo Testamento en el orden cronológico correcto, vemos cómo la historia de Jesús evoluciona ante nuestros ojos. El Cristo mitológico de Pablo, el Cristo que muere y resucita, evoluciona en la primitiva historia de Jesús que narra Marcos. Mateo y Lucas añaden luego cosas significativas. Y después viene el Evangelio de Juan, que es más filosófico, con su doctrina del logos y los largos discursos que Jesús pronuncia en griego. Finalmente, tenemos una colección de leyendas sobre los apóstoles, a las que siguen varias epístolas falsas que presuponen la existencia de un Jesús literal y adoptan la autoridad de los apóstoles para atacar a los cristianos heréticos.

Si se mira de esta manera, el propio Nuevo Testamento nos cuenta la historia de cómo evolucionó el cristianismo:

Las epístolas de Pablo	c. 50	Jesús es un dios hombre místico que muere y resucita.
El Evangelio de Marcos	70-110	Se da al mito de Jesús un marco histórico y geográfico.
Los Evangelios de Mateo y Lucas	90-135	Se añaden detalles del nacimiento y la resurrección de Jesús y se adorna la historia.
El Evangelio de Juan	C. 120	Se formula la teología cristiana.
Los Hechos de los Apóstoles	150-177	Una vez creada la ilusión de un Jesús histórico, se crean los Hechos de los Apóstoles para relatar la vida de sus discípulos
Las epístolas de los Apóstoles	177-220	Los literalistas falsifican epístolas y las atribuyen a los apóstoles en sus batallas contra el gnosticismo, y atacan a los «seductores» que «no confiesan que Jesucristo ha venido en carne».

La versión original del Evangelio de Marcos, que es la crónica más antigua de la historia de Jesús, no decía nada en absoluto de la resurrección. Lo referente a este episodio se añadió después. Antes de ello, el Evangelio de Marcos terminaba cuando las mujeres encuentran el sepulcro vacío, y sólo se insinuaba que Jesús había resucitado según lo prometido. Curiosamente, los evangelios gnósticos empiezan donde termina el evangelio original de Marcos. No nos cuentan la vida de Jesús, sino las enseñanzas secretas de Cristo

después de la resurrección. Esto hace pensar que la historia original del Jesús casi histórico que se relata en el Evangelio de Marcos era, como afirmaban los gnósticos, la expresión de los misterios exteriores cuyo objeto era atraer a los principiantes espirituales. Estos misterios exteriores podían llevar a un iniciado hasta el sepulcro vacío y a la insinuación de la vida eterna, pero sólo las enseñanzas secretas de los gnósticos revelaban las palabras del Cristo resucitado. Esto conducía a los iniciados más allá de la historia literal, hasta el misterio verdadero, hasta la experiencia mística de su propia muerte y resurrección y el reconocimiento de su identidad más profunda como el Cristo, el eterno *daemon* universal.

CONCLUSIÓN

Al igual que los incontables estudiosos que nos precedieron, hemos comprobado que es inútil buscar un Jesús histórico. Es asombroso que no haya pruebas sustanciosas de la existencia histórica de un hombre que, según dicen, fue la única encarnación de Dios en toda la historia. Pero el hecho es que no las hay. Así pues, ¿qué tenemos?

- Unas cuantas menciones de «cristianos» y seguidores de alguien llamado Crestus entre todas las extensas obras de historia de los romanos.
- Algunos pasajes falsos en Josefo de entre todos los fundamentados libros de historia de los judíos.
- Un puñado de pasajes en la vasta literatura talmúdica que nos dicen que existió un hombre llamado Yeshu que tenía cinco discípulos que se llamaban «Mattai, N akkia, Netzer, Buni y Todah».
- Cuatro evangelios anónimos que ni siquiera coinciden en los hechos relativos al nacimiento y la muerte de Jesús.
- Un evangelio atribuido a Marcos que se escribió entre los años 70 y 135 d.n.e., que ni tan sólo pretende ser la crónica de un testigo de los hechos, y que ciertamente no lo es a juzgar por la ignorancia de la geografía de Palestina que se advierte en él y por los errores cometidos al citar las Escrituras hebreas.
- Los evangelios atribuidos a Mateo y Lucas, que se basan de forma independiente en el de Marcos y nos dan genealogías totalmente contradictorias.
- Un evangelio atribuido a Juan que se escribió después de los otros tres y que, desde luego, no fue obra del discípulo llamado Juan.
- Los nombres de doce discípulos de cuya existencia no hay pruebas históricas.

- El libro de los Hechos de los Apóstoles, que parece una novela de ficción, contiene citas erróneas del Antiguo Testamento hebreo, contradice las epístolas de Pablo y no se escribió hasta la segunda mitad del siglo II.
- Una selección de epístolas falsas atribuidas a Pedro, Santiago, Juan y Pablo.
- Unas cuantas epístolas auténticas de Pablo que en absoluto hablan de un Jesús histórico, sino sólo de un Cristo místico que muere y resucita.
- Muchos testimonios que hacen pensar que el Nuevo Testamento no es una historia de acontecimientos reales, sino de la evolución de la mitología cristiana.

Puede que (si realmente queremos creerlo) algo de esto pruebe (quizá) la existencia de un Jesús histórico. No podemos descartar esta posibilidad. Pero los datos que inducen a pensar que Jesús es una figura mítica son tan convincentes que para refutarlos se necesita algo mucho más sustancial que todo eso.

Finalmente, la falta de pruebas de que existió un Jesús histórico nos empujó a abandonar por completo la idea de que la verdadera biografía de Jesús había sido tergiversada y recubierta de mitología pagana para crear las historias de los evangelios. También nos hizo descartar una idea extraordinaria que en el decenio de 1920 formuló un grupo de monjes en Alemania y que se llamó la «teoría mística». Esta teoría explica las semejanzas entre la «biografía» de Jesús y la mitología de los misterios diciendo que, como culminación de un plan divino, la vida de Jesús finalmente realizó en la historia lo que antes había sido sólo mítico. En realidad, se trata sólo de la teoría de la «imitación diabólica» bajo un disfraz más positivo. No hay ninguna razón válida para pensar que las historias de Osiris-Dioniso son mitos y que la de Jesús es el cumplimiento histórico de tales mitos. Pensar esto no es más que el fruto de los prejuicios culturales.

Frecuentemente se arguye que la existencia de un Jesús histórico es lo único que puede explicar la fuerza y la capacidad de atracción del cristianismo. Sin la inspiración de algún fundador carismático, ¿cómo hubiera podido nacer y propagarse por todo el mundo antiguo? La tesis de los misterios de Jesús explica esto sin necesidad de formular hipótesis sobre la existencia de un hombre del cual no tenemos ninguna prueba. El cristianismo, como los misterios de Jesús, nació y se extendió por el mundo antiguo exactamente de la misma manera que antes hicieran los misterios de Dioniso, los misterios de Mitra, los de Atis, los de Serapis y los de los demás dioses hombre místicos que mueren y resucitan.

Lejos de poner en tela de juicio la tesis de los misterios de Jesús, nuestra búsqueda de un Jesús histórico la había corroborado. No obstante, nuestros estudios del Nuevo Testamento nos habían planteado un gran número de dudas serias. Si entre los cristianos que conocemos Pablo es el más antiguo de

los personajes históricos, y los gnósticos fueron los cristianos primigenios, como afirma la tesis de los misterios de Jesús, entonces no cabe duda de que deberíamos esperar encontrar con que Pablo era gnóstico. Pero la tradición nos lo presenta como enemigo apasionado de los gnósticos. Nos pareció que habíamos topado con un serio defecto de nuestra tesis. Es decir, nos lo pareció hasta que, una vez más, nos atrevimos a hacer caso omiso de la opinión que se acepta de forma general y a examinar los testimonios con mayor detenimiento y por nuestra cuenta.

NOTAS

*.- Quien aún dude de esto debería leer *The Messiah Jesus and John the Baptist*, del doctor Eisler. «A decir verdad, ningún texto de Josefo, ya sea griego, latino, eslavo o de otra clase, ha llegado hasta nosotros sin haber pasado por las manos de escribas y propietarios cristianos».

*.- Wilson, *op. cit.*, p. 66: «En el siglo I d.n.e. hubiera sido un nombre extremadamente común». De los Jesuses que menciona Josefo, algunos son revolucionarios, como Jesús hijo de Safías, que con seiscientos seguidores mató a todos los griegos que residían en Tiberíades, véase Josefo, *Autobiografía y Contra Apión*, 29. Sin duda el más pintoresco de todos ellos es el lunático Jesús, hijo de Ananías. Durante los siete años que precedieron a la destrucción del templo anduvo por las calles gritando: «¡Ay de Jerusalén!», hasta que un día cambió su grito por el de: «¡Ay de mí!», cuando de pronto le alcanzó una piedra disparada por las catapultas y cayó muerto, véase Josefo, *La guerra judía*, 328.

*.- Tal como lo expresó el teólogo alemán Harnack en 1896: «Todos los testimonios no cristianos sobre Jesús y el origen del cristianismo cabrían en una cuartilla».

*.- En el libro de los Hechos nunca se menciona la crucifixión y, en lugar de ello, Pedro utiliza dos veces esta descripción, en Hechos, 10, 39 y 5, 30. Esto parece confirmar la sospecha de los estudiosos de que dicho libro fue escrito en Roma, donde aparece de pronto hacia finales del siglo II en manos de Ireneo. Al oír hablar de crucifixión, cualquier romano hubiera pensado que Jesús había corrido la suerte de un criminal culpable de sedición. Es significativo que en ninguna parte de las catacumbas de Roma haya una imagen del Jesús crucificado, y es sorprendente que tampoco se encuentre dicha imagen en ninguna parte de la iconografía cristiana antes del siglo V d.n.e. La metáfora inteligente que se usa en los Hechos, conocida por cualquier romano que hubiera presenciado como Atis era traído a Roma atado a un árbol, hace pensar en la muerte de un dios y no de un delincuente común. Jesús fue presentado a su nuevo público romano como aquel que cumplió en la vida real un destino que en el caso del dios hombre Atis sólo se había cumplido míticamente.

*.- G. Stanton, 1995, p. 102. En el siglo II se expresaron dudas sobre Marcos,

Lucas y Juan: Marcos porque simplemente era secretario de Pedro, Lucas porque se decía que había sido ayudante de Pablo (que no había visto personalmente a Jesús), y Juan porque era bien sabido que ese evangelio era obra del gnóstico Cerinto. Sólo Mateo estaba por encima de toda sospecha. Nuestro Mateo, sin embargo, no es el que era conocido por Papías de Hierápolis, de quien se dice que después de 70 d.n.e. estuvo en Asia Menor. Allí recogió información sobre el mesías de los refugiados que salían en gran número de Judea, pero se refiere a su Mateo como libro de «oráculos». Esto sugiere un libro de textos de prueba basados en el Antiguo Testamento, que se utilizaba como libro de profecías u «oráculos» para corroborar la veracidad de la historia de Jesús. Papías también tuvo que defenderse de las críticas contra Marcos por no haber presenciado en persona los acontecimientos que relataba.

*.- G.R.S. Mead, 1906. Justino también utiliza poco el Evangelio de Juan, probablemente porque en aquel tiempo estaba muy bien considerado entre los gnósticos.

CAPÍTULO - 8

¿ERA GNÓSTICO PABLO?

Gran parte de lo que pasa por interpretación «histórica» de Pablo y por análisis «objetivo» de sus epístolas tiene su origen en los heresiólogos del siglo II. Si el apóstol era tan inequívocamente antignóstico, ¿cómo podían afirmar los gnósticos que era su gran maestro pneumático? ¿Cómo podían decir que seguían su ejemplo al ofrecer enseñanzas secretas de sabiduría y gnosis «a los iniciados»? ¿Cómo podían afirmar que la teología paulina de la resurrección era el origen de la suya y citar las palabras de Pablo como prueba decisiva contra la doctrina eclesiástica de la resurrección del cuerpo?

ELAINE PAGELS

San Pablo es el cristiano más influyente de todos los tiempos. En el Nuevo Testamento hay trece epístolas que se atribuyen a él y representan una cuarta parte del total de las Escrituras canónicas del cristianismo. Además, la mayor parte del libro de los Hechos de los Apóstoles trata de historias relacionadas con Pablo. Pero ¿quién es Pablo?

La tradición presenta a Pablo como bastión de la ortodoxia y cruzado contra los herejes gnósticos. Pese a ello, llama la atención que los propios gnósticos nunca tuvieran este concepto de él. Todo lo contrario: los grandes sabios gnósticos de comienzos del siglo II d.n.e. llamaban a Pablo «el Gran Apóstol» y lo honraban como inspiración principal del cristianismo gnóstico. Valentín explica que Pablo inició a los pocos elegidos en los «misterios más profundos» del cristianismo que revelaron una doctrina secreta de Dios. Entre estos iniciados se encontraba el maestro de Valentín, Teudas, que a su vez había iniciado al propio Valentín.

Muchos grupos gnósticos afirmaban que Pablo era su padre fundador y los gnósticos que se llamaban a sí mismos «paulinos» continuaron floreciendo, a pesar de la incesante persecución de que eran objeto por parte de la Iglesia romana, hasta finales del siglo X. Pablo escribió sus epístolas a las iglesias de siete ciudades que hoy sabemos que fueron centros de cristianismo gnóstico durante el siglo II. A la cabeza de estas comunidades cristianas se encontraba el sabio gnóstico Marción, que consideraba a Pablo el único apóstol verdadero) Una cosa es segura: si Pablo era realmente tan contrario al gnosticismo como decían los literalistas, es asombroso que se le cite en tantos textos gnósticos o, de hecho, que se le atribuyan tales textos. Los seguidores de Marción incluso tenían un evangelio que, según ellos, fue escrito por Pablo. Entre los textos encontrados en Nag Hammadi se hallan la Oración del apóstol Pablo y el Apocalipsis de Pablo. Otro texto, la Ascensión de Pablo, deja constancia de las «palabras inefables, que no está permitido que un hombre pronuncie», que oyó

Pablo durante su famosa ascensión al tercer cielo a la que el apóstol alude en su epístola a los corintios. Otro Hechos de Pablo presenta a Pablo viajando con una compañera llamada Tecla, ¡una mujer que bautizaba!

¿EL PABLO AUTÉNTICO?

¿Quién es el Pablo auténtico? ¿Es posible que fuera uno de ellos, como afirmaban los gnósticos? Ya hemos comentado que los estudiosos de hoy opinan que muchas de las epístolas atribuidas a Pablo son falsas. De las trece epístolas que contiene el Nuevo Testamento, sólo siete se aceptan hoy como auténticas en su mayor parte.

Como mencionamos antes, la opinión general es que las epístolas a Timoteo y a Tito, las llamadas «pastorales», son falsas. Estudios realizados con ordenadores han confirmado de forma indudable que el autor de las pastorales no es el de las epístolas a los gálatas, los *romanos* y los corintios, que se consideran escritas realmente por Pablo. En la colección más antigua de epístolas atribuidas a Pablo no están las pastorales. De hecho, ni siquiera oímos hablar de las pastorales hasta Ireneo (c. 190). No aparecen como parte del canon cristiano hasta después de esta fecha, siempre formando un grupo, y cristianos de todas las creencias suelen rechazarlas por falsas. Ni tan siquiera Eusebio, el gran propagandista ortodoxo, las incluye en su Biblia (c. 325).

Este detalle es importante, toda vez que sólo en las pastorales se muestra Pablo contrario a los gnósticos. A diferencia de las epístolas paulinas auténticas, las pastorales presentan a Pablo como organizador de la Iglesia, puntal de su disciplina y enemigo inquebrantable de todos los herejes. Condena los mitos gnósticos como «fábulas profanas y cuentos de viejas» y recomienda a sus seguidores que no presten «su atención a fábulas y genealogías interminables, que son más a propósito para promover disputas que para realizar el plan de Dios». Obviamente, a finales del siglo II la imagen de Pablo como maestro gnóstico ya era una amenaza suficiente para que alguien sintiese la necesidad de responder a ella creando un Pablo indiscutiblemente literalista.

Este Pablo es creado para dar consejos específicos: «Guarda el depósito de la fe. Evitando las palabrerías profanas, y también las objeciones de la falsa ciencia; algunos que la profesaban se han apartado de la fe». También nos lo muestran autoritario cuando impone el poder de la jerarquía de la Iglesia, y escribe: «A los culpables, repréndelos delante de todos, para que los demás cobren temor». Ataca en particular a «Himeneo y Fileto», dos maestros gnósticos que «se han desviado de la verdad» y enseñan la doctrina gnóstica afirmando «que la resurrección ya ha sucedido»; ¡aunque en sus epístolas auténticas Pablo afirma que él mismo ya ha «resucitado»! y pese a que existía una tradición muy extendida según la cual Pablo viajaba con una mujer que bautizaba, también se le hace atacar la costumbre gnóstica de tratar a las mujeres como a iguales de los hombres: «La mujer oiga la instrucción en

silencio, con toda sumisión. No permito que la mujer enseñe ni que domine al hombre».

Al finales del siglo II, pues, los cristianos literalistas presentan a Pablo como antignóstico y autoritario. Se da por sentado que esto era históricamente cierto, pero en realidad es sólo la perspectiva de los cristianos literalistas. Sólo unos cuantos decenios antes, sin embargo, opinaban lo contrario: en la primera mitad del siglo II unas epístolas atribuidas a Clemente, el obispo de Roma, atacan vigorosamente a Pablo por ¡hereje desviado! Estas epístolas presentan a Pedro negando con vehemencia la condición de apóstol de Pablo porque sólo se podía considerar apóstol a quien hubiera presenciado la resurrección y Pablo no vio realmente al Cristo resucitado. Al parecer, la visión de *Jesús* que Pablo tuvo en el camino de Damasco no sólo no es válida, ¡sino que es una revelación de un demonio malvado o de un espíritu mentiroso! Se afirma que *Jesús* está «enojado» con Pablo, que es su «adversario» porque lo que predica «contradice» sus enseñanzas. Pedro escribe sobre Pablo y dice que es su «enemigo» y que ha convencido a algunos de los gentiles para que rechacen la ley judía y abracen «enseñanzas necias» que están «fuera de la ley». Pablo es acusado de crear un evangelio herético y los auténticos apóstoles de *Jesús* tienen que enviar en secreto un «evangelio verdadero» para corregir estas herejías. Al igual que su contemporáneo el archihereje Simón Mago, Pablo, inspirado por .Satanás, pretende dividir a la comunidad cristiana ¡Es un hombre peligroso que debería ser expulsado de la Iglesia!

PABLO Y LOS MISTERIOS PAGANOS

Si podemos deshacernos de la imagen tradicional de Pablo y examinar los datos con imparcialidad, esta retórica contra Pablo es comprensible, ya que en sus epístolas se advierten claras influencias gnósticas y paganas. Pablo es un judío que ha abrazado la cultura griega, a la sazón omnipresente. Escribe en griego, su primera lengua. Sus citas proceden exclusivamente de la versión griega del Antiguo Testamento. Su ministerio va dirigido a las ciudades paganas dominadas por la cultura griega y una de éstas, Antioquía, era un centro de los misterios de Adonis; Éfeso, de los de Atis, y Corinto, de los de Dioniso. Pablo era natural de Tarso, en Asia Menor, que en aquel entonces ya había superado incluso a Atenas y Alejandría y era el centro principal de la filosofía pagana. Era en Tarso donde los misterios de Mitra tenían su origen, así que hubiera sido impensable que Pablo no se percatase de las notables semejanzas, que ya hemos examinado, entre las doctrinas cristianas y las enseñanzas del mitraísmo.

Pablo emplea con frecuencia términos y expresiones procedentes de los misterios paganos, tales como *pneuma* (espíritu), *gnosis* (conocimiento divino), *doxa* (gloria), *sophia* (sabiduría), *teleioi* (los iniciados), etcétera. Aconseja a sus seguidores que aspiren «a los carismas superiores»? La palabra «carisma» se deriva del término místico *makarismos*, que se refiere a la naturaleza bendita de quien ha visto los misterios. Incluso dice que es uno de los «administradores de los misterios de Dios», que es el nombre técnico de un sacerdote en los

misterios de Serapis.

Pablo cita al sabio pagano Arato, que había vivido en Tarso varios siglos antes, y describe a Dios diciendo que «en él vivimos, nos movemos y existimos». También enseña doctrinas místicas, y al igual que el sabio pagano Sócrates, a quien se consideraba sabio porque sabía que no sabía nada, Pablo enseña: «Si alguien cree conocer algo, aún no lo conoce como se debe conocer». Del mismo modo que Platón había escrito que ahora sólo vemos la realidad «en un espejo confusamente», también Pablo escribe: «Ahora vemos en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara».

Este famoso pasaje de Pablo también se ha traducido así: «Hoy lo único que vemos es el desconcertante reflejo de la realidad; somos como hombres que contemplan un paisaje en un pequeño espejo. Llegará un día en que veremos la realidad completa y cara a cara». Esta traducción destaca de forma clara la naturaleza platónica de las enseñanzas de Pablo. Platón había utilizado la imagen de los prisioneros atrapados en una cueva que sólo pueden ver las sombras del mundo exterior proyectadas sobre las paredes como alegoría de nuestra actual condición al tomar por real lo que, de hecho, es sólo un reflejo de la realidad última. Para Platón, como para Pablo: «En la actualidad lo único que vemos es el desconcertante reflejo de la realidad».

Platón proclama que los filósofos son los que son liberados de la cueva y salen al exterior y ven por sí mismos la realidad de la deslumbrante luz del día: «cara a cara». Esta expresión es una fórmula ritual de los misterios paganos. En *Las bacantes* leemos: «Me dio estos misterios cara a cara». Lucio Apuleyo escribe acerca de su iniciación: «Penetré en la presencia misma de los dioses de abajo y los dioses de arriba, donde rendí culto cara a cara». Justino Mártir reconoce que: «El objetivo del platonismo es ver a Dios cara a cara»! Platón describe cómo en el templo de la «verdadera tierra», que existe en el reino de las ideas y de la cual esta tierra no es más que una imagen, «la comunión con los dioses se hace cara a cara».

EL PABLO GNÓSTICO

El Jesús de Pablo es el dios hombre místico de los gnósticos y no la figura histórica de los literalistas. El único lugar donde Pablo parece tratar a Jesús como figura histórica es en la Epístola a Timoteo, donde escribe acerca de «Jesucristo, que ante Poncio Pilato rindió tan solemne testimonio», pero esta epístola es una falsificación. El auténtico Pablo predica la doctrina gnóstica del ilusionismo y afirma que Jesús no vino como persona, sino «en una carne semejante».

En las epístolas de Pablo abundan estas doctrinas tan claramente gnósticas. ¿Cuántos cristianos modernos se han preguntado cuál puede ser el significado de la famosa afirmación de Pablo de que había ascendido hasta el tercer cielo? Esta afirmación no llenaría de desconcierto a un gnóstico o un iniciado en los misterios paganos, porque a ambos les habrían enseñado que hay siete cielos

vinculados a los siete cuerpos celestiales: los cinco planetas visibles y la Luna y el Sol.

Al igual que los gnósticos, Pablo muestra un gran desdén por los aspectos externos de la religión: ceremonias, días santos, reglas y preceptos. Al igual que los gnósticos, afirma que los verdaderos cristianos se vuelven como Cristo: al no llevar «un velo sobre el rostro», reflejan «como en un espejo la gloria del Señor», y de esta manera se transforman «en esa misma imagen, cada vez más gloriosos».

Los gnósticos veían a Pablo como un maestro de las iniciaciones «pneumáticas» secretas. En su Epístola a los Romanos, Pablo escribe: «Ansío veros, a fin de comunicaros cierto carisma pneumático que os fortalezca», del cual dice: «pues no quiero que ignoréis». Si Pablo quiere compartir urgentemente algo con los destinatarios de su epístola, ¿por qué no lo dice en ella? Para los gnósticos la respuesta es que el «carisma pneumático» es una iniciación que Pablo sólo puede transmitir en persona y «en secreto». Escribe Pablo: «Como dicen las Escrituras, anunciamos: lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que lo aman». Sin duda los iniciados reconocerían estas palabras como una fórmula mística que se pronunciaba en el momento de la iniciación. El voto de guardar el secreto que hacían los seguidores del sabio gnóstico Justino incluía estas palabras y, entre otros lugares, también aparecen en el Evangelio de Tomás, donde Jesús ofrece: «Os daré lo que ningún ojo ha visto, y lo que ningún oído ha escuchado y lo que ninguna mano ha tocado, y lo que nunca se le ha ocurrido a la mente humana».

Una traducción deficiente es lo único que impide ver que en las epístolas de Pablo hay muchas expresiones y enseñanzas que son característicamente gnósticas. Por ejemplo, los valentinianos afirman que Pablo iniciaba a los cristianos en el «misterio de Sofía», que probablemente incluía el mito de la caída y la redención de la diosa, y citan como prueba su Primera Epístola a los Corintios, en la cual escribe: «Hablamos de sabiduría entre los iniciados». Si el lector se pregunta por qué nunca había encontrado esta afirmación decididamente gnóstica de Pablo, la respuesta es porque suele traducirse por «Hablamos de sabiduría entre los perfectos», ¡lo cual no tiene mucho sentido pero al menos parece ortodoxo! La traducción habitual continúa:

Sin embargo, hablamos de sabiduría entre los perfectos, pero no de sabiduría de este mundo ni de los príncipes de este mundo, abocados a la ruina; sino que hablamos de una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra, desconocida de todos los príncipes de este mundo -pues de haberla conocido no hubieran crucificado al Señor de la Gloria.

Esta traducción, suponiendo que sea inteligible, tergiversa mucho el sentido real de las palabras de Pablo. Un estudioso actual explica:

El verdadero significado de este pasaje queda oscurecido en dos puntos de la mayor importancia. La palabra griega que aquí se ha traducido por «mundo»,

individualmente en sus formas singular o plural, es *aion*, que no se refiere a este mundo físico o Tierra, sino al «tiempo» o la «edad». Por consiguiente, el empleo aquí de *aion* por parte de Pablo demuestra que pensaba en un sistema esotérico de «edades del mundo». Seguidamente, las palabras que se han traducido por «los príncipes de este mundo» (*archontes tou aionos toutou*) no se refieren, como se supone vulgarmente, a las autoridades romanas y judías que condenaron a Jesús a muerte, sino a seres demoníacos que se asociaban con los planetas y, según se creía, gobernaban la vida de los hombres en la Tierra.

En este pasaje, pues, encontramos a Pablo explicando que, antes del principio de una serie de edades del mundo, Dios decidió enviar al mundo, por el bien de la humanidad, a un ser divino preexistente al que los príncipes demoníacos, no percatándose de su verdadera naturaleza, ejecutaron y con ello de algún modo se confundieron. En pocas palabras, Pablo imaginaba a la humanidad esclavizada por seres demoníacos y relacionados con fenómenos astrales, a los que describe utilizando diversos términos tales como *archontes tou aionos toutou* y *stoicheia tou kosmou* («los poderes elementales del universo»). En consecuencia, la humanidad había sido rescatada de esta esclavitud mortal por el ser divino, al que, encarnado en la persona de Jesús, habían crucificado erróneamente estos *archontes*, que, es de suponer, al excederse involuntariamente en sus derechos, perdieron su control sobre los hombres.

¡Esto no es el cristianismo tal como lo conocemos hoy! Lo que hace Pablo es predicar el gnosticismo.

Pablo escribe sobre una «gnosis» que puede enseñarse sólo a los «plenamente iniciados». Ofrece una plegaria pidiendo que «vuestro amor siga creciendo cada vez más en conocimiento perfecto». Escribe sobre «Dios, en el cual están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y la gnosis» y sobre «la gnosis del misterio de Dios». Al igual que un iniciado gnóstico, Pablo afirma: «Como me fue comunicado por una revelación el conocimiento del misterio». Al igual que un gnóstico defendiendo el secreto de los misterios interiores, asevera que ha oído «palabras inefables que el hombre no puede pronunciar». Al igual que un gnóstico, hace hincapié en la comprensión y no en el dogma, y escribe: «Pues la letra mata mas el Espíritu da vida». y; al igual que un gnóstico, dice que las historias que aparecen en las Escrituras son «alegorías» y que las «cosas sucedieron de forma figurada» .

EL APÓSTOL DE LA RESURRECCIÓN

Los cristianos literalistas citaban a Pablo para probar su extraña creencia de que cuando se produjera la segunda venida los muertos saldrían de los sepulcros en sus cuerpos físicos. No obstante, es claro que la perspectiva de Pablo era muy diferente. Al igual que los gnósticos, ve la resurrección como un acontecimiento espiritual. Escribe categóricamente: «La carne y la sangre no

pueden heredar el reino de los Cielos».

El sabio gnóstico Teodoto llama a Pablo «el apóstol de la resurrección». Al igual que los gnósticos, Pablo no concibe la resurrección como un acontecimiento futuro prometido, sino como una experiencia espiritual que puede suceder ahora mismo. Escribe: «Mirad ahora el momento favorable; mirad ahora el día de la salvación». Su mensaje es claramente místico y alegórico: escribe sobre «resucitar» y «sentarse en los cielos con Cristo Jesús», no como si se tratara de una recompensa que se espera en la otra vida, sino como algo que él y otros iniciados cristianos ya han experimentado.

Como los gnósticos, Pablo predica que la pasión de Jesús no es un acontecimiento del pasado, sino una realidad mística eterna. Participando en la muerte y la resurrección de Jesús cada iniciado cristiano puede morir para su yo inferior y resucitar como el Cristo o el Logos. En la Epístola a los Filipenses, Pablo escribe: «Y conocerle a él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos hasta hacerme semejante a él en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos». En la Epístola a los Gálatas escribe: «Con Cristo estoy crucificado: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí». En la Epístola a los Romanos interpreta alegóricamente la pasión de Jesús y escribe:

¿O es que ignoráis que cuantos fuimos iniciados en Cristo Jesús, fuimos iniciados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por la iniciación en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva. Porque si nos hemos hecho una misma cosa con él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección semejante; sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado con él, a fin de que fuera destruido este cuerpo de pecado y cesáramos de ser esclavos del pecado.

Los gnósticos afirmaban que, según Pablo, ver a Jesús como hombre de carne y sangre era sólo una etapa transitoria para los principiantes: los misterios exteriores para los cristianos psíquicos. Los cristianos pneumáticos iniciados en los misterios interiores comprendían el significado alegórico de la historia de Jesús. Los gnósticos decían que Pablo se refiere a este cambio de perspectiva por medio de la iniciación en los misterios interiores cuando escribe: «Y si conocimos a Cristo según la carne, ya no lo conocemos así». Dado que Pablo nunca afirmó haber conocido a un Jesús histórico «según la carne», ¡es en verdad difícil ver qué otra cosa pudo querer decir!

En la Epístola a los Colosenses, Pablo dice que Dios le ha encomendado la tarea de dar «cumplimiento» a su palabra; de anunciar «el misterio escondido desde siglos y generaciones» y que ahora se revela a los elegidos de Dios. ¿Y cuál es este gran misterio? ¿Es, como cabía esperar de un apóstol ortodoxo, la «buena nueva» de que Jesús había venido realmente a la Tierra, había hecho milagros, había muerto por nuestros pecados y había vuelto de entre los muertos? ¡No! Es el eterno misticismo de los gnósticos y los misterios paganos: que dentro de cada uno de nosotros está la única alma del universo, el Logos, el *daemon* universal, la mente de Dios. Escribe Pablo que el secreto es: «Cristo

entre vosotros».

Cuando Pablo describe la famosa visión de Jesús que tuvo en el camino de Damasco es significativo que no diga: «Dios reveló su Hijo a mí», como esperaríamos de un cristiano literalista. En vez de ello, dice que Dios «tuvo a bien revelar en mí a su hijo».

El Jesús de Pablo no es una figura histórica, sino un símbolo del *daemon* universal de quien todos somos miembros. Pablo afirma: «Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo». En la Epístola a los Efesios predica: «Hablad con verdad cada cual con su prójimo, pues somos miembros los unos de los otros».

ENSEÑANZAS PSÍQUICAS y PNEUMÁTICAS

Así pues, ¿cómo pudo Pablo llegar a ser el héroe tanto de los gnósticos como de los literalistas? Los gnósticos, como ya hemos visto, proclamaban que la historia de Jesús cumple una doble función: es un relato introductorio dirigido a los cristianos psíquicos que se han iniciado en los misterios exteriores y una alegoría mística para los cristianos pneumáticos que se han iniciado en los misterios interiores. Aunque se interpretaba de dos formas totalmente distintas, la historia seguía siendo la misma. Según los gnósticos, las epístolas de Pablo también estaban pensadas para cumplir dos funciones. Como dice el sabio gnóstico Teodoto, Pablo «enseñaba de dos maneras a la vez».

Teodoto afirma que Pablo reconocía que «cada cual conoce al Señor a su manera propia; y no todos lo conocen igual». Así que, por un lado, predicaba al salvador «según la carne» como uno «que nació y sufrió». Este «evangelio kerygmático» del «Cristo crucificado» se lo enseñaba a los cristianos psíquicos «porque esto eran capaces de conocerlo». Pero ante los cristianos pneumáticos proclamaba a Cristo «pneumáticamente» o «según el Espíritu». En cada nivel de iniciación el iniciado tomaría de estas enseñanzas lo que pudiera oír por ser lo bastante sabio para oírlo. El propio Pablo escribe:

El hombre naturalmente no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. Y no las puede conocer pues sólo espiritualmente pueden ser juzgadas. En cambio, el hombre de espíritu lo juzga todo.

Los gnósticos afirmaban que, como las parábolas del evangelio, las epístolas de Pablo llevaban enseñanzas secretas cifradas para que los lectores no iniciados oyeran una cosa y los iniciados, otra. Sólo los iniciados en las enseñanzas orales secretas de los misterios interiores eran capaces de comprender el significado profundo de las palabras de Pablo. Como escribe Elaine Pagels:

Los valentinianos afirman que la mayoría de los cristianos comete el error de leer las Escrituras sólo literalmente. Ellos mismos, por medio de su iniciación

en la gnosis, aprendieron a leer las epístolas de Pablo (como leen todas las Escrituras) en el nivel simbólico, como dicen que Pablo quería que las leyesen. Sólo esta lectura pneumática proporciona «la verdad» en vez de su mera «imagen» exterior.

Los seguidores de Valentín descifraban automáticamente el significado alegórico de las epístolas de Pablo para mostrar su sentido oculto. Por ejemplo, en sus Epístolas a los Romanos, Pablo usa una sencilla situación cotidiana -la relación entre judíos y gentiles- como parábola de la relación entre cristianos psíquicos y pneumáticos. Un iniciado en los misterios interiores comprendería que donde Pablo escribe «judíos» quiere decir «cristianos psíquicos», y donde escribe «gentiles» quiere decir «cristianos pneumáticos». Además de «gentiles», las otras palabras clave que usa Pablo cuando quiere decir «cristiano pneumático» son «los no circuncisos», «los griegos», «judíos por dentro», «judíos en secreto» y «el verdadero Israel».

En un sorprendente pasaje de su Primera Epístola a los Corintios, Pablo escribe en tono decepcionado que quería impartir a sus seguidores enseñanzas pneumáticas, pero se encontró con que estaban sólo en un nivel «sárxico» de conciencia (término que es sinónimo de «hílico» y significa el nivel más bajo de la conciencia humana). Así que se ve obligado a enseñar a sus alumnos sólo la más básica de las doctrinas cristianas:

Yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a «sárxicos», como a niños en Cristo. Os di a beber leche y no alimento sólido, pues todavía no lo podáis soportar. Ni aún lo soportáis en el presente; pues todavía sois «sárxicos». Porque, mientras haya entre vosotros envidia y discordia, ¿no es verdad que sois «sárxicos»?

Pablo se impacienta al ver que sus seguidores aún no están preparados para ir más allá de las enseñanzas elementales. En su Epístola a los Hebreos escribe:

Por eso, dejando aparte la enseñanza elemental acerca de Cristo, elevémonos a lo perfecto, sin reiterar los temas fundamentales del arrepentimiento de las obras muertas y de la fe en Dios; de la instrucción sobre los bautismos y de la imposición de las manos; de la resurrección de los muertos y del juicio eterno. Porque es imposible que cuantos fueron una vez iluminados, gustaron el don celestial y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, saborearon las buenas nuevas de Dios y los prodigios del mundo futuro, y a pesar de todo cayeron, se renueven otra vez mediante la penitencia, pues crucifican por su parte de nuevo al Hijo de Dios.

La «enseñanza elemental» que Pablo quiere que sus discípulos dejen atrás, como esperaría un gnóstico, incluye el arrepentimiento, la fe, el bautismo, la imposición de manos, la resurrección de los muertos y el juicio eterno: todos los rituales y dogmas que tanto valor tienen para la Iglesia literalista. Para los gnósticos eran sólo los misterios exteriores psíquicos del cristianismo.

Pablo quiere que sus discípulos, después de gustar el aliento santo de la

iniciación pneumática, avancen hacia el nivel pneumático de comprensión por completo y dejen atrás tales preocupaciones psíquicas.

Pablo quiere que sus discípulos, después de gustar el aliento santo de la iniciación pneumática, avancen hacia el nivel pneumático de comprensión por completo y dejen atrás tales preocupaciones psíquicas.

PABLO Y JEHOVÁ

Al igual que los gnósticos, Pablo enseña que los misterios de Jesús sustituyen la ley del dios judío, Jehová. ¡Jesús ha dado a los judíos un nuevo pacto o acuerdo con Dios, y Pablo no oculta la mala opinión que tiene del acuerdo viejo y superfluo que es el judaísmo tradicional! Así, escribe: «Al decir "nueva", declaró anticuada la primera; y lo anticuado y viejo está a punto de cesar». Al igual que los gnósticos, Pablo no predica la servidumbre moral a la ley, sino la libertad espiritual por medio de la gnosis. Declara: «Donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad». Para Pablo: «Nada hay de suyo impuro». Gnósticos posteriores, como por ejemplo Carpócrates, citan a Pablo para defender sus propias doctrinas de la moral natural contra quienes los acusan de inmoralidad. ¡Después de todo, fue Pablo, y no algún hereje gnóstico «chiflado», quien proclamó: «Todo me es lícito»!

Hasta se atreve Pablo a declarar que la ley tradicionalmente sagrada de Jehová, la base misma de la religión judía, es una maldición, y escribe: «Porque todos los que viven de las obras de la ley incurren en maldición», y «Cristo nos rescató de la maldición de la ley». Para Pablo, como para los gnósticos, el iniciado cristiano puede ser redimido de la ley y liberado compartiendo el sufrimiento y la resurrección de Cristo: «Mas, al presente, hemos quedado emancipados de la ley, muertos a aquello que nos tenía aprisionados».

Pablo afirma que la ley es el fruto del «mediador». ¿Qué pretende al llamar «mediador» a Jehová, que es supuestamente el único Dios y creador de todas las cosas? ¿Mediador entre qué y qué? Los literalistas no tienen respuesta para esta pregunta, pero los gnósticos reconocen inmediatamente que lo que hace Pablo es enseñar la doctrina gnóstica según la cual Jehová es el «demiurgo», un dios menor que media entre el inefable Dios supremo y la creación. Ciertamente, Pablo no considera que Jehová sea el Dios verdadero, porque continúa diciendo: «Cuando hay uno solo no hay mediador, y Dios es uno solo».

Según Pablo, las personas que no comprenden el evangelio que él predica son «incrédulos, cuyo entendimiento cegó el dios de este mundo». En muchas traducciones de sus epístolas, el encargado de la edición añade aquí una pequeña nota que explica las misteriosas palabras «el dios de este mundo».

Generalmente, la interpretación ortodoxa de estas palabras dice que Pablo se refiere al diablo, ¡pero no explica por qué llama «dios» a un ángel perverso! Para los gnósticos lo que quería decir Pablo resultaba obvio. Se refería a Jehová, el dios menor de los judíos, cuyos años de gobierno de los judíos tocaban a su fin y que iba a ser abandonado para poner en su lugar al verdadero e inefable Dios de Jesús y Platón.

LOS FALSOS CIRCUNCISOS

Se ha comprobado que las epístolas de Pablo contra los gnósticos son falsas, pero sus epístolas auténticas se oponen a otros elementos de la primitiva Iglesia cristiana que predica «otro Jesús». Con todo, no son herejes gnósticos, sino cristianos projudíos que creen que la Iglesia debería mantener la antigua costumbre judía de la circuncisión y honrar la ley de Jehová.

Pablo los ataca con pasión. En su Epístola a los Filipenses advierte: «Atención a los perros, atención a los obreros malos, atención a los falsos circuncisos». En su Epístola a los Gálatas proclama: «Soy yo, Pablo, quien os lo dice: Si os dejáis circuncidar, Cristo no os aprovechará nada» y dice en son de broma: «¡Ojalá se mutilaran los que os perturban!».

Lo que caracteriza los misterios que predica Pablo no son semejantes prácticas exteriores de los rituales religiosos, sino las cualidades pneumáticas interiores. Afirma: «Pues los verdaderos circuncisos somos nosotros, los que damos culto según el Espíritu de Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús sin poner nuestra confianza en la carne».

Las enseñanzas de Pablo concuerdan aquí por completo con las del Jesús de los gnósticos. En el Evangelio de Tomás, por ejemplo, cuando los discípulos preguntan a Jesús sobre los beneficios de la circuncisión, él explica: «Si fuera beneficiosa, su padre los hubiera engendrado y circuncidado de su madre. Por el contrario, la verdadera circuncisión en espíritu es auténticamente provechosa».

Lo que caracteriza a los cristianos rivales de Pablo no es su gnosticismo en contraposición al literalismo de Pablo, ni su literalismo en contraposición al gnosticismo de Pablo. No se trata de eso en absoluto. En lo que no están de acuerdo es en la relación entre los cristianos y las antiguas tradiciones judías, y en si el cristianismo debería estar abierto a los no judíos, y en caso afirmativo, de qué manera. En la época de Pablo, las luchas que se registraban en la Iglesia no eran entre literalistas y gnósticos, sino entre cristianos que tenían conceptos diferentes de las relación entre el cristianismo y el judaísmo.

De las epístolas de Pablo se deduce que estos judíos-cristianos más tradicionales viven en Jerusalén. La opinión tradicional decía que se trataba de Pedro y otros discípulos de Jesús que se mencionan en el Nuevo Testamento.

Como ya hemos demostrado, esto es en realidad una interpretación de los testimonios que se basa en ideas preconcebidas e injustificadas. No hay absolutamente ninguna prueba que corrobore la creencia de que alguna vez existió una Iglesia de los apóstoles de Jerusalén como la que se imagina el cristianismo romano tradicional. De hecho, ocurre todo lo contrario.

A decir verdad, cuando en el año 160 fue a Judea para averiguar qué había sido de la legendaria Iglesia de Jerusalén, el obispo Melitón de Sardes quedó consternado al encontrar no a los descendientes de los apóstoles, ¡sino a un pequeño grupo de gnósticos! Estos cristianos, que se hacían llamar ebionitas u «hombres pobres», tenían su propio Evangelio de los ebionitas y también un Evangelio de los hebreos, un Evangelio de los doce apóstoles y un Evangelio de los nazarenos. Todos estos evangelios diferían significativamente de los del Nuevo Testamento. Esta forma de gnosticismo judío-cristiano logró sobrevivir durante muchos siglos.

Para explicar por qué la Iglesia de Jerusalén estaba compuesta por gnósticos, Eusebio, el propagandista del literalismo, afirma que obviamente todos ellos habían «apostatado» de su literalismo original y se habían convertido en herejes... ¡pero no explica por qué ni cómo pudo suceder esto! En realidad, los datos que tenemos inducen a pensar que los cristianos de Jerusalén siempre habían sido gnósticos, ¡porque en el siglo I la toda la comunidad cristiana la formaban diferentes tipos de gnosticismo!

CONCLUSIÓN

Así pues ¿era Pablo gnóstico? Examinemos lo que hemos descubierto:

- Los gnósticos afirmaban que su linaje espiritual provenía de Pablo y que conocían enseñanzas orales secretas que Pablo impartió a un grupo de discípulos escogidos.
- Muchos evangelios de los gnósticos se atribuían a Pablo, su «Gran Apóstol».
- Muchos grupos gnósticos afirmaban que Pablo era su padre fundador.
- Se sabe que a mediados del siglo II las comunidades, a las cuales Pablo había dirigido sus epístolas ya eran centros de gnosticismo marcionista.
- Las epístolas pastorales de Pablo contra los gnósticos son falsas y datan de las postrimerías del siglo II. En las epístolas auténticas Pablo no es antignostico y nunca menciona a un Jesús histórico.
- Los cristianos literalistas de comienzos del siglo II atacan a Pablo porque, según afirman, «contradice» la enseñanza verdad era y es el «adversario» de Jesús.

- Pablo nació en Tarso, importante centro de los misterios paganos, y con frecuencia utiliza términos místicos en sus epístolas. Incluso dice ser un «administrador de los misterios de Dios», que es el término que se usa para referirse a un sacerdote de los misterios paganos de Serapis. Pablo cita a sabios paganos y enseña doctrinas paganas.

- Cuando se traducen como es debido, las epístolas de Pablo revelan un fuerte contenido gnóstico. Pablo emplea con regularidad términos que son propios del gnosticismo. Es un maestro de una iniciación pneumática. Viajó de forma mística al tercer cielo. Predica que Jesús vino sólo «en una carne semejante». Desdeña la religión externa. Dice que las Escrituras son «alegorías». Rechaza la ley de Jehová, a quien llama «el mediador» y «el dios de este mundo».

- Mientras que los literalistas veían la resurrección como la promesa de que saldrían de sus tumbas y experimentarían la inmortalidad del cuerpo después de la segunda venida, Pablo difunde la doctrina gnóstica que dice que la resurrección es una experiencia mística que puede tenerse aquí y ahora.

- El gran secreto que Pablo afirma ser capaz de revelar no es que Jesús estuvo realmente en la Tierra, sino la revelación mística de «Cristo en ti».

- Los gnósticos decían que, al igual que los evangelios, las epístolas de Pablo encerraban enseñanzas secretas cifradas. Pablo enseñaba de «dos maneras a la vez»: los misterios exteriores a los iniciados psíquicos y los misterios interiores a los iniciados pneumáticos. Las epístolas de Pablo pueden interpretarse de diferentes formas porque estaban concebidas para hablar a diferentes niveles simultáneamente.

- Pablo se desanima al ver que sus discípulos no están preparados para abandonar el cristianismo «elemental» y avanzar hacia un nivel más profundo.

Todos los datos de que disponemos llevan a pensar que Pablo era en verdad gnóstico, lo cual es justamente lo que desde el principio afirmaban los propios gnósticos. Con todo, pensándolo bien, nos pareció que llamar a Pablo gnóstico era, en cierto sentido, engañoso. Cuantas más vueltas dábamos a los datos que habíamos descubierto, más nos parecía que, en realidad, aplicar los términos «gnóstico» y «literalista» al cristianismo del siglo I no tenía sentido. De las epístolas de Pablo se desprende claramente que la comunidad cristiana de este período estaba profundamente dividida, pero el cisma no era entre gnósticos y literalistas, como ocurriría a finales del siglo II. Pablo no está ni en contra ni a favor de los gnósticos, porque en su tiempo el gran cisma entre gnósticos y literalistas aún no se había producido.

En tiempos de Pablo, las corrientes del pensamiento que se convertirían en el gnosticismo y el literalismo coexistían en armonía bajo la forma de las enseñanzas interiores y exteriores de los misterios de Jesús. La batalla teológica en la que participa Pablo es entre los iniciados en los misterios de Jesús que quieren mantener una identidad tradicional y típicamente judía y los que, al igual que él mismo, desean que sus nuevos misterios sean totalmente

«modernos» y cosmopolitas.

Pablo presenta todas las características que esperaríamos encontrar en un iniciado en los misterios de Jesús, lo cual era una clara confirmación de la tesis de los misterios de Jesús. Cuando una teoría es verdadera, todo empieza a encajar. Nuestra nueva visión de los orígenes del cristianismo explicaba los datos que teníamos, poseía coherencia interna, una hermosa sencillez y una maravillosa ironía. No obstante, aún había algo que nos preocupaba.

La tesis de los misterios de Jesús sugería que los judíos habían creado su propia versión de los antiguos misterios con Jesús como su Osiris-Dioniso. ¿Cómo pudo suceder esto? La historia tradicional presenta a los judíos como un pueblo cerrado, separado y distinto de las otras culturas mediterráneas, de un nacionalismo acérrimo y fanáticamente devoto de su religión, extremadamente leal a su dios único, Jehová, y totalmente hostil al paganismo de sus vecinos. Vistas las cosas desde esta perspectiva, la idea de que los judíos pudieron adoptar los misterios paganos parece impensable. Y lo sería, si alguna de estas cosas fuera cierta.

NOTAS

*.- E. Pagels, 1979, p. 62. Clemente, *Stromata* 7.17, deja constancia de que los gnósticos afirmaban que Teudas –Teudas fue el Maestro de Valentín (nota de H+A)- había recibido enseñanzas secretas de Pablo, los «misterios más profundos» que Pablo guardaba en su enseñanza pública y sólo impartía a unos cuantos discípulos en secreto.

*.- En la época moderna se han investigado las colecciones más antiguas de epístolas de Pablo, todas las cuales contienen prólogos. Siete de ellos se parecen tanto que hacen pensar en un origen común, y como consideran que Pablo es el «apóstol verdadero» y su contenido es muy anti judío, actualmente se cree que son obra de seguidores de Marción. Estos siete prólogos van unidos a las mismas epístolas paulinas que también ahora se aceptan como auténticas y se sabe que las iglesias a las que van dirigidos eran baluartes marcionistas a mitad del siglo n. Todo esto induce a pensar que Marción, como afirmaba él, era realmente el heredero de Pablo. Al aumentar hasta trece el número de epístolas de Pablo, fue necesario escribir otros prólogos. Estas «obras burdas» se han fechado en los siglos IV y V.

*.- En el Apocalipsis de Pablo se describen las visiones del apóstol en diez cielos -siete inferiores y tres supernos-, no sólo el tercero que Pablo describe en la carta a los Corintios. Otro texto, la *Hipóstasis de los arcontes*, llama a Pablo «el Gran Apóstol» y explica su enseñanza en Colosenses, 1, 13, sobre el «poder de las tinieblas», véase Robinson, p. 163. El texto explica que se trata de los planetas y las estrellas que controlan la suerte y el destino, justamente lo que Pablo piensa que son.

*.- Lüdemann, 1995, pp. 198-199, llama a estas falsificaciones «insensatas», ya que sólo consiguen «llamar la atención sobre las luchas» entre los gnósticos y la Iglesia ortodoxa por hacer suya la poderosa figura de Pablo. El autor de 2 Tesalonicenses, en un patético intento de sugerir autenticidad, escribe: «El saludo va de mi mano, Pablo. Ésta es la firma en todas mis cartas; así escribo». Se trata de una de las numerosas añadiduras a las epístolas de Pablo que hicieron los escribas, normalmente para lanzar amenazas contra los disidentes. Véase I Corintios, 16, 21, donde el autor tranquiliza al lector diciendo: «El saludo va de mi mano, Pablo». La más ridícula se encuentra en Gálatas, 6, 11-18, donde un escriba se embarca en una polémica contra los judíos, pero la introduce con las supuestas palabras de Pablo: «Mirad con qué letras tan grandes os escribo de mi propio puño».

*.- En relación con las epístolas paulinas, Lüdemann escribe: «Generalmente, los estudiosos están de acuerdo en que de las trece epístolas que existen, siete son auténticas (Romanos, I y 2, Corintios, Gálatas, Filipenses, I Tesalonicenses y Filemón), mientras que las demás fueron redactadas por discípulos posteriores y atribuidas al apóstol». Véase G. A. Wells, 1975, p. 17, que hace referencia al testimonio de Schmithal, según el cual todas las principales epístolas paulinas, aparte de Gálatas, también son invenciones. En los primeros tiempos de la Iglesia, los adversarios de Pablo no tenían inconveniente en alterar las epístolas del apóstol. Tanto Ireneo como Tertuliano, por ejemplo, citan la Epístola a los Gálatas pero omiten la palabra «no» en un pasaje clave, con lo cual el significado de lo que dice Pablo deja de ser negativo y se convierte en positivo.

*.- L. Wilson, 1984, p. 154. Pruebas efectuadas con ordenadores han confirmado la sospecha que desde hace tiempo tenían los eruditos en teología consistente en que el autor de las epístolas a Timoteo y Tito no fue Pablo.

*.- E. Pagels, 1975, p. 5. Los gnósticos valentinianos citan sólo Romanos I y 2, Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosenses, I Tesalonicenses y Hebreos. Esta lista se corresponde exactamente con la colección paulina autenticada más antigua que se conoce y que procede de Alejandría.

*.- Pagels señala que es sorprendente que Ireneo empiece su tratado *Adversus haereses*, que afirma «la autoridad de los apóstoles para oponerse a los gnósticos, citando tanto a Timoteo como a Tito», véase E. Pagels, *op. cit.*, p. 5. También habla de la actitud defensiva que Tertuliano adopta ante el asunto y dice que es instructiva. Señala que los herejes se han atrevido a impugnar la validez de las pastorales pero insiste en que «el mismo Pablo» que escribió Gálatas también escribió Tito.

*.- E. Pagels, *op. cit.*, p. 163. Las pastorales se llaman así porque se preocupan principalmente por cómo debe organizarse la Iglesia. Como señala Pagels, las epístolas auténticas como «Efesios, Colosenses y Hebreos, en cambio, prácticamente hacen caso omiso del papel de Pablo como organizador de congregaciones eclesíásticas».

*.- W. Barnstone, 1984, p. 445. La compañera de Pablo, Tecla, que bautizaba y

predicaba, formaba parte de una tradición oral muy arraigada en Siria.

*.- Lüdemann señala otros ejemplos de hostilidad a Pablo en el siglo II además de la vigorosa polémica de Clemente. Hechos contiene críticas veladas a Pablo. Según los criterios de Hechos 1,21 y ss., a Pablo no se le puede considerar apóstol porque no estuvo con Jesús en vida de éste y no había visto al Jesús resucitado, véase G. Lüdemann, 1995, pp. 54, 57, 199. Pagels sugiere que los cristianos eclesiásticos quizá hubieran preferido excluir las epístolas de Pablo, «pero era demasiado tarde, ya era un apóstol principal y gozaba de gran consideración», véase E. Pagels, *op. cit.*, p. 161. En las postrimerías del siglo II los literalistas, por tanto, cambiaron de táctica. Las epístolas pastorales 2 Tesalonicenses, 3 Corintios y otros documentos son falsos y se crearon para refutar determinadas doctrinas gnósticas/paulinas en nombre del propio apóstol, véase G. Lüdemann, *op. cit.*, p. 201.

*.- E. Pagels, *op. cit.*, pp. 9-10, y véase p. 161: «Fuentes eclesiásticas que sí hacen referencia a Pablo suelen expresar hostilidad; las Pseudoclementinas sugieren que, inspirado por Satanás, Pablo, al igual que Simón Mago, divide a la comunidad romana encabezada debidamente por Pedro».

*.- Estrabón escribe: «La gente de Tarso se ha dedicado con tanta avidez no sólo a la filosofía, sino también a la educación en general que ha superado a Atenas, Alejandría o cualquier otro lugar que pueda nombrarse donde ha habido escuelas y conferencias de filósofos». Atenodoro de Tarso llegó a ser preceptor del emperador Augusto. A su vez, Atenodoro era discípulo de Posidonio, del que cabe argüir que fue el filósofo más grande del siglo I a.n.e. Pompeyo se desvió en dos ocasiones de sus campañas en Asia Menor para visitar a Posidonio, y Cicerón lo califica de amigo. Es uno de los primeros astrónomos en construir un planetario que, según dice Cicerón, «muestra en sus revoluciones los movimientos del Sol y las estrellas y los planetas, de día y de noche, justamente como aparecen en el cielo», véase Cicerón, *De natura deorum*, 159. En sus viajes a Britania descubrió que la luna gobierna las mareas. Seguramente pensó que era una prueba segura del primer axioma de la astrología, a saber: que los cuerpos celestes tienen un efecto directo en el mundo físico. Todos los conocimientos astronómicos y astrológicos que adquirieron los intelectuales de Tarso, en particular el descubrimiento de la precesión de los equinoccios por parte de Hiparco, que trabajaba en la cercana Rodas, hicieron una aportación importante a las doctrinas del mitraísmo. Fue en esta ciudad donde nació Pablo, en una época en que Tarso se hallaba en la cumbre de su poder y su influencia.

*.- D. Ulansey, *op. cit.*, p. 68. Tarso era la capital de Cilicia, donde, según Plutarco, los misterios mitraicos ya se practicaban en 67 a.n.e. Ulansey opina que es significativo que la aparición del mitraísmo coincida casi exactamente con la vida de Posidonio y tenga lugar en la misma parte del Mediterráneo. El descubrimiento de la precesión de los equinoccios por parte de Hiparco reveló que en el ciclo llamado «gran año» el Sol pasaba de Aries a Piscis en el equinoccio de primavera. La iconografía mitraica representa a Mitra como el dios que hace girar la rueda del gran año y con ello da entrada a la nueva era. Pablo se muestra consciente de «la era que pasa».

*.- Happold, 1963, p. 186; véase también *St Paul and the Mystery of Religions* de H. Kennedy. Todos los términos que emplea Pablo para referirse a los cristianos "maduros" o "perfectos" son variaciones del griego *telete*: "iniciación". «Maduro» es *teleion*, «al nivel de la madurez» es *ten teleioteta*, "el hombre perfecto" es *andra teleion*, «el hombre imperfecto» es *ateles*.

*.- G. A. Wells, 1975, p. 23. El culto alejandrino de Serapis y su consorte, Isis, estaba muy extendido en el mundo grecorromano de entonces. Es muy posible que Pablo fuera un «administrador de los misterios» de Serapis. El emperador Adriano escribe lo siguiente sobre los ciudadanos de Alejandría: "Aquí ves cristianos que adoran a Serapis y adoradores de Serapis que se hacen llamar obispos de Cristo».

Quizá esto aclare un pasaje del Nuevo Testamento que causa confusión entre los estudiosos. En Cencreas, cerca de Corinto, mientras esperaba el momento de embarcar con destino a Éfeso, Pablo «se había cortado el pelo porque tenía hecho un voto». Es una noticia curiosa y no concuerda con la ley judía, que dice que el pelo sólo debe cortarse en Jerusalén. Cerca de Cencreas, sin embargo, había un templo de Isis donde los marineros griegos se cortaban el pelo y lo dedicaban a la diosa bajo el nombre de «Stella Maris» con la esperanza de una travesía sin peligros.

*.- En I Corintios, 15, 36, Pablo usa la más ubicua de las imágenes de los misterios, la siembra y la recolección de las cosechas como símbolo de la muerte y la resurrección místicas de un iniciado. Habla del brote de un grano de trigo como imagen de la resurrección y escribe: "Lo que tú siembras no revive si no muere».

*.- Para Celso era obvio que el cristianismo y el mitraísmo enseñaban la misma doctrina, véase R. J. Hoffmann, 1987, p. 95. Como señala Ulansey, el cristianismo y el mitraísmo eran «religiones hermanas que nacieron al mismo tiempo y en la misma región geográfica». Brandon escribe: «Las numerosas referencias que hace Pablo a los arcontes, los *stoicheia* y los *pleroma* indican que estaba muy familiarizado con los conceptos esotéricos de una jerarquía gnóstica de poderes sobrenaturales».

*.- Romanos, 14, 5: "Éste da preferencia a un día sobre todo; aquéllos considera todos iguales [...] Bien sé [...] que nada hay de suyo impuro; a no ser para el que juzga que algo es impuro, para ése si lo hay». Filipenses, 3, 3: "[...] los que damos culto según el Espíritu de Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús sin poner nuestra confianza en la Carne». Colosenses, 2, 20-22: "¿Por qué sujetaros [...] a preceptos como "no tomes", "no gustes", "no toques", cosas todas destinadas a perecer con el uso y debidas a preceptos y doctrinas puramente humanos?». Como hemos señalado, los gnósticos predicaban la misma libertad respecto de las leyes humanas, especialmente las leyes religiosas. Simón de Samaria citó a Pablo en defensa de su propia libertad y dijo: "Los hombres son salvados por la gracia, y no debido a sus propias obras justas». Los seguidores de Carpócrates se declaraban salvados "por la fe y el amor» y consideraban todas las cosas "ni buenas ni malas en sí mismas, sino

sólo por convencionalismo».

*.- Corintios, 3, 12-18. Las imágenes que Pablo utiliza aquí se parecen de forma asombrosa a los ritos de iniciación en los misterios griegos. Los neófitos llevaban velo, de ahí que les llamasen «novias». En esta etapa se les conocía por el nombre de *mystae*: aquellos con «los ojos cerrados». Sólo en la etapa más alta de la iniciación se quitaban el velo y los *mystae* se convertían en *epoptae*: aquellos que habían «visto». Ésta es la etapa que deberían haber alcanzado los corintios, según insiste Pablo.

*.- Pablo se llama a sí mismo apóstol «entre todos los gentiles» en Romanos, 1, 5 porque es un maestro pneumático de los misterios interiores. Sin embargo, viene a enseñar a los cristianos de todos los niveles, a «los sabios [pneumáticos] y a los ignorantes [psíquicos], véase Romanos, 1, 14.

*.- Citado en E. Pagels, *op. cit.*, p. 59. Asimismo, en su Epístola a los Hebreos, 5, 11-14, Pablo se impacienta porque sus seguidores todavía no están preparados para ir más allá de las enseñanzas elementales. Escribe: «Sobre este particular tenemos muchas cosas que decir, aunque difíciles de explicar, porque os habéis hecho tardos de entendimiento. Pues debiendo ser ya maestros en razón del tiempo, volvéis. a tener necesidad de ser instruidos en los primeros rudimentos de los oráculos divinos, y os habéis hecho tales que tenéis necesidad de leche en lugar de manjar sólido. Pues todo el que se nutre de leche desconoce la doctrina de la justicia, porque es niño. En cambio, el manjar sólido es de adultos; de aquellos que, por costumbre, tienen las facultades ejercitadas en el discernimiento del bien y del mal.

*.- G. Lüdemann, 1995 p. 31. Al parecer, este grupo de apóstatas era lo único que quedaba de la Iglesia de Jerusalén que Dios había preservado tan cuidadosamente de la destrucción en 70 d.n.e. Ireneo no deja ninguna duda de que los ebionitas eran gnósticos, véase G. Lüdemann, p. 247, nota 111. Epifanio nos dice que los ebionitas eran vegetarianos, véase W. Barnstone, 1984, p. 203, y el vegetarianismo se asociaba de forma casi universal con el pitagorismo en el mundo antiguo.

CAPÍTULO - 9

LOS MISTERIOS JUDÍOS

Que los sacerdotes judíos solieran interpretar sus cantos con acompañamiento de la flauta y los tambores, coronados con hiedra, y que en el templo se descubriese una parra de oro, ha hecho que algunos imaginasen que el dios al que adoraban era Dioniso.

TÁCITO

Según la imagen tradicional que tenemos de él, Jesús creció entre pastores y pescadores en un atrasado lugar rural del mundo antiguo. En realidad, en la época en que se supone que vivió Jesús, Judea, al igual que tantos otros países de entonces, ya había adoptado en gran parte la cultura griega y se había «helenizado». A una hora a pie desde Nazaret, en Galilea, donde se supone que se hizo hombre *Jesús*, se hallaba la ciudad helenizada de Séforis, donde había un teatro con un hermoso mosaico de Dioniso. En Gadara, a un día de camino de Nazaret, había una importante escuela de filosofía pagana. Escitópolis, en la frontera meridional de Galilea, era un centro de los misterios de Dioniso e incluso se decía que la había fundado el propio dios hombre.

Jerusalén estaba rodeada de ciudades totalmente helenizadas como, por ejemplo, Larisa y Ascalón, donde nació una larga serie de eminentes filósofos paganos cuya fama llegó hasta Roma. Una escritura judía titulada Libro segundo de los Macabeos dice que el propio templo de Jerusalén fue transformado en un templo griego dedicado a Zeus y que en él se celebraban fiestas en honor de Dioniso. El sumo sacerdote Jasón edificó junto al templo un *gymnasium* de estilo griego -una «universidad» pagana para la educación física, intelectual y espiritual- que evidentemente atraía al clero judío más que sus costumbres tradicionales. Según el Libro segundo de los Macabeos:

Ya los sacerdotes no sentían celo por el servicio del altar, sino que despreciaban el Templo; descuidando los sacrificios, en cuanto se daba la señal con el gong se apresuraban a tomar parte en los ejercicios de la palestra contrarios a la ley.

Este proceso de integración entre las culturas judía y pagana venía sucediendo desde hacía siglos. La historia de los antiguos judíos está llena de repetidas conquistas por parte de otras naciones: los egipcios en 922 a.n.e.; los asirios en 700 a.n.e.; los babilonios en 586 a.n.e.; los griegos bajo Alejandro Magno en 332 a.n.e.; los sirios en 198 a.n.e., y finalmente, en 63 a.n.e., los

romanos, que destruyeron por completo el estado de Judea en 112 d.n.e. El resultado inevitable de estas conquistas fue que los judíos recibieron la influencia cultural de sus conquistadores y se dispersaron por todo el Mediterráneo como esclavos en la llamada «Diáspora». Los que recuperaron su libertad, -se integraron en la civilización pagana e incluso, cuando tuvieron la oportunidad de volver del exilio a su patria, la mayoría optó por quedarse donde estaba.

Los judíos de la Diáspora integraron la espiritualidad pagana con sus propias tradiciones religiosas. En Babilonia, por ejemplo, los judíos se hicieron famosos por la práctica de la astrología. El gran patriarca Abraham mismo era un judío de Babilonia que, según decían, estaba muy versado en las doctrinas astrológicas. A decir verdad, judíos eminentes tales como el historiador Josefo y los filósofos Aristóbulo y Filón defendían una tesis escandalosa, a saber: que Abraham era el inventor de la astrología.

Los judíos llegaron incluso a adoptar los misterios paganos. En Babilonia practicaban los misterios de Tammuz, el Osiris-Dioniso local. En el Antiguo Testamento, el profeta Ezequiel describe cómo las mujeres judías lamentan ritualmente la muerte de Tammuz en la puerta norte del templo de Jerusalén. Según san Jerónimo, en Belén había un bosquecillo umbroso consagrado a Adonis, el Osiris-Dioniso sirio. En Siria se han encontrado sorprendentes símbolos de los misterios paganos pintados al lado de motivos tradicionales judíos en las paredes de la sinagoga. En Asia Menor los judíos equiparaban su dios Jehová con Sabacio, el Osiris- Dioniso frigio. ¡Incluso se nos dice que los judíos fueron expulsados de Roma en 139 a.n.e. porque trataron de introducir los misterios de Sabacio en la ciudad!

El dios de los judíos pasó a llamarse «Iao», que es un antiguo nombre misterioso de Dioniso. En un yacimiento arqueológico que dista menos de 765 kilómetros de Jerusalén se ha encontrado una moneda que representa a Jehová como el fundador de los misterios de Eleusis. De hecho, es escandaloso que muchos autores antiguos, entre ellos Plutarco, Diodoro, Cornelio Labo, Johannes Lido y Tácito, identifiquen repetidamente al dios de los judíos con Dioniso. Un estudioso moderno comenta: «De todos los dioses antiguos, Dioniso era el que de forma más persistente se asociaba con el dios judío de Jerusalén».

La idea de que los judíos estaban unidos en su oposición al paganismo es una ilusión que el cristianismo fomentó para basar luego en ella sus propias pretensiones de ser distinto del paganismo en el plano espiritual. La verdad es que no todos los judíos adoptaron la misma postura ante la cultura pagana. Algunos eran fundamentalistas tradicionales. Otros abrazaron con entusiasmo las costumbres paganas. Muchos intentaron hacer una síntesis de sus propias tradiciones y el paganismo y beneficiarse por partida doble.

LA COSMOPOLITA ALEJANDRÍA

La mayor integración de las culturas judía y pagana tuvo lugar en la ciudad egipcia de Alejandría. Cuando Alejandro Magno conquistó Egipto a finales del siglo IV a.n.e., los judíos le ayudaron en calidad de espías y mercenarios. Fueron recompensados permitiéndoles habitar en su propio barrio de Alejandría, la nueva ciudad que fundó el conquistador. Se registró entonces una migración voluntaria de gran número de judíos a la ciudad, donde gozaban de todos los beneficios de la avanzada cultura pagana. Se cree que hasta la mitad de la población original de Alejandría la integraban judíos.

Desde el primer momento Alejandría fue una *cosmo polis*, esto es, una «ciudad universal». Alejandro había creado un vasto Imperio en el cual el griego se convirtió en la lengua común y personas de todas las razas viajaban a Alejandría para hacerse ciudadanos de la nueva ciudad multirracial. Ptolomeo I, el primer gobernante de Alejandría, decidió crear una pequeña Grecia en Egipto. Bajo su civilizado gobierno se fundaron una biblioteca y un museo que reunían de forma sistemática el conocimiento del mundo antiguo. En su momento de máximo esplendor, la biblioteca albergaba centenares de miles de pergaminos y papiros. Alejandría pasó a ser el mayor centro de saber del mundo antiguo e incluso desbancó a Atenas.

En Alejandría los misterios de Osiris- Dioniso alcanzaron un auge inusitado. El ceremonial místico de Eleusis se amplió hasta convertirse en un espectáculo dramático todavía más espléndido que se interpretaba en muchos actos y en escenarios de varios pisos. A diferencia de los de Atenas, los misterios de Alejandría ni siquiera estaban protegidos por una regla que impusiera el secreto, por lo que cualquier persona podía asistir a estos grandes ritos místicos. Como cabía esperar, un clima tan cosmopolita y tolerante estimulaba la fusión y la combinación de diferentes tradiciones espirituales.

La avanzada cultura pagana de Alejandría hechizaba a los judíos. Los tabúes religiosos impedían a los judíos tradicionales asistir a banquetes públicos, fiestas y representaciones teatrales, todo lo cual estaba asociado con el paganismo. Y Debido a esto no podían aprovechar las inmensas ventajas de la gran civilización que tenían a su alrededor. No es extraño, pues, que un gran número de judíos optase por romper con sus tradiciones y tratara de integrarse en la sociedad pagana. En un período notablemente corto, los judíos abandonaron su propia lengua y adoptaron la universal lengua griega. El arameo y el hebreo continuaron hablándose, porque constantemente llegaban a Egipto inmigrantes judíos que procedían de Judea, pero el griego pasó a ser la lengua dominante, no sólo en las relaciones con otros grupos nacionales que vivían en la ciudad, sino también en el seno de la propia comunidad judía. Hasta se empleaba para celebrar los oficios en la sinagoga y en el culto en familia.

En el siglo II a.n.e., este proceso de asimilación cultural ya había llegado tan lejos que un dramaturgo judío, Ezequiel, ¡reescribió la Escritura judía del Éxodo

como tragedia griega utilizando el lenguaje y el estilo de Eurípides! La intelectualidad judía quería conciliar su fe ancestral con la sabiduría de otros pueblos. Puso en tela de juicio la visión fundamentalista de sus Escrituras como historia literal y empezó a interpretarlas como alegorías místicas. Utilizando esta técnica que tomaron de los sabios paganos, los filósofos judíos pudieron interpretar sus Escrituras de acuerdo con el pensamiento griego. Bajo su influencia, la filosofía judía floreció y los rabinos de Alejandría, a los que se dio en llamar «luz de Israel», eran muy estimados por los judíos de todas partes.

A ojos de los fundamentalistas judíos, su dios, Jehová, era una deidad tribal que a lo largo de la historia los había ayudado a vencer a sus opresores y que se oponía rotundamente al paganismo. Para los judíos helenizados de Alejandría, en cambio, Jehová era un Dios universal, idéntico a la visión platónica de la suprema unicidad.

Para que los demás judíos no les acusaran de abandonar sus propias tradiciones, ¡los judíos helenizados empezaron a afirmar que la filosofía pagana era originalmente judía!. Hermipo declaró que Pitágoras había recibido su sabiduría de los judíos, Aritóbulo desarrolló esta absurda idea y anunció que Platón y Aristóteles habían copiado cosas de Moisés. Artapano escribió una fantasía histórica en la cual equiparaba a Moisés con Hermes Trismegisto, el mítico fundador de los misterios egipcios, y con Museo, el también mítico fundador de los misterios griegos. Pese a ser absurdas, gracias a estas ideas a los judíos les resultaba más fácil conservar su dignidad nacional al tiempo que adoptaban la filosofía de sus vecinos paganos y participaban en la sociedad cosmopolita.

ESCRITURAS JUDÍAS HELENIZADAS

Al atribuir una ascendencia judaica a los misterios paganos, los judíos helenizados representaban el paganismo y el judaísmo como partes, en esencia, de la misma tradición religiosa. De esta forma quedaba justificada la introducción de conceptos y filosofía paganos en el judaísmo. En el siglo II, las Escrituras hebreas se tradujeron al griego bajo la influencia de la filosofía platónica. Los judíos helenizados también escribieron varios textos espirituales nuevos que demuestran la interpenetración de las ideas judías y paganas. A estas obras, que fueron escritas entre el Antiguo Testamento judío y el Nuevo Testamento cristiano, se las llama «intertestamentales».

La Carta de Aristeas, por ejemplo, equipara a Jehová con Zeus y aboga por la armonía entre judíos y griegos, a los que presenta compartiendo una única cultura y una única visión de la vida buena.

Refiriéndose a un texto parecido, el Libro cuarto de los Macabeos, un estudioso moderno escribe:

Este texto es un prodigio de contradicciones o quizá deberíamos decir de resolución de contradicciones. La dirige ostensiblemente contra un tirano griego, Antíoco IV, un devoto judío ortodoxo, pero la escribió en un griego exquisito un filósofo formado en el pensamiento griego, y sus métodos de argumentación son los de Sócrates.

Los Libros de Henoc también utilizan motivos paganos. Estas Escrituras fueron atribuidas al antiguo patriarca judío Henoc, pero los judíos helenizados convierten a Henoc en una gran figura mitológica que se equipara con el legendario sabio egipcio Hermes Trismegisto. Un estudioso señala: «En su maravillosa y trascendente visión poética, estos documentos contienen historias y preocupaciones universales que los relacionan con otros grandes mitos del mundo antiguo».

En esta «literatura sapiencial» intertestamental la humanidad ya no aparece dividida en judíos y gentiles, sino más bien en «sabios y necios». Hace hincapié en la piedad espiritual en lugar de en la obediencia a las leyes de Moisés y presenta a Jehová no como un dios judío, sino como Señor de toda la Tierra.

Los judíos crearon incluso su propia versión de los *Oráculos sibilinos*. Los oráculos paganos originales se atribuyeron a la sibila, una profetisa que, según se creía, tenía siglos de edad y, cuando estaba en éxtasis, pronunciaba las palabras de Dios. En el siglo II a.n.e., un judío alejandrino inventó la figura de una sibila judía y redactó sus dichos en hexámetros griegos perfectos.

La literatura intertestamental judía suele personificar la sabiduría como Sofía, igual que los antiguos paganos. Un estudioso moderno señala que esto «es totalmente griego y no tiene equivalente en la teología judía ortodoxa». La Sofía judía aparece ya en el siglo III a.n.e., momento en que se la presenta como consorte de Dios en el Libro de los Proverbios. Tres siglos más tarde, haciéndose eco de las doctrinas místicas paganas, el filósofo judío Filón dijo que Moisés era «el hijo de padres incorruptibles y totalmente libre de mancha, siendo su padre Dios, que es también Padre de todos, y su madre Sofía, por mediación de la cual nació el universo». Para Filón, como para los gnósticos, Sofía es «la madre del logos». El papel fundamental que dan a la divinidad femenina los filósofos paganos, los judíos helenizados del período intertestamental y, más adelante, los gnósticos, es un claro testimonio de una línea directa de evolución que vincula estas tres tradiciones unas con otras.

LOS MISTERIOS DE MOISÉS

Es obvio, pues, que los judíos helenizados querían integrar la sabiduría de

los misterios paganos con sus propias tradiciones espirituales. Pero ¿crearon una versión específicamente judía de los misterios como predice la tesis de los misterios de Jesús?

Las claves que necesitamos para responder a esta pregunta se hallan en las obras de Filón de Alejandría (20 a.n.e. - 40 d.n.e.), respetado líder y famoso filósofo judío. Filón era devoto de su origen judío, pero también estaba completamente helenizado y obsesionado con la filosofía pagana. Al escribir sobre los filósofos, se refiere a ellos como una hermandad internacional de ciudadanos del mundo que «habitan en el cosmos, que es su ciudad», todos parecidos, y afirma en tono elogioso:

Estos hombres, aunque relativamente pocos en número, mantienen viva la chispa de la sabiduría en secreto, en todas las ciudades del mundo, con el fin de que la virtud no sea sofocada de forma absoluta y desaparezca para el género humano.

Entre los antiguos, Filón veneraba de forma especial a Pitágoras y a su seguidor Platón, al que llamaba «el grande» y «el más sagrado». Clemente de Alejandría llama a Filón «el Pitagórico». Al igual que todos los seguidores de Pitágoras, Filón estaba muy versado en música, geometría y astrología, además de en la literatura griega de todas las épocas. Asimismo, al igual que otros pitagóricos, estaba inmerso en el misticismo de los misterios paganos.

Filón se vale de lo que denomina «el método de los misterios» para revelar que las Escrituras judías son alegorías que encierran enseñanzas espirituales secretas. Interpreta el relato «histórico» de Moisés y el Éxodo como una metáfora mística de la senda que atraviesa este mundo hasta llegar a Dios. En este viaje el guía es la conocida figura pagana del «logos». Para Filón, como para los sabios de los misterios, el logos es «el único y amado Hijo de Dios». Al igual que los sabios de los misterios, enseña que las maravillas del mundo visible están pensadas para llevar a los seres humanos a la experiencia de la unión mística con Dios.

Filón no sólo adoptó la filosofía de los misterios, sino que afirmaba que él mismo era un iniciado, pero no en los misterios paganos. Instaba a los judíos a no participar en iniciaciones paganas, ya que ellos tenían sus propios misterios específicamente judíos: ¡los misterios de Moisés!. Según Filón, Moisés era el gran iniciador, «un hierofante del ritual y maestro de lo divino». Filón también se llama a sí mismo hierofante e iniciador en los misterios judíos. Escribe sobre «enseñar iniciación a los iniciados merecedores de las iniciaciones más sagradas». Como en los misterios paganos, sus iniciados formaban una secta mística secreta y tenían la obligación de ser moralmente puros. Como en los misterios paganos, juraban no revelar nunca «los verdaderos misterios sagrados» a los no iniciados, para evitar que los ignorantes representaran erróneamente lo que no comprendían y expusieran así los misterios a las burlas del vulgo.

Para Filón, iniciarse era entrar en un mundo nuevo, un país invisible, el mundo de las ideas donde «la mente purificada podía contemplar la naturaleza

pura e inmaculada de aquellas cosas que son invisibles y sólo la inteligencia puede percibir». Como en los misterios paganos, el propósito era que el iniciado se transformase en un ser divino por medio de la experiencia del éxtasis religioso. A la manera de los misterios, Filón escribe sobre *enthousiazein* (ser divinamente inspirado), *korubantian* (ser místicamente frenético), *bakeuein* (ser presa de locura divina), *katechesthai* (estar poseído por la deidad) y *ekstasis* (éxtasis). Compara el éxtasis de los iniciados en los misterios judíos con la inspiración profética y también con el frenesí divino de los iniciados en los misterios de Dioniso y escribe:

Salid de vosotros mismos llenos de frenesí divino como los poseídos en los ritos místicos de Dioniso, y poseídos por la deidad a la manera de la inspiración profética. Porque cuando la mente ya no es independiente, sino embelesada y frenética a causa de la pasión celestial, ésta es vuestra herencia.

¿LOS PRIMEROS CRISTIANOS?

Gracias a un extraño capricho de la historia, las obras de Filón se salvaron de la destrucción en masa de textos antiguos que llevó a cabo la Iglesia romana. El obispo Eusebio, el propagandista de la Iglesia del siglo IV, encontró pocos datos para construir una historia del cristianismo, así que se apoderó ansiosamente de una descripción de un grupo de judíos llamados terapeutas que encontró en una de las obras de Filón. Filón describe la fiesta de primavera de dicho grupo y sus palabras hacen pensar en la celebración de la Pascua cristiana, por lo que Eusebio afirmó que había descubierto a los cristianos más antiguos en Alejandría. Aseveró que los dignatarios de los terapeutas fueron los primeros obispos, sacerdotes y diáconos, y que a nadie se le puede escapar que aquellos hombres eran los primeros cristianos.

Por supuesto, también los paganos celebraban en primavera su fiesta del dios hombre que muere y resucita, así que la suposición de Eusebio es injustificada. Filón escribió sobre los terapeutas en 10 d.n.e., es decir, veinte años antes de la supuesta fecha de la crucifixión, de modo que, sin temor a equivocarnos, podemos concluir que los terapeutas no son los antiguos cristianos literalistas que Eusebio quiere hacernos creer que eran. Pese a ello, es muy posible que Eusebio tuviera razón de una manera que él nunca hubiese querido, lo cual resulta irónico. Porque es claro que los terapeutas son un grupo de judíos que practica una versión judía de los misterios paganos, exactamente el tipo de grupo que, según propone la tesis de los misterios de Jesús, sintetizaba la historia de Jesús partiendo de los mitos de Osiris-Dioniso.

Sabemos que los terapeutas eran judíos porque celebraban la fiesta de Pentecostés y guardaban santa y religiosamente el sábado. Por lo demás, sin embargo, parecían una comunidad pitagórica. Como los pitagóricos, los terapeutas vestían de blanco, compartían todos *sus* bienes y admitían a las mujeres como a iguales porque «poseían el mismo deseo ansioso y habían

tomado la misma decisión deliberada que los hombres», Filón nos habla de los terapeutas en un libro titulado *De la vida contemplativa*. «La vida contemplativa era una expresión que utilizaban los pitagóricos en todo el mundo antiguo para describir el estilo de vida que se llevaba en sus comunidades monásticas.» De hecho, Filón nos dice que los terapeutas eran una «raza de hombres que se encuentra en muchas partes del mundo habitado, tanto en el mundo griego como en el no griego, y que comparte el bien perfecto».

Como ya hemos comentado, el propio Filón era conocido como «el Pitagórico» y, al escribir sobre los terapeutas, empleaba el lenguaje de las matemáticas místicas que es característico de los seguidores de Pitágoras:

En primer lugar, se juntan todos al finalizar cada séptima semana, porque veneran no sólo el período sencillo de siete días, sino también el período del cuadrado de siete, porque saben que el siete es puro y siempre virgen. Así pues, su fiesta del séptimo día es sólo un prelude de la mayor de sus fiestas, que se asigna al quincuagésimo, el más santo y natural de los números, la suma de los poderes del triángulo rectángulo perfecto, al que han designado el origen de la generación de los elementos cósmicos.

Al igual que los antiguos sabios paganos, Filón contrasta la adoración poco inteligente de los aspectos externos por parte de la gente mal instruida en todas las religiones con la adoración del Dios verdadero por parte de quienes, al igual que los terapeutas, siguen la vida contemplativa. Los terapeutas, como los iniciados paganos, consideraban que la interpretación literal de sus escrituras era sólo una cubierta exterior que ocultaba un significado místico secreto. Creían que: «La exégesis de los escritos sagrados trata el significado interior de la alegoría». Filón escribe:

Todo el intervalo comprendido entre el amanecer y el atardecer lo dedican a su ejercicio. Toman los escritos sagrados y pasan su tiempo filosofando e interpretando alegóricamente su código ancestral, porque piensan que las palabras del significado literal son símbolos de una naturaleza oculta que sólo el significado subyacente explica.

Filón llega a comparar específicamente la llamada divina que recibían los terapeutas con el entusiasmo místico que experimentaban los iniciados en los misterios de Dioniso:

No asisten al oficio divino empujados por la costumbre, los consejos o la llamada de alguien, sino transportados por el amor celestial, como los iniciados en los misterios de Dioniso; anhelan ardientemente a Dios hasta que contemplan el objeto de su amor.

Filón describe el encuentro de grupos distintos de hombres y mujeres en los ritos de los terapeutas:

Cuando cada grupo ha celebrado el banquete aparte de los demás, bebiendo del néctar que complace a Dios, del mismo modo que en los ritos de Dioniso los hombres beben el vino sin mezcla, se unen y los dos grupos forman

un coro, a imitación del coro que se juntó a orillas del mar Rojo a raíz de las obras maravillosas que allí se habían hecho.

Que Filón pueda comparar en una sola oración a los terapeutas con los iniciados en los misterios de Dioniso y también con los seguidores de Moisés a orillas del mar Rojo muestra el grado de integración de las tradiciones pagana y judía. Estos pasajes no nos permiten dudar de que ciertos judíos habían abrazado el paganismo y, al combinado con el judaísmo, habían producido una versión específicamente judía de los misterios antiguos.

Así pues, hemos encontrado aquí exactamente el tipo de comunidad que podría haber producido los misterios de Jesús. Y esta comunidad vive justamente donde era de esperar que viviese: cerca del gran crisol de las culturas pagana y judía, en Alejandría.

Filón nos dice:

En Egipto hay multitudes de ellos en todas las provincias, y en especial alrededor de Alejandría. Porque los que están más avanzados en todo llegan como colonizadores, por así decirlo, a la patria de los terapeutas, a un lugar que es excepcionalmente idóneo, situado en un banal bastante elevado desde el que se divisa el lago Mareotis, directamente al sur de Alejandría.

El lago Mareotis dista unos cuantos kilómetros del lugar donde, quinientos años antes, Herodoto había presenciado la celebración de los misterios de Osiris ante decenas de miles de personas. Filón nos dice que en este lugar los terapeutas también eran «iniciados en los misterios de la vida santificada» y, justamente como los sabios de los misterios paganos hicieron antes que ellos y los cristianos gnósticos harían después, trataban de experimentar directamente «lo que es mejor que el bien y más puro y más antiguo que el uno».

CONCLUSIÓN

Aunque puede que al principio pareciese improbable que los judíos adoptaran los misterios paganos, resulta claro que eso es exactamente lo que sucedió. Esto no parecería tan extraordinario si nuestra cultura cristiana no presentase a los judíos como distintos y opuestos a las civilizaciones paganas que los rodeaban por todas partes. Las demás culturas del Mediterráneo habían abrazado los misterios. Era inevitable que, antes o después, los judíos helenizados también integraran este misticismo universal en el judaísmo. Repasemos algunos de los datos:

- Las culturas pagana y judía se han encontrado e integrado durante toda la historia.

- En la época en que se supone que vivió Jesús, Galilea estaba rodeada de ciudades helenizadas, en las que había eminentes filósofos paganos y centros de los misterios de Dioniso.
- En Babilonia los judíos eran famosos por su conocimiento de la astrología pagana y practicaban los misterios de Tammuz. El Antiguo Testamento dice que los judíos practicaban estos misterios en la misma Jerusalén. Los judíos asociaban a Jehová con Osiris-Dioniso y fueron expulsados de Roma por introducir los misterios de Sabacio.
- Los judíos adoptaban la lengua griega, ingresaban en *gymnasia* griegos, reescribieron el Éxodo como obra teatral de estilo griego, tradujeron las Escrituras judías bajo la influencia de la filosofía pagana y produjeron nuevas Escrituras en las que se combinaban temas judíos y paganos.
- Los filósofos judíos afirmaban que los filósofos griegos habían recibido su sabiduría de Moisés, el profeta del Antiguo Testamento, por lo que presentaban el paganismo y el judaísmo como, en esencia, partes de la misma tradición religiosa.
- Filón el Pitagórico afirmaba ser un hierofante en los misterios de Moisés, que se parecen a los misterios paganos.
- Los terapeutas son pitagóricos judíos. - Al igual que los iniciados en los misterios paganos, los terapeutas creían que sus mitos encerraban verdades místicas secretas.
- Filón compara a los terapeutas con los seguidores de Dioniso.
- Los terapeutas vivían a orillas de un lago cerca de Alejandría, donde los misterios de Osiris se celebraban desde hacía siglos.

¿Los terapeutas alejandrinos eran protocristianos? Alejandría era el centro del misticismo pagano en las postrimerías de la antigüedad, su población judía era la más numerosa fuera de Judea y fue la ciudad de los más grandes maestros de la gnosis cristiana durante los primeros siglos de nuestra era. Clemente nos dice que fue aquí donde se escribió el Evangelio de Marcos, el más antiguo de los del Nuevo Testamento. Es el lugar más indicado para la creación de los misterios de Jesús.

Después de crear su versión propia de los misterios antiguos, ¿dieron los terapeutas el paso que era lógico que diesen? ¿Adoptaron también el mito místico de Osiris- Dioniso y lo convirtieron en la historia de un dios hombre judío que moría y resucitaba y se llamaba Jesús? La respuesta es sencillamente que no lo sabemos. Sin embargo, que los misterios fueran practicados por judíos es una razón convincente para pensar que algún grupo parecido de iniciados judíos, muy posiblemente los propios terapeutas, creó la historia de Jesús.

La sabiduría mística de los misterios estaba cifrada en el mito de Osiris-

Dioniso. No cabe duda de que, después de crear una forma específicamente judía de los misterios, resultaría difícil resistir la tentación de adaptar también este gran mito antiguo. Los judíos helenizados habían reescrito el Éxodo como una obra de teatro parecida a las de Eurípides. ¿Por qué no iban a reescribir también *Las bacantes* de Eurípides, en la cual Dioniso llega a Tebas, como una tragedia judía en la que el dios hombre llega a Jerusalén?

A estas alturas ya estábamos totalmente convencidos de que la tesis de los misterios de Jesús era la única explicación verosímil de todos los datos que teníamos ante nosotros. Pero había aún unas cuantas preguntas intrigantes que no tenían respuesta. Sabíamos que el relato de Jesús era un mito, pero ¿cómo se había llegado a interpretar como historia? ¿De qué manera se había convertido el Cristo mítico de Pablo en el hombre de Nazaret que se presenta en los evangelios? Las historias paganas sobre el dios que muere y resucita no pretendían relatar hechos reales, así que, ¿por qué se presentó la historia de Jesús como una biografía literal?

Con el fin de responder a estas preguntas decidimos deconstruir el mito de Jesús, descubrir cómo se había creado y cómo había llegado a considerarse historia. Nos dimos cuenta de que la clave para comprender su construcción es reconocer algo tan obvio que es asombroso que se haya pasado por alto con tanta facilidad. El héroe del mito místico judío es un personaje compuesto. Jesús es una síntesis de dos figuras míticas que ya existían: el dios hombre pagano y el Mesías judío.



Lámina 1

Sarcófago del mármol del S. II ó III d.n.e. Un anciano trae al niño santo Dioniso una cruz grande que augura su destino final. Los atenienses llevaban una cruz de esta clase por las calles de su ciudad durante una fiesta de tres días en la que celebraban la muerte y la resurrección del dios hombre pagano.



Lámina 2

Mosaico de la Casa de Dioniso en Pafos, Chipre, c.siglo IV d.n.e. Puede que este niño divino con halo se parezca al niño Jesús, pero en realidad es el salvador pagano Osiris-Dioniso.



Lámina 3

Molde de yeso de un anillo-amuleto del siglo III d.n.e. Se trata de un molde de yeso de un amuleto que se guardaba en el Museo de Berlín y se perdió durante la Segunda Guerra Mundial. Aunque parece que lleva la imagen de Cristo crucificado, en realidad representa la pasión del dios hombre pagano Osiris- Dioniso.

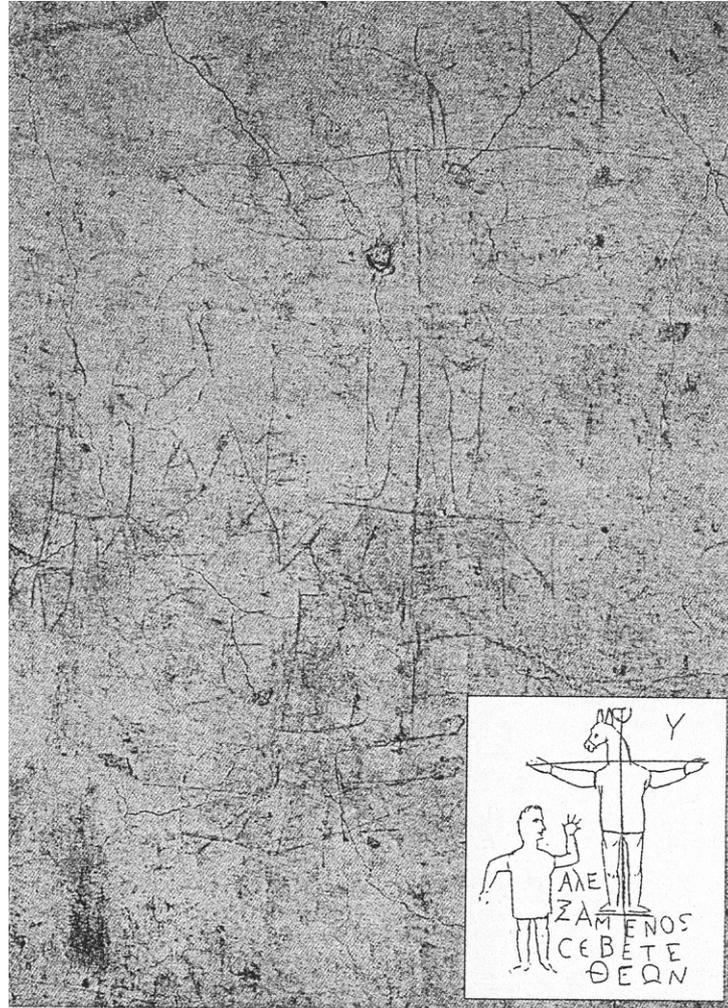


Lámina 4

Talla en una columna en Roma, entre 193 y 235 d.n.e. Un iniciado en los misterios paganos contempla la crucifixión de un hombre con cabeza de mulo, que representa su naturaleza “animal” inferior y que el hombre ha ejecutado en el proceso de iniciación para poder resucitar espiritualmente.

NOTAS

* - Tácito, *Historias*, Libro 5.5, 274. Tácito hace referencia a Dioniso empleando su nombre romano de Líber.

* - V. D. Macchioro, 1930, pp. 188 y ss.: «Judea se hallaba rodeada de religión dionisiaca. Monedas fenicias de Sidón, Berito y Ortosia muestran una figura divina parecida al dios fenicio Esmum representado como Dioniso. Los nabateos, cuyo dominio se extendía de Arabia a Damasco, adoraban a un dios llamado Dusares que, al parecer, era el Dioniso órfico. En la época de Jesús, Asia Menor estaba llena de hermandades órficas llamadas *speirai*. Tarso conocía muy bien los mitos y los credos órficos y rendía culto a Sandan, un dios que moría y resucitaba y tenía cierto parecido con el Dioniso órfico. En conjunto, en el último siglo antes de Cristo, Judea estaba rodeada por un cinturón dionisiaco y órfico». En las excavaciones de antiguas tumbas palestinas se han encontrado numerosos talismanes con nombres judíos junto con figuras de los dioses de Egipto, Siria y Babilonia, véase J. Campbell, 1964, p. 274.

* - L. H. Martin, 1987, p. 110: «La sorprendente aparición de símbolos dionisiacos-órficos en el siglo III d.n.e. en pinturas murales de la sinagoga de Dura-Europos, en el este de Siria, confirma que las referencias de Filón a símbolos e imágenes báquicos en un contexto judío (los terapeutas) no eran anomalías de algún grupo marginal egipcio-judío. De hecho, algunos identificaban el dios judío con Sabacio, antigua deidad tracio-frigia que la mayoría de las veces se identificaba con Dioniso».

* - G. R. S. Mead. 1906, p. 534. Al preparar la versión griega del Antiguo Testamento, los judíos tradujeron el impronunciable nombre de YHVH por Yahaveh (Jehová) añadiéndole las vocales de Adonis. Es probable que al principio este nombre vocálico fuera un secreto, pero es obvio que en el siglo I a.n.e. ya era muy conocido. En 50 a.n.e. Diodoro de Sicilia escribe: «Entre los judíos, Moyses [sic] refería sus leyes al dios al que se invoca como lao», véase Libro 1.94. En Grecia e Italia el nombre misterioso arcaico de Dioniso era «lacho», del cual se deriva «lakkos» en Grecia y «Bacchus» en Italia. Dunlap sugiere que lacho se pronunciaba con la «ch» muda, como en «loch». Si hay realmente algún parentesco lejano entre lao o lacho sigue siendo un asunto que se ha estudiado poco, pero sin duda esta ecuación brindó a los judíos de la Diáspora otra oportunidad de probar la antigüedad de su religión y sugerir que los misterios griegos se derivaban de ellos.

* - M. Hengel, 1980, p. 102. Lane-Fox también da cuenta de la opinión generalizada de que los judíos adoraban a Dioniso bajo otro nombre.

* - S. Angus, 1925, pp. 19-20: «El sincretismo religioso, en enorme escala, fue resultado directo de la mezcla de razas que tuvo lugar bajo Alejandro. Todas las religiones misteriosas eran sincréticas. El sincretismo religioso era propiciado por la ausencia casi total de intolerancia, por la demanda universal de dioses

salvadores, por la existencia de una lengua común y por una mezcla de razas como la que hoy sólo se encuentra en los Estados Unidos. Esta tendencia al sincretismo se hizo más intensa bajo el Imperio romano. Preparó el camino para el largo dominio de los cultos orientales sobre Occidente y para el éxito del propio cristianismo».

* - S. Angus, *op. cit.*, pp. 22 y ss. Esto llevó también al antisemitismo entre los griegos, a quienes ofendía semejante exclusividad. El antisemitismo empezó en el siglo III a.n.e., pero ya era endémico en el período romano.

* - Refiriéndose a las escasas inscripciones judías en arameo o hebreo en Egipto, en comparación con los centenares que existen en griego, Hengel escribe: «Es asombroso ver con qué rapidez los judíos del Egipto ptolemaico abandonaban su arameo habitual y adoptaban el griego. La versión del Antiguo Testamento llamada de los Setenta es prueba de este cambio fundamental. Sólo los nombres en las lápidas de tumbas de finales del período ptolemaico y principios del romano en Alejandría revelan que sus propietarios eran judíos. Por lo demás, hablan de conceptos totalmente paganos de la otra vida, la Moira, que trae la muerte, el Hades con sus tinieblas eternas y el lúgubre descenso al Lete. Véase M. Hengel, 1980, p. 101.

* - S. Angus, *op. cit.*, p. 30: «Los judíos de la Diáspora leían literatura griega, hablaban griego, usaban el griego en los oficios de las sinagogas y en el culto familiar, a la vez que los griegos, que eran gente inquisitiva, no tenían inconveniente en estudiar un nuevo culto. Estas dos fuerzas espirituales, la religión de Israel y el pensamiento de Grecia, se encontraron en Alejandría, la capital de la Diáspora occidental y del helenismo».

CAPÍTULO - 10

EL MITO DE JESÚS

Mi definición favorita de la religión dice que es «una mala interpretación de la mitología». Y la mala interpretación consiste exactamente en atribuir referencias históricas a símbolos que hablando con propiedad son espirituales.

JOSEPH CAMPBELL

Al introducir los misterios egipcios en Grecia, Pitágoras y sus seguidores no se limitaron a instaurar el culto de Osiris. Los misterios de Osiris contenían doctrinas que eran profundamente heréticas en la Atenas del siglo V a.n.e., en especial la idea de que un dios podía morir. Así pues, para evitar que los persiguieran por introducir una superstición extranjera, los pitagóricos transformaron a una deidad menor griega, Dioniso, en una versión griega de la poderosa figura de Osiris: los misterios egipcios se introdujeron bajo una forma que parecía autóctona de Grecia. Este método lo adoptaron todas las culturas mediterráneas que abrazaron los misterios. También ellas transformaron una deidad autóctona en el dios hombre que moría y resucitaba.

Una comunidad pitagórica judía, como, por ejemplo, los terapeutas de Filón, que deseara introducir los misterios antiguos entre los judíos hubiera tropezado con problemas muy parecidos a los que encontraron los pitagóricos cinco siglos antes. Para que los judíos comprendieran con facilidad los misterios hacía falta una figura mito lógica autóctona que pudiera transformarse en un Osiris-Dioniso judío.

Los judíos habían prescindido de todos los dioses y diosas y adoraban a un Dios único, Jehová. Pero si bien Jehová podía equipararse con la suprema unicidad de Platón, no tenía, como los dioses paganos, una biografía mitológica que pudiera adaptarse para convertirla en el mito de Osiris- Dioniso. A diferencia de otras culturas, los judíos carecían de deidades menores, de modo que sólo una figura mitológica judía podía transformarse en Osiris- Dioniso: el Mesías.

La palabra hebrea «mesías» significa «ungido», que a su vez es «Cristo» en griego. En un principio, el término «mesías» se utilizó para designar a reyes y sumos sacerdotes, que eran ungidos ritualmente con óleo. En el Antiguo Testamento se aplica con frecuencia al monarca reinante. Más adelante, cuando los judíos eran un pueblo conquistado y derrotado, se utilizó para referirse a un futuro redentor que vendría a liberarlos de sus opresores y

restauraría el Estado judío bajo el reinado de un monarca del linaje de su gran rey David. Después de la ocupación de Judea por los romanos en 63 a.n.e., la situación de los judíos se hizo cada vez más desesperada y pareció que sólo un acto cósmico de Dios podía derrotar al vasto Imperio que los perseguía, así que los judíos empezaron a ver al Mesías como una figura sobrenatural cuya llegada anunciaría el fin de los tiempos.

La construcción de la historia de Jesús hace pensar que los creadores de los misterios judíos tomaron la única opción de que disponían e hicieron una síntesis del dios hombre que moría y resucitaba de los misterios y el Mesías judío. Los evangelios dan a entender claramente que Jesús es el Mesías. Afirman que nació en Belén y que pertenecía al linaje de David, justamente como correspondía al Mesías. Pedro dice de él que es el Mesías. Incluso le llaman Josué (Jesús en griego), que era el nombre que se esperaba del Mesías. Con todo, en realidad Jesús el Mesías no es más que un tenue velo debajo del cual se oculta una figura totalmente distinta, la de Jesús, el dios hombre que muere y resucita.

Este hecho es especialmente claro en las crónicas de su nacimiento. Tanto Mateo como Lucas nos dan largas y detalladas genealogías para demostrar que José pertenece al linaje de David (véanse las páginas anteriores), pero ambos nos dicen también que Jesús no es el hijo de José, sino el Hijo de Dios. Llama la atención que tantos comentaristas pasen por alto la extraordinaria contradicción que hay en estos dos evangelios y no ofrezcan ninguna explicación convincente. ¿Mateo y Lucas no se dieron cuenta de que lo que decían era absurdo? Aun en el caso de que sea fruto de posteriores añadiduras y de una mala edición de los textos, ¡sin duda no podía permitirse de forma no intencionada que semejante paradoja permaneciera en los evangelios!

La tesis de los misterios de Jesús, sin embargo, resuelve este enigma por lo demás extraño al sugerir que los autores de los evangelios eran muy conscientes de la contradicción en que estaban incurriendo. Sabían que lo que escribían era un mito que encerraba enseñanzas secretas. Así pues, cada uno de ellos presentó una genealogía para que pareciese que Jesús era el Mesías judío, hijo de David, al tiempo que decían a los que «tenían oídos para oír» que Jesús era en realidad Osiris- Dioniso, el Hijo de Dios y una madre virgen.

Las genealogías que encontramos en Lucas y Mateo son totalmente distintas porque son construcciones literarias y en realidad no tienen ninguna importancia. Lo que importa es que por medio del Mesías se da a los judíos acceso a las enseñanzas místicas que encierra el mito de Osiris- Dioniso. Como explica Orígenes, se introdujeron adrede «interrupciones de la estructura narrativa, situaciones irracionales e imposibles» en las Escrituras para tener la seguridad de que los lectores no se verían atrapados en la más baja interpretación literal durante demasiado tiempo, porque «si la secuencia y la elegancia de la narración eran obvias del principio al fin, no creeríamos que en las Escrituras se quisiera decir algo que no fuera el significado literal». Se entretejen «ciertas trampas» y «obstáculos e imposibilidades» en las Escrituras para impedir que el lector «se ciña a la letra y no se entere de su significado divino».

De esta manera, la historia de Jesús se ajusta tanto como es posible a las expectativas judías relativas al Mesías, a la vez que deja claro que ésta no es su identidad verdadera. Por ejemplo, del Mesías judío se esperaba que fuese un rey guerrero que viniera a liberar a Judea de sus enemigos y a restaurar el linaje de David. Pese a ello, durante su proceso Jesús anuncia claramente: «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos: pero mi reino no es de aquí».

Cuando Pedro le dice que cree que es el Mesías, Jesús no lo afirma ni lo niega, sino que sencillamente predice que el Hijo del Hombre debe morir y resucitar. Al reprenderlo Pedro porque el Mesías judío no puede morir de esta forma, Jesús le devuelve el reproche ¡y le llama Satanás! Pedro es condenado porque no puede hacer la transición de la idea judía del salvador como Mesías victorioso a la concepción pagana del salvador como dios hombre al que se sacrifica.

Los judíos tradicionales consideraban impensable que el Mesías, de quien esperaban que triunfase sobre todos los enemigos de Judea, pudiera morir como un delincuente común. A decir verdad, el libro del Antiguo Testamento titulado el Deuteronomio dice específicamente que «un colgado es una maldición de Dios», la misma descripción que da Pedro del destino que aguarda a Jesús. En el judaísmo, el Mesías no se concebía como alguien que salvaría por medio de su propia muerte en sacrificio. Éste es el papel de Osiris-Dioniso. En su muerte y resurrección, por tanto, Jesús se revela no como el Mesías judío destinado a traer la victoria militar y la salvación nacional, sino como el dios hombre de los misterios que trae la victoria espiritual y la salvación mística.

Para ayudar a los judíos a salvar el gran obstáculo que constituyen la ignominiosa muerte de Jesús y la obvia falta de un triunfo militar contra sus opresores, se presenta a Jesús afirmando que volverá. Una vez cumplidas la muerte y la resurrección de Osiris- Dioniso, promete una inminente segunda venida en la que volverá en la gloria para matar a los enemigos y cumplir lo que se espera del Mesías judío.

TEMAS MÍTICOS JUDÍOS

Al estudiar la historia de Jesús, resulta evidente que los creadores de los misterios de éste adaptaron mitología judía que ya existía para casar su mito del dios hombre que muere y resucita con el judaísmo. La comida de la Pascua judía, por ejemplo, fue transformada en la comida sacramental de los misterios por el simple procedimiento de hacer que Jesús ofreciera pan y vino como símbolos de su cuerpo y de su sangre.

La Pascua aparece en el Antiguo Testamento, en el mito del Éxodo, en el cual Moisés, a la cabeza de su gente, abandona el cautiverio en Egipto y atraviesa el desierto en busca de la tierra prometida. Era uno de los cuentos preferidos de los judíos helenizados, en especial de Filón, y en él se basan varios elementos de la historia de Jesús. Los judíos místicos interpretaban el Éxodo como una alegoría de la iniciación espiritual. Al empezar, el pueblo judío es «cautivo» en Egipto, es «llamado a salir de Egipto» por Moisés y finalmente es conducido como «pueblo elegido» a la tierra prometida por el profeta Josué. He aquí, pues, las tres etapas de iniciación que ya hemos encontrado en el gnosticismo así como en los misterios paganos: el iniciado es primero un «cautivo» (un hílico), luego es bautizado para convertirlo en uno de los «llamados» (un psíquico) y finalmente es iniciado para convertirlo en uno de los «elegidos» (un pneumático). Alguien era considerado «cautivo» cuando se identificaba con su cuerpo y cerraba los ojos ante su verdadera identidad espiritual. Egipto era una metáfora del cuerpo y el hecho de «salir de Egipto» simbolizaba la identificación trascendente con el cuerpo. El milagroso paso del mar Rojo se interpretaba como una metáfora del bautismo por agua. A un iniciado bautizado se le consideraba como uno de los «llamados» a hacer el viaje espiritual. Las aflicciones que experimentaron los judíos durante los cuarenta años en que estuvieron vagando por el desierto eran una metáfora de las dudas y la incertidumbre que afligían al iniciado. Los «elegidos» eran los que llegaban a la tierra prometida, que a su vez simbolizaba la promesa de la gnosis al finalizar el viaje espiritual.

Ser «llamado a salir de Egipto» es un tema que aparece en el Evangelio de Mateo, donde encontramos a la embarazada María en el exilio egipcio, antes de volver a Judea para dar a luz a Jesús. Dios declara entonces: «De Egipto llamé a mi hijo». En una época de obsesión por los significados ocultos, la doble resonancia que hay en este tema debió de hacer las delicias de los creadores del mito de Jesús. Aquí podían hacerse eco de la alegoría de la iniciación que contiene la historia del Éxodo, en la cual los judíos son llamados a salir de Egipto, al tiempo que informaban al lector del lugar donde verdaderamente tuvieron su origen los misterios de Jesús: el antiguo Egipto.

Los cuarenta años que Moisés pasó deambulando por el desierto, atormentado por serpientes, etcétera, se convierten en los cuarenta días y cuarenta noches que pasa Jesús en el desierto, donde le asaltan dudas y tentaciones bajo la forma del diablo. Moisés no llega a la tierra prometida, pero pide al profeta Josué que lo sustituya y lleve al pueblo elegido a su destino final. De ahí que Josué (en griego, Jesús) fuera el nombre que se escogió para el Osiris- Dioniso judío que lleva a su pueblo elegido a la tierra prometida, donde experimentará un renacimiento místico. Josué representa la nueva alianza de los misterios judíos que ocupa el lugar de las antiguas leyes y tradiciones que representaba Moisés. Su primera tarea consiste en nombrar a doce seguidores. También en el mito de Jesús una de las primeras cosas que hace éste es escoger a los doce discípulos.

Hay varios elementos más de la historia de Jesús que es obvio que fueron sugeridos por la mitología judía. La entrada de Jesús en Jerusalén montado en un pollino, por ejemplo, se inspira en la mitología pagana, pero también se

hace eco del Libro de Zacarías, en el Antiguo Testamento, que dice: «¡Grita de alegría, hija de Jerusalén! He aquí que viene a ti tu rey: justo él y victorioso, humilde y montado en un asno». Con frecuencia los autores de los evangelios y otros cristianos primitivos afirman que estos pasajes son profecías que prueban la veracidad de la naturaleza divina de Jesús. A la luz de la tesis de los misterios de Jesús, sin embargo cabe verlos como los temas mitológicos a partir de los cuales se construyó la historia.

Los judíos helenizados de Alejandría llevaban siglos examinando las Escrituras judías en busca de semejanzas con la filosofía pagana y los mitos de Osiris- Dioniso. Muchos de los libros del Antiguo Testamento, en particular los Salmos, tienen sus orígenes en la poesía y la literatura sapiencial de Egipto, por lo que resultó fácil encontrar referencias veladas a los mitos de Osiris. Estas referencias pudieron utilizarse luego como base para construir un mito judío de Osiris que también estaba enraizado en el judaísmo. Este proceso resulta especialmente claro en el Evangelio de Pedro, que no se incluyó en el Nuevo Testamento. Casi todo el relato de la pasión que aparece en este evangelio se basa en referencias bíblicas que se encuentran en el Antiguo Testamento.

En los siglos III y II a.n.e. las Escrituras judías fueron traducidas al griego por judíos helenizados de Alejandría. Esta tarea brindó la oportunidad de crear semejanzas entre la mitología judía y la pagana que no existían antes. El Libro de Isaías, por ejemplo, profetiza que «una mujer joven concebirá y dará a luz un hijo», pero en la versión griega esto se traduce erróneamente por «he aquí que una doncella está encinta y va a dar a luz un hijo», con lo cual se ajusta a la idea pagana del nacimiento virginal. ¡Este texto sería luego una «prueba» clave en las Escrituras judías que los primitivos cristianos utilizaron para demostrar que Jesús era el Mesías judío al que se esperaba desde hacía tanto tiempo!

En el Evangelio de Marcos, Jesús cita el Salmo 22 en la cruz: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?». Este Salmo también contiene las siguientes líneas: «Una banda de malvados me acorrala como para prender mis manos y mis pies». Por consiguiente, en los evangelios Jesús es crucificado; le perforan las manos y los pies con clavos. El Salmo continúa: «Repártense entre sí mis vestiduras y se sortean mi túnica». Por tanto, en los evangelios los centuriones romanos que supervisan la crucifixión se reparten las vestiduras de Jesús mediante sorteo.

LA ADAPTACIÓN DEL PASADO

Para crear el mito de Jesús, los iniciados en los misterios judíos también recurrieron a la literatura intertestamental que ya había sintetizado temas mitológicos paganos y judíos. Estos textos intertestamentales no sólo se hacen eco de los misterios paganos, sino que también prefiguran el cristianismo y

forman un puente entre las dos concepciones. Los Oráculos sibilinos judíos, por ejemplo, hablan de un apocalipsis de fuego cósmico en el día del juicio y de paz en la Tierra para los fieles. Están llenos de celo misionero, lo cual es raro en la literatura judía, pero se encuentra tanto en los misterios como en el cristianismo. También esperan con ilusión la venida de un Cristo, esperanza que el cristianismo afirma cumplir.

También en los Libros de Henoc encontramos temas que se hacen eco de los misterios y prefiguran el cristianismo. Se dice que Henoc, al igual que Jesús, subió físicamente al cielo. Al llegar, se le recibe como «el Hijo del Hombre», título que heredará Jesús.

Este título expresa la idea de que tanto Henoc como Jesús deben interpretarse como personajes «corrientes» que representan míticamente a todo el género humano. La expresión hebrea «hijo de» significa «la encarnación de». El Hijo del Hombre encarna la idea del Hombre original. Es otra manera de expresar la misma idea que expresa san Juan cuando dice que Jesús es el Logos hecho carne. Jesús y Henoc deben interpretarse como encarnaciones del *daemon* universal, la conciencia única que anima a todos los seres. Justamente al igual que Jesús, la encarnación del Logos, el Hijo del Hombre en el Libro de Henoc es un ser divino que ha existido con Dios desde el principio. También al igual que Jesús, al Hijo del Hombre que presenta Henoc se le llama «mensajero de Dios», «el Cristo del Dios invisible» y «una luz para los gentiles».

La literatura sapiencial intertestamental habla del «hombre justo» que es un emisario divino y trae sabiduría al mundo. Esta figura, eco del anterior «hombre justo» pagano, se convierte en el «hombre justo» cristiano, Jesús. Al igual que Jesús, es rechazado por la humanidad, hace afirmaciones que provocan hostilidad, es maltratado, choca con las autoridades, muere y finalmente es reconocido como el «Hijo de Dios» por sus enemigos.

Entre los evangelios gnósticos que se encontraron en Nag Hammadi hay dos manuscritos que, si se leen juntos, muestran con qué facilidad podía cristianizarse un texto. Un tratado no cristiano titulado *El buen gnóstico iniciado* (*Eugnostos el Bienaventurado*) se dividió de forma un tanto arbitraria en discursos distintos que luego se atribuyeron a Jesús para responder a las preguntas de sus discípulos. El resultado es un texto cristiano titulado *La sabiduría de Jesucristo*. Los textos cristianos y no cristianos son casi idénticos, aparte de la añadidura de Jesús y sus discípulos. A continuación damos unos cuantos ejemplos:

EL BUEN GNÓSTICO INICIADO	LA SABIDURÍA DE JESUCRISTO
<p>«El que es» es inefable. Ningún principio conocía, ninguna autoridad, ninguna sujeción, ni ninguna criatura de la fundación del mundo, excepto él solo...</p>	<p>Mateo le dijo: «Señor, nadie puede encontrar la verdad excepto por medio de ti. Por tanto, enséñanos la verdad». El Salvador dijo: «"El Que es" es inefable. Ningún principio conocía, ninguna autoridad, ninguna sujeción, ni ninguna criatura de la fundación del mundo, excepto él solo... ».</p>
<p>Antes de que algo sea visible entre los que son visibles, la majestad y las autoridades que están en él, abraza las totalidades de las totalidades, y nada lo abraza a él. Porque es todo mente...</p>	<p>Felipe dijo: «Señor, ¿cómo, pues, se apareció a los perfectos?». El Salvador perfecto le dijo: «Antes de que algo sea visible entre los que son visibles, la majestad y las autoridades que están en él, abraza las totalidades de las totalidades, y nada lo abraza a él. Porque es todo mente...»</p>
<p>El primero que apareció ante el universo es el Padre cultivado y construido por Él mismo, y está lleno de luz resplandeciente, inefable.</p>	<p>Mateo le dijo: «Señor, Salvador, ¿cómo fue revelado el hombre?». El Salvador perfecto dijo: «Quiero que sepas que el que se apareció ante el universo en la infinitad, Padre cultivado y construido por Él mismo, estando lleno resplandeciente e inefable».</p>

EL MITO SE CONVIERTE EN HISTORIA

Resulta claro que los dioses hombre de los misterios paganos eran figuras mitológicas cuyas biografías existían «fuera del tiempo», en el mundo de los sueños y las imágenes. Si se consideraba que realmente habían vivido, era en tiempos antiguos que no podían distinguirse del mito. Así pues, ¿por qué el relato de Jesús presenta el mito del dios hombre judío como si fuera un hecho

histórico?

Las epístolas auténticas de Pablo, como hemos visto, no muestran ninguna señal de que el relato de Jesús asumiera un marco histórico en la primera mitad del siglo I. Pablo predica la figura de un Mesías místico que, por medio de su muerte y su resurrección, trae el renacimiento a sus seguidores. Es muy posible que esta forma primitiva del mito de Jesús circulara durante siglos. Al principio sería un mito secreto de los misterios judíos, por lo que no cabe esperar que se conserve alguna prueba de su existencia. Tarde o temprano, con todo, era inevitable que el mito de Jesús fuese convertido en historia.

Los judíos esperaban que el Mesías fuese una figura histórica que efectivamente viniera a rescatar a su pueblo. Así, si el Osiris -Dioniso judío debía presentarse de forma convincente como el Mesías, era necesario transformar el mito en un drama histórico. Sin embargo, no podía decirse que Jesús existiera en el pasado lejano como el dios hombre místico de los paganos, porque semejante Mesías no podía traer la salvación política a su pueblo entonces. Sería necesario decir que había llegado en un pasado reciente, ya que sólo esto le daría validez. Para explicar por qué nadie había oído hablar de la venida del Mesías, se hace que Jesús guarde deliberadamente el secreto de su condición de Mesías. A decir verdad, en el Evangelio de Marcos ni siquiera los discípulos más allegados a Jesús lo reconocen como Mesías hasta después de su muerte.

Aunque judíos helenizados como por ejemplo Filón lo interpretan como alegoría mística, a primera vista el Antiguo Testamento parece un documento histórico. Por tanto, si se presentaba como una crónica de acontecimientos reales, la historia de Jesús encajaría en el estilo general de las Escrituras judías, y el tiempo y el lugar elegidos como marco de la vida y la muerte de Jesús podían usarlos los iniciados judíos, que estaban dotados para la alegoría, para cifrar mensajes simbólicos.

Al dios hombre judío se le dio el nombre de Josué/Jesús en honor a Josué ben Nun, el profeta del Éxodo, cuyo nombre significa «Jesús hijo del Pez». Esto es perfecto en una figura salvadora concebida para la nueva era de Piscis, simbolizada por el pez. El momento escogido para el «nacimiento» de Jesús lo vincula a una importante conjunción astrológica en 7 a.n.e. que dio entrada a la nueva era de Piscis. Esta conjunción estelar también se representa en la estrella que prefigura el nacimiento del dios hombre en el mito pagano. Así, Jesús se convierte de forma simbólica en el nuevo salvador para una nueva era.

El período del nacimiento de Jesús también permitió a los creadores de los misterios de Jesús expresar de forma simbólica otra información. Según Mateo, Jesús nace durante el reinado de Herodes, que ordena que maten al recién nacido para evitar que llegue a ser rey de los judíos. Herodes, que murió en 4 d.n.e., era un títere de los romanos, y los judíos lo aborrecían. Hacer que el recién nacido choque inmediatamente con el odiado rey sirve para que Jesús encaje ya en el modelo del «hombre justo al que se acusa injustamente» y para presentarlo como el Mesías que ha venido a defender a los judíos. Algo

parecido pretende Lucas al hacer que su Jesús nazca diez años más tarde, mientras se llevaba a cabo el censo del año 6 d.n.e. Para entonces los romanos ya se habían anexionado a Judea y el censo les permitiría cobrar directamente impuestos a los judíos. Judea ya ni siquiera tenía una administración títere, sino que ahora era gobernada por un romano. Esta circunstancia hizo concebir grandes esperanzas de que el Mesías se alzara para proteger a su pueblo y Lucas, al situar el nacimiento de Jesús en esta época, da a entender que esa esperanza se ha cumplido.

Aparte de eso, el único acontecimiento que coloca a Jesús en un contexto histórico es su muerte en tiempos del gobernador romano de Judea Poncio Pilato. Según Josefo y Filón, Pilato era especialmente detestado por los judíos. Había violado numerosos tabúes religiosos de los judíos y fue el primer romano en profanar el templo de Jerusalén. Por consiguiente, Pilato era la persona más indicada para interpretar el papel de tirano malvado que ejecuta al dios hombre.

También viene a propósito que la historia de Jesús tenga por marco Galilea. La provincia estaba tan completamente helenizada que los judíos la llamaban «la tierra de los gentiles». Josefo cuenta que Galilea se negó a defender Jerusalén contra los romanos. Galilea no era leal al culto del templo de Jerusalén y sostenía estrechas relaciones con culturas paganas. Así pues, era un marco ideal para ser la cuna del Osiris- Dioniso judío.

En el Evangelio de Marcos podemos ver cómo la historia de Jesús, que al principio era intemporal y no sucedía en ningún lugar concreto, pasó a situarse en una época y un lugar determinados. Los estudiosos han observado que todos los pasajes que mencionan Galilea se añadieron más adelante. Por ejemplo, en la línea que reza «bordeando el mar de Galilea, vio a Simón y Andrés», las palabras «bordeando el mar de Galilea» se colocan de forma muy poco correcta desde el punto de vista gramatical en la sintaxis griega. Esto ha empujado a la mayoría de los estudiosos del Nuevo Testamento a creer que se añadieron para dar una ubicación geográfica a un relato que antes carecía de ella.

UN MESÍAS DISTINTO

En el año 66 d.n.e. los judíos de Judea se sublevaron contra sus opresores romanos, que tomaron represalias horribles. Josefo afirma que en una población de tres millones de judíos, hubo un millón de muertos y cien mil personas fueron vendidas como esclavos. Cuando finalmente cayó en poder de los romanos, de Jerusalén sólo quedaban ruinas humeantes. Josefo escribe:

El resto de las fortificaciones que rodeaban la ciudad fue arrasado por completo hasta tal punto que nadie que visitara el lugar hubiera creído que en otro tiempo había estado habitado. Éste, pues, fue el final que la insensata locura de los revolucionarios trajo a Jerusalén, ciudad magnífica cuya fama

llegaba hasta los confines de la Tierra.

El judaísmo tradicional agonizaba desde que en el año 63 a.n.e. los propios sacerdotes corruptos del templo habían invitado a los romanos a resolver sus disputas internas y con ello habían colocado a su país en el camino que llevaba a la dominación romana. En 70 d.n.e., año de la destrucción de Jerusalén por los romanos, muchos judíos se sintieron totalmente traicionados por su dios, Jehová, pues era obvio que éste no había sido capaz de protegerlos de sus enemigos. Estos sentimientos se expresaron en la literatura judía de la época. En el Apocalipsis de Baruc, por ejemplo, el profeta Baruc interroga con insistencia a Jehová como si fuera el acusado en un juicio: ¿por qué ha permitido Dios que Jerusalén fuera conquistada, el templo destruido y sus habitantes dispersados? Baruc dice a los sacerdotes judíos que «tomen las llaves del santuario y las arrojen a los cielos», ¡y que ordenen a Jehová que guarde su propia casa! La única esperanza que se ofrece en esta tétrica obra es que el Mesías venga finalmente.

Fue en algún momento posterior a estos acontecimientos desastrosos cuando el Evangelio de Marcos situó por primera vez el mito de Jesús en un contexto histórico. Esto hace pensar que esta crisis fue lo que obligó a los creadores de los misterios de Jesús a transformar el mito del dios hombre que muere y resucita en seudohistoria. En medio de la catástrofe total de su nación, los judíos necesitaban algo más que el Cristo místico de Pablo. Necesitaban un Mesías que realmente hubiera venido a salvarlos según lo prometido.

La crisis del judaísmo produjo muchos aspirantes a Mesías, todos los cuales fracasaron. En estos hombres, a los que llamaban despectivamente «celotes» o «bandidos», el papel de revolucionario político iba unido al de fanático religioso de una manera que los hacía comparables a los fundamentalistas musulmanes de hoy. El prorromano Josefo escribe:

Estos tramposos y embaucadores que afirmaban estar inspirados conspiraron para producir cambios revolucionarios, induciendo a la chusma a comportarse como posesos y llevándola al desierto so pretexto de que allí Dios les mostraría señales de la libertad que se acercaba.

Muchos de estos aspirantes a Mesías tomaron el nombre de Josué / Jesús. Josefo dice que Judea estaba llena de estos «forajidos», «impostores» y «hacedores de milagros» que «engañan al pueblo» y «prometen liberación». Algunos intentaron repetir el milagro del Éxodo llevando a sus seguidores al desierto, donde Jehová los liberaría. Uno de ellos reunió a una gran multitud en el monte de los Olivos y prometió, igual que un segundo Josué, que las murallas de la ciudad caerían al dar él la orden y que llevaría a sus seguidores a dar muerte a la guarnición romana.

En comparación, el mito de Jesús presenta a un Mesías muy diferente. Jesús no es un revolucionario político. Cuando le hacen preguntas sobre los impuestos, dice a sus seguidores que den al César lo que es del César. Su mensaje habla de salvación mística y no de liberación nacional. Es interesante señalar que el hombre que le traiciona, Judas, tiene el mismo nombre que

Judas de Galilea, el más infame de todos los líderes de los celotes, lo cual ofrece una imagen negativa de los celotes fundamentalistas.

La historia de Jesús parece creada con el propósito de dar a los judíos desilusionados una opción distinta de los desastrosos «Mesías» revolucionarios que sólo servían para empeorar las cosas. Los judíos helenizados, si bien eran leales a sus tradiciones nacionales y tenían aspiraciones nacionalistas, contemplaban a los celotes con el mismo horror con que los musulmanes occidentalizados de hoy ven a los fanáticos fundamentalistas. Se daban cuenta de que por culpa de los celotes caería un desastre sobre su país, y los acontecimientos del año 70 d.n.e. confirmaron sus peores temores sin excepción. Los judíos helenizados de Alejandría trataron de encontrar alguna manera de ayudar a sus compatriotas que buscaban refugio fuera de Judea.

La desesperación de la época no puede exagerarse. En vista de que el Mesías nacionalista no llegaba cuando lo necesitaban, los misterios de Jesús presentaron a los judíos una opción mística, una forma de devolver el sentido a sus vidas destrozadas, de resucitar cierto orgullo en su identidad nacional e integrarse en la sociedad pagana que los rodeaba. El relato casi histórico de Jesús sirvió para atraer a nuevos iniciados a los misterios de Jesús, pero más adelante, al crecer su comprensión, se inició a esta gente en los misterios interiores, que revelaban que la historia de Jesús era una alegoría mística. De esta manera se ofrecía esperanza a los refugiados judíos desposeídos y desafectos. El esperado salvador político que liberaría al pueblo judío se transformó en un salvador espiritual que podía liberar a todos los individuos por medio de la gnosis mística.

Se dio la paradoja, sin embargo, de que los misterios de Jesús no prosperaron realmente en el seno de la comunidad judía. El destino de esta nueva fe sería mucho más extraño de lo que cabía imaginar en aquel momento. Antes de que transcurriesen cien años, el dios hombre pagano disfrazado de Mesías judío, que debía introducir a los judíos en los misterios paganos, ¡en realidad traería tradiciones judías a los paganos!

UN SALVADOR UNIVERSAL

Jesús estaba destinado a no ser eternamente un Mesías judío y nada más, sino a convertirse en un salvador universal. Este proceso de internacionalización ya había empezado cuando Pablo sostuvo sus acalorados debates con los cristianos ebionitas. Pablo luchaba por liberar los misterios de Jesús de sus vínculos innecesarios con el judaísmo y por hacer que resultasen atractivos a ojos de los judíos más helenizados como él mismo. A su modo de ver, la ley judía tradicional sólo era apropiada para los cristianos psíquicos,

suponiendo que lo fuese para alguien. Las nuevas enseñanzas (esencialmente paganas) de los misterios de Jesús habían hecho que las viejas costumbres judías resultaran superfluas. En cambio, los «falsos circuncisos» a los que Pablo había criticado deseaban que los misterios de Jesús continuaran siendo característicamente judíos. Estos cristianos judíos de talante más tradicional se encontraban en Jerusalén, el corazón del judaísmo, mientras que Pablo era un judío muy helenizado que viajaba de una ciudad pagana a otra.

A pesar de su entusiasmo, Pablo fracasó en su misión de convertir judíos a los misterios de Jesús. Se dice que en Éfeso predicó durante tres meses en la sinagoga sin conseguir nada. En Antioquía los judíos incluso le atacaron. Disfrazar a Osiris- Dioniso de Mesías judío para introducir a escondidas al dios hombre pagano en el judaísmo fue una idea astuta, pero la mayoría de los judíos descubrieron esta treta muy fácilmente. Un Mesías que fue crucificado como un delincuente no era el salvador que estaban esperando. El cristianismo les parecía la doctrina confusa y herética de un Mesías fracasado.

Pero al dirigir sus intentos a los griegos, Pablo obtuvo en el acto éxitos extraordinarios. Un estudioso moderno comenta:

Tenemos que admitir que había algo que, por un lado, ofendía a las ideas judías y, por el otro, se ajustaba a las ideas griegas. Espero que no se me interprete mal si digo que Cristo debía de parecerles un héroe a los griegos. Desde un punto de vista meramente histórico, el cristianismo es un enorme culto al héroe griego dedicado a un Mesías judío.

Para los paganos era un culto misterioso nuevo y exótico que mezclaba elementos de la intrigante tradición judía con la sabiduría eterna de los misterios paganos. Como Pablo se había librado del poco atractivo bagaje de las antiguas leyes judías, nada impedía que los gentiles abrazasen los misterios de Jesús. Asimismo, una vez el mito hubo adquirido categoría histórica, el nuevo culto del cristianismo tenía un atractivo complementario que consistía en afirmar algo en verdad revolucionario: que el dios hombre realmente había vivido en la Tierra en el pasado reciente.

A mediados del siglo II los misterios de Jesús habían sido rechazados en gran parte por la comunidad judía, pero adoptados por los gentiles. Ya no se presentaba a Jesús como alguien que venía a salvar a los judíos, sino como alguien que venía a salvar a toda la humanidad. Los cristianos gentiles rechazaban las antiguas tradiciones judías, como deseaba Pablo, así que este problema ya había desaparecido. Sin embargo, la comunidad cristiana ya había empezado a escindirse de nuevo en dos facciones distintas y antagónicas: el literalismo y el gnosticismo.

EL NACIMIENTO DEL LITERALISMO

Después de 70 d.n.e., el año en que los romanos arrasaron Jerusalén, los judíos se dispersaron por todo el Imperio romano en calidad de esclavos y refugiados. Judíos que habían sido iniciados sólo en los misterios exteriores, que tenían ideas limitadas e incompletas de lo que era el cristianismo, fueron a parar a muchas partes del mundo antiguo llevando consigo lo que ellos creían que era la «biografía» de Jesús el Mesías. Los que estaban en las regiones occidentales del Imperio quedaron aislados de los centros consolidados de los misterios de Jesús en Alejandría y las regiones orientales del Imperio, lo cual les impidió completar el proceso de iniciación.

Al no haber maestros de la Gnosis en centenares de kilómetros a la redonda, es fácil imaginar cómo pudo formarse rápidamente una variedad confusa de los misterios de Jesús. En unos cuantos decenios estos cristianos occidentales crearon una religión cuya doctrina fundamental era la creencia de que Jesús era literalmente el Hijo de Dios que moría y resucitaba. En su cristianismo literalista no había ningún lugar para «misterios interiores». No interpretaba los evangelios como alegorías, sino como documentos históricos que reflejaban acontecimientos reales.

Durante el siglo II, los dirigentes de grupos cristianos locales recibieron el nombre de «inspectores» u «obispos». Sin misterios interiores que impartir, estos obispos predicaban que toda persona que sencillamente creyese que la historia de Jesús era cierta en sentido literal tenía garantizada la salvación eterna. Esta forma limitada de cristianismo, basada sólo en los misterios exteriores, es la que con el tiempo se convertiría en la Iglesia católica romana.

Los primitivos misterios de Jesús, a los que ahora llamamos gnosticismo, continuaron floreciendo en su lugar de origen, Alejandría. En los siglos II y III esta ciudad alumbró a los grandes maestros gnósticos: Carpócrates, Basilides, Valentín, Clemente y Orígenes. El literalismo, en cambio, cobró fuerza en las regiones del Imperio que quedaron aisladas de los maestros de la Gnosis en Oriente y con el tiempo se centró en Roma misma, donde adquirió un carácter rígido y autoritario.

Los primeros iniciados en los misterios de Jesús formaban un gran número de grupos distintos, que a menudo se centraban alrededor de un determinado maestro de la gnosis y trabajaban con sus propios evangelios. Los gnósticos mantuvieron esta tradición de misticismo, variedad y tolerancia. Los literalistas, en cambio, empezaron a edificar una religión autoritaria y centralizada.

Es fácil imaginar cómo los iniciados en los misterios interiores contemplarían con horror el crecimiento del literalismo, sobre el que ahora no podían ejercer ningún control y que empezaba a brotar como nuevo culto religioso en todo el mundo antiguo. Muchos maestros de los misterios interiores visitaron Roma con el fin de iniciar a los cristianos en la gnosis, pero no fueron bien recibidos. A los obispos literalistas no les gustó nada que unos místicos extranjeros proclamasen que ellos, los obispos, no eran más que «cristianos psíquicos» que necesitaban una nueva iniciación pneumática. Veían con malos ojos que unos sabios gnósticos «les robaran fieles» menospreciando las enseñanzas literalistas y ofreciendo iniciación en los misterios interiores secretos.

Los gnósticos, que, para empezar, habían creado la historia de Jesús, se vieron ahora acusados de pervertir las sagradas enseñanzas del salvador. Ireneo, el portavoz del literalismo, protestó diciendo que los gnósticos «echan por tierra la fe de muchos al apartados con el pretexto de un Conocimiento superior». El conflicto era inevitable y se entabló una batalla encarnizada por el alma del cristianismo.

CONCLUSIÓN

Nos pareció que por fin habíamos encontrado al Jesús real. ¡Es el dios hombre misterioso de incógnito! Es el mítico «Hijo de Dios» camuflado como el histórico «hijo de David».

Ahora veíamos con claridad por qué, a diferencia de todos los demás mitos de Osiris- Dioniso, se había dado a la historia de Jesús un marco histórico y cómo esto hizo que el crecimiento del literalismo resultara inevitable.

Repasemos algunas de las cosas que hemos descubierto sobre el mito de Jesús y su evolución:

- Jesús es Osiris- Dioniso ligeramente disfrazado de Mesías judío con el fin de poner los misterios paganos al alcance de los judíos. Su naturaleza compuesta resulta especialmente clara al leer las crónicas contradictorias de su nacimiento, que lo presentan como el Mesías que pertenece al linaje de David y como Osiris- Dioniso, el Hijo de Dios.
- En los evangelios, Jesús deja claro que es en verdad el Hijo de Dios que muere y resucita, y no el Mesías que esperan los judíos.
- Aunque Jesús concuerda al máximo con las expectativas judías sobre el Mesías, su muerte y su resurrección demuestran que en realidad es Osiris- Dioniso.
- Además de temas mitológicos paganos, la historia de Jesús utiliza temas de la mitología judía, en especial del libro del Éxodo.
- La historia de Jesús se inspira en conceptos e imágenes de la literatura intertestamental judía que sintetiza ideas judías y paganas.
- En algunos textos sencillamente se ha añadido el nombre de Jesús para convertir tratados que eran anteriores al cristianismo en documentos cristianos.
- Los judíos esperaban que el Mesías fuese una figura histórica, lo cual

significaba que la historia de Jesús tenía que situarse en un marco histórico.

- Los creadores de los misterios de Jesús utilizaron la época y el lugar elegidos como marco de la vida de Jesús para transmitir mensajes simbólicos cifrados. Jesús nace en un momento que lo vincula al principio de la nueva era de Piscis y que le hace chocar inmediatamente con el odiado rey Herodes y con los romanos. La hora de su muerte lo enfrenta a Poncio Pilato, dignatario romano que es especialmente odiado.

- En 70 d.n.e. los romanos arrasaron Jerusalén, lo cual alimentó en los judíos el deseo desesperado de un salvador. Esta crisis ejerció presión externa en el proceso de transformación de la historia de Jesús en un hecho histórico y produjo el Evangelio de Marcos a partir del Cristo intemporal y místico que predicaba Pablo.

- Los misterios de Jesús presentaron a los judíos un Mesías místico como opción distinta de todos los Mesías de los celotes fundamentalistas que causaban estragos en Judea.

- Aunque transformar al Mesías judío en Osiris- Dioniso para presentar al dios hombre de los paganos a los judíos fue una idea ingeniosa, no dio buen resultado. Los misterios de Jesús fueron rechazados por los judíos, pero los paganos los abrazaron como nuevo culto místico.

- Después del año 70 d.n.e. esclavos y refugiados judíos que sólo conocían los misterios exteriores del cristianismo se dispersaron por el Imperio romano. Los de Occidente quedaron aislados de los maestros de la gnosis de Oriente y crearon una nueva religión que se basaba exclusivamente en los misterios exteriores, que predicaban la figura de un Jesús histórico.

- Los primitivos misterios de Jesús, ahora llamados gnosticismo, continuaron floreciendo en Oriente.

- A mediados del siglo II, los gnósticos, que para empezar habían creado la historia de Jesús, ya eran objeto de los ataques de los cristianos literalistas, quienes los acusaban de ser herejes que pervertían el cristianismo auténtico.

Al hacer la síntesis del mito imperecedero del dios hombre que muere y resucita y de las expectativas judías de un Mesías histórico, los creadores de los misterios judíos dieron un paso sin precedentes cuyo resultado no podían adivinar. Y, sin embargo, al analizar este hecho, vemos que el final ya estaba presente desde el principio. Los judíos, esperaban que el Mesías fuera un salvador histórico y no mítico. Era inevitable, por tanto, que la historia de Jesús tuviese un marco casi histórico. Y así fue. Lo que había empezado como un mito intemporal que encerraba enseñanzas eternas aparecía ahora como una crónica histórica de un acontecimiento único en el tiempo. A partir de ahí fue inevitable que antes o después se interpretara como hecho histórico. Al interpretarse así, nació un tipo de religión totalmente nuevo: una religión basada en la historia y no en el mito, en la fe ciega en supuestos

acontecimientos en vez de en la comprensión mística de alegorías míticas, una religión de misterios exteriores sin misterios interiores, de forma sin contenido, de creencia sin Conocimiento.

Faltaba por colocar en su sitio una última pieza del rompecabezas. ¿Cómo evolucionó el cristianismo a partir de un culto místico menor hasta convertirse en la religión más influyente de todos los tiempos? ¿Y por qué el cristianismo que llegaría a dominar el mundo no fue el elevado y antiguo misticismo de los gnósticos, sino el autoritarismo intolerante de los literalistas?

NOTAS

* - J; Campbell, 1964, p. 269. La literatura de los judíos, El Libro primero y el Libro segundo de Henoc, los Testamentos de los doce patriarcas, el Apocalipsis de Baruc, la Asunción de Moisés, etcétera, proporcionaron el material que luego se usó en los apocalipsis cristianos.

* - El Josué que condujo a los israelitas a la tierra prometida fue el modelo de varios Mesías que menciona Josefo. Un oráculo sibilino judío del período predice la venida de un hombre del cielo que hará que el Sol se detenga, como había hecho Josué, y la Epístola de Bernabé, 12.8, también vincula a Jesús y Josué.

* - Tanto Mateo, 3, 17 como Lucas, 3, 21 dejan constancia de las palabras de Dios que se oyeron en el bautismo de Jesús: «Éste es mi hijo amado, en quien me complazco». La primera inscripción de los Textos de las pirámides, escritos dos milenios antes, cita las palabras de Dios en la ceremonia de la coronación del faraón: «El rey mi primogénito que abrió mi vientre, es mi hijo amado, en quien me complazco».

* - Los Salmos se derivan de la poesía religiosa egipcia de las dinastías XIX y XX (c. 1000-750 a.n.e.), véase M. A. Murray, 1949, p. 50. Proverbios se basa en las instrucciones del egipcio Amenhotep, y Moisés, el autor de los primeros cinco libros, nació en Egipto y se crió como sacerdote egipcio. Muchos de sus milagros también se encuentran en textos egipcios, véase D. J. Harrington, 1996, p. 9. Los judíos alejandrinos y, más adelante, los cristianos estaban muy interesados en recalcar el origen egipcio de Moisés en un mundo grecorromano que era presa de la egiptomanía. Hechos, 7, 22, declara: «Moisés fue educado en toda la sabiduría de los egipcios».

* - W. Barnstone, 1984, p. 202: «Dado que gran parte [*sic*] de los escritos intertestamentales eran apocalípticos y mesiánicos, la aparición de una figura como Jesucristo no fue inesperada. A decir verdad, debido a la naturaleza mesiánica de los pseudoepígrafos judíos, muchos de ellos fueron alterados y "cristianizados" con el fin de que revelasen verdades cristianas».

* - Además de influir en la historia de Jesús, pasajes completos de estos textos intertestamentales fueron transformados en documentos cristianos. Una sección completa del Libro primero de Henoc aparece en la Epístola de Judas, 5-18, del Nuevo Testamento.

* - P. Perkins, 1993, pp. 26-28, habla de varios textos gnósticos que más adelante fueron cristianizados y comenta: "Para añadir a Cristo a los eones celestiales no fue necesario modificar mucho la narración básica en muchos textos gnósticos». Acerca de varios de los sistemas que examina, Perkins escribe: «Es posible concebir una revelación y un culto salvadores sin cristianismo». En el caso del Evangelio de los egipcios, se insertó a Cristo en una crónica anterior que hablaba de un redentor celestial llamado Set.

* - Según una tradición que recoge Mead, las enseñanzas de Simón Mago se remontaban a un sabio llamado Dositeo en 100 a.n.e.

* - D. Fidler, 1993, p. 169. Hubo tres conjunciones de Saturno y Júpiter durante el año 7 a.n.e.: el 27 de mayo, el 6 de octubre y el 1 de diciembre en el signo de Piscis. Que la nueva era de Piscis había empezado lo sabían unos cuantos filósofos desde hacía más de un siglo, pero al comenzar el primer siglo ya lo sabía todo el mundo. Este fenómeno astronómico, al sumarse a la profunda crisis de la época, debió de parecer una señal clara de que habían llegado los últimos días (Piscis es el último signo del zodiaco).

* - Josefo, *La guerra judía*, 126: «Pilato, durante la noche, de forma secreta y encubierta, transportó a Jerusalén las imágenes de César llamadas sigma. Al hacerse de día, esto causó gran revuelto entre los judíos: porque los que estaban cerca quedaron asombrados ante lo que vieron, que significaba que se habían pisoteado sus leyes, que no permitían que se instalase en la ciudad ningún ídolo».

CAPÍTULO - 11

UNA IGLESIA DE IMITACIÓN

Y habrá otros que están fuera de nuestro grupo que se llaman a sí mismos obispo y también diáconos, como si hubieran recibido su autoridad de Dios. Estas personas son acequias secas. Hacen negocios con mi palabra. Alaban a los .hombres que propagan falsedades. Son fieles al nombre de un muerto, pensando que se volverán puros.

JESÚS, EN EL APOCALIPSIS DE PEDRO

Desde el principio hasta hoy, el cristianismo ha sido una religión de cismas y conflictos. ¡No hay un solo documento en el Nuevo Testamento que no prevenga contra los falsos maestros o ataque a otros cristianos! A finales del siglo II, Celso, el satírico pagano, escribe:

Los cristianos, huelga decido, se detestan totalmente unos a otros. Se calumnian mutuamente de forma constante utilizando los insultos más viles, y no son capaces de llegar a ninguna clase de acuerdo en su enseñanza.

Y relata:

Al empezar su movimiento, eran muy pocos y tenían un único propósito. Desde entonces, se han propagado por todas partes y ahora se cuentan por miles. No es extraño, pues, que haya divisiones entre ellos: facciones de toda clase, cada una de ellas deseosa de tener su propio territorio. Tampoco es extraño que al hacerse tan numerosas estas divisiones, los diversos grupos hayan adquirido la costumbre de condenarse mutuamente, de tal modo que hoy tienen en común una sola cosa, si es que tienen alguna: el nombre de «cristianos». Pero pese a que sé aferran orgullosamente a su nombre, en la mayoría de los demás aspectos están en desacuerdo.

En el siglo I el motivo de las peleas en el seno de la comunidad cristiana era la relación de los misterios de Jesús con el judaísmo tradicional. A mediados del siglo II las peleas eran entre gnósticos y literalistas. La idea fundamental del cristianismo literalista es que la historia de Jesús, por extraña y mítica que pueda parecer, es, de hecho, la historia verdadera de acontecimientos milagrosos: Al insistir los gnósticos en que la historia de Jesús era en realidad una alegoría mística, los literalistas empezaron a aseverar categóricamente que Jesucristo sufrió y fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato: afirmación

que repitieron con tan fanática insistencia que revela hasta qué punto los literalistas se sentían débiles en aquella época.

La falsificada Segunda Epístola de San Pedro, por ejemplo, ¡asevera de forma defensiva que los cristianos literalistas no siguen «fábulas ingeniosas»! El autor de epístolas atribuidas a Ignacio insta a los fieles a «no morder el anzuelo de la falsa doctrina y, en lugar de ello, a creer incondicionalmente en el nacimiento, la Pasión y la Resurrección, que tuvieron lugar durante el gobierno de Poncio Pilato». Insiste: «Jesucristo, vástago de David y María, realmente nació de una virgen y fue bautizado por Juan, fue realmente perseguido por Pilato y clavado en la cruz en carne y hueso»

En las postrimerías del siglo II se escribieron varias epístolas que se atribuyeron falsamente a los apóstoles Pedro, Juan y Santiago con el fin de apoyar la campaña del literalismo y presentar a los gnósticos como herejes que no seguían las enseñanzas verdaderas de los que realmente habían conocido a Jesús. La Primera Epístola de San Juan manifiesta que lo que permite distinguir a los maestros verdaderos de los falsos es que los primeros reconocen que Jesucristo vino «en carne». En la Segunda Epístola de San Juan (¡una diatriba de una sola página contra los gnósticos!) el autor advierte:

Muchos seductores han salido al mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne y hueso. Si alguno viene a vosotros [...], no le recibáis en casa ni le saludéis, pues el que le saluda se hace solidario de sus malas obras.

Con el fin de reforzar el literalismo, se adaptó la historia de Jesús. El Evangelio de Juan afirma: «Y la palabra se hizo carne», cambiando la fórmula de Pablo que dice «según la carne». Además de estas adaptaciones, los estudiosos han señalado muchas cosas que se añadieron a los evangelios para poner de relieve que Jesús verdaderamente resucitó del sepulcro como ser humano físico. En su forma original, los evangelios presentaban al Jesús resucitado como una fantasmal figura espiritual. Tanto Lucas como Marcos relatan que Jesús se apareció «bajo otra figura» a dos discípulos en el camino de Emaús. Según Lucas, los discípulos no reconocieron a Jesús hasta después de hablar con el desconocido durante un rato e invitarle a partir el pan de la cena. En aquel momento «desapareció de su lado». Sin embargo, se han añadido versículos posteriores para presentar al Jesús resucitado mostrando su «carne y huesos» y comiendo pescado para probar su existencia física.

En el Evangelio de Juan, la afligida María Magdalena ve junto al sepulcro de Jesús a un hombre al que toma por el encargado del huerto. Pero cuando el hombre le dice «María», ésta le reconoce; sin embargo él, Jesús, le ordena que no le toque. Después de esto, sin embargo, se añadió la historia del «escéptico Tomás», en la cual éste afirma que no creerá que Jesús ha salido realmente del sepulcro a menos que pueda verlo y tocarlo personalmente. Cuando Jesús aparece le dice a Tomás: «Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente».

TOMAR LAS COSAS LITERALMENTE

Los literalistas tomaban en sentido literal lo que los gnósticos consideraban metáforas místicas. Como creían que Jesús había resucitado literalmente de entre los muertos, en su cuerpo físico, afirmaban que todos los cristianos resucitarían igual que él. Tertuliano declara que quien niegue la resurrección de la carne es un hereje y no un cristiano de verdad. Los literalistas incluso afirmaban que el pan y el vino de la eucaristía se convertían literalmente en la carne y la sangre de Jesús durante la misa. ¡La Iglesia católica de hoy sigue haciendo esta afirmación extraordinaria!

Debido a que interpretaban el mito de Jesús como hecho histórico, los literalistas abandonaron finalmente la doctrina gnóstica de la reencarnación. Creían que el dios hombre había muerto y resucitado una sola vez y esto les hacía concebir la vida humana como un acontecimiento que también sucedía una sola vez. Por tanto, el premio o el castigo en la otra vida era para siempre, en lugar de ser algo temporal que precedía a otra vida humana. De aquí nació la doctrina, que el pagano Celso califica de «ofensiva», según la cual un Dios bueno podía tolerar que quienes no superaban las pruebas fuesen abandonados a una eternidad de sufrimiento.

Los literalistas también interpretaban al pie de la letra la idea de la apocalíptica segunda venida. En los evangelios, Jesús promete que volverá en su gloria cuando todavía estén vivos algunos de quienes le escuchan. Para los gnósticos, por supuesto, esto era una metáfora mística sobre la resurrección del iniciado como el Cristo o *daemon* universal. Los literalistas tomaban esta «profecía» en sentido literal, lo que significó que tuvieron que afrontar la difícil tarea de explicar por qué Jesús no apareció como había prometido.

La segunda epístola que se atribuyó falsamente a Pedro expresa de forma palmaria la incomodidad y la confusión de los cristianos literalistas ante este asunto, y ofrece su propia y desesperada solución al proclamar:

Sabed ante todo que en los últimos días vendrán hombres llenos de sarcasmo, guiados por sus propias pasiones, que dirán en son de burla: «¿Dónde queda la promesa de su Venida? Pues desde que murieron los Padres, todo sigue como al principio de la creación». Mas una cosa no podéis ignorar, queridos: que ante el Señor un día es como mil años, y mil años, como un día. No se retrasa el Señor en el cumplimiento de la promesa, como algunos lo suponen, sino que usa de paciencia con vosotros, no queriendo que algunos perezcan, sino que todos lleguen a la conversión.

Justino Mártir también explicó que Dios estaba demorando el fin porque primero deseaba que el cristianismo se extendiera por todo el mundo. A otros literalistas se les ocurrió la absurda idea de que san Juan se había convertido

en una especie de ser inmortal y vivía en Patmos o Éfeso y, por ende, Jesús no se había equivocado en su profecía, después de todo. Basando su extraño y complicado razonamiento en que la longitud del arca de la alianza era, según se decía, de cinco codos y medio, Hipólito fijó el fin para el año 202. Al pasar esta fecha sin que ocurriese nada, el fin se aplazó hasta el 500. A mediados del siglo III, la mayoría de los cristianos ya había dejado de pensar que «el fin» era inminente. A principios del siglo V, los traductores de los textos cristianos del siglo II omitieron todas las menciones del inminente apocalipsis en vista de que sólo servían para quedar mal. A pesar de todo, por supuesto, muchos cristianos literalistas continuaron avisando de que: «El fin está cerca», como siguen haciendo hoy.

UNA IGLESIA DE OBISPOS

Los gnósticos ofrecían a los iniciados la gnosis, una experiencia espiritual, en este mundo y este momento, de una verdad que está más allá de este mundo ilusorio. Los literalistas ofrecían la esperanza de otra vida en el cielo para quienes creyeran en la autenticidad histórica de lo que cuentan los evangelios. Con ello, sin embargo, crearon un dilema difícil para ellos mismos: ¿por qué iba alguien a creer que un cuento sobrenatural como la historia de Jesús era una historia real? A finales del siglo II, Tertuliano reconoce que si se juzga en términos de la experiencia histórica corriente, la idea de que un hombre volvió físicamente del sepulcro era demasiado absurda para creerla. Ante esta duda racional, lo mejor que se le ocurre es argüir: «Es verdad porque es absurdo, lo creo porque es imposible». ¡Y esto lo dice un hombre que los libros de historia presentan invariablemente como un gran teólogo cristiano!

Con el fin de tener una justificación convincente para interpretar la historia de Jesús como hecho histórico, los literalistas inventaron un linaje espiritual que, según ellos, los vinculaba directamente con los apóstoles, que habían vivido unos ciento cincuenta años antes. Esto les permitía demostrar que la autenticidad histórica de la vida de Jesús era garantizada por los testimonios personales de quienes vivían entonces y que sucesivos obispos se habían encargado de transmitir fielmente.

Los literalistas utilizaron este linaje inventado como poderosa arma en sus batallas con los gnósticos. Éstos decían que enseñaban misterios interiores secretos que los literalistas desconocían. Y los literalistas contraatacaban diciendo que ellos eran los únicos representantes de una línea de sucesión apostólica que se remontaba a los doce discípulos. Argüían que esto investía a los obispos de la autoridad de los apóstoles originales. Incluso hoy el Papa afirma que su primacía se remonta a Pedro basándose en que, en algunas crónicas, se le presentaba como el primer testigo presencial de la resurrección.

Los obispos literalistas utilizaban la afirmación de ser herederos de los primeros discípulos para legitimar su exigencia de ciega obediencia por parte de los fieles cristianos. Así pues, quien, al igual que los gnósticos, se opusiera a su autoridad se rebelaba contra Cristo. Las epístolas atribuidas con falsedad a Clemente de Roma se quejan de «gente temeraria y terca» que ha emprendido una «rebelión». Proclaman que Dios había delegado su autoridad en los obispos y que quien se negase a «inclinarse la cabeza» era culpable de insubordinación contra Cristo. ¡Incluso se atreven a exigir la pena de muerte para quien desobedezca a las autoridades designadas por Dios!

Las epístolas atribuidas a Ignacio también advierten que el obispo preside «en el lugar de Dios». A decir verdad, ¡los fieles deberían «venerar, honrar y obedecer al obispo como si fuera Dios!»! Sin los obispos, sacerdotes y diáconos, «¡no hay nada que pueda llamarse Iglesia!». El autor escribe:

Que nadie haga nada relativo a la Iglesia sin el obispo. Considérese válida la eucaristía celebrada por el obispo, o por la persona a quien él designe [...] No es legítimo ni bautizar ni celebrar un ágape (banquete de culto) sin el obispo [...] Unirse al obispo es unirse a la Iglesia; separarse del obispo es separarse no sólo de la Iglesia, sino del propio Dios.

Estas epístolas argumentan que dado que hay un solo Dios en el cielo, en la Iglesia debería haber un solo obispo principal a quien obedecieran todos. «Un Dios, un obispo» pasó a ser la consigna del cristianismo literalista.

Los gnósticos, en cambio, se organizaron sin jerarquías de obispos y sacerdotes. Echaban a suertes quién debía desempeñar el papel de obispo, sacerdote, lector de las Escrituras, profeta, etcétera. Cada vez que se reunían empleaban este método de tal modo que los papeles circulaban de forma constante. Creían que de esta forma la mano de Dios elegiría a la persona indicada para el cargo oportuno en el momento idóneo. El literalista Tertuliano nos dice en tono de desaprobación:

De manera que hoy es obispo un hombre y mañana otro; la persona que hoy es diácono mañana es lectora; la que es sacerdote hoy es laica mañana; ¡pues incluso al laicado le imponen las funciones del sacerdocio!

Mientras los ortodoxos construían una jerarquía de poder permanente, los gnósticos demostraban que podían funcionar como iguales en el plano espiritual. Tertuliano, horrorizado, escribe:

No debo omitir una crónica del comportamiento de los herejes. ¡Qué frívolo, qué mundanal, qué meramente humano es, sin seriedad, sin autoridad, sin disciplina, como corresponde a su fe! Para empezar, no se sabe a ciencia cierta quién es catecúmeno y quién es creyente: todos tienen acceso igualmente, escuchan igualmente, rezan igualmente: incluso los paganos, si alguno de ellos está presente. También comparten el beso de la paz con todos los que acuden, pues no les importa la diferencia con que traten los temas, si se reúnen para tomar por asalto la ciudadela de la verdad única. Todos ellos son arrogantes, ¡todos os ofrecen la gnosis!

Al principio los hombres y las mujeres participaban juntos en todas las manifestaciones del culto cristiano. A mediados del siglo II, mientras los gnósticos seguían respetando a las mujeres como iguales en el terreno espiritual, los literalistas empezaron a segregar los sexos. A finales de siglo, las mujeres ya tenían prohibido participar en el culto ¡y los grupos cristianos en los cuales las mujeres ocupaban puestos dirigentes eran tachados de heréticos! Tertuliano decreta:

No está permitido que una mujer hable en la iglesia, ni le está permitido enseñar, ni bautizar, ni ofrecer la eucaristía, ni reclamar para sí una participación en alguna función masculina, por no mencionar ningún cargo sacerdotal.

Es extraordinario que en el mismo momento en que los gnósticos honraban a la diosa y fomentaban el sacerdocio femenino, Tertuliano, misógino vehemente, reprendiera a las mujeres en nombre del cristianismo literalista con estas palabras:

Sois la puerta del diablo. Sois la que persuadió a aquel a quien el diablo no osó atacar. ¿No sabéis que cada una de vosotras es una Eva? La sentencia de Dios sobre vuestro sexo vive aún en esta época; la culpa, necesariamente, vive también.

A finales del siglo II los literalistas ya habían empezado a crear reglas sobre quién era y quién no era cristiano. Según ellos, un cristiano debía confesar el credo literalista, ser bautizado y, sobre todo, obedecer a los obispos. Para los gnósticos, sin embargo, la verdadera Iglesia era «invisible» y sólo sus miembros podían percibir quién pertenecía a ella y quién no. Los gnósticos insistían en que hacía falta algo más que el bautismo para convertirse en cristiano. El Evangelio de Felipe explica que muchas personas «descienden al agua y salen sin haber recibido nada» y, pese a ello, afirman ser cristianas. Tampoco la profesión de un credo o incluso el martirio hacen que alguien sea cristiano, ya que «cualquiera puede hacer estas cosas». Los gnósticos citaban el dicho de Jesús que reza: «Así que por sus frutos los reconoceréis» y exigían pruebas de madurez espiritual que demostrasen que una persona pertenecía a la Iglesia verdadera.

No es extraño que los obispos literalistas considerasen que este individualismo gnóstico era una amenaza peligrosa para su autoridad. Sus ataques contra el gnosticismo se hicieron cada vez más fanáticos y extremos. Ireneo insta a que los gnósticos «sean reconocidos como agentes de Satanás» y advierte de que: «Dios ha preparado el fuego eterno para toda clase de apostasía». «Mejor un pagano que un hereje» se convierte en el estribillo constante de los literalistas. Justino Mártir, con la locura que le caracteriza, hasta insinúa ¡que los gnósticos practican el «canibalismo»!

El autor de la Epístola de Judas, que forma parte del Nuevo Testamento y es un texto breve pero polémico y bastante paranoico cuya única intención es atacar a los gnósticos, escribe:

Queridos, tenía yo mucho empeño en escribiros acerca de nuestra común salvación y me he visto en la necesidad de hacerlo para exhortaros a combatir por la fe que ha sido transmitida a los santos de una vez para siempre. Porque se han introducido solapadamente algunos que hace tiempo la Escritura señaló ya para esta sentencia. Son impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios y niegan al único Dueño y Señor nuestro Jesucristo [...] manchan la carne, desprecian al Señorío e injurian a las Glorias.

Los gnósticos no son sólo seguidores de una forma opcional de la fe cristiana, sino que se los presenta como el enemigo dentro de casa, como un cáncer subrepticio. «Éstos son una mancha cuando banquetean desvergonzadamente en nuestros ágapes y se apacientan a sí mismos.» Son «estrellas errantes a quienes está reservada la oscuridad de las tinieblas para siempre». La Epístola de Judas recomienda «odiar incluso la túnica manchada por su carne». El autor de las epístolas de Pablo a Timoteo califica las enseñanzas gnósticas de «impiedad» que cunde como «gangrena».

Los gnósticos respondieron llamando a las autoridades de la Iglesia literalista «vulgares» y «eclesiásticas». El sabio gnóstico Heracleón califica los dogmas de la Iglesia literalista de «agua estancada que no nutre» en comparación con el «agua viva» que Cristo ofrece a los elegidos por medio de la gnosis. El *Testimonio de la verdad* ataca a los literalistas que afirmaban ser cristianos, pero que «no saben quién es Cristo» El *Segundo tratado del gran Set* lamenta que los gnósticos sean «odiados y perseguidos, no sólo por aquellos que son ignorantes, sino también por aquellos que creen estar promoviendo el nombre de Cristo», que están «vacíos sin saberlo, no sabiendo quiénes son, igual que animales estúpidos» Y En este texto gnóstico el salvador explica que se ha creado «una iglesia de imitación» que «proclama una doctrina de un hombre muerto y mentiras, con el fin de parecerse a la libertad y pureza de la iglesia perfecta».

El *Tratado tripartito* compara a los gnósticos, que son hijos del Dios Padre verdadero, con los literalistas, que son vástagos de Jehová, el dios falso de los judíos. Los hijos del Padre se juntan como iguales en el amor y se ayudan espontáneamente unos a otros. Los cristianos literalistas, en cambio, «quieren mandar los unos sobre los otros y rivalizan mutuamente en su ambición vacía». Están henchidos de «codicia de poder, imaginando cada uno de ellos que es superior a los demás».

Orígenes también se queja: «En muchas de las llamadas iglesias, especialmente las de las grandes ciudades, pueden verse gobernantes del pueblo de Dios que no permiten que nadie, a veces ni siquiera los más nobles discípulos de Jesús, hablen con ellos en términos de igualdad».

LOS VALENTINIANOS

Aunque resulta claro que los cristianos literalistas habían decidido que los gnósticos eran herejes, algunos gnósticos intentaron valerosamente mantener la visión original de los misterios de Jesús procurando cerrar la brecha creciente entre los misterios exteriores y los interiores. Siguiendo la tradición cristiana original de Pablo, sabios como Valentín opinaban que era necesario que la Iglesia se compusiera de cristianos tanto psíquicos como pneumáticos. Pablo había aconsejado constantemente a sus discípulos sobre lo que debían hacer para que estos dos niveles de la Iglesia siguieran conviviendo en armonía. Valentín y sus seguidores consideraban que era su obligación, por tanto, tratar de reconciliar a los cristianos psíquicos (literalistas) y pneumáticos (gnósticos).

Pablo distinguía entre su logos (sus enseñanzas pneumáticas) y su *kerygma* (sus enseñanzas psíquicas), pero también insistía en que todos los cristianos tuvieran «un mismo hablar» para evitar cismas destructivos en el seno de la comunidad. Pablo aconsejaba a los pneumáticos que hicieran de su conocimiento un secreto «entre vosotros y Dios», con el fin de no ofender a los psíquicos y de que «unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo». Los valentinianos tampoco disimulaban que enseñaban los misterios interiores, pero también participaban en las ceremonias exteriores de la Iglesia al lado de los cristianos literalistas.

Ireneo se desanimaba al tratar de discutir de teología con los valentinianos, ¡porque sencillamente se mostraban de acuerdo con todo lo que decía! Se queja de ello diciendo: «Preguntan [...] ¿cómo es que cuando confiesan las mismas cosas y albergan las mismas doctrinas, nosotros les llamamos herejes?». Pero el viejo perseguidor de herejías en seguida descubre algo que interpreta como una taimada conspiración gnóstica. Reconoce que «es verdad que confiesan con la boca un único Jesucristo», pero no hacen más que «decir una cosa y pensar otra». «A juzgar por lo que dicen en público», los valentinianos parecen ser cristianos literalistas «por fuera», pero «en privado describen los inefables misterios». Ireneo se queja de que hasta «se reúnen en encuentros no autorizados», esto es, que no ha autorizado el obispo, y éste, huelga decido, ¡era el propio Ireneo!

A comienzos del siglo III los cristianos valentinianos también estaban divididos entre los de Oriente, que ya habían dejado de prestar atención a los literalistas por considerados un caso perdido, fuera del «Cuerpo de Cristo», y los de Occidente, tales como Ptolomeo y Heracleón, que seguían luchando por la unión del cristianismo. Citando a Jesús (¡que a su vez cita a Platón!), argüían que «muchos son llamados, mas pocos escogidos», y explicaban que la mayoría que no tenía la gnosis eran «llamados», mientras que los gnósticos eran escogidos para que pudieran enseñar a los muchos y llevarlos a la gnosis. Ptolomeo proclamaba que Cristo unía dentro de la Iglesia a los cristianos «espirituales» y los «no espirituales» para que al final todos pudieran ser espirituales. Elaine Pagels explica:

Mientras tanto, ambas categorías pertenecían a una Iglesia única; ambas eran bautizadas; ambas participaban en la celebración de la misa; ambas hacían la misma confesión. Lo que las diferenciaba era el nivel de su entendimiento. Los cristianos no iniciados adoraban equivocadamente al creador, como si fuera Dios; creían en Cristo como aquel que los salvaría del pecado y que había resucitado corporalmente de entre los muertos: lo aceptaban como acto de fe, pero sin comprender el misterio de su naturaleza [...] ni de la suya propia. Pero aquellos que habían recibido la gnosis reconocían a Cristo como aquel que había sido enviado por el Padre de la Verdad, cuya venida les revelaba que su propia naturaleza era idéntica a la suya y a la de Dios.

Los valentinianos incluso reconocían que los obispos literalistas, al igual que Jehová el demiurgo, podían ejercer legítimamente la autoridad sobre los cristianos psíquicos. Pero las exigencias, las advertencias y las amenazas de los obispos, como las del propio Jehová, no significaban nada para los cristianos iniciados en los misterios interiores que habían sido redimidos y liberados por medio de la experiencia mística de la gnosis.

AUSENCIA DE ORTODOXIA

La imagen tradicional de los gnósticos que se ha procurado fomentar es la de un grupo pequeño de extremistas chillados situados en la periferia del cristianismo literalista ortodoxo con el que estaba de acuerdo la inmensa mayoría de los cristianos. Pero esto es sencillamente propaganda antignóstica. En realidad, como escribe Gibbon en *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, los gnósticos «cubrían Asia y Egipto, se establecieron en Roma, y a veces penetraron en las provincias de Occidente». En los primeros siglos de nuestra era no existía realmente nada que pudiera llamarse «la Iglesia», sino sólo facciones rivales, una de las cuales eran los literalistas.

Tanto Justino Mártir, literalista, como Marción, gnóstico intransigente, y Valentín, que trataba de poner fin a la división entre gnósticos y literalistas, eran importantes maestros cristianos que se hallaban en Roma exactamente en la misma época. Esto da una idea de la diversidad que existía entre los cristianos a mediados del siglo II. Aunque a Justino Mártir se le recordaría como gran héroe cristiano mientras que a los otros dos se les descartaría por considerarlos herejes de poca importancia, Valentín y Marción fueron en vida mucho más influyentes que Justino. Ambos inspiraron movimientos cristianos que llevaban su nombre y florecieron durante siglos.

La verdad es que los gnósticos fueron los grandes intelectuales de los primeros tiempos del cristianismo y se ganaron el respeto de un gran número de cristianos hasta que el gnosticismo fue suprimido de forma violenta en los siglos IV y V. Valentín, por ejemplo, era un filósofo y poeta alejandrino cultísimo

al que eligieron obispo de Egipto. Fue una fuerza importante en el primitivo cristianismo, e Ireneo deplora que muchos obispos, diáconos, viudas y mártires de la comunidad literalista quisieran iniciarse en el cristianismo valentiniano, Hasta el intolerante Tertuliano reconocía que Valentín era un «hombre capaz, tanto en inteligencia como en elocuencia». Asimismo, el literalista san Jerónimo admite que Marción era un «verdadero sabio». En cambio, Justino Mártir, el héroe del literalismo, ansiaba que lo considerasen un gran filósofo, pero le habían negado la entrada en las escuelas de filosofía pitagórica y platónica por su desconocimiento de las matemáticas. No se hizo cristiano hasta después de que dichas escuelas lo rechazaran.

Los sabios gnósticos escribieron un gran número de evangelios y tratados espirituales, entre ellos, por supuesto, la versión original de la historia de Jesús que se convirtió en el Evangelio de Marcos. También escribieron los primeros comentarios de los evangelios. Basílides tenía fama de haber escrito veinticuatro libros de comentarios, aunque sin referirse de forma específica a los evangelios que más adelante se considerarían canónicos. También se decía de él que había escrito un evangelio ¡y un libro de enseñanzas hindúes! Tanto a Ptolomeo como a Heracleón (c. 170) se les atribuye la autoría de un comentario del Evangelio de Juan, lo cual significa que el primer comentario de un libro del Nuevo Testamento también fue obra de un gnóstico.

Los literalistas, en comparación, produjeron pocas cosas de verdadera importancia y se concentraron en las polémicas contra los herejes. Estas obras contra los gnósticos no empezaron a escribirse hasta alrededor de mediados del siglo n, momento en que el literalismo empezó a aparecer como fuerza por derecho propio. Según Eusebio, el propagandista de la Iglesia del siglo IV, el primero en escribir contra las herejías fue un tal Agripa Cástor (c. 135). Se sabe que Justino Mártir (c. 150) también redactó una obra contra las herejías. Sin embargo, ninguno de estos escritos ha llegado hasta nosotros. Algunos estudiosos han conjeturado que esto es debido a que ellos mismos eran demasiado «heterodoxos» a ojos de los posteriores cristianos ortodoxos. No se conserva ninguna refutación de los herejes anterior a la obra que escribió Ireneo a finales del siglo n. Todas las refutaciones subsiguientes se basaban más o menos en Ireneo y con frecuencia se limitaban a copiar sus comentarios y prejuicios.

Pero estos documentos contra los herejes no son las afirmaciones definitivas del cristianismo «ortodoxo». En los primeros siglos de nuestra era sencillamente no encontramos ninguna «ortodoxia» tal como la entendemos hoy. El literalismo sólo puede considerarse «ortodoxo» en retrospectiva, porque los literalistas acabaron controlando la Iglesia en siglos posteriores. En los primeros siglos, diferentes facciones ejercieron mayor o menor poder en diferentes momentos e incluso los cristianos «ortodoxos» más fanáticos podían acabar convertidos en «herejes».

En el primer cuarto del siglo III el literalista Hipólito puso objeciones a la política que proponía en Roma un maestro gnóstico y ex esclavo llamado Calixto. Éste quería que los cristianos reconociesen los matrimonios entre creyentes y sus propios esclavos y extendieran el perdón de los pecados a las

transgresiones sexuales. Hipólito calumnió a Calixto llamándole delincuente común, pero la mayoría de los cristianos de Roma le respetaban como maestro que había sido encarcelado y torturado, y le eligió obispo. Hipólito, el archiperseguidor de herejías, se encontró ahora convertido en «hereje» de la Iglesia de Roma, por cuya autoridad tanto había trabajado.

De hecho, algunos de los más grandes portavoces del literalismo se pasaron al gnosticismo al final de su vida, entre ellos Taciano, protegido de Justino Mártir, ¡e incluso el fanático perseguidor de herejías Tertuliano! Éste se unió a un grupo de gnósticos inspirado por Montano, ¡que antes había sido sacerdote de los misterios del dios hombre pagano Atis! Con la misma malevolencia con la que antes había atacado a los herejes, Tertuliano condenó ahora a la Iglesia «ortodoxa» por ser una Iglesia de meros cristianos psíquicos, una organización de «un número de obispos» en lugar de «una Iglesia espiritual para el pueblo espiritual». Resulta especialmente irónico, si tenemos en cuenta la anterior misoginia de Tertuliano, que los montanistas fueran famosos ¡por sus sacerdotisas extáticas! Una autoridad de hoy escribe: «Si Montano hubiese triunfado, la doctrina cristiana se hubiera formulado bajo la supervisión de mujeres alocadas y excitables». Más adelante, Tertuliano se separó de los montanistas y fundó su propia secta cristiana: ¡los tertulianistas!

No es extraño que la historia tradicional del cristianismo pase por alto la conversión de Tertuliano al gnosticismo. Sus escritos contra los gnósticos, en cambio, se copiaron incesantemente y pasaron a ser textos clásicos que la Iglesia literalista utilizó en su lucha contra todas las demás formas de cristianismo.

El concepto de la «ortodoxia» hace pensar que hubo siempre una perspectiva que la mayoría de los cristianos tenían en común, pero no hay ninguna prueba de que realmente fuera así. No existió nada que pudiera denominarse «ortodoxia» hasta que el Imperio romano adoptó el cristianismo literalista como religión del Estado. Sólo entonces adquirió la facción literalista el poder que le permitía imponer su perspectiva particular. Pero a pesar de ello, el gnosticismo continuó floreciendo durante siglos. Lo que se consideraba «ortodoxo» nunca reflejó las opiniones mayoritarias de los cristianos practicantes. Siempre reflejó los puntos de vista de los poderosos obispos.

CRISTIANISMO y JUDAÍSMO

Como hemos visto, los cristianos estuvieron divididos desde el principio en lo que se refiere al controvertido asunto de su relación con el judaísmo tradicional. A mediados del siglo II la mayoría de los cristianos ya la formaban gentiles en vez de judíos, y habían rechazado la circuncisión y todas las demás prescripciones y proscipciones que dictara Moisés. Pero la controversia seguía

muy viva.

La mayoría de los gnósticos quería rechazar por completo el dios judío Jehová en favor de una concepción más mística de Dios como unicidad suprema, idéntica al dios de Platón y los misterios paganos. El influyente maestro gnóstico Marción abogó por la separación total del cristianismo y el judaísmo. Produjo un texto titulado *Antítesis*, en el cual yuxtaponía citas del Antiguo y del Nuevo Testamento para demostrar cómo se contradecían mutuamente. Marción opinaba que Jehová era un «bárbaro comprometido» y que el Nuevo Testamento no era más que un catálogo de sus crímenes contra la humanidad. El cristianismo era una nueva revelación del buen Dios, una doctrina universal que no tenía nada que ver con el credo imperfecto de una pequeña nación.

La mayoría de los literalistas también rechazaba las tradiciones del judaísmo. En efecto, Justino Mártir ve con buenos ojos que muchos literalistas ni tan sólo quisieran hablar con sus correligionarios que seguían la ley de Moisés, puesto que creían que tales cristianos no gozarían de la salvación eterna. Sin embargo, los literalistas eran partidarios de conservar el Antiguo Testamento porque relataba una «historia» divina que confirmaba su opinión de que el Nuevo Testamento se basaba también en hechos en vez de mitos. También podía usarse, a menudo de la forma más ridícula, como fuente de «profecías» sobre la venida de Jesús que, a juicio de los literalistas, demostraban la veracidad de su perspectiva. Tener una tradición antigua daba prestigio, por lo que conservar el Antiguo Testamento también permitía afirmar, como Tertuliano, que el cristianismo «se apoya sobre los antiquísimos libros de los judíos» y que éstos son mucho más antiguos que cualquier libro, ciudad, culto o raza del mundo pagano.

Los cristianos literalistas querían las Escrituras judías, pero no el judaísmo. Por tanto, proclamaron que al rechazar los judíos al salvador que les enviara Dios, habían perdido el derecho a su propia herencia cultural, que ahora pertenecía legítima y exclusivamente a los cristianos. Por primera vez se dio a estos textos judíos el nombre de «Antiguo» Testamento, que anunciaba el «Nuevo» Testamento de los cristianos. Incluso se modificó el orden de las escrituras del Antiguo Testamento para que terminasen con una profecía que parecía llevar sin complicaciones a su aparente cumplimiento en los evangelios.

A medida que el cristianismo literalista fue romanizándose, la culpa de la muerte de Jesús dejó de imputarse al gobernador romano Pilato para achacada a la nación judía en su conjunto. En el Evangelio de Mateo la muchedumbre judía que exige que Jesús sea ejecutado grita: «¡su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!». Una autoridad moderna escribe:

El legado de estas palabras ha sido terrible. Se han citado para justificar la persecución por parte de los cristianos que durante siglos padecieron los judíos. Es significativo que hasta el reciente Concilio Vaticano no se haya hecho una declaración formal exonerando a las posteriores generaciones de judíos de la responsabilidad del asesinato de Cristo.

A partir del siglo II los cristianos literalistas escribieron numerosos libelos largos e insultantes contra los judíos. El obispo Melitón de Sardes (c. 170) los denunció por «asesinos de Dios», criminales que habían inventado «un tipo de crimen totalmente nuevo». Se creía que la devastación que la nación judía había sufrido a manos del Imperio romano era la justa venganza de Dios. Los judíos se habían buscado sus propios sufrimientos.

La circuncisión, que los adversarios de Pablo habían considerado requisito previo para ser un verdadero cristiano, pasó a ser la señal de haber participado en el sangriento asesinato del Señor. En su devastador ataque contra los judíos, Justino Mártir escribe:

Porque la circuncisión de acuerdo con la carne os fue dada por Abraham como señal para que pudierais distinguiros de otras naciones y de nosotros, y para que sólo vosotros sufrierais lo que justamente sufrís ahora; para que fuerais desolados, y vuestras ciudades quemadas, y los extraños comieran los frutos de vuestra tierra antes que vosotros, y ni uno solo de vosotros pusiera los pies en Jerusalén. Por tanto, estas cosas han caído con justicia sobre vosotros, porque vosotros ejecutasteis al justo, y antes que a él a sus profetas, y ahora tratáis alevosamente a quienes depositan su esperanza en él, y a quien lo envió, Dios Todopoderoso, el Creador de todas las cosas.

Al tiempo que los judíos eran denigrados de forma creciente, se inventaron versiones que presentaban a Poncio Pilato como un hombre justo y santo, ¡incluso cristiano! ¡En el siglo IV tanto Pilato como su esposa ya eran venerados como santos! Es un ejemplo de lo absurda y contradictoria que es realmente la historia del cristianismo primitivo.

LA CREACIÓN DEL NUEVO TESTAMENTO

Para arrebatarnos el cristianismo a los gnósticos y edificar una religión centralizada que se basara en dogmas comunes, los obispos literalistas necesitaban contrarrestar la influencia del gran número de evangelios gnósticos que circulaban en aquel tiempo. Así pues, se propusieron crear un canon limitado de escrituras que pudieran aceptarse como exposición definitiva del cristianismo, a la vez que se rechazaban todos los demás textos por espurios y heréticos. Se utilizó como base el Antiguo Testamento tomado de los judíos. Sin embargo, la selección de los otros textos que debían incluirse planteaba un problema. Para entonces las diferentes comunidades cristianas ya habían adoptado diversos textos que consideraban sagrados y todas argüían que su propia selección de evangelios, epístolas y leyendas debía constituir -el canon. La discusión duró desde finales del siglo II hasta el siglo IV y más allá. Es un hecho notable que si bien casi todas las formas modernas de cristianismo no

ponen en tela de juicio los textos incluidos en el Nuevo Testamento, en los primeros cuatro siglos ¡todos los documentos fueron tachados de heréticos o falsos en un momento u otro!

Se supone que el primer intento de formular un canon cristiano lo hizo Papías de Hierápolis hacia el año 110. Se trata de una figura vaga sobre la que en realidad poco puede decirse, aunque es interesante observar que dice que el Evangelio de Mateo es una colección de «oráculos», lo cual hace pensar que el texto que tenía ante sí era significativamente distinto del que ha llegado hasta nosotros. Es claro que no había ningún Nuevo Testamento en tiempos de Justino Mártir (c. 150). Las «memorias de los apóstoles», a las que se refiere Justino, distan mucho de ser lo mismo que los cuatro evangelios canónicos. En todas sus obras nunca menciona a Mateo, Marcos, Lucas o Juan. Taciano (c. 170) intentó sintetizar los evangelios en uno solo para disimular las contradicciones que hay entre ellos, pero su intento no gozó de la aceptación general de la comunidad cristiana. A finales del siglo II Ireneo trató de canonizar los cuatro evangelios que tenemos hoy utilizando como criterio de autenticidad la afirmación de que cada uno de ellos se derivaba de un discípulo de Jesús, ¡lo cual resulta irónico, toda vez que Marcos y Lucas ni siquiera pretenden ser testigos oculares de los acontecimientos que describen!

Se excluyeron del Nuevo Testamento algunos de los textos cristianos más antiguos y más citados, tales como el Evangelio de Tomás, el *Pastor de Hermas* y el Evangelio de los hebreos, porque en ninguno de ellos se hacía referencia al relato casi histórico de Jesús. El Evangelio de Tomás pretende ser una colección de «dichos secretos» de Jesús, según dejó constancia de ellos Tomás, su «hermano gemelo». El *Pastor de Hermas*, que era popularísimo entre los primitivos cristianos, es una refundición apenas disimulada de un texto pagano en el cual Hermas se encuentra con una sacerdotisa oracular pagana disfrazada de encarnación de «la iglesia». Comenta una autoridad moderna, aunque hoy no se le hace caso, que el autor de esta obra es en realidad «el primitivo cristiano al que mejor conocemos después de san Pablo». El Evangelio de los hebreos es el que con más frecuencia se menciona por su nombre en la Iglesia primitiva. Sin embargo, es fácil ver por qué, a pesar de su popularidad en los primeros tiempos, tampoco se incluyó en el Nuevo Testamento. Entre otras herejías cuenta que Jesús estuvo en el vientre de su madre durante sólo siete meses: ¡extraña afirmación que, como hemos visto, se hizo también en relación con el dios hombre pagano Dioniso!

Muchas obras gnósticas como, por ejemplo, los Hechos de Tomás, eran demasiado populares para rechazadas sin más, de modo que se suprimió la parte herética de su contenido para que se ajustasen a los criterios literalistas. Como escribe un estudioso:

Los obispos y maestros católicos no conocían mejor forma para detener esta avalancha de escritos gnósticos, así como su influencia entre los fieles, que adoptar en conjunto las narraciones más populares de los libros heréticos, y tras eliminar cuidadosamente el veneno de la falsa doctrina, volver a ponerlas, en esta versión purificada, en las manos del pueblo.

Bien puede ser que los Hechos de los Apóstoles fuera una de estas adaptaciones de textos que antes eran gnósticos. En las postrimerías del siglo II Ireneo y Tertuliano los consideraban Sagradas Escrituras, pero sólo una generación antes, Justino Mártir ni siquiera había oído hablar de ellos. Los Hechos de los Apóstoles tal como los conocemos se inventaron justo a tiempo para utilizarlos como instrumento poderoso contra el gnosticismo, toda vez que confirman la autenticidad histórica de los discípulos y legitiman a los obispos como descendientes de los mismos.

También presentan a Pablo como apóstol del literalismo y le hacen reconocer claramente la primacía de Pedro y los demás apóstoles. Huelga decir que los Hechos de los Apóstoles fueron rechazados por los gnósticos, que señalaron que el Pablo de las epístolas era obviamente incompatible con el Pablo de los Hechos.

SANGRE GLORIOSA

El conflicto entre literalistas y gnósticos alcanzó un punto crítico a causa de la persecución romana contra el cristianismo, que produjo reacciones muy diferentes por parte de gnósticos y literalistas.

A ojos de los literalistas Jesús había sido un mártir y, por tanto, encontrar la muerte era señal de que se seguían gloriosamente sus pasos. Cipriano (muerto en 258 d.n.e.) describe de forma vívida la alegría que siente el Señor ante el «espectáculo sublime, grande y aceptable» de «la sangre gloriosa que corre y apaga las llamas y las hogueras del infierno». Los mártires literalistas eran idealizados como atletas espirituales y guerreros santos de forma muy parecida a lo que se hace hoy con los extremistas musulmanes. Sufrir martirio era tener garantizado un lugar en el cielo. Al ver que se les ofrecía este premio, muchos literalistas buscaban activamente la muerte. Creían que «mediante el sufrimiento de una hora compran para sí mismos la vida eterna». Tertuliano declara que desea sufrir «para poder obtener de Dios el perdón total», dando a cambio su sangre.

En muchos aspectos estos fanáticos, que forman pequeños grupos en la periferia de la sociedad, se parecen a los cultos religiosos modernos que también ofrecen a sus adeptos recompensas celestiales por buscar voluntariamente la muerte mediante el suicidio en masa, aunque llama la atención que Tertuliano e Ireneo, dos de los entusiastas del glorioso martirio que más se hacen oír, ¡logren evitar esta suerte aparentemente deseable!

Los gnósticos, en cambio, opinaban que la idea de que el martirio garantizaba la salvación era fruto de una interpretación totalmente errónea del cristianismo. Creían que había que aceptar el destino que señalara Dios,

incluso si era morir como mártir, pero que era ridículo e ilusorio buscar activamente el martirio como forma rápida de alcanzar el cielo. La iluminación espiritual tenía que encontrarse por medio de la realización mística de la Gnosis en lugar de recurrir a grandes gestos.

Un texto gnóstico llamado el Testimonio de la verdad declara que los entusiastas del martirio son los «necios» que sencillamente dicen las palabras: «Somos cristianos», pero no saben «quién es Cristo». Son «mártires vacíos, ya que sólo dan testimonio de sí mismos». La suya será sólo una «muerte humana» y no los llevará a la salvación que esperan, porque «estas cuestiones no se resuelven así», y «no tienen la Palabra que da vida». Los que predicán que Dios desea «sacrificios humanos» hacen de Dios un caníbal. Estos cristianos literalistas son «los que oprimen a sus hermanos» al alentar a los demás creyentes ingenuos a entregarse «al verdugo» con la ilusión de que si «se mantienen leales al nombre de un muerto, se harán puros». El autor del Apocalipsis de Pedro se muestra especialmente horrorizado ante las exclamaciones de gozo que profieren los literalistas al ver los actos de violencia que se infligen a los «pequeños».

Clemente de Alejandría es más comprensivo cuando habla de los que buscan el martirio; dice que son como niños que «aún no se han convertido en hombres enamorados de Dios, como es el gnóstico» y explica:

Nadie, pues, que sea irracionalmente valeroso es un gnóstico; dado que podríamos llamar valerosos a los niños que por ignorancia de lo que es temible sufren cosas que son horribles. Así que hasta tocan el fuego. Ya las bestias salvajes que se abalanzan sobre las puntas de las lanzas, poseedoras de un valor bruto, cabría llamarlas valerosas. Y tales personas quizá llamarían valientes a los malabaristas, que se arrojan sobre espadas con cierta destreza, practicando un arte peligroso por una mísera ganancia. Pero el que es verdaderamente valeroso, con el peligro que nace de la hostilidad de las multitudes ante sus ojos, espera valerosamente lo que venga. De esta manera se distingue de otros a los que llaman mártires, dado que algunos buscan las ocasiones para sí mismos, y se lanzan al corazón de los peligros. Porque algunos sufren el amor a la gloria, y otros el miedo a algún otro castigo más doloroso, y otros en aras de los placeres y los deleites de después de la muerte, siendo niños en la fe, bienaventurados en verdad, pero aún no se han convertido en hombres enamorados de Dios, como es el gnóstico. Porque hay, como en las competiciones gimnásticas, así también en la iglesia, coronas para hombres y para niños.

Los gnósticos no creían que Jesús muriese literalmente como mártir, sino que su muerte simbolizaba una profunda verdad mística. Imitar a Jesús no era buscar el martirio, sino morir para el propio yo inferior y resucitar como el Cristo de dentro.

A juicio de los literalistas, estas actitudes gnósticas hacían que los sufrimientos de los mártires pareciesen fútiles. El autor de una epístola atribuida a Ignacio escribe con indignación: «Mas si, como dicen algunos [...] su sufrimiento [de Jesús] fue sólo una apariencia, entonces ¿por qué estoy

prisionero y por qué ansío luchar con las bestias salvajes? En ese caso, muero en vano».

En opinión de los literalistas, los gnósticos eran traidores porque ofrecían una justificación teológica de la cobardía y debilitaban así sus intentos de unir a la Iglesia ante la opresión. Los gnósticos, en cambio, pensaban que los literalistas eran extremistas fanáticos que con sus falsas promesas llevaban a los crédulos a un sufrimiento inútil.

LOS ROMANOS Y LAS PERSECUCIONES

La historia tradicional de la persecución del cristianismo dice que el Imperio romano sentía un odio especial contra la nueva religión, pero no era así. Roma se purgaba constantemente de místicos, filósofos y cultos religiosos que consideraba una amenaza para su estabilidad. Los romanos tenían una relación de amor y odio con los misterios, de los cuales el culto cristiano era sólo un ejemplo más. Les atraían la espiritualidad exótica y la profunda filosofía de aquellos cultos extranjeros, pero también les aterrorizaba el desafío radical que representaban para la autoridad política de Roma. Los seguidores de los misterios de Dioniso, por ejemplo, como más adelante les ocurriría a los seguidores de los misterios de Jesús, fueron acusados de conspirar para derrocar el Estado. Los misterios de Dioniso ya estaban prohibidos en Roma desde 186 a.n.e. y se habían destruido los santuarios en toda Italia. Gran número de iniciados fueron ejecutados, en ocasiones muchos miles a la vez.

De hecho, en diversas ocasiones durante los primeros siglos, filosofar se consideraba delito en Roma. Hasta el gran filósofo estoico Epicteto fue desterrado, junto con otros muchos filósofos en número incontable. Al igual que ocurriría más adelante con los mártires cristianos, muchos filósofos eran condenados a muerte por negarse a resolver sus discrepancias con las tiránicas autoridades romanas. Un texto titulado Hechos de los Mártires Paganos glorifica el valor y la integridad de estos iniciados que sufrieron persecución. Consta que hubo filósofos que fueron a la hoguera «riéndose de la súbita caída de los destinos humanos» y que murieron «sin cambiar de actitud entre las llamas».

Según la historia tradicional del cristianismo, numerosos cristianos sufrieron persecuciones horribles por parte de los romanos desde el primer momento. En realidad, no se persiguió legalmente a los cristianos hasta mediados del siglo III. Las anteriores persecuciones habían ido dirigidas contra individuos solamente, o se habían limitado a una ciudad determinada. No se veía a los cristianos como una amenaza especial y, por tanto, tampoco se les oprimía de forma especial. En el siglo II, el emperador Trajano escribió a uno de sus gobernadores para decide que debía darse a los cristianos un juicio apropiado y que los jueces no debían conceder importancia a los ataques anónimos. «No

había que buscar» a los cristianos, y los acusadores tenían que pagar siempre las costas de los procesos.

Pero en el año 250 d.n.e. la peste se extendió por el mundo antiguo y diezmó poblaciones enteras. El Imperio estaba al borde del derrumbamiento y el culto cristiano se convirtió en el chivo expiatorio de las desgracias de los romanos. El emperador Decio ordenó a los cristianos que ofrecieran a los dioses sacrificios de animales por la salud y el bienestar del Imperio, e instigó la primera persecución general contra los que se negaron a obedecer. Duró sólo un año, pero se repitió con Valeriano en 257-259 y de nuevo con Diocleciano entre 303-305. En toda su historia, por tanto, el cristianismo fue perseguido de forma oficial durante cinco años en total.

Ahora sabemos que los propagandistas cristianos exageraron de modo disparatado la escala de estas persecuciones, incluso de la llamada «Gran Persecución» de Diocleciano. A mediados del siglo III Orígenes escribe que los «pocos» cristianos que habían muerto por su fe eran «fáciles de contar». Durante las persecuciones de la época de Decio, en la enorme ciudad de Alejandría ¡sólo diez hombres y siete mujeres sufrieron por ser cristianos!

En realidad, con frecuencia los gobernadores romanos no mostraban ningún deseo de hacer daño deliberadamente a los cristianos. Si éstos no querían participar en los rituales obligatorios del Imperio, se les ofrecía una solución intermedia. Por ejemplo, si se negaban a comer carne que fuera producto de un sacrificio, ¿no podían ofrecer incienso? Un gobernador pregunta en tono de súplica a un aspirante a mártir: «¿Quieres esperar unos cuantos días para pensártelo? ¿No ves qué tiempo tan agradable tenemos? Si te matas, te privarás de todos los placeres».

Resulta irónico, pero a menudo eran los propios cristianos quienes buscaban el martirio. Un grupo de ellos se dirigió al gobernador de Asia y le rogó que los ejecutase, ¡pero el gobernador se negó y les dijo que eran libres de tirarse por un acantilado o ahorcarse si tantas ganas tenían de morir!

El emperador y filósofo estoico Marco Aurelio pensaba lo mismo que los gnósticos, a saber: que estos deseos de ofrecerse voluntariamente para el martirio eran gestos vacíos más que ejemplos de personas iluminadas que aceptaban su destino; y escribe:

La disposición a morir debe ser fruto del juicio propio del hombre y no de la mera obstinación como en el caso de los cristianos: debe llegar después de la debida consideración y persuadir a otros de que la muerte no es horrible, en vez de ir acompañada de estas trágicas demostraciones.

En realidad, algunos emperadores romanos simpatizaban con el cristianismo y pensaban que era otra interesante y exótica religión misteriosa. Se dice incluso que Alejandro Severo (c. 230) tenía una estatua de Cristo al lado de las de otros dioses hombre de los misterios paganos que había en su capilla privada. Su madre protegía al filósofo cristiano Orígenes, así como a famosos filósofos paganos.

LA PROPAGACIÓN DEL CRISTIANISMO

A pesar de lo que afirma la tradición, no hay ninguna prueba de que las persecuciones que desencadenaron los romanos causasen un incremento significativo del número de cristianos. El cristianismo no despegó realmente hasta que lo adoptó el emperador Constantino, momento en que el martirio dejó de ser una opción porque los cristianos pasaron a ser un grupo favorecido y protegido.

Suele decirse que el cristianismo se propagó con rapidez, en especial entre los pobres y los desposeídos, hasta convertirse en la fuerza dominante en el mundo antiguo, mientras esperaba el momento de ocupar el lugar que le estaba destinado como la religión del Imperio romano. Pero esta idea es pura fantasía, y el primero en cultivarla fue Tertuliano (c. 200), que hace una afirmación escandalosa: «Casi todos los ciudadanos de casi todas las ciudades son cristianos». Los estudiosos reconocen ahora que es una exageración absurda. Orígenes (c. 240), que es más digno de confianza, admite que en realidad los cristianos constituían sólo una minúscula fracción de los habitantes del mundo antiguo.

Es muy difícil contestar a la pregunta de cuántos cristianos había en los primeros siglos. Antes del año 250, en las inscripciones y los textos paganos prácticamente no hay ninguna referencia a los cristianos. Tampoco se les menciona en las dos historias más importantes que se escribieron a comienzos del siglo III. Tenemos sólo una estadística real cuya fuente es Eusebio, el «historiador» cristiano del siglo IV, que es muy poco de fiar. Eusebio nos dice que en 251 la manutención de «más de mil quinientas viudas y pobres» corría a cargo de los cristianos de Roma, entre los que había 154 ministros de diversos rangos (¡52 de ellos eran exorcistas!). Los estudiosos calculan que en 250 los cristianos representaban alrededor del dos por ciento de la población del Imperio. Puede que después de este período la cifra aumentara hasta situarse en un 4-5 % de la población. Sin embargo, incluso en el siglo IV Eusebio conoce la existencia de sólo tres pequeños municipios cristianos en toda la Tierra Santa.

El crecimiento de la popularidad del cristianismo en los tres primeros siglos de nuestra era no fue un fenómeno único, sino que formaba parte de un aumento general de la popularidad de los misterios en todo el mundo antiguo. Al entrar en el nuevo milenio, el escepticismo en materia de religión era muy grande en el Imperio romano. Gibbon comenta: «Todos los dioses eran igualmente verdaderos a ojos de los filósofos, igualmente falsos a ojos de los políticos e igualmente útiles a ojos de los magistrados». Pero Plutarco nos dice que los oráculos que habían caído en decadencia cuando él era joven volvían a florecer a comienzos del siglo II. Durante este siglo se reinstauraron en Atenas las ceremonias de Dioniso, que se habían perdido por completo, y el número de personas que acudía a Eleusis para iniciarse creció de forma considerable. Los misterios de Mitra también se hicieron enormemente populares en todo el

Imperio.

REACCIONES PAGANAS ANTE EL CRISTIANISMO

El cristianismo era otro culto místico que iba ganando terreno al lado de muchos otros cultos del mismo tipo. Sin embargo, llamaba la atención de los intelectuales paganos, cuyas reacciones a esta nueva religión se parecían a las que los numerosos cultos marginales de hoy provocan en la sociedad en general. Cuando el cristianismo se hizo tan popular que sencillamente era imposible cerrar los ojos ante él, sus pretensiones de originalidad fueron objeto de burlas (justificadas) y se acusó a sus líderes de manipular a los crédulos para forrarse y alimentar su propio ego.

Tácito y Plinio (c. 112), los primeros autores paganos que prestaron atención al cristianismo, opinaban que los cristianos no eran más que fanáticos supersticiosos y propensos a un entusiasmo excesivamente emocional. Celso (c. 170) dijo de ellos que eran «gente que se ha aislado voluntariamente del resto de la civilización» al afirmar que su fe es única y contraria al paganismo antiguo. A su modo de ver, los cristianos son irracionales, porque «no quieren dar ni recibir una razón para lo que creen», sino más bien convertir a los demás diciéndoles «que no hagan preguntas, sino que tengan fe». Celso escribe:

La religión echa raíces en las clases bajas y continúa propagándose entre el vulgo: más aún, incluso puede decirse que se propaga debido a su vulgaridad, y al analfabetismo de sus adeptos. Y si bien hay unas cuantas personas moderadas, razonables e inteligentes que se inclinan a interpretar alegóricamente sus creencias, lo cierto es que prospera en su forma más pura entre los ignorantes.

Su amigo el satírico Luciano se burló del cristianismo diciendo que no era más que un timo con el que se pretendía sacarles dinero a los crédulos: «Si un tramposo profesional que sabe cómo sacar provecho de una situación se mezcla con ellos, se hace millonario de la noche a la mañana, riéndose para sus adentros de los simplones».

El filósofo cristiano Orígenes, a mediados del siglo III, también se muestra poco halagador con la comunidad cristiana y dice que la integraban ¡hombres preocupados por cómo ganar dinero y mujeres que chismorreaban en voz tan alta que no podía oírse nada! Orígenes reconoce con tristeza que al convertirse el cristianismo en una religión oficial, también se corrompió:

Admito que en la actualidad, cuando debido a la multitud de gente que acude a la fe, incluso hombres ricos y personas que ocupan puestos de honor, y damas refinadas y de alta alcurnia miran con buenos ojos a los adeptos de la fe, quizá me aventuraría a decir que algunos se convierten en líderes de la enseñanza cristiana en busca de un poco de prestigio.

A mediados del siglo III una mujer rica que se llamaba Lucilla ¡llegó a pagar

para que nombrasen a su sirviente Majorinus obispo de Cartago! Según dicen, Pablo de Samosata, obispo de Antioquía en 260, comprobó que servir a la Iglesia era una profesión muy lucrativa. Arrancaba frecuentes aportaciones a los ricos que había entre sus fieles, gran parte de las cuales iba a parar a sus propios bolsillos y servía para costear su lujoso tren de vida.

En 270 el filósofo pagano Porfirio escribió la crítica más demoledora del cristianismo. Consta de quince volúmenes y demuestra que en los evangelios cristianos abundan las contradicciones, las exageraciones, las imposibilidades y las falsedades, y que no es posible que los inspirase el Dios verdadero. Porfirio se burla de la creencia en la resurrección física y la tacha de materialista y absurda. Considera una muestra de ignorancia y vulgaridad aseverar que el magnífico y hermoso cosmos perecerá en un apocalipsis mientras que Dios conservará eternamente el insignificante cuerpo físico de quien hace esta afirmación. Para Porfirio, prometer a un criminal que será absuelto y entrará en el paraíso siempre y cuando sea bautizado antes de morir debilita los fundamentos de una sociedad organizada compuesta por seres humanos decentes. Pone reparos a las afirmaciones de los cristianos en el sentido de que han descubierto el único camino para llegar a Dios, y, a cambio, presenta el «camino universal» de la filosofía pagana. Incluye en sus libros un oráculo de Apolo que alaba a Cristo, pero asevera que el culto cristiano es absurdo porque Dios Encarnado es un mito. No es extraño, pues, que cuando el Imperio romano se hizo cristiano las obras de Porfirio en seguida fueran prohibidas y arrojadas al fuego.

LA IGLESIA CATÓLICA ROMANA

Una de las grandes ironías de la historia es que el poderoso Imperio romano finalmente abrazara el cristianismo, no sólo como un culto místico más, sino como la única religión verdadera. Parece increíble que después de haber arrasado por completo el estado de Israel, Roma acabara adoptando una religión cuyos textos sagrados eran la historia judía, que se basaba en un profeta judío que, según se decía, había sido ejecutado por un gobernador romano. ¿Cómo es posible que sucediera esto? La historia tradicional, por supuesto, sugiere que sólo pudo deberse a que la mano de Dios guió a la humanidad para que saliese de las tinieblas del paganismo. Sin embargo, dejando a un lado la posibilidad de que el cristianismo sea la religión preferida de Dios, su éxito obedece a otras razones.

El cristianismo no fue el único culto místico extranjero que adoptó el Imperio romano. En 304, cuando sólo faltaban diecisiete años para que el cristianismo pasara a ser la religión del estado, otro dios hombre que nació milagrosamente el 25 de diciembre y cuyos devotos también celebraban un ágape simbólico de pan y vino fue declarado «protector del Imperio»: el

salvador persa Mitra. Los persas eran los principales rivales y antiguos enemigos de los romanos, así que, de hecho, la adopción de Mitra por parte de los romanos es todavía más asombrosa que su adopción del salvador judío Jesús.

Los misterios de Mitra se propagaron con extrema rapidez por todo el Imperio romano en el siglo I d.n.e. En el apogeo de su popularidad en el siglo III, el mitraísmo se practicaba de un extremo a otro del Imperio; como dice una autoridad de hoy: «De las orillas del mar Negro a las montañas de Escocia y las fronteras del gran desierto del Sahara». Los monumentos mitraicos nos dicen con frecuencia que tanto los esclavos como los hombres libres eran iniciados en los misterios y que a menudo eran los primeros quienes alcanzaban los rangos más elevados; en el mitraísmo los últimos fueron en verdad los primeros. A finales del siglo II el propio emperador Cómodo fue iniciado en los misterios de Mitra, lo cual causó muchísimo revuelo en el mundo romano y provocó un gran incremento de la popularidad del culto. Después de Cómodo varios emperadores trataron de hacer del mitraísmo la religión del Imperio.

Otros dirigentes romanos habían coqueteado más o menos con diversas religiones místicas. Marco Antonio había tomado por modelo a Dioniso. Claudio se había inspirado en Atis. Vespasiano había rendido culto a Serapis. Domiciano honraba a Osiris. Heliogábalo intentó imponer el culto monoteísta de Helios. Para combatir la creciente fragmentación y apoyar su aspiración a «un Imperio, un emperador», los emperadores romanos necesitaban «una fe», es decir, una religión universal o «católica». Todos los cultos místicos fueron propuestos en diferentes momentos, pero sin éxito.

En la primera mitad del siglo IV el emperador Constantino probó con el cristianismo, que era ideal para cumplir aquella función. Los romanos necesitaban una religión mística porque las religiones de este tipo siempre eran populares entre el pueblo. Pero al frente de las religiones místicas había místicos y filósofos que tenían la osadía de poner en tela de juicio y debilitar la autoridad del Estado. Pero el cristianismo literalista era una religión mística que se había desembarazado de todos sus molestos intelectuales. Era ya una religión autoritaria que alentaba a los fieles a tener fe ciega en los que ocupaban puestos de poder.

Era exactamente lo que querían las autoridades romanas: una religión sin místicos, misterios exteriores sin misterios interiores, forma sin contenido.

En 321 Constantino pasó a ser el primer emperador cristiano. Aunque su motivación era claramente política en vez de espiritual, muchos años después afirmó que su conversión se había producido por medio de una visión santa. En la víspera de una batalla, él y «todas las tropas» habían visto un «signo de la cruz» en el cielo del mediodía, con una inscripción que rezaba: «Con esta señal conquista». No era, con todo, la conocida cruz cristiana, sino el símbolo pagano *chi-rho* (ver lámina). Constantino se había acostado preguntándose cuál sería el significado de aquel signo en el cielo, y en sueños había recibido la visita de Cristo, que portaba el mismo símbolo y le ordenó que «usara su semblanza en

sus encuentros con el enemigo». Constantino hizo dibujar el emblema en los escudos de sus soldados, ganó la batalla según lo prometido y se convirtió al cristianismo. Si hay que darle crédito, ¡parece que Jesús, el «príncipe de la Paz», se ganó el Imperio más terrible del mundo antiguo ofreciendo a su emperador un mágico talismán militar!

Constantino era, sobre todo, un pragmático. Su cristianismo sólo tenía importancia cuando convenía por razones políticas. La inscripción en el monumento que conmemoraba la victoria prometida en la visión no hacía ninguna referencia al cristianismo y mostraba soldados romanos que recibían asistencia divina de los habituales ayudantes celestiales. A pesar de su milagrosa conversión al cristianismo, Constantino ordenó que pusieran su propia cabeza en la enorme estatua del dios sol Helios en el foro de Roma e hizo acuñar monedas en las que aparecía al lado del dios. Y todavía aceptaba el título de Pontifex Maximus, el sumo sacerdote del mundo pagano... ¡como siguieron aceptándolo todos los emperadores cristianos hasta el año 382!



Este monograma tuvo su origen en los papiros paganos, donde los estudiosos indicaban los pasajes proféticos con el signo *chi-rho*, que representaba la palabra griega *chreston*, que significa «auspicioso». Al convertirse Constantino al cristianismo, se empezó a interpretar el *chi-rho* como abreviatura de Cristo. Este símbolo, por tanto, tenía un significado doble, uno para los paganos y otro para los cristianos, lo cual se ajustaba perfectamente al propósito de Constantino.

Como la mayoría de los emperadores romanos, Constantino era un hombre malévolo y despiadado. Hay constancia de que durante sus guerras en la Galia (306-312): «Hasta los paganos se horrorizaron cuando arrojó a los reyes bárbaros a las fieras, junto con sus seguidores, miles de ellos a la vez». Es evidente que Constantino no se volvió más compasivo a raíz de su conversión al cristianismo. Casi inmediatamente después de presidir el Concilio cristiano de Nicea en 325 hizo asesinar tanto a su hijo Crispo como a su madrastra, Fausta. De hecho, aplazó deliberadamente el momento de bautizarse hasta que estuvo en su lecho de muerte para poder seguir pecando y, a pesar de ello, tener asegurada una vida celestial después de morir. La reputación de Constantino era tal que ni siquiera la Iglesia romana se sintió capaz de santificado.

La inspiración del cristianismo de Constantino fue su madre, Elena, que se había hecho cristiana algún tiempo antes. Obligada a exiliarse al verse implicada en el asesinato de la madrastra de Constantino, Elena hizo un viaje a Tierra Santa. Allí encontró milagrosamente el sepulcro y la cueva donde nació Cristo, junto con los restos de las tres cruces que se utilizaron para ejecutar a Jesús y a los dos ladrones en el Gólgota. ¡Fue en verdad un milagro extraordinario, ya que miles de judíos habían sido ejecutados en los trescientos años transcurridos desde que Jesús supuestamente encontrara la muerte! Constantino erigió iglesias en estos lugares sagrados que se habían descubierto de manera fortuita y que siguen venerándose como santos hoy en día. ¡Se enviaron pedacitos de la santa cruz a todo el Imperio y la Iglesia católica veneró a la madre de Constantino como «Santa Elena, Descubridora de la Cruz Verdadera»! Constantino también levantó una basílica gigantesca en el lugar del santuario que supuestamente señalaba la tumba de Pedro en Roma y más adelante pasaría a ser el Vaticano, el motor intelectual del catolicismo romano.

Constantino encontró la comunidad cristiana profundamente dividida, como siempre: no sólo entre literalistas y gnósticos, sino también en el seno de la propia comunidad literalista. Se dice que en el Concilio de Nicea los cristianos presentaron al emperador ¡numerosas peticiones contra otros cristianos! Constantino no sabía nada de teología. De hecho, pronunciaba discursos que estaban muy cerca de la herejía, lo cual resultaba violento para quienes los oían. Con todo, sabía que la unidad era necesaria y, por tanto, la impuso.

En Nicea se instauró un credo que aún se repite en las iglesias de todo el mundo. Los obispos que se negaron a aceptarlo fueron desterrados del Imperio como criminales por decreto del propio emperador. Se invitó a los que se apuntaron a permanecer en Nicea como huéspedes de Constantino para las celebraciones de su vigésimo cumpleaños. Muchos obispos se apuntaron y luego se arrepintieron. Uno de ellos escribió después a Constantino lamentando que: «Cometimos un acto impío) oh Príncipe, al suscribir una blasfemia por temor a ti».

Después de Constantino, el Imperio romano siguió cristianizándose bajo sucesivos emperadores romanos, que cada vez eran más intolerantes, aparte

de un breve período bajo Juliano (360-363), que trató de reinstaurar el paganismo. Juliano era un filósofo platónico famoso por su humildad que escribió un hermoso himno al Dios único y que se había iniciado en los misterios de Mitra y Dioniso: Proclamó la tolerancia de todas las religiones e incluso trató de reconstruir el templo judío de Jerusalén, pero con gran alegría de la antisemita Iglesia cristiana, nunca lo consiguió. El renacimiento del paganismo bajo Juliano fue efímero y después de él se reinstauró el cristianismo, que se impuso de forma más vehemente todavía.

A pesar del credo de Nicea, la Iglesia cristiana siguió estando eternamente dividida, embarcada en constantes luchas intestinas de carácter político apenas disimuladas como debates teológicos. En el ambiente autoritario de la época, los vencidos eran excomulgados a la vez que se anatematizaban sus puntos de vista. Sin embargo, nadie estaba exento de peligro. La opinión que un día era «ortodoxa» podía ser «herética» al día siguiente. En las postrimerías del siglo IV, Hilario, obispo de Poitiers, escribió con desánimo:

Cada año, mejor dicho, cada luna hacemos credos nuevos para describir misterios invisibles. Nos arrepentimos de lo que hemos hecho, defendemos a los que se arrepienten, anatematizamos a los que defendemos. Condenamos o bien la doctrina de los demás en nosotros mismos, o la nuestra en la de los demás; y despedazándonos recíprocamente, hemos sido la causa de nuestra mutua ruina.

¡A estas alturas, incluso los cristianos literalistas empezaban a ver la Iglesia romana no como el cumplimiento del plan de Cristo, sino como la obra del «Anticristo»!

LA FALSIFICACIÓN DE LA HISTORIA

La Iglesia romana necesitaba una historia de su fe que fuese apropiada, vilipendiara a sus enemigos y celebrara su triunfo como señal del destino que le había señalado Dios. Así pues, se suprimió rigurosamente la verdad sobre los orígenes del cristianismo y se inventó una historia más aceptable. Fue un invento que la inmensa mayoría de la gente de hoy sigue interpretando como la verdad.

Con regularidad y sin vergüenza los gnósticos creaban evangelios fantásticos. Pero reconocían que se trataba de mitificaciones. Nunca pretendieron que sus obras, uno de cuyos ejemplos es la historia de Jesús, fueran algo más que ficciones alegóricas. Los literalistas, en cambio, intentaban que sus fantasías pasaran por documentos históricos. Estas obras, que forman la base de la historia tradicional del cristianismo, son falsificaciones descaradas.

En las postrimerías del siglo II se interpolaron las epístolas originales de Pablo al tiempo que se inventaban otras para situar al apóstol entre los cristianos literalistas y distanciado de los gnósticos. Como parte de la romanización general del cristianismo, incluso se inventó una tradición según la cual Pablo había estado en estrecha comunicación con el eminente estadista romano Séneca. Todavía se conservan trescientos manuscritos que contienen ocho epístolas de Pablo y once de Séneca que dan respuesta a ellas: todas son falsas, desde luego, ¡pero hasta el siglo XIX se creyó que eran auténticas! En estas epístolas, ¡Séneca abraza el cristianismo y Pablo lo nombra predicador oficial del evangelio en la corte imperial! En el siglo IV, Jerónimo se basó en estas falsificaciones para incluir a Séneca en su lista de santos cristianos.

También se falsificaron epístolas a nombre de otros apóstoles que ahora aparecen en el Nuevo Testamento y, por tanto, forman parte de las Sagradas Escrituras, aunque en su momento fueron objeto de suspicacias. Hasta Eusebio, el portavoz de la propaganda católica, tenía sus dudas sobre la autenticidad de las epístolas de Santiago, Judas, Pedro y Juan, además de pensar que el Apocalipsis era totalmente espurio. Hasta bien entrado el siglo V se siguió falsificando, adulterando y ampliando epístolas que se atribuían a primitivos cristianos tales como Justino Mártir, Ignacio de Antioquía y Clemente de Roma.

La traducción de obras al latín ofrecía oportunidades de tergiversar el texto con el fin de que enseñanzas como, por ejemplo, las del filósofo cristiano Orígenes concordaran con lo que entonces se consideraba ortodoxo.

Era habitual inventar biografías de los santos cristianos que a menudo se basaban directamente en las vidas y leyendas de santos varones paganos ya fallecidos. Para dar credibilidad a la idea de que la Iglesia de Roma era el centro del poder cristiano, se inventaron historias en las que Pedro llegaba a la ciudad y era crucificado cabeza abajo. Pero estos cuentos se idearon tan tarde que nadie consideró siquiera la posibilidad de incluirlos en el Nuevo Testamento.

Las obras gnósticas de carácter popular se retocaron para eliminar sus enseñanzas y sustituidas por material que fuese correcto desde el punto de vista doctrinal. Los cristianos llegaron al extremo de adaptar obras paganas para respaldar su propio dogma. A principios del siglo IV se falsificaron oráculos de la sibila pagana que profetizaban la venida de Jesús y el propio Constantino los citó en el Concilio de Nicea como prueba de la divinidad de Jesús. Hasta inventaron un *Testamento de Orfeo* en el cual el antiguo profeta de los misterios negaba sus anteriores enseñanzas paganas.

Los cristianos hicieron torpes añadiduras a las obras del pitagórico judío Filón, ¡y se inventaron leyendas absurdas que decían que Filón había sostenido debates sobre la ley con el discípulo Juan y había conocido a Pedro en Roma! También el historiador judío Josefo fue transformado en cristiano ¡e incluso se le equiparó con la figura del Nuevo Testamento llamada José de

Arimatea! Como ya hemos comentado, se añadieron a sus obras cosas que atestiguan de forma reverencial la existencia histórica de Jesús.

También se dijo que era obra de Josefo un documento falso titulado *Sobre la esencia de Dios* cuyo fin era reforzar la anterior falsificación atribuyendo doctrinas cristianas a Josefo. Por medio de meticulosos estudios lingüísticos, los eruditos han comprobado «más allá de toda duda» que el autor de este texto falso ¡fue nada menos que Hipólito (c. 222), el archiperseguidor de herejías y protegido de Ireneo! Los eruditos también han demostrado las semejanzas entre el lenguaje y el estilo de este documento falso y los de la Segunda Epístola de Pablo a los Tesalonicenses, que se escribió para poner en tela de juicio la autenticidad de la primera epístola (auténtica). Así pues, es muy posible que Hipólito también fuera el autor de esta falsa epístola de Pablo.

¡SAN PONCIO PILATO!

Un ejemplo gráfico de la naturaleza absurda de lo que pasaba por historia en los primeros años del cristianismo es la beatificación de Poncio Pilato. Este brutal gobernador romano era tan odiado por los judíos que los primeros en situar el mito de Jesús en un contexto histórico lo habían hecho responsable de la muerte del salvador. Pero ya en el siglo II sale Tertuliano con el absurdo cuento de que Pilato se había lavado las manos de la muerte de Jesús ¡porque «en lo más hondo de su corazón» en realidad era cristiano! Según Tertuliano, la primera noticia del cristianismo que llegó a Roma fue un informe de Pilato que indicaba que Cristo, a quien supuestamente acababa de ejecutar, era en verdad divino. El emperador Tiberio (que era muy conocido por despreciar todas las religiones) en seguida quiso colocar a Cristo en el panteón de los dioses romanos, pero el senado rechazó sus planes. Por alguna razón este poderoso emperador no interrogó a sus senadores, que normalmente eran serviles y, en vez de ello, se contentó con proteger a los cristianos de la severidad de las leyes represivas. Esto es en sí mismo un milagro, ¡porque Tiberio vivió muchos años antes de que se promulgaran tales leyes!

Posteriormente se escribió un documento falso titulado los Hechos de Pilato que se basaba en la fantasía de Tertuliano. A su vez, este texto fue la base de otro documento falso, el Evangelio de Nicodemo. De esta manera se creó lo que un estudioso actual llama «una ficción de tres niveles de profundidad». En el Evangelio de Nicodemo se nos dice que al recibirse en Roma el informe de Pilato sobre la ejecución de Jesús, el emperador ordenó que le trajeran a Pilato cargado de cadenas. Entonces, ante todo el senado, los dioses y el ejército, el emperador declaró:

¿Cómo osaste hacer algo así, irreverentísimo, habiendo visto señales tan claras sobre ese hombre? Con tu perversa osadía has destruido el mundo

entero. En cuanto te lo entregaron, deberías haberlo puesto en lugar seguro y habérmelo enviado a mí, en lugar de hacerles caso y crucificar a un hombre que era justo e hizo señales tan maravillosas como mencionaste en tu informe. Porque estas señales indican claramente que Jesús era el Cristo, el rey de los judíos.

Al pronunciar el emperador el nombre de Cristo, todas las estatuas de los dioses cayeron al suelo y se convirtieron en polvo. Pilato se excusó afirmando que la «insubordinación de los judíos sin ley y sin dios» le había obligado a hacerlo. En vista de ello, el emperador promulgó un decreto contra los judíos en el que exigía: «Obedeced y atacadlos y, dispersándolos entre todas las naciones, esclavizadlos, y expulsadlos de Judea, haciendo que la nación sea tan insignificante que no se vea en ninguna parte, pues son hombres llenos de maldad». Luego, mientras era conducido al lugar donde iba a ser ejecutado, Pilato elevó una plegaria al Señor. Al terminada, la voz de Jesús anunció desde el cielo: «Todas las generaciones y familias de los gentiles te llamarán bienaventurado, porque cuando eras gobernador se cumplió todo lo que los profetas predijeron sobre mí, y aparecerás como mi testimonio en la Segunda Venida». Seguidamente se nos dice que Pilato fue decapitado y que luego fue recibido por un ángel del Señor, y que en aquel momento su esposa, Procla, sintió un gozo tan grande (¡sic!) que inmediatamente entregó su alma a Dios y fue enterrada con él. ¡Pilato acabó venerado como santo por la Iglesia Copta y tiene su propia fiesta el 25 de junio! Procla, su esposa, también era venerada como santa por la Iglesia de Oriente.

Aunque puede que en aquel tiempo se creyera que todo esto eran hechos históricos, a nosotros nos parece evidente que es una sarta de tonterías. Sin embargo, la historia tradicional y más aceptable que durante mil quinientos años se ha tomado como «el evangelio» fue obra de los mismos que idearon estas tonterías. Es igualmente fantástica e inexacta y, si no fuera porque estamos tan familiarizados con ella, rechazarla sería igual de fácil.

EUSEBIO, EL PROPAGANDISTA DE LA IGLESIA

Toda la historia ficticia del cristianismo fue organizada y recopilada de forma definitiva en el siglo IV por el obispo Eusebio, al que se llama «padre de la historia de la Iglesia». Fue uno de los obispos que cambiaron por completo de postura teológica en el Concilio de Nicea para ganarse el favor del emperador Constantino. Más adelante escribió la biografía de Constantino, cuyos asesinatos soslayó con obsequiosa adulación. Eusebio explicó a los fieles que del mismo modo que la Palabra de Dios guía y gobierna los cielos, el emperador romano expresa la voluntad de Dios en el gobierno del mundo civilizado. ¡El emperador era la voz de Cristo en la Tierra!

La misión de Eusebio era proporcionar al cristianismo romano una historia adecuada, y la cumplió con poco respeto a la verdad. Con espléndida moderación, una autoridad de nuestro tiempo dice que leer a Eusebio significa «entrar en un seductor mundo literario donde no todo lo que se dice debe tomarse enteramente al pie de la letra». De forma más rotunda, otro estudioso llama a Eusebio «el primer historiador totalmente falso e injusto de los tiempos antiguos». Otro habla de la «falta de honradez» de Eusebio al «falsificar deliberadamente las fechas». Y otro califica su «historia» de «superficial» e «intencionalmente falsa», y añade que Eusebio la creó con «espíritu muy inescrupuloso y arbitrario». Otro historiador comenta con acierto que «lo que puede extraerse de Eusebio no le granjea mucho cariño de los estudiosos modernos».

El propio Eusebio confiesa de forma indirecta que en su historia del cristianismo sólo habla de lo que «contribuya a la gloria» de la Iglesia y que ha suprimido lo que pueda obrar en su detrimento. He aquí la conclusión que sacó un estudioso moderno:

Por tanto, nos vemos obligados a contemplar sus trabajos con la mayor desconfianza y a declarar que representa una gran falta de sentido crítico citarlo como autoridad competente; como acostumbran a hacer muchos, a pesar de sus faltas, siempre que les conviene.

Si se cita a Eusebio como autoridad en materia de historia del cristianismo, se debe sencillamente a que su «historia» de la Iglesia durante los primeros tres siglos es la única que se conserva. Así pues, todos los historiadores de la Iglesia posteriores a él adoptaron su crónica, con lo cual perpetuaron las mentiras que se han convertido en la historia tradicional del cristianismo.

En su «historia» Eusebio repite todas las acusaciones habituales contra los gnósticos. Para justificar la pretensión de los obispos literalistas de representar la tradición cristiana original, Eusebio muestra líneas de sucesión apostólicas que los vinculan con los discípulos de Jesús. Estos supuestos linajes fueron inventados antes, probablemente por Ireneo, pero Eusebio añade cosas de su propia cosecha. A menudo se limita a dar una lista de nombres con los que ha elaborado una historia por medio de conjeturas e invenciones, y con frecuencia incurre en contradicciones y errores evidentes. Dice que hubo obispos al frente de la Iglesia romana desde comienzos del siglo I, si bien, por supuesto, no hay absolutamente ninguna prueba de que surgiese siquiera un solo dirigente de la comunidad cristiana de Roma hasta mucho después.

Eusebio también exagera de forma disparatada el número de cristianos que fueron víctimas de las persecuciones y crea biografías de mártires cristianos que en realidad proceden de las leyendas de mártires paganos. Aunque muestra mucho interés en catalogar las obras de anteriores autores cristianos, se abstiene sabiamente de informarnos de las ideas que expresaban y, por ende, evita que tanto ellos como él sean acusados de herejía. Incluso cuando habla de Orígenes, que había sido la gran inspiración de su juventud, no nos dice nada sobre sus ideas, que empezaban a despertar gran suspicacia en la comunidad ortodoxa.

En cuanto a los judíos, Eusebio se deleita con su trágica suerte a manos de los romanos, porque cree que no era más que lo que se merecían por asesinar al salvador. Después de escribir páginas relatando con obvia fruición todos los detalles de su horripilante sufrimiento, acaba diciendo: «Ésta fue la recompensa del inicuo y perverso trato que los judíos dispensaron al Cristo de Dios».

Eusebio inventa una historia absurda en el sentido de que Dios dijo a los primitivos cristianos de la Iglesia de Jerusalén que se refugiasen en la vecina Pella antes de que la ira lo empujase a destruir Jerusalén (¡con un poco de ayuda de los romanos!) en 70 d.n.e. Sin embargo, también cuenta que cuando posteriores cristianos fueron en busca de la Iglesia de Jerusalén sólo encontraron un grupo de gnósticos ebionitas. ¡Eusebio no explica por qué decidió Dios salvar a estos cristianos «originales» que luego se convertirían en herejes! Pero claro, parece que Eusebio nunca se percata de lo locas y contradictorias que son sus fantasías.

Sin el menor rastro de conciencia siquiera, ¡Eusebio incluso saca milagrosamente del «archivo» una epístola escrita por el mismísimo Jesús y dirigida al príncipe de Edesa para felicitarlo por creer en el salvador sin haberlo visto nunca!

Éste, pues, era el hombre que nos dio lo que ha pasado por la historia del cristianismo, un empleado obsequioso que estaba al servicio de un tiránico emperador romano y que basó su obra en una tradición de engaños y falsificaciones que tenía doscientos años de duración.

LA DESTRUCCIÓN DEL PAGANISMO

En el siglo II Tertuliano, que afirmaba que se había convertido al cristianismo al presenciar cómo los mártires cristianos iban al encuentro de la muerte, reconoció que en otro tiempo también él había disfrutado al contemplar las «absurdas crueldades» de las persecuciones públicas que desencadenaron los romanos. Al parecer, esta afición a presenciar derramamientos de sangre y sufrimientos no desapareció al hacerse cristiano. Con obvio deleite pinta un cuadro siniestro y violento del destino que aguarda a los paganos en el «Juicio Final»:

Os gustan los espectáculos, esperad el más grande de todos ellos, el último y eterno juicio del universo. Cómo. admiraré, cómo reiré, cómo me alegraré, cómo gozaré, cuando vea a tantos monarcas orgullosos y dioses imaginarios gruñendo en el más bajo abismo de tinieblas; tantos magistrados que persiguieron el nombre del Señor fundiéndose en hogueras más feroces

que las que jamás encendieron contra los cristianos; tantos sabios filósofos sonrojándose entre las llamas al rojo vivo junto con sus engañados alumnos; tantos poetas célebres temblando ante el tribunal, no de Minos, sino de Cristo; tantos trágicos, más armoniosos en la expresión de sus propios sufrimientos; tantos bailarines...

Y así continúa, alegrándose al pensar en los horripilantes terrores que sus adversarios soportarán en la eternidad. Poco sabía él que al cabo de unas cuantas generaciones aquellos terrores afligirían en verdad a muchos paganos, no en el Juicio Final, sino en el siglo IV y a manos de la Iglesia católica romana.

Después de que el Imperio romano adoptase el cristianismo como religión del Estado, la Iglesia literalista aterrorizó a los paganos con inexorable brutalidad. Los profetas paganos eran detenidos y torturados hasta que reconocían la falsedad de sus dioses. Los sacerdotes eran encadenados a sus santuarios y abandonados para que muriesen de inanición. Sin ninguna prueba que respaldara las acusaciones, los paganos eran condenados por sacrificar niños y rociar con su sangre los altares consagrados a los dioses y hacer cuerdas para guitarra con sus tripas: crímenes fantásticos que ellos confesaban debidamente después de sufrir atroces torturas. Muchos eran luego quemados vivos.

Algunos santuarios antiguos fueron profanados y arrasados mientras otros fueron requisados y transformados por la fuerza en iglesias cristianas. Las grandes obras de la espiritualidad pagana eran arrojadas a enormes hogueras y se perdían para siempre. Cuenta un testigo:

Amontonaron incontables libros unos sobre otros, muchas pilas de volúmenes extraídos de diversas casas, para quemados ante los ojos de los jueces por estar prohibidos. Los propietarios quemaban sus bibliotecas enteras. Tal era el terror que se apoderó de todo el mundo.

El ataque contra el paganismo no era debido a su error al rendir culto a dioses inexistentes. Y tampoco se discutió nunca que los dioses pudieran obrar milagros como, por ejemplo, curar enfermos y predecir el futuro. En vez de ello, se consideraba que los dioses paganos eran diablos que se valían de su magia para engañar a los crédulos. Los *daemons* paganos se convirtieron en «demonios» malignos cuyo culto había que sofocar. A mediados del siglo IV un obispo exigió al emperador cristiano Constancio:

Se te encarece en virtud de la ley del Dios supremo a perseguir severamente en todos los sentidos el crimen de idolatría. Oye y confía a tu santa conciencia lo que Dios ordena en relación con este crimen. Dios ordena que no se perdone ni a hijo ni a hermano, y dirige la espada vengadora que atraviesa los amados miembros de una esposa. A un amigo también lo persigue con gran severidad, y todo el pueblo es llamado a las armas para desgarrar los cuerpos de los sacrílegos. Dios ordena destruir incluso ciudades enteras, si son sorprendidas en este crimen.

En el año 383 Símaco, angustiado senador romano y pagano, hizo un llamamiento al emperador cristiano Valentiniano II a favor de la tolerancia

religiosa. En vano escribió: «Es razonable que todo culto se considere uno. Miramos las mismas estrellas, el cielo pertenece a todos, el mismo universo nos rodea. ¿Qué importa el método que cada uno emplee para buscar la verdad. No se puede llegar a un secreto tan grande por un único camino».

En el año 386 bandas de monjes enloquecidos por el fundamentalismo religioso causaban estragos en todo el Imperio, sin que la ley pudiera hacer nada por impedido. El pagano Libanio suplicó al emperador que interviniese:

No has ordenado cerrar los templos ni impedir que nadie entrase en ellos. No has expulsado de los templos y los altares el fuego ni el incienso ni las ofrendas de otros perfumes. Mas esta chusma ataviada de negro, que come más que los elefantes y bebe enormes cantidades de la copa [...] esta gente, oh Rey, aunque la ley sigue vigente, ataca los templos con garrotes y piedras y barras de hierro, mientras algunos, careciendo de estas cosas, utilizan las manos y los pies. Entonces la destrucción es total y se arrancan los tejados, se demuelen las paredes, se derriban las estatuas, se levantan los altares y los sacerdotes deben escoger entre callar y morir. Cuando han destruido el primero, corren a destruir el segundo y luego el tercero, y, contraviniendo la ley, amontonan trofeo sobre trofeo. La mayoría de los ataques tienen lugar en el campo, pero algunos incluso en las ciudades. Las fuerzas atacantes son en todos los casos numerosas, pero después de incontables abusos estos grupos separados se juntan y los unos exigen a los otros que den cuenta de lo que han hecho, y no haber causado los mayores daños es motivo de vergüenza.

Un pagano anónimo (c. 390) predice con tristeza: «Cuando yo muera no habrá santuarios y los grandes templos santos de Serapis se hundirán en la oscuridad amorfa, y fabulosas e insustanciales tinieblas dominarán las cosas más bellas de la tierra».

Finalmente, el 16 de junio de 391, el emperador Teodosio publicó un edicto que ordenaba la clausura de todos los templos paganos. Una chusma cristiana enseguida aprovechó la oportunidad para destruir el maravilloso templo de Serapis en Alejandría, del cual sólo quedaron los cimientos. Un decreto imperial exigió: «Quemad todos los libros hostiles al cristianismo para evitar que despierten la ira de Dios y escandalicen a los piadosos», y la chusma analfabeta respondió destruyendo, como si fueran supersticiones paganas, la sabiduría y el conocimiento científico acumulados durante miles de años.

El autor pagano Eunapio, que habla de «monjes que parecen hombres pero viven como cerdos», escribe con desánimo que «Cualquiera que tuviese una sotana negra tenía poder despótico». En 415 el arzobispo Cirilo de Alejandría ordenó a sus monjes que incitaran a la chusma cristiana a asesinar al último científico pagano de la biblioteca de Alejandría, una mujer notable llamada Hipatía. Le arrancaron los miembros de uno en uno y Cirilo fue santificado.

En el reinado de Constantino se había concedido al cristianismo la igualdad con las religiones paganas del Imperio. Medio siglo después, en el reinado de Teodosio, se declaró que era la única religión que podía practicar una persona. Teodosio murió en 395. Exactamente quince años después los visigodos

devastaron Roma.

Esta orgullosa ciudad, el centro del mayor Imperio del mundo antiguo, había florecido durante un milenio bajo sus propios dioses. Unos cuantos decenios después de convertirse al cristianismo, había destruido todas las maravillas y logros de la antigüedad y luego había perecido ella misma. Como religión única del Imperio romano el cristianismo no triunfó donde el mitraísmo y los otros cultos paganos habían fracasado. De hecho, el cristianismo fue la religión que acompañó la caída del Imperio.

LA DESTRUCCIÓN DEL Gnosticismo

Incluso después de que el cristianismo literalista pasara a ser la religión oficial del Imperio romano, el gnosticismo había seguido siendo una fuerza poderosa. En el siglo IV los cristianos heréticos eran aún tan comunes, que Cirilo de Jerusalén tuvo que advertir a los fieles que pusieran cuidado en no entrar en una iglesia gnóstica por error. Durante el reinado de Teodosio había tantos herejes entre el clero y los monjes de Egipto que el patriarca Timoteo decretó que era obligatorio comer carne los domingos, ¡para expulsar a los gnósticos, que eran vegetarianos!

Pese a resultar obvio que era gnóstico, el filósofo Sinesio incluso fue elegido obispo de Cirene. Había estudiado filosofía platónica con Hipatia, la científica pagana de Alejandría, y consideraba que la resurrección era la alegoría de un misterio inefable. Enseñaba que la única religión verdadera es la filosofía y que las historias y las prácticas de la religión no son, en el mejor de los casos, nada más que útiles expresiones populares de la verdad filosófica para quienes no son filósofos. Sin embargo, en el clima de ortodoxia que imperaba a la sazón, tuvo que prometer que como obispo acataría las disposiciones en público pero «filosofaría en privado». Pero aun así transformó la ceremonia de la vigilia de Pascua para los recién bautizados en una iniciación que tenía más cosas en común con los misterios paganos que con el cristianismo ortodoxo.

En vista de la popularidad que continuaba teniendo el gnosticismo, la Iglesia romana decidió unificar por la fuerza el cristianismo y llevó a cabo su intención con implacable eficiencia. Teodosio promulgó más de cien leyes contra los gnósticos y declaró ilegales sus creencias, sus reuniones, su proselitismo, la tenencia de propiedades ¡y finalmente su existencia misma! Uno de los decretos reza:

Entended ahora por el presente estatuto; ¡novacianos, valentinianos, marcionistas, paulicianos, con qué tejido de mentiras y vanidades, con qué destructivos y venenosos errores están tejidas de forma inextricable vuestras doctrinas! Os lo advertimos: Que ninguno de vosotros se atreva, a partir de

este momento, a reunirse en congregaciones. Para impedirlo, ordenamos que seáis desposeídos de todas las casas en las cuales acostumbrabais a reunirlos y que las mismas sean entregadas inmediatamente a la Iglesia católica.

En 381, Teodosio declaró finalmente que la herejía: era un crimen contra el Estado. Los escritos gnósticos fueron condenados por ser un «semillero de múltiples perversidades» que «no sólo deberían prohibirse, sino destruirse por completo y quemarse con fuego». Los debates filosóficos fueron suprimidos en su totalidad. Una proclamación declara: «No habrá ninguna oportunidad para que un hombre se dirija al público y discuta de religión o la comente o delibere».

A principios del siglo V, un abad que trabajaba de «matón» para Cirilo, el poderoso arzobispo de Alejandría, dirigió los ataques contra las comunidades cristianas heréticas y amenazó: «Os haré reconocer al arzobispo Cirilo o, de lo contrario, la espada exterminará a la mayoría de vosotros, y, además, aquellos de vosotros cuya vida se respete serán desterrados».

Agustín, el gran portavoz del cristianismo católico, expresó de forma perfecta el clima de la época al explicar que la coacción era necesaria en vista de que era tanta la gente que sólo respondía al miedo. La fuerza militar era «indispensable» para suprimir a los herejes, por su propio bien, desde luego. Agustín proclama: «Lleno yo mismo de miedo, os lleno de miedo a vosotros». La espiritualidad de amor y Gnosis de san Pablo se había convertido en la religión de obediencia y terror de la Iglesia católica.

INTOLERANCIA INHERENTE

Aunque el cristianismo moderno lo integran incontables sectas diversas con métodos opuestos, casi todas -católicos, ortodoxos, protestantes, no conformistas y otras- deben fundamentalmente su forma al triunfo del literalismo en el siglo IV. La mayoría de los cristianos de hoy basan su fe en la existencia histórica de Jesús. Dan su conformidad al credo apostólico que se formuló bajo la dirección del tiránico Constantino. Leen sólo los pocos textos que casualmente se escogieron para incluirlos en el Nuevo Testamento por medio de un proceso en el que hubo constantes conflictos doctrinal es, flagrantes falsificaciones y una corrupta política de poder en el seno de la Iglesia primitiva. Hemos heredado la idea errónea de que el literalismo es el cristianismo en lugar de ser sólo una corriente de pensamiento dentro de él.

¿Por qué triunfó el literalismo sobre el gnosticismo? Por su misma naturaleza, el gnosticismo atraía a personas de naturaleza mística. El literalismo, en cambio, atraía a los interesados en instaurar una religión. Lo que interesaba a los gnósticos era la iluminación personal y no la creación de una

Iglesia. Jamás hubieran podido triunfar sobre los literalistas, porque jamás hubieran podido desear tal triunfo.

En el literalismo predominaban los misterios exteriores del cristianismo, cuyo objetivo era atraer a iniciados a la senda espiritual. Con sus fascinantes cuentos de magia y milagros, y su promesa de alcanzar la inmortalidad mediante los sencillos actos del bautismo y la creencia, los misterios exteriores estaban destinados a ser más populares y más atractivos que los misterios interiores. Como dice Jesús: «Porque muchos son llamados, mas pocos escogidos». Si se hubiera conservado la integridad original de los misterios de Jesús, la popularidad de los misterios exteriores hubiera llevado de forma natural a más y más iniciados a los misterios interiores de la Gnosis. Al convertirse el gnosticismo y el literalismo en dos tradiciones distintas y contradictorias, fue inevitable que el literalismo resultase más popular. El triunfo final del literalismo sobre el gnosticismo era de prever. Lo que es extraño es que tardase tanto.

Sin embargo, el éxito del cristianismo literalista se debió, sobre todo, a una importante característica que tuvo desde el principio y que continúa fomentando: la intolerancia. No se trata de un capricho de la historia, sino que es una consecuencia lógica de tomar el relato de Jesús como hecho histórico.

El paganismo y el gnosticismo poseían una tolerancia inherente porque se basaban en mitos. Diferentes cultos creían en diferentes mitos, pero esto no significaba que se opusieran unos a otros. La pluralidad era aceptable porque lo que importaba era el significado interior y no la expresión particular. Pero la intolerancia es inherente al literalismo. Si Jesús es el único Hijo de Dios y exige que los fieles reconozcan esto como hecho histórico, entonces el cristianismo tiene que oponerse a todas las otras religiones que no enseñan esto. Además, si todos los no creyentes han de condenarse eternamente, los cristianos literalistas tienen el deber moral de propagar sus creencias, por la fuerza si es necesario, para salvar tantas almas como sea posible, aunque para conseguirlo tengan que destruir sus cuerpos. Los ataques de la Iglesia romana contra el paganismo y el gnosticismo eran una cruzada religiosa, un deber impuesto por Dios. La intolerancia pagada de sí misma se había vuelto santa.

CONCLUSIÓN

Al examinar los datos, nos pareció que la «historia» tradicional del cristianismo era nada menos que el mayor encubrimiento de todos los tiempos. Las primitivas doctrinas gnósticas del cristianismo y sus verdaderos orígenes en los misterios paganos se habían suprimido de forma despiadada mediante la destrucción en masa de los testimonios y la creación de una historia falsa que se ajustara a los propósitos políticos de la Iglesia romana. Todos los que

ponían en entredicho la historia oficial eran sencillamente perseguidos y eliminados hasta que no quedó nadie que pudiera discutirla.

Los paralelismos con la historia más reciente nos ayudaron a comprender lo que había sucedido. A principios del siglo XX un reducido grupo de comunistas se hizo con el poder en Rusia. Sin embargo, al cabo de unos cuantos años, numerosísimas personas, entre ellas muchos de los funcionarios que habían administrado el régimen anterior, se habían afiliado al partido comunista. ¿Por qué? Porque si querías medrar, ahora tenías que ser miembro del partido, y si te asociaban de algún modo con el régimen anterior, eras tachado de enemigo del pueblo. De forma parecida, al convertirse el cristianismo en la religión del Imperio romano, el número de cristianos creció enormemente. ¿Por qué? Porque los cristianos recibían un trato preferente. ¡Al clero ni siquiera se le exigía que pagase impuestos! Si aspirabas a llevar una vida tranquila y próspera, te hacías cristiano. En caso contrario, te arriesgabas a ser tachado de «disidente» pagano: enemigo de Dios. Del mismo modo que la maquinaria propagandística de Stalin falsificó de forma inescrupulosa la historia para disimular su tiranía y demostrar que sus dogmas eran verdaderos y buenos, también la maquinaria propagandística cristiana alimentaba a los fieles con sus mentiras.

Al igual que el comunismo, el cristianismo empezó con un mensaje de libertad e igualdad, pero terminó creando un régimen autoritario y despótico. En años recientes, la intolerancia dogmática empujó a jóvenes y fanáticos comunistas de China y Camboya a llevar a cabo desastrosas revoluciones culturales cuyos resultados fueron la destrucción de las antiguas riquezas de sus civilizaciones y el exterminio de gran número de intelectuales, lo cual sumió a sus respectivas sociedades en una crisis profunda. Del mismo modo, quince siglos antes, fanáticos monjes cristianos llevaron a cabo una revolución cultural que arrasó las maravillas y los logros antiguos del paganismo e hizo que la civilización occidental retrocediera mil años.

La absurda destrucción de nuestro acervo pagano es la mayor tragedia de la historia del mundo occidental. Es difícil de comprender la magnitud de la pérdida. El misticismo pagano y la investigación científica se vieron desbancados por el autoritarismo dogmático. La Iglesia romana se valió de las amenazas y la violencia para imponer su credo, y negó a generaciones de seres humanos el derecho a pensar de forma independiente y a encontrar su camino personal para alcanzar la salvación espiritual. Mientras las grandes obras literarias de la antigüedad eran arrojadas a las llamas, san Agustín anunció así el triunfo del fundamentalismo literalista: «Nada debe aceptarse si no es basándose en la autoridad de las Escrituras, pues esta autoridad es mayor que todos los poderes de la mente humana».

Los antiguos habían construido Las Pirámides y el Partenón, pero después de unos cuantos siglos de cristianismo, en muchos lugares de Europa la gente había olvidado cómo se construían casas de ladrillo. En el siglo I a.n.e. Posidonio había creado un hermoso modelo giratorio del sistema solar que representaba fielmente las órbitas de los planetas. A finales del siglo IV d.n.e. era un sacrilegio no creer que Dios colocaba las estrellas en el cielo todas las

noches. En el siglo III a.n.e., el estudioso alejandrino Eratóstenes había calculado correctamente la circunferencia de la Tierra con un escaso margen de error, pero ahora se consideraba una herejía no creer que la Tierra era plana.

Nos hicimos la siguiente pregunta: si el paganismo era tan primitivo y el cristianismo literalista es la única religión verdadera, ¿por qué fue sustituida la civilización pagana por los mil años que acertadamente llamamos la «Edad de las Tinieblas»?

NOTAS

* - D. Fidler, 1993, p. 17. Ireneo afirma que el pan y el vino se transforman literalmente en el cuerpo y la sangre de Jesús, y que al alimentarse de esta sustancia, nuestro cuerpo físico pasa milagrosamente a ser inmortal. Véase G. d'Alviella, 1981, p. 117, que señala que en el siglo III el santo sacramento, que para Clemente era un símbolo místico, ya se presentaba como una poción mágica; una *pharmakos athansias*.

* - J. Campbell, 1955, p. 169. Esta leyenda confusa sobre Juan, del cual los otros discípulos murmuraban que «este discípulo no moriría», se encuentra en Juan, 21, 23.

* - No cabe duda de que si Hipólito escribiera hoy, su obra se titularía *El código de la Biblia*.

* - E. Pagels, 1979, p. 36. Tertuliano admite que sus adversarios encuentran la interpretación literal «extremadamente asquerosa, repugnante e imposible».

* - En la segunda mitad del siglo II, ambas partes afirmaban descender de una figura apostólica, los gnósticos de Pablo y los literalistas de Juan y Pedro por medio de varios obispos de Asia Menor. Para probar su posición en la línea de sucesión apostólica, Ireneo se vio obligado a inventar una interpretación bastante inusual de la duración del ministerio de Jesús. Con el fin de reducir el número de generaciones necesarias para vincular la época de Jesús a la suya, amplía la edad de Jesús y también la de los apóstoles. A tal efecto combina la tradición sinóptica según la cual Jesús tenía treinta años al ser bautizado con la referencia que hace Juan a múltiples visitas a Jerusalén y su afirmación de que Jesús aún no tenía cincuenta años (Juan, 8, 56-57). Deduce de que Jesús debió de predicar hasta después de cumplir cuarenta años. Como señala Perkins, «Ireneo apela entonces al testimonio de la tradición apostólica para confirmar esta afirmación extraordinaria». Véase P. Perkins, 1993, p. 180. Ireneo prueba así que los ancianos de las iglesias de Asia Menor de principios del siglo II todavía podían conocer la verdad directamente de los apóstoles (a saber, Policarpo, que la conoció directamente del apóstol Juan). Ireneo bromea diciendo que el maestro gnóstico Ptolomeo ¡ni siquiera en sueños ha visto a un apóstol! (*Adversus Haereses* 2.22.6.) Las libertades que Ireneo se tomó luego con la duración de la vida de Juan acabaron dando origen a la

extraña leyenda de que, de hecho, nunca murió, sino que seguía viviendo en Patmos o Éfeso, véase J. Campbell, 1955, p. 169.

* - E. Page!s, *op. cit.*, p. 69. Ireneo traza dos líneas de sucesión. Una procede de Dios y desciende por medio de Cristo y sus apóstoles elegidos, en especial Pedro. La otra viene de Simón Mago, que «empleó el nombre de Jesucristo como una especie de señuelo» pero cuya enseñanza es, de hecho, «el veneno maligno de la gran serpiente, el gran autor de apostasía». Respondiendo claramente a las críticas de los gnósticos, Ireneo escribe con indignación: «Nos llaman "poco espirituales", "vulgares" y "eclesiásticos"[...] dicen que seguimos viviendo en las regiones inferiores, como si no pudiéramos elevar nuestro pensamiento a las cosas de lo alto, ni comprender las cosas que hay arriba».

* - E. Page!s, *op. cit.*, p. 126. Teodoto, el gran maestro de Oriente, aseveró que el cuerpo de Cristo era puramente espiritual y consistía en los que habían recibido la Gnosis. Ptolomeo y Heracleón, maestros de la escuela oriental, discrepaban. Contra Teodoro argüían que el cuerpo de Cristo, la Iglesia, consistía en dos elementos distintos. El texto valentiniano la *Interpretación de la Gnosis* admite que la Iglesia, que al principio era una, estaba escindida ahora en dos facciones y trata de reconciliar a los cristianos gnósticos con los literalistas.

* - La declaración de Platón de que «Son muchos los que llevan el tirso, pero pocos los que llegan a ser bacantes» se hizo proverbial en el período helenístico, y a menudo se abreviaba así: «Muchos son llamados pero pocos son elegidos». Es de esta forma como aparece en la antigua Epístola de Bernabé, véase A. Louth, 1968, p. 163, y en Mateo, 20, 16. Los gnósticos añadieron el término «cautivos» para referirse a los que eran «esclavos en Egipto».

* - Ireneo relata que incluso algunos de sus obispos y diáconos se habían convertido en gnósticos valentinianos [*Adversus haereses*, Prefacio, 4.26.3, 4.41.3-4.5.31]. Tertuliano también lamenta que miembros destacados de su comunidad «incluso obispos, diáconos, viudas y mártires» quisieran iniciarse en el círculo valentiniano (*De Praescriptione haereticorum*, 3).

* - W. Barnstone, 1984, p. 621. Ptolomeo o Ptolomaeus era el jefe de la escuela valentiniana en Italia hacia 160 d.n.e. Es el primer exégeta conocido del Evangelio de Juan (lo que quizá no es extraño, ya que existía la opinión general de que el Evangelio de Juan era una obra gnóstica). Es también uno de los primeros cristianos que conocemos que fue ejecutado por sus creencias. Resulta claro que Ireneo es consciente de que los gnósticos han muerto por la fe, véase E. Pagels, 1979, p. 104, aunque, por supuesto, quita importancia a su aportación. Lo curioso, sin embargo, es la manera en que Ireneo entra en la historia eclesiástica. Como presbítero de Lyon su primera misión fue llevar una epístola a Roma suplicando clemencia para los montanistas, que eran perseguidos. Esto hace pensar que los montanistas se encontraban entre los famosos «mártires de Lyon» en 170 d.n.e., el suceso que Ireneo dice que le llevó a Cristo.

* - G. R. S. Mead, 1906, p. 48. Ésta es la creencia de Mead, que parece

corroborada por el hecho de que posteriores perseguidores de herejías no transmitieran la obra de Hipólito y prefiriesen apoyarse en Ireneo. El tratado de Hipólito, que fue redescubierto en 1842, contiene gran cantidad de material nuevo, incluidas citas directas de los propios «herejes».

* - B. M. Metzger, *op. cit.* Según Dídimo, Montano era un sacerdote de Cibeles que cayó en trance y empezó a hablar en lenguas. Creyéndose inspirado por el Espíritu Santo (el Paráclito que se promete en Juan, 14, 15-17), viajó por Asia Menor acompañado de dos profetisas. Consideraba que el éxtasis era el único cristianismo verdadero.

* - Citado en E. Pagels, *op. cit.*, pp. 121-122. A diferencia de Hipólito e Ireneo, Tertuliano no fue beatificado, es de suponer que porque apostató para abrazar el montanismo en 207 d.n.e. Véase E. Gibbon, 1796, p. 523, donde se menciona cómo después de su apostasía Tertuliano procedió a atacar la moral de la Iglesia que antes defendiera de forma tan resuelta.

* - G. R. S. Mead, 1907, p. 162. Marción intentó demostrar por medio de este método la total incompatibilidad de los dioses del Antiguo y el Nuevo Testamento. Su escuela no arraigó en Occidente, pero en Oriente fue asumida y reforzada por los seguidores gnósticos de Manes. También ellos redactaron un tratado titulado *Antítesis*. Véase S. N. C. Lieu, 1985, p. 39, que señala que la influencia de Marción en Manes fue profunda y omnipresente aunque Manes no se dignó reconocerlo. En las postrimerías del siglo un obispo ortodoxo escribió: «Marción había separado sus ovejas, Manes cayó sobre ellas y se las llevó», véase Lieu, p. 44. Tanto Marción como Manes se consideraban los verdaderos seguidores de Pablo y todavía trataban de liberar a sus hermanos judíos de la tiranía de la Ley.

* - J. Godwin, 1981, p. 85. El tratado maniqueo probablemente nos da una buena idea del contenido de la *Antítesis* de Marción. Señala que los dos testamentos se contradicen mutuamente y que al retener el Antiguo Testamento, los católicos no habían prestado atención a la advertencia de Cristo y habían puesto «un nuevo pedazo de tela en una prenda vieja». Con ello habían hecho que la Iglesia volviera a la esclavitud de la circuncisión. Las vidas de los patriarcas del Antiguo Testamento infringían los preceptos morales del Nuevo Testamento. Abraham tenía una amante y entregaba su esposa a los reyes extranjeros. Lot cometió incesto, David deseaba a la esposa de uno de sus generales y Salomón era polígamo. Oseas se casó con una prostituta por orden de Dios y Moisés era un asesino. Véase S. N. C. Lieu, *op. cit.*, p. 121.

* - Tertuliano, *Apologeticum*, 19.1, 21.1, citado en S. G. E. Brandon, 1969, p. 377. El peor insulto que podía lanzarse a un culto en el mundo grecorromano era decir que era nuevo. Todos los competidores del cristianismo se identificaban con culturas antiguas: Isis y Osiris con Egipto, Mitra con Persia, Atis y Adonis con los cultos de la Gran Madre en Asia Menor. Incluso cuando en realidad el culto se había creado en el período helenístico, como en el caso del mitraísmo, necesitaba echar raíces en el pasado antiguo y venerable. El primer crítico del cristianismo, Tácito, lo atacó en parte porque era una

superstición, pero también porque era nuevo. Eusebio reconoce esta crítica en el principio de su *Historia eclesiástica*. Apoyándose mucho en el Antiguo Testamento como testimonio, escribe que «no hay nada nuevo ni extraño en la religión que predica Él», véase Eusebio, 1965, 14.

* - El orden de las Escrituras judías es el siguiente: el Pentateuco (los cinco libros de Moisés), los Profetas (de Josué a Malaquías) y los Escritos (de los Salmos a 2 Crónicas). Sin embargo, en el Antiguo Testamento cristiano se ha cambiado el orden de los Profetas y los Escritos. Ahora la profecía de Malaquías, 3, 25 -«He aquí que yo os envío al profeta Elías antes que llegue el Día de Yahvé, grande y terrible» -lleva a la aparición de Juan Bautista, la reencarnación de Elías.

* - B. M. Metzger, *op. cit.*, pp. 75 y ss., da la opinión ortodoxa sobre la evolución del canon. W. Barnstone, 1984, p. XVIII, comenta: «Podemos afirmar categóricamente que la Biblia, con la ausencia de textos sagrados de todo el período intertestamental, con su aceptación de un canon pequeño y repetitivo para el Nuevo Testamento, con la exclusión de todos los apócrifos cristianos posteriores y el rechazo total de las escrituras gnósticas, nos ha dado una versión muy censurada y tergiversada de la antigua literatura religiosa. Da la impresión de que el cristianismo nació por generación espontánea como ente divino, sin ningún pasado, en su marco histórico». Acerca del canon, B. L. Mack, 1993, p. 228, comenta: «Lo que llama la atención es cómo una literatura copiosa y llena de vida quedó reducida a una serie muy pequeña de evangelios y epístolas». Cuando tenemos en cuenta que los evangelios son en realidad cuatro versiones de una sola historia, y que las epístolas son principalmente obra de un solo hombre, la verdadera pobreza de las Sagradas Escrituras de Occidente resulta clara y deprimente.

* - Hecho que ya en 1699 observó Toland, que escribió: «No hay un solo libro del Nuevo Testamento que no sea rechazado por alguno de los autores antiguos porque se atribuye injustamente a los apóstoles y en realidad lo escribieron sus adversarios». Véase B. M. Metzger, 1987, P.13.

* - G. R. S. Mead, 1906, p. 254, menciona que una obra titulada *Tradiciones de Matías* era conocida por la escuela de Basílides en Alejandría. Sugiere que tal vez se trataba de una «Vida de Jesús» que se escribió para hacerla circular entre la gente e interpretarla más tarde de acuerdo con los dogmas interiores de la gnosis. Esto podría no tener ninguna relación con nuestro actual Evangelio de Mateo, pero bien puede haber sido el documento en que se basó dicho evangelio. Si la tesis de los misterios de Jesús es acertada, el primer autor de la historia de Jesús debió de ser un gnóstico, dado que al principio había sólo gnosticismo. Es muy posible que las *Tradiciones de Matías* fuera la base de los informes confusos que Papías recogió de los refugiados judíos que llegaban a Asia Menor procedentes de Siria.

* - En 172 d.n.e. Taciano, discípulo de Justino Mártir, respondió a los ataques de los críticos que se burlaban de las discrepancias entre los diversos evangelios haciendo uno solo a partir de todos ellos.

* - B. M. Metzger, *op. cit.*, pp. 15 y ss. Ireneo deja claro que para él hay cuatro

evangelios y el canon está cerrado. Véase J. Stevenson, 1957, p. 117, donde da sus razones: «No es posible que los evangelios puedan ser más o menos en número de los que son, porque hay cuatro zonas del mundo y cuatro vientos principios [sic]». Semejante lógica hace que nos demos cuenta de lo lejos que realmente estamos del mundo del pensamiento en que se movían estos hombres. Como señala Lüdemann, «los argumentos artificiales» de Ireneo demuestran al menos que la idea era una novedad relativa que había que defender. Véase G. Lüdemann, 1995, p. 196.

* - R. Lane-Fox, 1986, pp. 381 y ss., llama a esto «joya de los escritos no canónicos». Se piensa que se escribió hacia 90 d.n.e. cerca de Cumas, en Italia, y que es posible que su autor fuese un judío esclavizado en la reciente campaña romana. Es fácil ver por qué se excluyó del canon, toda vez que no contiene ninguna cita definida del Antiguo ni del Nuevo Testamento y presenta una extraña amalgama de sabiduría hermética y sibilina expuesta bajo la forma de un apocalipsis judío/cristiano. En su título y en gran parte de sus imágenes hay claras resonancias del *Pastor de Hermas*, texto pagano que se atribuye al sabio egipcio Hermes Trismegisto.

* - G. Lüdemann, *op. cit.*, p. 196. Ireneo dice que todas las herejías proceden de Simón Mago y cita el libro de los Hechos para demostrar que Pedro había repudiado a los herejes. Justino menciona varias veces a Simón Mago, pero es extraño que no haga ninguna referencia al libro de los Hechos. Lüdemann señala que el motivo de la súbita aparición de dicho libro entre Justino e Ireneo es «evidente». El teólogo alemán Campenhausen declara: «No tenemos testimonios de los Hechos de los Apóstoles antes de Ireneo», véase G. Lüdemann, *op. cit.*, p. 315. El punto de vista de Harnack ofrece algunas percepciones: «El libro de los Hechos es la clave para comprender el canon católico y al mismo tiempo muestra su "novedad"». El propio Tertuliano admite que los «herejes» rechazaron el citado libro».

* - G. Lüdemann, *op. cit.*, p. 196. Los marcionistas señalaron que las epístolas eran incompatibles con la persona que se presenta en el libro de los Hechos. Como dice Wells, «Casi en todo lo que dice el libro de los Hechos sobre Pablo es tendencioso». Véase G. A. Wells, 1975, p. 17.

* - R. Lane-Fox, 1986, p. 439, comenta: «Este tipo de teología repele a la mayoría de los lectores modernos», pero señala que fue puesta en entredicho por los gnósticos en aquel tiempo. Morir por el Nombre era sencillamente un gesto inútil, además, ¿acaso no aprobaba el mismo Jesús la huida durante la persecución? En Mateo, 10,23, Jesús aconseja: «Cuando os persigan en una ciudad huid a otra».

* - R. MacMullen, 1966, p. 132. Los filósofos (término comodín que incluye a astrólogos, magos, caldeos y otros indeseables) fueron expulsados de Roma en repetidas ocasiones, al menos diez veces en el período comprendido entre los años 33 a.n.e. y 93 d.n.e. Tácito opinaba que era «severo e inútil», ya que inevitablemente volvían a la ciudad. MacMullen comenta que la filosofía y la subversión iban invariablemente juntas, era una honorable tradición griega que había encontrado su expresión más pura en Sócrates.

* - E. Gibbon, *op. cit.*, p. 579. Gibbon calculó que 2.000 personas. En opinión de Lane- Fox, la persecución «se ha exagerado en la tradición cristiana en una medida que ni siquiera Gibbon apreció del todo», véase R. Lane-Fox, *op. cit.*, pp. 596,733, nota 1. Gibbon, sin embargo, era muy consciente de las contradicciones entre sus fuentes y las crónicas de los propagandistas cristianos, como demuestra la nota 182, capítulo 16. Con mucho cuidado examina la crónica de Eusebio: «La astuta manipulación del historiador», «selecciona astutamente», «palabras ambiguas», «habiendo proporcionado así una evasión segura», etcétera. Dice que finalmente ni siquiera Eusebio señala más de nueve obispos castigados con la muerte y 92 mártires en Palestina.

* - Tertuliano, *Apologeticum*, 37.4-8, citado en J. Stevenson, *op. cit.*, p. 162. Véase también R. Lane-Fox, *op. cit.*, p. 273, que hace referencia a su afirmación de que se encontraban cristianos entre «todas» las tribus germánicas e incluso en Britania, y dice: «Tertuliano no es muy de fiar». Tertuliano también colaboró en la invención de leyendas sobre el número de mártires. Véase De Sainte-Croix. p. 23, que cita la crónica que hace Tertuliano de la visita del procónsul Antonio a las sesiones de un tribunal en 185 d.n.e. Al parecer, todos los cristianos de la ciudad se le acercaron para pedirle el privilegio del martirio. Como señala De Sainte-Croix, «Debemos tener en cuenta esta exageración acostumbrada». Gibbon fue uno de los primeros historiadores en señalar la absurda multiplicación de los mártires por parte de los propagandistas cristianos y dice: «Una muestra de estas leyendas es la afirmación de que diez mil soldados cristianos fueron crucificados en un solo día, por Trajano o por Adriano, en el monte Ararat», Gibbon, p. 540, nota 74. Contribuyó a este proceso la semejanza entre la palabra latina que significa «soldado» y la que significa «mil», así como la mala interpretación de la palabra «mártir», que sencillamente quiere decir «testigo». Los apologistas cristianos perpetuaron de forma deliberada estos «malentendidos».

* - Citado en R. J. Hoffmann, *op. cit.*, p. 29. Galeno también criticó el cristianismo literalista porque enseñaba a sus adeptos a aceptarlo todo guiados sólo por la fe. Estaba dispuesto a tolerarlos, sin embargo, porque, según afirmó en tono de lamentación: «La mayoría de la gente es incapaz de seguir un argumento demostrativo de forma consecutiva y necesita parábolas. Los cristianos fundamentan la fe de las parábolas y los milagros y, pese a ello, a veces actúan de la misma manera que los que practican la filosofía».

* - Véase D. Ulansey, 1989, p. 4, que repite la afirmación muy citada de que «Si alguna enfermedad mortal hubiera detenido el cristianismo al nacer, el mundo se hubiera vuelto mitraico».

* - J. Marlowe, 1971, p. 262: «No hay duda de que la conversión de Constantino al cristianismo fue política. Sus objetivos eran contar primero con el apoyo del cristianismo en la lucha contra sus rivales, y utilizar luego el cristianismo, que parecía ser la organización más grande y más unificada del Imperio, para ejercer su autoridad en todos los dominios, que estaban unidos de forma precaria». (Antes de Constantino seis emperadores rivales se habían disputado el poder supremo.) Pero como señala Marlowe, «La unidad del cristianismo era más aparente que real. Casi en el mismo momento en que fue liberado de las presiones de la persecución, casi en el mismo momento en que sus líderes pudieron contemplar la perspectiva del poder, estuvo a punto de verse dividido por sus disensiones latentes, exacerbadas por rivalidades personales, regionales y raciales, con lo cual todo el mundo mediterráneo se hubiera sumido en controversias y derramamientos de sangre».

* - R. Lane-Fox, *op. cit.*, p. 621. El arco que se erigió para celebrar su triunfo todavía puede verse en Roma. En él sólo hay imágenes paganas. Hasta Lietzmann se ve obligado a reconocer que la historia de Lactancio sobre los acontecimientos que llevaron a la victoria de Constantino «se contradice con los hechos escuetos».

* - I. Wilson, 1984, p. 172. Como hemos señalado, el Vaticano se alza donde antes había un templo de Mitra.

* - G. Lüdemann evalúa los datos para atribuir la falsificación de 2 Tesalonicenses a Hipólito. Eisler considera que el encubrimiento de Josefa por parte de los cristianos fue obra del obispo cismático.

* - Eusebio, 1965, p. XI. Eusebio llegó al Concilio de Nicea como hereje condenado, partidario de Arrio, al que recientemente habían condenado en el Concilio de Antioquía. Salió de él convertido en el biógrafo oficial de Constantino después de firmar el credo y condenar a Arrio.

* - R. Doran, 1995, p. 13. Para celebrar el trigésimo aniversario del reinado de Constantino en 336 sus hijos fueron nombrados césares. Eusebio alaba este hecho, que, según él, es el cumplimiento de la profecía bíblica que reza: «Los santos de Dios altísimo recibirán el reino». Como es natural, no menciona la ejecución de otros hijos.

* - Eusebio expone su programa de cinco puntos en el principio de su historia: a) establecer líneas de sucesión de los apóstoles a él mismo; b) atacar a los seguidores «del Conocimiento, falsamente llamado así»; c) detallar cómo la «conspiración contra nuestro salvador se apoderó de toda la raza judía»; d) relatar las campañas de los perseguidores, y e) el heroísmo de los mártires. El segundo punto demuestra que aún se creía que los gnósticos eran una amenaza para la organización de la Iglesia. Numerosas autoridades han demostrado que los puntos primero y último son falsos, a la vez que el tercero ha legitimado siglos de persecución de los judíos. La *Historia eclesiástica* es todavía un documento valiosísimo del período, aunque quizá no del modo que deseaba Eusebio.

* - W. Kingsland, 1937, p. 39. Una de las tareas de Eusebio era hacer que la historia de las naciones encajase en su cronología bíblica. De esta manera, san Agustín puede “probar”, por ejemplo, que el profeta Jeremías inició a Platón en la sabiduría judía.

* - La *Historia eclesiástica* de Eusebio es la única crónica que se conserva de la Iglesia durante los tres primeros siglos. Como señala Andrew Louth (Eusebio, XII), «Nadie intentó jamás volver a hacer el trabajo de Eusebio. Todos los historiadores griegos posteriores continúan la historia a partir de donde la dejó Eusebio».

* - R. MacMullen, 1966, p. 92, deja constancia de cómo los Hechos de los Mártires Paganos se reescribió como historias de la resistencia judía antes de que finalmente se utilizara como martirologios cristianos. Refiriéndose a las historias de mártires que escribió Eusebio, dice: «Aquí en Eusebio puede verse, a veces de forma obvia, otras veces de forma disimulada con un poco más de destreza, casi toda la serie de temas perfectamente ajenos que se sacaron de los escritos paganos para incluirlos en los martirologios».

* - S. G. F. Brandon, 1969, p. 268. Los literalistas Eusebio y Epifanio son nuestra única fuente de información sobre lo que sucedió a la supuesta «Iglesia de Jerusalén» después de la «muerte» de Jesús. Brandon declara: «He sometido cada una de estas crónicas a un análisis detallado y he quedado convencido de que no son históricas». Más adelante las tacha de «sin valor». Eusebio dice que los cristianos de Jerusalén volvieron a la ciudad, sanos y salvos, en 130. Queda sin explicar cómo pudo suceder esto cuando había sido reconstruida como ciudad pagana, la llamada Aelia Capitolina, de la cual los judíos estaban excluidos so pena de muerte.

* - J. Lindsay, 1970, pp. 367 y ss. relata el asesinato de Hipatía y otras personas en Alejandría. Cuenta con todo lujo de detalles un incidente lamentable que «puede tomarse como una versión realista de lo que sucedió una y otra vez. Los cristianos entraron por la fuerza en un templo, encontraron resistencia, llamaron a los monjes y procedieron a destruir los templos y asesinar a los paganos».

* - R. Lane-Fox, *op. cit.*, p. 671. En Didima los cristianos apresaron y torturaron a un profeta de Apolo. Lo mismo ocurrió en Antioquía. En Ege, en Cilicia, arrasaron el santuario sanador de Asclepio. En 389 estallaron disturbios entre cristianos y paganos en Alejandría a raíz de la promulgación de un decreto imperial que autorizaba la conversión de un antiguo templo de Baco en una iglesia cristiana. Los paganos huyeron al templo de Serapis, que fue tomado con mucha violencia y luego demolido. Véase J. Marlowe, 1971, pp. 283-285.

* - El gnosticismo existió durante todo el período cristiano, siempre en los márgenes de la sociedad y con frecuencia perseguido vigorosamente. Los evangelios gnósticos continuaron copiándose y circulando, y todavía estaban prohibidos y eran quemados en el siglo VIII, véase S. Hollroyd, 1994, p. 68. Los seguidores gnósticos de Pablo, los llamados paulicianos, florecieron a pesar de la incesante persecución por parte de la Iglesia ortodoxa hasta finales del siglo X, véase W. Kingsland, 1937, p. 35. El hecho de que «pauliciano» llegara a utilizarse como nombre genérico del gnosticismo hace pensar que la tradición de las enseñanzas secretas de Pablo se mantuvo viva en estas sectas. En 1211 d.n.e. se acusó a los bogomilas de practicar «misterios impuros como los ritos paganos helénicos» en Anatolia y Constantinopla, véase Y. Stoyanov, 1994, p. 184. El gnosticismo de los cátaros, que tenían relaciones con los bogomilas de Oriente, se convirtió en la forma de cristianismo dominante en regiones del sur de Francia durante el siglo XII. La tristemente famosa Inquisición se creó con el propósito específico de erradicar la herejía. En la actualidad todavía hay mandeos, secta gnóstica baptista, en los pantanos del sur de Irak, véase S. N. C. Lieu, 1985, p. 30, y W. Barnstone, 1984, p. 123.

* - Como señala Lane-Fox, «La intolerancia nunca había arraigado en la larga historia de la filosofía y el pensamiento religioso paganos. Después de Constantino, muchos paganos hacían extensiva al nuevo culto una tolerancia que la exclusividad de dicho culto se negaba a hacer extensiva a los paganos». Véase R. Lane-Fox, 1986, p. 673. Angus, que suele ser apologético, comenta: «Simultáneamente con su triunfo político, se convirtió en perseguidor de los paganos, los judíos y los herejes. El cristianismo católico trató de exterminar la

herejía no sólo por medio de argumentos, sino también a sangre y fuego». Angus menciona el punto de vista de otro estudioso: «Nunca ha existido una comunidad que mostrase de forma más clara la intolerancia que necesariamente seguiría a su triunfo».

* - Citado en D. Fidler, 1993, p. 180. San Agustín también declaró: «No creería en el evangelio si la autoridad de la Iglesia católica no me obligase», D. Fidler, p. 320.

* - El estudioso de los clásicos Frank ha reconstruido las etapas principales de la astronomía griega, siguiendo un orden aparentemente necesario: desarrollo de la comprensión del espacio, de la geometría de los cuerpos sólidos y la perspectiva por Anaxágoras y Demócrito, descubrimiento de la esfericidad de la Tierra y los «movimientos de los planetas en forma de órbitas geoméricamente perfectas» por los pitagóricos del círculo de Arquitas, primera explicación matemática del movimiento de los planetas por Eudoxo, descubrimiento de la rotación de la Tierra sobre su eje, y, en último lugar, la «visión copernicana del mundo» en el sistema de Filolao. Véase W. Burkert, 1972, p. 302. La primera mención de una Tierra esférica en la literatura se encuentra en el *Fedón*, de Platón, véase W. K. C. Guthrie, 1962, p. 295, pero en 400 a.n.e. Bión de Abdera, el seguidor de Demócrito, conocía las consecuencias matemáticas de la forma esférica de la Tierra, y en 430 Hipócrates de Cos había proyectado los círculos celestes sobre la Tierra, presuponiendo, obviamente, su esfericidad, véase W. Burkert, p. 305. Todos estos avances tuvieron lugar en el período clásico. En el período helenístico se produjeron descubrimientos igualmente trascendentales. Eratóstenes calculó la oblicuidad de la eclíptica y el diámetro de la Tierra con un error de menos del 1%, véase J. Marlowe, 1971, p. 71. Hiparco, su sucesor en la biblioteca de Alejandría, determinó la precesión de los equinoccios, el tamaño del Sol y el plano de su apogeo, el movimiento medio de la Luna, su nadir, su apogeo y la inclinación de su órbita, y también calculó los eclipses lunares, véase J. Marlowe, op. cit., p. 75. Luego, de pronto, con el triunfo del cristianismo, san Agustín, basándose en su propio conocimiento limitado de la astrología maniquea, declaró que la Tierra era plana. Como dogma cristiano indiscutible, esta creencia persistió durante toda la Edad de las Tinieblas. Comenta Draper: «Nadie hizo más que este Padre para crear antagonismo entre la ciencia y la religión», véase S. Cranston, 1977, p. 149.

CAPÍTULO – 12

LA HISTORIA MÁS GRANDE JAMÁS CONTADA

Hay un río de Verdad que recibe tributarios de todos los lados.

CLEMENTE DE ALEJANDRÍA

No cabe duda de que los antiguos opinarían que es conveniente que reconsideremos el cristianismo en este momento. Según la astrología pagana, el cristianismo fue creado al empezar el gran mes de Piscis. Esta era se acerca actualmente a su fin y nace la nueva era de Acuario. Desde la perspectiva antigua, por tanto, nos encontramos en un momento crítico del devenir histórico que se parece al de los primeros tiempos del cristianismo. La época en que vivimos recuerda en muchos aspectos el último cambio de eras. Abundan los temores apocalípticos. Surgen por doquier nuevos y extraños cultos eclécticos. La religión oficial está desacreditada y en decadencia. ¿Qué forma adquirirá la espiritualidad en la inminente era de Acuario?

Para avanzar hacia el futuro es necesario aceptar el pasado, así que conviene examinar de forma crítica el cristianismo literalista que ha dominado los últimos dos mil años de nuestra cultura.

En el plano espiritual, ésta ha sido verdaderamente una «Edad de las Tinieblas» que se ha caracterizado por la religión autoritaria, el fanatismo y las guerras de religión. Al asumir el papel de única fe verdadera, el cristianismo literalista creó un abismo insalvable entre él y todas las demás tradiciones espirituales. Su autoproclamada superioridad se usó para justificar la destrucción violenta de las sociedades de otras partes del mundo. Incluso persiguió cruelmente a sus propios místicos y librepensadores. Al adoptar a Jehová, el dios padre judío, como única faz aceptable de Dios, subyugó a la divinidad femenina y utilizó esta perspectiva teológica para legitimar la subordinación de las mujeres. Su insistencia en la necesidad de tener una fe ciega en el dogma y su oposición a la investigación intelectual hicieron que muchos rechazaran todas las formas de espiritualidad por considerarlas meras supersticiones. Hoy son cada vez más las personas que piensan que la religión es, en el mejor de los casos, un chiste y, en el peor, una fuente de prejuicios,

de intolerancia y de conflictos.

Mientras que otras culturas honran a sus antepasados como origen de su sabiduría y su civilización, nosotros hemos vilipendiado a los nuestros como adoradores del diablo. ¿Qué efecto ha surtido esto en la psique occidental? Hemos sido una cultura aislada de sus raíces. Hasta después del redescubrimiento de la filosofía pagana en el siglo XV, durante el bien llamado Renacimiento, la civilización occidental no logró salir del atolladero de supersticiones y luchas en el cual se había metido; el fruto de este proceso ha sido, en años recientes, la ciencia moderna. Sin embargo, a diferencia de los antiguos, no hemos visto la ciencia y la espiritualidad como dos aspectos del mismo misterio, sino como dos cosas entre las cuales había una implacable hostilidad.

Aunque se propuso unificar el mundo bajo la bandera de una religión única, en realidad el cristianismo literalista ha sido la causa de profundas divisiones: cristianos contra paganos, hombres contra mujeres, ciencia contra religión, fe contra razón: La tesis de los misterios de Jesús no es sólo una historia nueva del cristianismo, es también una oportunidad de curar las heridas que estos espantosos cismas dejaron en el alma occidental.

Si el cristianismo reconociese su deuda con los misterios antiguos, podría volver a conectar con la corriente universal de la evolución espiritual humana y convertirse en socio, en vez de adversario, de todas las demás tradiciones religiosas a las que ha tildado de obra del diablo. Si se quitara de encima el peso muerto del Antiguo Testamento y su celosa deidad tribal, podría descubrir de nuevo la sabiduría de la divinidad femenina. Si renunciara a su dogmatismo, podría despertar y experimentar otra vez la antigua sensación de maravilla que unía la ciencia y el misticismo en una única aventura humana de descubrimiento. Si pudiera reconocer finalmente que el Nuevo Testamento es obra de hombres y mujeres, en vez de tratarse de la palabra de Dios que habla de acontecimientos reales, nada podría impedir que recobrará sus propios misterios interiores místicos. ¿Esperar esto es demasiado?

Hace sólo un siglo la mayoría de las personas creía que la historia de Adán y Eva era literal. La idea darviniana de la evolución natural se consideraba absurda y herética. Hoy la mayoría ha aceptado el «pensamiento impensable» de Darwin. El presente libro propone un cambio comparable en nuestra comprensión del cristianismo. Puede que en estos momentos parezca escandaloso afirmar que el cristianismo evolucionó a partir del paganismo y que la historia de Jesús, al igual que el Génesis, es un mito alegórico. Pero mañana esto será obvio y nadie lo discutirá.

El cristianismo no llegó por medio de una intervención divina única. Evolucionó desde el pasado, como todo lo demás. No hay interrupciones repentinas en la historia, sino sólo un continuo de cambio. Los antiguos misterios paganos no murieron. Se transformaron en algo nuevo: en el cristianismo. En la forma de la espiritualidad de Occidente han influido estas dos grandes tradiciones. Ha llegado el momento de redescubrir lo que tienen en común y reclamar la totalidad de nuestra rica herencia.

Desde luego, esto es algo que nunca aceptarán los fundamentalistas, pero si el cristianismo se inclina ante la presión reaccionaria y vuelve a su pasado autoritario, será como si se arrojara a sí mismo al cubo de la basura de la historia. El mundo moderno es sencillamente demasiado inteligente para dejarse engañar por el argumento que afirma que algo «tiene que ser verdad porque lo dice la Biblia». El cristianismo ya no es la fuerza dominante que era en otro tiempo. Después de su caída, nuestra cultura ha empezado a buscar desesperadamente una nueva dirección espiritual. El cristianismo desempeñará un papel en la creación de una nueva espiritualidad para la Nueva Era de Acuario sólo si vuelve a sus raíces místicas. El cristianismo literalista se construyó sobre unos cimientos poco firmes basados en mentiras históricas. Antes o después tiene que derrumbarse. Pero el cristianismo místico se apoya con seguridad en una verdad mítica intemporal y hoy es tan válido como lo ha sido siempre.

UNA VERDAD ÚNICA

Místicos de todas las tradiciones espirituales han predicado que hay sólo una verdad, que siempre está presente y nunca cambia. No fue revelada de pronto, por primera vez, hace dos mil años. El cristianismo es sólo un capítulo de la sempiterna búsqueda de sentido por parte de la humanidad, una corriente en el mar de la conciencia humana en evolución, otro intento de expresar la gnosis intemporal que los místicos han tratado de alcanzar desde los tiempos más antiguos. Dios no vino a la Tierra en una excursión única. Y tampoco tenemos que esperar su prometido retorno apocalíptico. La verdad es que Dios nunca se fue.

Aunque no existe ahora ninguna tradición que pueda iniciar a los cristianos en los misterios interiores secretos que encierra la historia de Jesús, estas enseñanzas místicas siguen estando ahí para quienes tengan «ojos para ver» y han sido descubiertas continuamente por los más grandes místicos a lo largo de los siglos. Examinar a conciencia lo que son estas enseñanzas es una tarea demasiado grande para el presente libro y debe aguardar a una nueva obra. Lo único que esperamos haber demostrado es que hay en esencia una filosofía imperecedera tanto en el corazón de los misterios paganos como en el del cristianismo, y que estos dos enemigos tradicionales son, de hecho, parientes cercanos.

No deseamos atacar al cristianismo, sino apuntar la posibilidad de que recupere algo que ha perdido: los misterios interiores que revelan los secretos de la Gnosis. Pensamos que la tesis de los misterios de Jesús no debilita el cristianismo, sino que, revela la antigua grandeza de la historia de Jesús la «historia más grande jamás contada» forjada durante miles de años.

En su *Estudio de la Historia*, Arnold Toynbee escribió:

Detrás de la figura del dios hombre que muere se alza una figura mayor, la de un Dios que muere por mundos diferentes bajo nombres diversos: por un mundo minoico como Dioniso, por un mundo sumerio como Tamuz, por un mundo hitita como Atis, por un mundo sirio como Adonis, por un mundo cristiano como Cristo. ¿Quién es este Dios de muchas epifanías pero una sola pasión?

La respuesta somos nosotros. Los misterios antiguos proclamaban que todos somos hijos e hijas de Dios y que si comprendíamos el mito del dios hombre sacrificado también nosotros podríamos resucitar en nuestra verdadera, inmortal y divina identidad. El filósofo pagano Salustio escribió lo siguiente sobre el mito del dios hombre misterioso Atis:

La historia de Atis representa un proceso cósmico eterno y no un acontecimiento aislado en el pasado. Dado que la historia está relacionada íntimamente con el universo ordenado, la reproducimos de forma ritual para adquirir orden en nosotros mismos. Nosotros, al igual que Atis, hemos caído del cielo; morimos místicamente con él y renacemos como niños.

Lo mismo puede decirse del mito de Jesús. No es «un acontecimiento aislado en el pasado», sino que señala la perpetua posibilidad del renacimiento espiritual, aquí y ahora. Todavía puede revelar el misterio que Pablo proclamó: «Cristo entre vosotros». Como promete el Jesús gnóstico en el Evangelio de Tomás: «El que beba de mi boca llegará a ser como yo. Yo mismo llegaré a ser él y las cosas que están ocultas le serán reveladas».

- APÉNDICE -**QUIÉN ES QUIÉN**

Agustín (354-430 d.n.e.). Seguidor de los gnósticos maniqueos durante ocho años. En 386 d.n.e. se hizo neoplatónico y cuatro años más tarde, cristiano literalista. En 395 fue nombrado obispo de Hipona, en África.

Alejandro Magno (355-323 a.n.e.). General macedonio y conquistador de Persia, la India y Egipto. Impulsor de la era helenística.

Ambrosio (339-397 d.n.e.). Legislador romano y cristiano literalista nombrado obispo de Milán hacia 370.

Amonio Sacas (*fl.* c. 200 d.n.e.). Filósofo pagano de Alejandría. Maestro de Orígenes* y Plotino*. Poco se sabe de él y no escribió ningún libro.

Anaxágoras (503-428 a.n.e.). Filósofo griego de Asia Menor que se trasladó a Atenas y fue preceptor y consejero del principal político ateniense, Pericles.

Antonio (251-356 d.n.e.). Eremita ascético de Egipto que organizó la primera comunidad de monjes cristianos c. 305.

Apolonio de Tiana. Filósofo pitagórico y taumaturgo del siglo I. Viajó por el Imperio romano enfrentándose a tiranos, haciendo milagros y resucitando muertos. Su biografía oficial se escribió c. 225 d.n.e.

Apuleyo (125-190 d.n.e.). Autor e iniciado pagano. Nació en África y estudió filosofía en Cartago, Atenas y Roma. Famoso por *El asno de oro*, cuento alegórico de su iniciación en los misterios.

Aristófanes (445-385 a.n.e.). Iniciado griego en los misterios y autor de comedias. Fue acusado de revelar en sus obras demasiadas cosas de las doctrinas de la escuela mística.

Arnobio (*fl.* en 29° d.n.e.). Se convirtió al cristianismo después de estudiar la filosofía hermética y neoplatónica. Sus obras hacen hincapié en la compatibilidad del cristianismo con la filosofía pagana. Lactancio * fue alumno suyo.

Augusto (63 a.n.e.-14 d.n.e.). Fundador del Imperio romano. Emperador desde 27 a.n.e. hasta su muerte.

Basíledes (c. 117 d.n.e.). Maestro gnóstico de Alejandría. Escribió un evangelio y un comentario del mismo en 24 libros, y una colección de salmos y odas. Todo ello se ha perdido. Las crónicas de su enseñanza en Ireneo*, Clemente* e Hipólito* no coinciden.

Bernabé (c. 100 d.n.e.). La Epístola de Bernabé era uno de los textos más conocidos de la Iglesia primitiva, atribuido al colaborador de Pablo*. Debido a su curiosa mezcla de ideas paganas y cristianas no se incluyó en el Nuevo Testamento.

Carpócrates (c. 110 d.n.e.). Platónico de Alejandría que fundó una secta de cristianos gnósticos utilizando el Evangelio secreto de Marcos como documento de iniciación.

Celso. Escribió el *Discurso veraz* c. 170 d.n.e., crítica del cristianismo naciente del cual se conserva el 70 % en forma de citas en la obra de Orígenes*.

Cicerón (106-143 a.n.e.). Legislador y político romano de los últimos tiempos de la república. Iniciado en Eleusis en 80 a.n.e., contribuyó a que la filosofía y la educación griegas se pusieran de moda en Roma.

Claudio. Emperador romano (41-54 d.n.e.).

Clemente de Alejandría (150-215 d.n.e.). Nacido en Atenas, fue discípulo de Panteno de Alejandría en 180 y director de la escuela de catequesis en 190. Se le considera tradicionalmente como cristiano literalista e incluso fue beatificado por la Iglesia romana, pero, de hecho, sus obras tienen mucho más en común con el gnosticismo.

Clemente de Roma. Dijo Eusebio* que fue el cuarto obispo de Roma c. 90 d.n.e. Numerosas epístolas atribuidas a él fueron falsificadas en los siglos IV y V.

Constantino (272-337 d.n.e.). Emperador romano desde 307 hasta su muerte. Primer emperador en hacerse cristiano.

Diágoras (*fl.* en 416 a.n.e.). Filósofo ateniense famoso por su condena satírica de la religión supersticiosa.

Diodoro (80-20 a.n.e.). Historiador griego de Sicilia. Autor de una *Biblioteca de historias* en 40 volúmenes.

Diógenes (420-324 a.n.e.). Seguidor de Antístenes, el discípulo de Sócrates*. Fundador de la escuela de filosofía cínica.

Dión Casio (*fl.* en 225 d.n.e.). Nacido en Asia Menor. Historiador romano.

Empédocles (490-430 a.n.e.). Discípulo de Pitágoras*, sacerdote y taumaturgo. Escribió un poema de iniciación en el cual se proclamaba a sí mismo «dios inmortal».

Epicteto (50-130 d.n.e.). Esclavo frigio lisiado que se crió en la familia de Nerón*. Al ser manumitido se convirtió en el más grande exponente de la filosofía cínica en el siglo I. Expulsado de Roma por Domiciano en 90 d.n.e.

junto con todos los demás filósofos.

Epifanio (315-403 d.n.e.). Cristiano literalista que fue obispo de Salamis, en Grecia, aunque nació en Judea. Su obra más importante es el *Pananon* o «Caja de medicinas contra todas las herejías». Hizo causa común con Jerónimo* en Roma para atacar a Orígenes*.

Eratóstenes (275-194 a.n.e.). Director de la biblioteca de Alejandría, autor de obras sobre matemáticas, geografía, filosofía y astronomía.

Eurípides (484-406 a.n.e.). Nació en Atenas y fue autor de tragedias y de *Las bacantes*.

Eusebio (260-340 d.n.e.). Formado en la escuela de Cesarea fundada por Orígenes*. Se convirtió en obispo de Cesarea en 311. Llegó al Concilio de Nicea en 325 como hereje arriano condenado y se fue convertido en el historiador y biógrafo oficial de Constantino*. Llamado «el padre de la historia de la Iglesia», su obra es muy poco digna de confianza y muchos la consideran poco más que propaganda a favor del cristianismo literalista.

Filón el Judío (25 a.n.e.-50 d.n.e.). Judío alejandrino que sintetizó el Antiguo Testamento con la filosofía griega y pitagórica. Se llamaba a sí mismo hierofante de los misterios judíos.

Fírmico Materno (murió c. 360 d.n.e.). Escribió un compendio de astrología cuando aún era pagano, se convirtió al cristianismo literalista en sus últimos años e hizo un llamamiento a los emperadores romanos para que destruyesen los ídolos paganos por la fuerza.

Heliodoro (*fl.* c. 230 d.n.e.). Sacerdote de Helios en Siria y autor de las *Etíopicas*, que contenía enseñanzas cifradas sobre los misterios.

Heráclito (*fl.* c. 500 a.n.e.). Filósofo místico de Éfeso, en Asia Menor, que escribió sobre la palabra de Dios (logos). Diógenes Laercio menciona un dicho del filósofo del siglo III a.n.e. Cleantes en el que opina que sus obras crípticas sólo puede entenderlas un iniciado en los misterios.

Hermas. El *Pastor de Hermas* fue uno de los más conocidos entre los primeros textos cristianos y se dice que fue escrito c. 90 d.n.e. en Italia. Es una curiosa mezcla de apocalipsis hermético, sibilino y judío/cristiano que no contiene ninguna cita definida de ninguno de los dos Testamentos. Como es lógico, no se incluyó en el Nuevo Testamento.

Hermes Trismegisto. Deidad protectora de la literatura hermética escrita en Egipto en los siglos II y III d.n.e. Fusión del Hermes «Guía de las Almas» griego y del dios egipcio Thot, el legendario sabio e inventor de la escritura.

Herodoto (484-430 a.n.e.). Historiador griego llamado «el padre de la historia». Viajó por Egipto y dejó constancia de que los misterios de Dioniso en Eleusis tenían por modelo los de Osiris en Egipto.

Hesíodo. Poeta griego de finales del siglo VIII a.n.e. Su *Teogonía* describe las dinastías y genealogías de los dioses de la mitología griega.

Hipócrates (460-360 a.n.e.). Nacido en la isla griega de Cos, fue médico y autor de obras sobre medicina. Está en el origen del juramento hipocrático que prestan todos los médicos al recibir el título.

Hipólito (170-236 d.n.e.). Cristiano literalista y perseguidor de las herejías que llamó hereje a Calixto, el obispo gnóstico de Roma, y se proclamó antipapa. Su *Refutación de todas las herejías*, publicada c. 210, pretende demostrar que todas las herejías se derivan de las escuelas de filosofía griegas.

Homero. Poeta griego del siglo VIII a.n.e., autor de la *Odisea* y la *Ilíada*.

Ignacio de Antioquía (se dice que actuó c. 120 d.n.e.). Se supone que fue uno de los primeros cristianos literalistas, pero debido a las interpolaciones de sus epístolas en siglos posteriores es casi imposible saber qué es y qué no es auténtico.

Ireneo (130-202 d.n.e.). Cristiano literalista y vehemente enemigo del gnosticismo. Nacido en Asia Menor, se convirtió en obispo de Lyon, en la Galia, en 178. Autor de la importante obra *Adversus haereses*, polémica contra el gnosticismo. Se sabe que falsificó una obra «cristiana» atribuida al historiador judío Josefo, y probablemente muchos otros tratados y epístolas pro literalistas.

Jámblico (250-325 d.n.e.). Filósofo sirio que fue alumno de Porfirio*. Escribió 10 volúmenes sobre filosofía pitagórica y la *Vida de Pitágoras*.

Jenófanes (535-435 a.n.e.). Filósofo griego que ridiculizó la religión supersticiosa y fundó una secta de filósofos en Elea, en el sur de Italia.

Jerónimo (342-420 d.n.e.). Estudioso bíblico y traductor de la Biblia al latín. Cristiano literalista que atacó las doctrinas de Orígenes* sobre la reencarnación y la salvación final de la humanidad.

Josefo (38-107 d.n.e.). Historiador judío que visitó Roma en 64, a la edad de veintiséis años. Durante la campaña de Galilea en 67 se pasó al bando romano. Su obra *La guerra judía* se publicó en Roma c. 95. Más adelante se interpolaron en sus libros referencias elogiosas a Jesús.

Juliano (332-363 d.n.e.). Emperador romano que trató de reinstaurar el paganismo después del reinado de Constantino*. Humanitario y piadoso, ha pasado a la historia con el injusto apodo de «el apóstata».

Julio César (100-44 a.n.e.). General romano y último de los líderes de la república romana.

Justino Mártir (100-165 d.n.e.). Nacido en Samaria, llegó a Roma c. 140. Rechazado por las escuelas platónica y pitagórica, más adelante se convirtió al

cristianismo literalista. Escribió la primera defensa del mismo y atacó violentamente a gnósticos y judíos.

Lactancio (240-320 d.n.e.). Después de pasar su juventud inmerso en la filosofía hermética, en 300 se convirtió al cristianismo literalista. Más adelante Constantino* lo nombró preceptor de su hijo Crispo.

Luciano (117-180 d.n.e.). Filósofo pagano. Nacido en Siria, educado en Tarso, se convirtió en maestro de literatura en Francia. Especializado en la sátira sobre engaños / farsantes religiosos y filosóficos. Amigo de Celso*.

Manes (216-273 d.n.e.). Nacido en Babilonia, tomó por modelo propio y de sus enseñanzas a san Pablo* y fundó una religión gnóstica que pronto se extendió por el Imperio romano. San Agustín* fue «oídor» maniqueo durante ocho años. En la Gran Persecución de 303 d.n.e. el cristianismo maniqueo fue la primera víctima de la purga, seguido un año después por todas las formas de cristianismo.

Marción. Influyente maestro gnóstico nacido en Ponto, en Asia Menor, estuvo en Roma c. 144 d.n.e. Rechazó el Antiguo Testamento y partes de los evangelios que consideraba falsificadas. Reconoció a Pablo* como el «Gran Apóstol».

Marco Antonio (86-30 a.n.e.). General romano y amante de Cleopatra. Sucedió a Julio César*; derrotado por Augusto*, se suicidó en Egipto.

Marco Aurelio (emperador romano 161-180 d.n.e.). Filósofo estoico y autor de unos *Pensamientos*, gobernó en la época de mayor apogeo del Imperio romano.

Nerón (37-68 d.n.e.). Emperador romano desde 54 hasta que se suicidó. Su gobierno empezó bien bajo la influencia de Séneca*, pero luego degeneró en tiranía.

Orígenes (185-254 d.n.e.). Nacido en Alejandría, estudió filosofía pagana con Plotino* bajo el magisterio de Amonio Sacas. Se hizo alumno de Clemente* y se castró a sí mismo de acuerdo con Mateo, 19, 12. Fundó una escuela en Cesarea en 231. Considerado tradicionalmente como cristiano literalista, sus obras tienen mucho más en común con el gnosticismo. Condenado de manera póstuma por hereje por la Iglesia romana en el siglo V.

Pablo. Ciudadano romano de Tarso, en Asia Menor, de habla griega. Muchas de sus epístolas o bien son falsas o fueron manipuladas y sus fechas son inciertas. Se cree que su misión a Grecia duró de 48 a 53 d.n.e. Se le presenta tradicionalmente como literalista, pero los gnósticos afirman que fue la gran inspiración del gnosticismo.

Pacomio (290-346 d.n.e.). Fundador egipcio del primer monasterio cristiano cerca de Nag Hammadi, en el Alto Egipto. Los evangelios gnósticos se encontraron enterrados cerca de allí. La tradición le considera cristiano

literalista ortodoxo, pero en realidad durante su vida fue investigado por herejía. Tenía visiones de ángeles y escribía en una lengua mística que todavía no se ha descifrado. Es casi seguro que era gnóstico.

Papías. Nada sabemos de él aparte de las crónicas de Eusebio y de Ireneo, que no son de fiar y nos dicen que vivió en Asia Menor en 70- 140 d.n.e. donde se dice que oyó al apóstol Juan.

Pausanias (*fl.* en 170 d.n.e.). Autor griego de obras sobre viajes que menciona de forma críptica algunos de los ritos místicos que se practicaban en los templos que visitaba.

Píndaro (518-438 a.n.e.). Poeta lírico griego cuya obra contiene algunas de las referencias más antiguas a las doctrinas de las escuelas místicas.

Pitágoras (581-497 a.n.e.): Filósofo de la isla griega de Sarnoso Viajó mucho por Egipto, Fenicia y Babilonia, y más adelante fundó comunidades de místicos en las colonias griegas del sur de Italia. Hierofante de los misterios de Deméter y Dioniso, poeta que escribió obras atribuidas a Orfeo, reformador social y científico. Su influencia en Platón* y en toda la tradición filosófica griega fue profunda.

Platón (429-348 a.n.e.). Discípulo de Sócrates*, fundador de la escuela filosófica de Atenas llamada la Academia. Su filosofía estaba inspirada por las doctrinas de los misterios, el misticismo de Pitágoras* y la poesía de Orfeo.

Plotino (204-270 d.n.e.). El filósofo místico más influyente después de Platón*. Tras once años de estudio en Alejandría con Amonio Sacas se trasladó a Roma, donde el emperador y varios senadores asistieron a sus clases.

Plutarco (46-125 d.n.e.). Filósofo y autor prolífico de Queronea, en Grecia. Sacerdote de Apolo en Delfos durante los últimos treinta años de su vida.

Policarpo. Uno de los primeros mártires cristianos a quien, según Ireneo*, Pedro nombró obispo de Esmirna. Resulta claro que la historia de su martirio es legendaria y que muchos de sus detalles proceden de la historia de Jesús. Acude a lomos de un asno al lugar donde será procesado, desde un «apuesto alto» donde ha estado rezando, etcétera. La crónica de su ejecución es sencillamente absurda.

Porfirio (232-303 d.n.e.). Filósofo pagano. Nacido en Tiro, estudió filosofía en Atenas, se convirtió al neoplatonismo después de conocer a Plotino* en Roma en 263. Escribió 15 volúmenes contra los cristianos.

Proclo (412-485 d.n.e.). Filósofo pagano. Nacido en Constantinopla, estudió en Atenas. Fue uno de los últimos directores de la Academia platónica de Atenas antes de que Justiniano la aboliera en el año 529 d.n.e.

Protágoras (480-410 d.n.e.). Primer filósofo profesional de Atenas. Acusado de herejía y procesado. Se escapó y pereció en el mar.

Salustio (*fl.* en 360 d.n.e.). Filósofo neoplatónico y amigo del emperador Juliano*, a quien aconsejó en *sus* intentos de reinstaurar el paganismo.

Séneca (4 a.n.e.-65 d.n.e.). Filósofo y político romano. Se hizo vegetariano y seguidor de Pitágoras* en su juventud. Más adelante fue preceptor de Nerón*.

Sexto. Filósofo pitagórico del siglo II d.n.e. Se encontró una cuidada colección de sus dichos entre los papiros de Nag Hammadi.

Sócrates. El filósofo más famoso de la antigüedad. Ejecutado por herejía en 399 a.n.e. por el consejo de los «Treinta Tiranos» que a la sazón gobernaba Atenas.

Sófocles (497-406 a.n.e.). Nacido en Grecia, fue autor de tragedias y de más de cien obras, de las cuales sólo se conservan siete.

Suetonio (69-140 d.n.e.). Historiador romano y autor de *Vidas de los doce césares*. Amigo de Plinio.

Tácito (55-117 a.n.e.). Historiador romano y autor de *Anales* e *Historias*.

Tertuliano (160-220 d.n.e.). Nacido en Cartago, fue jurista en Roma. Se convirtió al cristianismo literalista c. 195 y al gnosticismo en 207.

Timoteo. Sacerdote de Eleusis invitado a Alejandría por Ptolomeo I c. 300 a.n.e. para instaurar los misterios.

Valentín (100-180 d.n.e.). Poeta gnóstico de Alejandría, autor del Evangelio de la verdad encontrado en Nag Hammadi. Fundó una escuela en Roma c. 140.

Virgilio (70-19 a.n.e.). Poeta romano que de joven ingresó en una comunidad filosófica en el sur de Italia. Su obra contiene muchas alusiones a las doctrinas de los misterios, la astrología y el nacimiento de la Nueva Era.

Vitrubio. Autor romano de diez libros sobre urbanismo y arquitectura dedicados a Augusto* c. 27 a.n.e.